

ERES EL INGREDIENTE QUE ME FALTABA

LINA GALÁN



Índice

Portada
Sinopsis
Dedicatoria
Prólogo
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

«Él es marqués. Vive en un castillo que heredó de sus antepasados, aislado del mundo, encerrado entre sus frías paredes, huyendo de los rumores que lo acusan de haber cometido un crimen atroz.

Yo soy Micaela, y soy la panadera. Hace poco que me he instalado en este bonito pueblo costero, donde me he montado una panadería chulísima. Me va bastante bien, porque mi pan es tradicional, el mejor de la zona, nada de masa congelada.

¿Y qué pueden tener en común un marqués y una panadera?

Aparentemente, nada.

A menos que sea yo misma la que reparta el pan a domicilio cada mañana en mi vieja furgoneta y que el castillo se encuentre en mi lista de clientes. Y que una mañana me colara en él para que me firmaran un recibo y de esta forma, un tanto brusca, hubiera conocido al famoso marqués.

Tal vez, a pesar de nuestros mundos distintos, tengamos más en común de lo que nos podríamos llegar a imaginar.»

A todos aquellos que confiaron en mí

Prólogo

¿Puede alguien pasar toda una vida arrepintiéndose de algo y no obtener nunca el perdón?

Con esa pregunta se podría resumir gran parte de mi vida, aunque la contrición te llega a veces excesivamente tarde, cuando ya has hecho algo demasiado abominable.

Y a nadie puedo echarle la culpa, más que a mí misma y a mi dichosa rebeldía juvenil, aquella con la que quise sublevarme contra unos padres demasiado mayores y tradicionales... a los que seguro hice sufrir mucho.

Porque una cosa es fumar a escondidas, maquillarse y salir con el malote del barrio, y otra muy diferente es meterse en unos líos cada vez más gordos, todo por seguir al imbécil de tu novio, al que consideras el más guapo, el más valiente y el más interesante. ¡Menuda venda en los ojos llevaba yo puesta!

Robar un coche deportivo para dar una vuelta y echar un polvo; emborracharnos y tontear con drogas; colarnos en fiestas ajenas... hasta ahí se podía aguantar. Sin embargo, el último plan de Raúl había traspasado todos los límites posibles: robar en una tienda.

Que si es una descarga total de adrenalina, que si sólo es para divertirnos y reírnos un rato del chino, que si nadie saldrá herido... En el momento en el que vi aparecer a sus dos colegas, Charly y el Pecas, para colmo con un arma, tendría que haberme largado y haber desaparecido del mapa. Pero, claro, no quieres parecer una pringada y, cuando quieres darte cuenta, ahí estás tú, con un pasamontañas en la cabeza, viendo cómo gritan al desdichado chino para que saque el dinero de la caja. Nadie había contado con que el hombre tuviera

algo para defenderse y le arreara con una barra de hierro a Charly en todo el cráneo. La reacción de Raúl fue instantánea: pegarle un tiro al pobre diablo y, a continuación, a la cámara de seguridad.

Cuando vi tanta sangre, me puse histérica, pero mi novio fue rápido y tiró de mí con fuerza para subirnos a la moto y salir pitando, mientras el Pecas arrastraba a Charly hasta otra moto, dejando abandonada en el suelo a una persona que quizá todavía no estaba muerta. Supongo que, sin demostrarlo, sintieron tanto miedo como yo.

En cuanto llegamos al local de las afueras donde solíamos quedar, salté del vehículo todavía en marcha y le arreé un puñetazo a Raúl en toda la mandíbula que lo hizo caer al suelo.

—¡Sois unos mierdas, joder! —les grité a los tres—. ¿Qué coño habéis hecho? ¡Ese tío puede haberla palmado!

—¡Pero mira lo que le ha hecho al pobre Charly! —replicó a voces el Pecas, que había tumbado ya a su amigo. Éste gemía y sollozaba mientras no cesaba de manar sangre de la brecha de su cabeza.

—¡Pues que se joda tu amigo! —chillé.

—¿Y a ti qué cojones te pasa? —me increpó Raúl.

—¿Que qué me pasa? —seguí gritando—. ¿Tengo que explicarte lo que te hacen cuando te cargas a alguien?

—Tal vez no esté muerto —dijo de forma desinteresada, sin mirarme. Se inclinó sobre su colega, rasgó su camiseta e improvisó una venda para frenar la hemorragia.

—Vosotros estáis mal de la olla —les dije exasperada—. ¡Tenéis veintidós años, yo dieciocho! ¡Somos carne de presidio, joder!

—Oh, qué palabras tan cultas —replicó con desprecio—. Esa manía tuya de leer tanto... Siempre te has creído más que nosotros, más inteligente y más perfecta, pero eso no quita que estés metida hasta el cuello en la misma mierda.

—¡Porque a mí me gustaba estudiar, maldita sea! —vociferé de nuevo—. ¡Pero tuviste que aparecer tú y joderlo todo!

—Porque eras la tía más atractiva que había visto en mi vida —me soltó en un tono algo más suave—. Eras guapa y lista, y tenías que ser para mí.

—Y yo, como una gilipollas, me dejé embaucar por el tío bueno malote del barrio. ¡Ojalá no te hubiese conocido nunca!

Cuando hice el amago de marcharme de allí, Raúl, bastante menos amable, me aferró de un brazo e hizo que me girara ante él.

—¿Dónde crees que vas, preciosa?

Su cara era el reflejo del puro odio y sentí pánico por un instante, pero no pensaba seguir con ellos, ni con Raúl ni con los descerebrados de sus colegas, eso lo tenía muy claro. Se había acabado aquella mierda de vida rebelde.

—Me largo a mi casa —repliqué, zafándome de él—. Y no quiero volver a verte en mi puta vida.

—Es que no vamos a volver a vernos ninguno de nosotros —nos explicó—. Tanto si el chino vive como si estira la pata, la pena es la cárcel, así que lo mejor será que nos separemos y no volvamos a tomar contacto. Charly, Pecas —les dijo a sus amigos de una forma fría y calculada—, vosotros dos, largaos de la ciudad. Yo me iré también lejos. Será mejor no decirnos el destino. ¿Qué harás tú, Miki? —me preguntó.

Cómo odiaba que me llamase así.

—Ya te lo he dicho, me quedaré en mi casa.

—Recuerda que, si nos denuncias, serás cómplice —me amenazó.

—No te preocupes —le dije—: con no volver a veros, seré feliz.

Aquella noche me la pasé llorando en mi habitación. Tan sólo tenía dieciocho años y mi vida era una auténtica basura. Y, lo que es peor, ni siquiera podía echarle la culpa a Raúl, puesto que me había dejado arrastrar yo solita por su carisma, sus tatuajes y su aspecto físico.

Tengo que reconocer que soy bastante guapa, pero también bastante rarita. En el instituto apenas tenía amigas, porque me pasaba la vida leyendo, sumergida en mi propio y solitario mundo de los libros, entre las cuatro paredes de mi cuarto. Me comportaba como una borde marginada y nadie reparaba en mí.

Y entonces llegó él, Raúl, tan atractivo, tan interesante, tan peligroso. Por primera vez, mis compañeros advertían mi presencia al verme colgada de su brazo, y las chicas comenzaron a envidiarme. Incluso empecé a tener amigas, que, ávidas por poseer una pizca de aquella popularidad, se acercaban a mí en

busca de cualquier migaja de mi amistad.

Pero también empezaron las mentiras a mis padres, hacer novillos, las malas notas, las locuras... Creí estar enamorada, disfrutando con él mis primeros besos, las primeras caricias, el conocimiento del placer y el sexo...

Joder, no se puede ser más tonta.

Cuando desperté al mediodía, mis ojeras eran de órdago y no les pasaron desapercibidas a mis padres. Mi madre ya preparaba la comida y mi padre veía las noticias sentado en su sillón.

—Has vuelto a llegar a casa de madrugada, Micaela —me recriminó papá—. Dejaste el instituto para pasarte la vida de juerga con ese Raúl, que no me gusta un pelo. Al menos podrías echarnos una mano en la panadería.

—Tu padre tiene razón —intervino mi madre, que ya servía las lentejas en los platos—. A mí tampoco me gusta ese chico.

—Estáis de suerte —les dije mientras me sentaba en una de las sillas y me llenaba un vaso de agua—. Ya lo hemos dejado. No quiero volver a verlo nunca más.

—Eso espero —soltó mi padre. Era hombre de pocas palabras, pero no le hacían falta. Siempre le entendía a la primera.

Levanté la vista de mi plato cuando una noticia en la televisión llamó mi atención.

—Unos asaltantes desconocidos irrumpieron anoche en un comercio y dispararon al vendedor. Tras la llamada de un vecino, aparecieron los servicios de emergencia, que nada pudieron hacer para salvarle la vida. De momento, para empezar la investigación, la policía únicamente dispone de un pequeño fragmento de grabación de las cámaras de seguridad, pero no han podido reconocerlos por los pasamontañas que cubrían sus rostros. Parece que podría tratarse de una de las bandas del este de Europa, aunque también se baraja la posibilidad de que sean unos simples aficionados que...

Rápidamente, solté la cuchara, que cayó sobre el plato y cuyo contenido salpicó el pulcro mantel. Se me acababan de quitar las ganas de comer.

—¿Qué te pasa, Micaela? —inquirió mi madre—. Les he echado chorizo, como a ti te gustan.

—Lo siento, mamá, no tengo hambre. —Arrastré la silla hacia atrás y me

levanté de la mesa, volviendo a dejar a mis padres preocupados. Parecía que era algo que se me daba bastante bien.

No dormí nada durante las siguientes noches. ¡Joder, habían matado a un hombre en mi presencia y no había denunciado nada! Era una puta cómplice de homicidio, y eso, definitivamente, lo menos que puede hacer es privarte del sueño. Además, no dejaba de mirar de reojo hacia la puerta cada dos por tres, esperando a que en cualquier momento apareciera la policía y me esposara para llevarme a empujones a la comisaría y, de ahí, a la cárcel. Por primera vez en mucho tiempo, no pensé en mí misma, sino en mis padres, en lo que les haría sufrir ver mi vida destrozada. Ellos no se lo merecían.

Pero nada de eso ocurrió. Tampoco supe nada de Raúl o sus compinches y la vida en el barrio continuó igual... de aburrida, de monótona. Parecía que aquella parte de la periferia hubiese quedado congelada, anclada en el pasado.

Una de esas noches, cuando comprendí que tenía que seguir adelante con mi existencia, me puse el despertador a la misma hora que se levantaba mi madre: a las cinco de la mañana.

—Cariño —me dijo sorprendida—, ¿qué haces de pie a estas horas?

—Quiero ir a trabajar contigo —le expliqué decidida—. Quiero que me enseñéis todo sobre la panadería. Quiero hacer algo con mi vida.

Reencontrarme con el horno en funcionamiento fue como regresar a mi infancia. Mi padre seguía allí, trabajando durante la noche, manteniéndolo todo bajo control. Inspiré hondo el olor dulce de la masa caliente y, sin decirle nada, porque siempre me había entendido a la perfección, éste colocó ante mí un barreño para hacer la mezcla a mano. Introduje las manos en el tacto fresco y suave de la harina, y un placer inconmensurable me inundó por completo.

—Por favor, perdonadme —les rogué a mis padres mientras añadían a la harina el agua tibia con la levadura y mis manos se movían para amasarla.

—No hay nada que perdonar, hija —contestó ella—. Nosotros también tenemos mucha culpa por haber pasado aquí tantas horas y haberte desatendido. Nos pillaste un poco viejos ya —añadió con dulzura.

Miré a mi padre, esperando su respuesta. Seguía llevando, como yo recordaba, su pañuelo blanco en la cabeza y su impecable y pulcra vestimenta

del mismo color. Los restos de harina se le acumulaban en las pestañas, lo que le daba un aspecto mágico que de pequeña me hacía creer que papá era una especie de rey mitológico del pan.

—Gradúa la consistencia de la masa —me indicó, sin embargo—. Procura encontrar el punto ideal.

Aguanté como pude mis lágrimas. Sabía que ésa era la forma que tenía mi padre de decir que me había perdonado.

Siempre es temprano para rendirse.

NORMAN VINCENT PEALE

Capítulo 1

Ocho años después

Esperé a que se marchara todo el mundo después de darme el pésame. Necesitaba quedarme unos minutos a solas ante la tumba donde acababa de enterrar a mi padre, que únicamente había sobrevivido seis meses a mi madre. Al contrario que en las películas, no llovía ni hacía un día gris o frío, ni yo me cobijaba bajo un paraguas. Era un precioso y soleado día de primavera, como reflejaba el verdor de la hierba del camposanto o el brillo de las flores de los ramos y coronas que tantos amigos y vecinos habían vuelto a enviar.

Después, fui caminando tranquilamente hacia mi casa. Ya no tenía nada más que pensar en aquel triste lugar, salvo que me había quedado completamente sola.

Cuando llegué a mi barrio, paré un instante en una de las aceras y eché un vistazo a mi alrededor. Me daba la sensación de que era la primera vez que lo veía tal y como era... antiguo, decadente, degradado. Para mis padres siempre fue el lugar donde vivieron, donde construyeron su hogar cuarenta años atrás, pero la realidad era que seguir viviendo en aquel sitio ya no tenía sentido para mí.

Cuando subí a casa, solté las llaves y el bolso sobre la mesa, aunque rápidamente volví a cogerlos para dejarlos en la entrada, pues recordé al instante que mi madre siempre me pedía que no rayara la mesa, siempre tan brillante. Los respaldos del sofá y los sillones también permanecían cubiertos por tapetes de ganchillo para protegerlos, y porque era una labor que relajaba

a mi madre, lo mismo que los cuadros de punto de cruz que adornaban la pared. Varias fotografías, sobre todo mías, inundaban la vitrina del antiguo mueble del salón. Y ahí, precisamente, en el espejo de la vitrina, contemplé mi imagen. Mi rostro estaba macilento, imagen que se acrecentaba aún más debido a mi vestimenta negra y a mi pelo oscuro deslucido. Aparentaba diez años más de los que tenía.

Negué con la cabeza y cerré los ojos. Mientras habían estado mis padres conmigo, todo tenía sentido. Vivir en ese feo barrio, trabajar y trabajar a diario en la panadería o, incluso, dormir todavía cada noche con el miedo en el cuerpo, lo había sobrellevado bien por ellos, la única familia que tenía. En realidad, no tenía ni más familia ni amigos, sólo contaba con las personas que venían cada día a comprar el pan, y muchas de ellas ya eran ancianas e iban muriendo.

Tal vez, que yo tomara aquella resolución precisamente en aquel instante, nada más enterrar a mi padre, pudiera parecerle a alguien una decisión precipitada, incluso de mal gusto, pero me importaba un pimiento, puesto que no tenía que rendirle cuentas a nadie. Mis padres me habían dejado la panadería, la casa y, en el banco, el dinero que habían ahorrado a base de trabajo, así que yo era la dueña de aquella humilde herencia, a la que habría que añadir mis conocimientos adquiridos durante todo aquel tiempo sobre cómo llevar el negocio. Unos años atrás, mi padre incluso me propuso que estudiara algo, aunque tuviese que ayudarlos menos horas durante una temporada, con lo que obtuve el título de Técnico Superior en Hostelería y Turismo. Lo hice porque, aunque pareciese tener claro mi futuro profesional, lo cierto es que quise agradecerles de esa forma a mis progenitores que hubiesen confiado en mí. Además, quise demostrarme a mí misma que era capaz de muchas cosas, a pesar de que algunas veces todavía llorara en silencio, castigándome con el recuerdo de lo que había hecho en el pasado, pensando que tal vez no merecía tener la vida que tenía.

Con diligencia, busqué una de esas revistas informativas que a veces andaban por casa, donde se podían encontrar toda clase de anuncios de compra y venta, pues, con las ideas anticuadas de mi padre, nunca nos habíamos planteado la posibilidad de instalar Internet. Encontré una en un

cajón, entre blancas mantelerías perfectamente dobladas. Apunté varios teléfonos y me puse en contacto con algunos agentes inmobiliarios; tras hablar con ellos, descarté los que no me ofrecieron una cantidad razonable por el piso y el local.

Sólo un mes más tarde, me encontré en el notario, firmando la venta del local de la panadería. Ya sólo me quedaba vender el piso, pero antes debía tener alguna idea de cuál iba a ser mi próximo destino, del cual no tenía aún ni la más remota idea.

Cada día daba un paseo y entraba en una cafetería que ofrecía wifi a sus clientes, con lo que aprovechaba para echar un vistazo a las posibilidades, que eran más bien escasas. Demasiado lejos, demasiado cerca, ciudad excesivamente grande, pueblo excesivamente pequeño... Exasperada y harta, uno de esos días solté el móvil sobre la mesa y lancé un bufido. Sí, había resultado fácil pensar que debía irme de allí, venderlo todo y demás, pero ¿para irme a dónde?

—Perdón, ¿Micaela? —me dijo un hombre que se acercó a mí—. ¿Me recuerda?

Lo miré con el ceño fruncido. Joven, de impecable traje, pelo engominado, con olor a rancio... sí, claro, me sonaba. Era uno de los agentes inmobiliarios con los que había contactado semanas atrás. Su agencia había sido rápida en vender mi negocio, pero les estaba costando un poco más el piso.

—¿Puedo sentarme?

—Por supuesto —le respondí. Era más o menos de mi edad, pero no parecía estar allí para ligar conmigo, precisamente. Eso quedó del todo claro cuando comenzó a sacar algunos papeles y a colocarlos sobre la mesa.

—Creo recordar —comenzó a decir el chico— que usted me comentó en una de nuestras entrevistas que lo vendía todo para empezar de cero en alguna parte. ¿Ha elegido ya lugar para vivir?

—Pues la verdad es que no —contesté—. A este paso, acabarán ustedes vendiendo el piso y yo tendré que irme bajo un puente.

—Y supongo que tampoco tiene trabajo —añadió con una sonrisilla. Daba la impresión de que estaba a punto de agitar su varita de un momento a

otro y sacar un conejo de su chistera mágica.

—No —le aclaré, cruzando los brazos y recostándome en la silla, expectante a lo que pudiese decirme—, tampoco. Y, créame, aunque dispongo de ahorros, no tengo para vivir de rentas.

—Quería ofrecerle una buena oportunidad —continuó con el entusiasmo del típico vendedor—, una que no podrá rechazar. Nuestra agencia tiene contactos en gran parte del territorio español, por lo que disponemos de un número nada despreciable de propiedades para proponer a nuestros clientes.

Escuchaba su cháchara de vendedor ambulante mientras echaba un vistazo a una publicación de papel tamaño folio que había colocado ante mí. En ella había una fotografía de una casa de dos plantas, con la pintura algo descolorida, pero bien conservada en lo demás. Lo que más llamó mi atención fue el letrero que lucía sobre los bajos de la casa: «Panadería. Horno de pan».

—¿Qué es esto? —pregunté curiosa. No podía apartar los ojos de aquella imagen—. ¿Y dónde está?

—Sabía que le interesaría —soltó el vendedor, satisfecho—. Se trata de un negocio similar al suyo, a pleno rendimiento, que sus dueños, ya jubilados, han puesto a la venta. Ellos ya se han marchado a su pueblo de origen, por lo que usted dispondría de negocio y vivienda, ya que se ubican en el mismo edificio. En cuanto a su segunda pregunta —dijo más satisfecho todavía—, esta inmejorable oportunidad se encuentra a unos doscientos kilómetros hacia el sur, en la costa de Tarragona, junto al mar y la montaña, en un pueblo de unos cinco mil habitantes, un lugar perfecto para usted.

Menos mal que aquello me interesaba, porque su suficiencia y su perfecta dentadura blanca me estaban poniendo ya de los nervios.

—El precio es bastante razonable —continuó, consciente de que yo ya había caído rendida—, y nos quedaríamos con el piso como parte del pago.

Yo apenas lo escuchaba, sólo imaginaba ya un sinfín de posibilidades: pintar la fachada de blanco, colocar un nuevo letrero... Hornearía pan tradicional, dulces y panecillos...

—Me lo quedo —sentencié—. ¿Cuándo podré irme a vivir allí?

—En cuanto firme usted la escritura —contestó con otra de sus cansinas

sonrisas.

Capítulo 2

Reí y canté durante buena parte del camino —a pesar de haberme levantado a las cuatro de la mañana—, aporreando el volante como una loca mientras intentaba seguir la letra de las canciones. Supongo que la euforia del cambio y la expectativa de una nueva vida eran las responsables de que me sintiera así de bien. Aunque, en cuanto aparqué la vieja furgoneta de mi padre, cargada de maletas y de sueños, aquella euforia se me derrumbó un poco.

Salí del vehículo cuando llegué a la dirección que me indicó el comercial en su momento y me puse la mano sobre la frente para esquivar el reflejo del sol de primera hora de la mañana. La verdad, en aquel momento creí firmemente que también se podía aplicar Photoshop a las fotografías de las casas, porque aquello que yo estaba viendo poco se parecía a la imagen que me mostrara el vendedor de sonrisa Profidén.

Era una casa de dos plantas, hasta ahí toda semejanza. En la superior se ubicaba la vivienda, cuya fachada fue blanca un día de algún siglo. Todas las persianas permanecían torcidas, con docenas de pequeños agujeros. Una terraza de punta a punta de la fachada le daba un toque de color, a pesar de la barandilla oxidada y los restos de plantas que seguro ya eran especies extinguidas del Cretácico.

Para rematar el clavo, la panadería, situada en la planta baja, daba la sensación de no haber funcionado desde que dispusiera de un horno a vapor. El letrero colgaba de un solo soporte y se balanceaba peligrosamente sobre mi cabeza.

—Joder —bufé desanimada—. Pero ¿qué mierda es ésta?

Me sentí estafada por completo. Tenía que ser totalmente mentira que los propietarios acabaran de jubilarse y marcharse, y mucho más que aquello hubiese estado a pleno rendimiento en el último milenio. Era imposible que yo me hiciese cargo de aquella ruina.

Cogí el móvil del bolso y marqué el número del comercial con el que hice todos los tratos.

«El número marcado no existe», dijo una y otra vez la voz de la grabación.

—Genial —suspiré. Menuda colocada. Estafada vilmente.

Sin embargo, como hacía ya mucho tiempo que había decidido que siempre era temprano para rendirse, rebusqué en la guantera de la furgoneta el manojito de llaves de la que pasaría a ser mi casa a partir de ese momento.

«Esto es lo que hay, Micaela, así que saca pecho y no dejes que nadie vuelva a hundirte.»

Abrí primero la puerta de la calle —si se le podía llamar puerta a aquel trozo de madera carcomida—, que daba a una escalera que conducía a la planta superior. Le di al interruptor, pero, como en confabulación con todo el conjunto, la luz no funcionó. Accioné la linterna del móvil y subí con cuidado, sujetándome a la oscilante barandilla. Al menos, los escalones parecían fuertes, aunque algo desgastados.

Fue al acceder a la vivienda cuando tuve que sacar fuerzas de flaqueza, puesto que apenas había muebles, sólo unos cuantos trastos que tendría que sacar de allí para tirar o hacer una hoguera de San Juan con ellos. Los agujeros de las persianas filtraban pequeñísimos rayos de sol que producían una inquietante ilusión óptica, dotando a cada una de las estancias de un aire aún más irreal.

Vamos, que aquella casa lo único que ofrecía era polvo y miedo.

Intenté hacer un pequeño inventario mental: había armarios empotrados que podrían servirme, una vez extirpara de ellos unas cuantas telarañas y les pusiera unas puertas. Ningún somier ni colchón de los que había me serviría, pero sí una pequeña cama individual que encontré en una de las habitaciones y que tendría que ser mi lecho momentáneamente. Esperaba que no habitasen inquilinos extraños en ella.

Había también una mesa que cojeaba y un par de sillas de diferente color y estilo, pero que podrían servir hasta que comprara otras nuevas.

El baño... pues una vez lo fregara y pusiera unas cortinas de ducha... Abrí el grifo y salió un chorro marrón que salpicó mis vaqueros, mi camiseta y los azulejos. Afortunadamente, éstos no tenían un color determinado que hiciera pensar en un cambio de tono.

Por suerte, la cocina no estaba tan mal. Era antigua, pero los muebles parecían robustos y la cocina de gas funcionaba perfectamente. La nevera estaba para tirar y no había ningún electrodoméstico más, por tanto tendría que abastecerme de ellos con rapidez.

Volví a bajar por la escalera y accedí, muerta de aprensión por lo que pudiese encontrarme, al local que habría sido panadería en alguna época remota. La verdad, iba preparada mentalmente para lo peor y me encontré con lo único que valía la pena, pues era un establecimiento bastante grande que todavía disponía de un mostrador y unas estanterías de madera en la pared, todas ellas cargadas de bonitas cestas. Una vieja caja registradora parecía testigo mudo de otro tiempo. Decidí que la dejaría de adorno.

Atravesé un ancho hueco bajo una arcada de ladrillos que había al fondo del espacio y busqué a tientas algún tipo de interruptor. Esta vez, al menos, se iluminaron varios fluorescentes en el techo que, aunque lucían de forma intermitente y emitían chirriantes zumbidos, me dieron la sensación de permanencia a la época actual.

Cuando miré a mi alrededor, creo que emití un grito agudo mientras me llevaba las manos a la boca. Y no, no fue de miedo o frustración, esta vez fue de alegría, puesto que allí se hallaban la mayoría de las cosas que se podían necesitar en cualquier panadería: cucharas y jarras medidoras, boles de acero inoxidable, balanzas, rodillos, coladores... Y lo más alucinante: un par de modernos hornos de pan eléctricos de diferente tamaño y una amasadora en perfecto estado. Enchufé los aparatos y, para mi alivio, funcionaron.

Una ahogada carcajada brotó de mi garganta, al mismo tiempo que las lágrimas lo hacían de mis ojos. Parecía que no todo iba a salirme mal aquel día, y que la posibilidad de haber sido la víctima de un engaño se limitaba a haber sido sólo medio estafada, como el vaso que vemos medio lleno.

Y lo mejor de todo fue contemplar el bonito horno de leña situado en la pared del fondo, construido con ladrillos y con la abertura en forma de arco. Mis padres tenían uno muy parecido y su pan de leña había tenido siempre un éxito enorme, así que intentaría, por lo menos, hornear algunas piezas en aquel horno rústico.

Salí a la calle con el ánimo tan renovado que sentí ganas de saludar a cualquiera que pasara por allí, aunque no parecía haber mucho movimiento a esas tempranas horas. Aquél me pareció un barrio tranquilo, con muchas casas de planta baja y escasos edificios de poca altura.

Me había interesado por buscar información sobre aquel pueblo y recordé que no era muy grande ni muy poblado, pero que en la época estival solía incrementar su población debido a su cercanía al mar, sus rutas de senderismo y su castillo medieval, aunque éste no podía visitarse por ser propiedad privada.

Así que, como no había nadie a quien saludar, había llegado el momento de remangarse. Fui sacando las maletas del vehículo y subiéndolas una a una a trompicones por la escalera. Las dejé provisionalmente sobre una de las desvencijadas camas y abrí una de ellas para sacar un chándal y unas zapatillas deportivas. Me cambié, me recogí el pelo en una coleta y comencé a amontonar trastos en la terraza. Encontré algunos utensilios de limpieza y fui alternando el arrastrar de los muebles con pasar la escoba por los techos para quitar las telarañas o barrer el suelo.

Dejaba caer el último mueble sobre la pila de trastos de la terraza cuando el ruido de una moto llamó mi atención. Me asomé sobre la oxidada barandilla y observé cómo el motorista paraba y miraba hacia arriba. Bajó del vehículo y se quitó el casco antes de saludarme cortésmente.

—Buenos días —me dijo—. Si necesita ayuda, me ofrezco para lo que sea. Busco trabajo de cualquier cosa y aceptaré lo que quiera pagarme.

A pesar de la altura de un piso que nos separaba, pude apreciar la juventud de aquel chico, que no aparentaba más de veinticinco años, lo mismo que su *look* poco convencional, como su cabeza casi rapada, sus *piercings* y los tatuajes que adornaban casi cada tramo visible de su piel.

Le pedí que esperara y bajé la escalera. Pensé que me iría bien un poco de

ayuda.

Bueno, más que irme bien... la necesitaba urgentemente, pero no pensaba mostrar ni el más mínimo ápice de mi desesperación. Menos mal que no me vio descender los escalones a velocidad supersónica. Antes de salir a la calle, contuve mi sonrisa y erguí los hombros para mostrarme de lo más digna.

—Buenos días —le contesté una vez frente a él.

Mirándolo de cerca descubrí el velo de cansancio que cubría sus bonitos ojos verdosos, que lo dotaban de una mirada triste, pero a la vez de la inteligencia que ofrece la experiencia de haber vivido demasiadas cosas que no hubieses querido vivir. Bajo la apariencia de seguridad que le otorgaba su vestimenta de cuero, parecía esconder una vulnerabilidad que no se molestaba demasiado en disimular.

—Debo deshacerme de todo ese montón de trastos —le comenté junto a un gesto de cabeza dirigido a la terraza—. Necesito limpiar la casa y la panadería, comprar muebles nuevos y electrodomésticos, y arreglar un montón de cosas, como enchufes o grifos. Si no tienes idea de cómo hacer esta casa más habitable —añadí con los brazos en jarras y la expresión que pondría la jefa más borde—, ya puedes coger tu moto «imán de chochetes» y largarte a algún botellón.

—Tendrás que llamar al ayuntamiento —respondió de forma lacónica, sin alterarse— para que instalen un contenedor y podamos ir metiendo dentro todos esos muebles viejos. Después me pondré a arreglar los desperfectos. Soy capaz de arreglar cualquier cosa y puedo empezar ahora mismo.

No me lo podía creer. ¿De dónde había salido aquel ángel de la guarda con músculos? A punto estuve de arrodillarme ante él y abrazarme a sus piernas en señal de agradecimiento, pero continué con mi inexpresividad. En aquellos momentos urgía ser una mujer práctica.

—Pues, entonces, comencemos —solté, tendiéndole la mano—. Me llamo Micaela. ¿Y tú?

—Yo soy Salva —me dijo con un fuerte apretón de manos.

No podía ser más apropiado. Aquel chico con pinta de macarra se convirtió durante aquellos días en mi salvador.

Capítulo 3

Nunca unas horas habían sido tan aprovechadas como las de aquel día entre Salva y yo. Como él me dijera, llamé al ayuntamiento, que rápidamente me instaló bajo la terraza un gran contenedor, donde mi «empleado» fue lanzando muebles o artefactos viejos con la facilidad del que lanza pelotas a una canasta. Yo, mientras tanto, estuve fregando armarios, suelos, azulejos y puertas, para, a continuación, pasar a colocar mi ropa, mi calzado, mis utensilios de aseo y mis libros.

—Tendría que comprar algunas herramientas —me indicó Salva, después de que la casa comenzara a perder el tufo a moho y a cerrado—. Hemos subido las persianas, pero ya no pueden bajarse. Y tengo que revisar la instalación eléctrica.

Entendí el mensaje. Necesitaba dinero.

—Toma —le dije, después de sacar el monedero de mi bolso y entregarle unos billetes—. Compra lo que te haga falta. Y trae algo de comida y bebida, por favor.

Cogió el dinero, asintió con la cabeza y se marchó con la moto.

Levanté ambas cejas. Aquello representaba el sueño de cualquier jefe, un empleado que sólo trabajara y no hablara ni una palabra.

Llamé, mientras tanto, a la compañía telefónica para que me instalasen Internet y consulté en el móvil el catálogo de Ikea, donde comprobé que podía adquirir todo lo necesario sin moverme de casa. Por una cantidad razonable de dinero, tendría mi casa amueblada y decorada sin tener que dedicarme a visitar tiendas. Siempre he odiado ir de compras.

Salva arregló las persianas en espera de que me colocasen unas nuevas. Me cambió los enchufes e interruptores y los grifos del baño y la cocina. Lo observé mientras trajinaba bajo el fregadero, sentado en el suelo. Le asomaban las piernas, enfundadas en los vaqueros, y el torso desnudo y sudoroso, cubierto de tatuajes, después de haberse deshecho de la camiseta. Sus manos, grandes y curtidas, manejaban con facilidad tanto un gran peso como pequeñísimas piezas que hubiesen de encajar a la perfección.

Me acerqué a él y le ofrecí una de las cervezas que habíamos metido en un cubo con hielo. Esperaba que los señores de la conocida tienda sueca se afanaran por llegar lo antes posible, porque, entre otras cosas, el frigorífico se hacía bastante imprescindible.

—Toma, echa un trago —le propuse.

Él sacó la cabeza de debajo del fregadero y me cogió el botellín que luego se llevó a la boca para dar un generoso sorbo. Observé ensimismada el movimiento de su garganta al tragar y una pequeña gota de espuma que se deslizó sobre su pecho tatuado hasta desaparecer tras la cintura de los vaqueros.

Joder. Tuve que carraspear y mirar hacia otro lado. Aquella visión me estaba trastornando más de lo que debería hacerlo.

¿Me estaba poniendo cachonda?

Recordé que, en mi vida, el sexo brillaba por su ausencia, pero, a pesar de esa carencia, supe en aquel instante que nunca tendría nada con Salva.

Entre él y yo surgió una chispa nada más conocernos, nada más mirarnos la primera vez, pero fue de reconocimiento, de descubrir en el otro demasiadas cosas de nosotros mismos. Vi en aquel chico una especie de reflejo de mí misma y, de alguna forma, supe que había entrado en mi vida para quedarse.

—Gracias —me dijo cuando se acabó la cerveza. Me devolvió el envase y retornó a su tarea.

—Estás haciendo un magnífico trabajo —lo felicité, mirando a mi alrededor, satisfecha. Al menos, se merecía un halago—. No entiendo que un manitas como tú esté sin trabajo. ¿Dónde has aprendido a hacer tantas cosas?

Salva paró el movimiento de sus manos, que todavía intentaban colocar el

desagüe. Después, se deslizó hacia delante y se puso en pie ante mí.

—En la cárcel —me contestó.

Me miró desafiante, como si estuviese acostumbrado a dar esa misma explicación a la gente, esperando un desprecio que siempre llegaba. Me pregunté si esa misma gente fue capaz alguna vez de ver tras ese desafío la sombra de temor que lo cubría, pues estaba claro que Salva temía perder la poca esperanza que le quedaba.

—En la cárcel —repetí inexpresiva—. ¿Cuánto hace que saliste?

—Tres meses —me contestó—. Desde entonces nadie me contrata ni para recoger mierda. Estaba a punto de largarme de este puto pueblo cuando te he visto en la antigua panadería.

—¿Cuál fue tu delito? —le pregunté. Como si me importara; como si fuera a horrorizarme, dijera lo que dijese.

—Una suma de varios —respondió, sin moverse todavía—. Tráfico de drogas, robo, falsificación...

—No es una buena carta de presentación para encontrar trabajo —expuse al comprender por fin su desesperación por un empleo y por pertenecer a una sociedad que no lo aceptaba.

—Lo siento —me dijo, soltando la llave inglesa que llevaba en la mano —, debí habértelo dicho nada más aceptarme.

Debió de leer la duda en mi semblante y por eso hizo amago de marcharse, pero nada más lejos de mis intenciones. ¿Quién era yo para juzgarlo? Seguramente, la menos indicada del mundo.

—Alto ahí —solté—. No pretenderás largarte ahora y dejarme tirada, ¿verdad?

—No quiero que te sientas obligada a quedarte conmigo —afirmó tenso—. Puedo seguir buscándome la vida, como he hecho hasta ahora.

—Pero ¿tú has visto lo que me rodea? —exclamé con los brazos en jarras—. Hoy he descubierto que me han timado, que para vivir tengo poco más que cuatro paredes ruinosas y que para ganarme la vida deberé transformar ese agujero de abajo en una panadería monísima donde las señoras mayores y las mamás con sus hijos puedan entrar a comprar el pan cada día. Así que —lo increpé—, si tú puedes buscarte la vida, yo no. Te necesito aquí, Salva, y

ni se te ocurra esfumarte.

—No sé de dónde has salido —me dijo con una sensual sonrisa *derritebragas*—, ni qué te ha llevado a caer precisamente aquí, pero gracias, Micaela. Eres una tía de puta madre y no te defraudaré.

—Más te vale —le respondí con otra sonrisa—, porque voy a pagarte por ayudarme, así que vuelve a colocar tu precioso culito bajo ese fregadero y termina de arreglarlo. Al menos —añadí divertida—, me alegraré la vista contigo. No todos los días encuentra una a un tío tan perfecto, un manitas y con ese cuerpazo. Quien no haya querido contratarte ha sido imbécil.

—Tú tampoco estás nada mal —contestó él, concentrado en su tarea.

Los dos entendimos que continuar como si nada, buscando además el lado divertido a las cosas, era una forma de aceptación mutua, dejando claro implícitamente que nos importaba una mierda nuestro pasado o nuestros motivos.

—¿Que no estoy nada mal? —le contesté fingidamente indignada—. Perdona, adonis de barrio, pero creo que estoy bastante buena.

—Pues yo todavía no te he mirado como tú a mí —replicó, aún bajo el fregadero—, que parecía que fueses a comerme de un momento a otro. Creo que me he echado una jefa acosadora.

—Ponte a currar, guapo —le ordené, después de darle una patada en la espinilla—. Te demostraré lo que es acoso cuando te haga pintar toda la casa por dentro y por fuera. Cuando acabes de darle al rodillo, vas a odiarme más que al juez que te condenó.

—No pienso odiarte, mi guapa jefa —me contestó—. Seas quien seas y vengas de donde vengas.

Y así, de esa manera tan tonta pero tan sincera, conquistó mi corazón definitivamente. Quise a Salva desde aquel instante y se convirtió en el primer miembro de mi nueva familia.

Aunque no sería el único.

Habían pasado horas y estábamos exhaustos. Sólo teníamos en el cuerpo un poco de pizza fría y unas cervezas y empezábamos a decaer. Nos habíamos sentado en el suelo, apoyados en el mostrador de lo que cada vez se parecía más a mi ansiada panadería. Todavía quedaba bastante por hacer,

pero, con la ayuda de Salva, lo que me hubiese parecido una enorme montaña por escalar, ya se asemejaba cada vez más a un pequeño bache que saltar.

—Mi reino por algo de comida caliente —dijo mi ayudante con una sonrisa torcida.

Ladeé la cabeza hacia él y le devolví la sonrisa, aunque él mantenía los ojos cerrados. La piel de su rostro estaba llena de suciedad, su corto cabello mantenía restos de polvo rojizo y su cuerpo olía a sudor, pero, aun así, su cercanía me parecía lo más agradable del mundo.

Claro que, seguro que mi apariencia debía de ser bastante peor... por no hablar de mi olor.

—A lo único caliente que te puedo invitar —le dije— es al agua de una buena ducha.

—El calentador no funciona —soltó sin inmutarse.

—Joder —bufé y reí al mismo tiempo—. Pues, nada, el agua fría tonifica los músculos.

En ese instante alguien tocó a la puerta. O, más bien, alguien golpeó suavemente el cristal con algo metálico que podría ser una llave.

—¿Esperas a alguien? —pregunté a Salva, arqueando ambas cejas.

—¿Yo? —inquirió divertido—. Creo que la única persona del pueblo que me saluda es el ciego que vende los cupones en la puerta del supermercado.

Abrí la puerta y apareció ante mí una chica joven que llevaba una bandeja en las manos. Sonrió con timidez y, aunque la noche ya empezaba a caer, pude atisbar un rostro afable y juvenil.

—Hola, perdona —me saludó—. Soy Paula y vivo en esta misma calle. He pasado esta tarde por aquí y te he visto muy atareada. Esta casa lleva ya algún tiempo cerrada y he pensado que posiblemente no podrías prepararte la cena.

Dicho esto, extendió los brazos para mostrarme una succulenta tortilla de patatas.

Miré hacia el cielo. ¿Dónde estaba el truco? ¿Dos ángeles el mismo día?

—Yo... no sé qué decir —contesté algo aturullada—. Gracias, Paula. ¿Quieres pasar? Todavía no hay mucho que ver, pero así luego podrás apreciar el cambio. Por cierto —me presenté con la mano tendida—, yo soy

Micaela.

—Encantada, Micaela.

La chica entró en el local, que, con la mortecina luz de los parpadeantes fluorescentes, aún tenía un aspecto triste y descuidado. Salva se puso en pie al verla.

—Todavía lo esperaba peor —comentó Paula, sin dejar de mirar a su alrededor—. Creo que, con un poco de pintura y algunos detalles, puede quedar muy bien.

—De momento, tengo ayuda, que ya es mucho. —Le señalé a Salva—. Éste es Salva o, lo que es lo mismo, mi ángel salvador. Ella es Paula y nos ha traído la cena —le dije como presentación.

Temí por un instante que a ella no le gustara su aspecto, o que a él no le hiciera gracia confraternizar con alguien del pueblo, pero suspiré aliviada cuando los vi darse un par de besos y saludarse con una sonrisa. Ella parecía frágil, refinada, con el pelo rubio recogido en una coleta, vaqueros y deportivas. Tenía el aspecto de una niña, aunque luego supe que era incluso unos años mayor que yo. En cuanto vi que sonreía a Salva, me cayó bien.

—Debemos de tener poderes —intervino Salva, divertido—, porque ése ha sido nuestro deseo antes de que tocaras a la puerta.

—Pues me alegro de haber acertado —dijo ella.

Coloqué el plato sobre el mostrador y busqué algo que se pareciera a unos cubiertos, pero sólo encontré cuchillos. Servirían para partir la tortilla y poder comerla sin tener que cogerla con las manos. El hambre que arrastrábamos casi nos podría haber hecho perder la dignidad, pero aguantamos perfectamente.

—Joder, está buenísima —exclamó Salva con la boca llena—. Gracias, Paula. Ya son dos las personas de este pueblo a las que adoro.

—De nada. —Sonrió—. Ha sido un placer. La cocina se me da bastante bien.

—¿La otra persona soy yo? —le pregunté con una fingida mueca de horror.

—Sabes que sí, que te adoro —me dijo antes de darme un beso en el pelo. No me importó que sus labios estuvieran pringados de aceite de la tortilla.

Seguro que mi pelo tenía cosas peores.

—No me seas pelota, que no por ello te voy a pagar más.

Paula nos miraba asombrada. Yo misma estaba alucinando por la facilidad con la que había congeniado con él en tan sólo unas horas juntos, sobre todo si tenía en cuenta los pocos amigos que había tenido en mi vida. En mi defensa diré que, durante la mayor parte de mi infancia, fui una marginada y, durante mi adolescencia, junto a Raúl, sólo se me acercaron por interés.

De todas formas, con el tiempo he llegado a la conclusión de que era por mí, porque nunca había dejado que nadie se acercara demasiado, bien porque no me fiaba de ellos o para que no me hiciesen daño. Incluso fui muy poco cariñosa con mis padres, porque sabía que no tardarían demasiado tiempo en dejarme, como así fue.

Algo en mí debió de cambiar para dejar acercarse a Salva, primero, y a Paula, después. Y me alegraré cada día de mi vida de aquel bienvenido cambio.

—Te propondría que nos hicieses compañía —le comenté yo, también con la boca llena—, pero seguro que te esperan en casa o tienes mejores cosas que hacer.

—Pues la verdad es que no —nos sorprendió, sentándose en el suelo junto a nosotros—. Estoy sola en casa y me aburro como una ostra. Si no os importa que me quede con vosotros...

—Claro que no —acepté—. ¿Vives sola?

—No —contestó tras un suspiro—. Estoy casada, pero mi marido viaja todo el tiempo y me paso la vida en casa. Nos mudamos hace poco y no conozco a nadie todavía.

—Con razón no te has ido corriendo cuando me has visto —ironizó Salva—. Porque no me conoces.

—He oído hablar de ti —le aclaró Paula—. Vecinas chismosas las hay en todas partes, pero creo que, encontrarte trabajando aquí después de que la gente te haya repudiado de esa manera, sólo merece mi respeto.

—No se te vaya a subir a la cabeza tanto halago, Salva —intervine tras propinarle un codazo al verlo con la boca abierta.

Reímos los tres y continuamos charlando mientras nos terminábamos la tortilla con la última cerveza que nos quedaba. Le enseñé a Paula la casa y le expliqué, emocionada, todo lo que pensaba hacer para que aquello fuese una moderna y a la vez tradicional panadería.

—Creo que puede irte bien —me animó la chica—. La gente de esta zona ha de ir a comprar el pan en coche o ir hasta el supermercado más cercano, que vende únicamente *baguettes* congeladas. Además, hay un colegio bastante cerca de aquí y seguro que las mamás se acercarán a echar un vistazo.

—Ojalá —deseé, dejando caer los hombros—. Estoy muy ilusionada, a pesar del timo que me encasquetaron con esta casa. Me dijeron que los dueños se acababan de jubilar y que estaba a pleno rendimiento. Ya les vale —bufé—. Esto no funciona desde la revolución industrial.

—En realidad —intervino Salva—, sí es cierto que estaba a pleno rendimiento, pero hace unos años murió el hijo de los propietarios. Tenía mi edad, y los padres se quedaron destrozados, por lo que dejaron de atender el negocio y poco a poco lo fueron abandonando. Se marcharon hace cosa de un año, pero nadie ha querido la casa y únicamente ha servido para que los críos tiren piedras contra las ventanas.

—¿Me estás diciendo —solté con cara de pocos amigos— que en la que va a ser mi casa murió un chico y que por eso me han engañado para que la compre?

—Seguramente —dijo impasible—. Yo lo conocía, íbamos juntos al colegio.

—¿Y de qué murió, si puede saberse?

—No lo sé, creo que de una extraña enfermedad. La gente le ha echado imaginación y ha llegado a decirse que fue en extrañas circunstancias.

—Tú eres gilipollas —le dije a Salva—. ¡No me has dicho ni pío y llevas todo un día conmigo!

—¿De qué hubiera servido? —objetó el muy capullo, encogiéndose de hombros—. Ya la habías comprado y urgía arreglarla más que ponernos a averiguar la historia de la casa.

—Mira —le espeté apretando los puños—, no te mato porque te necesito.

—Yo creo que tiene razón —intervino Paula—. Ya no sirve de nada lamentarse. Ahora tienes que seguir adelante con tu sueño y olvidarte de lo demás. Yo también podría echaros una mano —añadió inexplicablemente contenta—. ¿Puedo venir mañana? Hasta el moño estoy ya de ver la tele y quitar el polvo.

—Gracias de nuevo, Paula —le dije, sin dejar de mirar de reojo a Salva, que a veces daba la sensación de tener horchata en las venas en lugar de sangre—. Ven cuando quieras. Me encontrarás en el mismo sitio.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció Salva—. Se ha hecho muy tarde y apenas hay farolas en esta calle.

—Claro, gracias —contestó ella. Yo puse los ojos en blanco ante aquella muestra de galantería.

—Oye, Salva —lo llamé cuando ya salían los dos por la puerta—. ¿Tienes donde pasar la noche?

—¿Me estás ofreciendo quedarme aquí contigo? —me preguntó divertido.

—¿Tienes o no? —repetí malhumorada.

—De momento, sí —respondió—. Un amigo me alquila una mierda de habitación, pero ya me sirve. Gracias de todos modos, Micaela.

—Yo no te he dicho que fuera a invitarte a quedarte aquí —objeté levantando la barbilla.

—Claro que no —me dijo sonriente antes de desaparecer tras la puerta y dejarme sola.

Vaya dos. Qué fácil nos resultaba picarnos el uno al otro.

Apagué las luces del local y subí a la casa después de atrancar la puerta con una silla hasta que me pusieran una nueva. Me di una rápida ducha fría y me tumbé en la única cama que habíamos dejado en la casa, donde antes había colocado unas sábanas limpias.

Apenas pude dormir la primera noche y llegué a arrepentirme de no haberle insistido a Salva para que se quedara a dormir y a hacerme compañía. Pero preferí no acostumbrarme a tenerlo a mi lado constantemente y me obligué a pensar sólo en la lista de cosas que iba a necesitar al día siguiente.

Capítulo 4

Una semana. Si contaba los días, las noches, las horas de trabajo, los viajes en moto, las llamadas telefónicas y los momentos de mala leche cuando algo no salía bien, podía llegar a considerarlo un tiempo excesivamente largo. Sin embargo, mirado en retrospectiva, una semana me parece ahora todo un récord de rapidez para tenerlo todo a punto.

La casa ya estaba pintada por dentro y por fuera, amueblada y decorada. Todo el conjunto era sencillo, pero, con el predominio del color blanco de las paredes y los muebles, el resultado era limpio, luminoso y muy funcional. Ya no quedaba nada de la casa mustia que me había encontrado sólo unos días atrás. Incluso coloqué varias macetas en la terraza, con petunias y geranios. Esperaba no olvidarme de regarlas.

Lo mejor de todo estaba en el piso de abajo. Mi sueño dejaba de serlo para convertirse en realidad, pues ya sólo faltaba el olor a pan recién hecho para que Panadería Micaela fuese algo tangible.

Bueno, eso y los clientes, claro. Por no contar con que iba a necesitar contratar al menos a dos personas que pudiesen ayudarme y a las que no les importaran los horarios intempestivos y trabajar los días de fiesta.

—Ha quedado genial, ¿verdad? —me dijo Salva, que se situó junto a mí para admirar desde la acera de enfrente el bonito letrero que me acababan de colocar. Ver mi nombre, que era el mismo que el de mi madre, allí, en lo alto, casi me provoca un nudo en el pecho de la emoción.

—Gracias por tu ayuda, Salva —le agradecí, enlazando mi brazo con el suyo—. Sin ti no lo habría conseguido. Y sin ti tampoco —le comenté a

Paula, que se acercó a nosotros con su habitual sonrisa.

—Claro que lo habrías conseguido igual —replicó Salva, mientras me cogía de la cintura y me estrechaba contra él—. Eres la tía más tozuda que he visto en mi vida. Lo que tú no consigas con un teléfono, no lo consigue nadie.

—No sé si darte las gracias por ese cumplido —comenté—. Aunque creo que sí, que es un bonito piropo viniendo de ti. Ahora, por fin —añadí tras un suspiro, separándome de mi amigo—, dispongo del lugar, los permisos, la maquinaria... y ya tengo preparados los mejores ingredientes. Sólo me falta contar con un par de personas y hacerme algo de publicidad.

—Yo sólo podré venir a echarte una mano en momentos puntuales —se lamentó Paula—. Mañana regresa mi marido y ya teníamos planes hechos.

—¿Fin de semana romántico? —inquirí divertida—. Aunque, después de tantos días sin veros, dudo de que lo primero que hagáis tenga algo de romántico.

—Aparte de eso, burra —me dijo con un codazo.

Reía, pero la risa no le llegaba a los ojos. A pesar de los pocos días que hacía que la conocía, sabía que algo pasaba, aunque todavía resultaba algo pronto para preguntarle el motivo. Esperaba que me lo aclarara ella misma, como así fue.

—Tenemos hora con el especialista en una clínica de fertilidad. Llevo dos años intentando quedar embarazada y no lo consigo.

—Verás como todo sale bien —la animé al mismo tiempo que la abrazaba—. Hoy en día hay muchos recursos. Si no —bromeé—, siempre te quedará la opción de tener un perrito o cualquier mascota. A veces dan más cariño que los hijos.

Intenté que nadie notara la pena que me invadió, recordando los pocos abrazos que les di a mis padres, lo mal que me comporté con ellos muchas veces.

—Eres única dando consejos —intervino Salva, poniendo los ojos en blanco.

—A ver si alguno de vosotros me recomienda a alguien que pueda llevar el horno de mi panadería —les dije, volviendo a la realidad.

—No tengo ni idea —comentó Paula.

—Ni yo —añadió Salva.

—En fin, tendré que buscarme la vida. ¿Qué harás tú ahora, Salva? ¿Dónde vas a ir?

—No lo sé —contestó mirando a ninguna parte—. Comenzaba a hacerme a la idea de vivir en este pueblucho, pero si nadie me da trabajo...

—¿Qué te parecería trabajar de panadero? —le propuse, como si se me hubiese acabado de ocurrir justo en aquel momento y no fuese la primera idea que había tenido desde el principio.

—No tengo experiencia —contestó—. He hecho casi de todo en esta vida, menos de panadero.

—Yo podría formarte —insistí—. Te mostraría cómo preparar la masa madre, la forma de hacer una buena mezcla, el proceso de fermentación, el horneado...

—Vamos, Salva —lo alentó Paula—. No vas a encontrar una oportunidad mejor. Y seguro que Micaela te enseña en un santiamén.

—Te haré contrato, totalmente legal —añadí—, pero sabes que se trata de unos horarios muy malos, que apenas tendremos festivos...

—Para ya de intentar convencerme —dijo por fin Salva, con la más pícara de sus sonrisas, aquellas que conseguían derretirte el corazón... y las bragas—. ¿Por qué has tardado tanto en pedírmelo?

—¡Joder! —Reí—. Yo aquí, sin saber cómo proponértelo, sufriendo porque te ibas... Qué capullo eres —le recliné con un fuerte puñetazo en el brazo.

Sólo Paula fue consciente del suspiro de alivio que emití. Había pasado unos instantes de verdadero pánico, creyendo que Salva se marcharía y no volvería a verlo.

—¿Por dónde empezamos? —me preguntó.

—Creo que deberíamos comenzar por darnos un poco a conocer. Mira —le indiqué, mostrándole unos folletos a color—: he mandado imprimir unos cuantos con el nombre de la panadería, la dirección, el teléfono, el correo electrónico, la fecha de inauguración... Sí, ya sé, ya sé que resulta un método algo anticuado, pero creo que es el más efectivo.

—¿No se supone que estamos en la era digital de la información y la

comunicación? —bufó Salva—. ¿Por qué no te anuncias en Internet?

—Estoy en ello, aunque me está costando. Diseñar una página web me parece de lo más complicado.

—Yo puedo ayudarte —intervino Paula—. Trabajé durante años en el departamento de marketing de una empresa de reformas de cocinas y no se me da mal el tema del diseño.

—Gracias, cielo, eres mi otro ángel salvador. Aun así, combinaremos la tecnología con el sistema tradicional. Ofreceré degustaciones, muestras gratuitas en los comedores escolares y la residencia, y repartiremos estos *flyers*.

—¿Estás diciendo que nos tenemos que patear el pueblo para echar estos anuncios en los buzones? —exclamó Salva.

—Pues sí —afirmé tajante—. Aquí tenéis, un puñado cada uno en una pequeña mochila que llevaréis a la espalda. Os he echado una botellita de agua y todo, como si fuerais de excursión. Nos dividiremos y elegiremos una zona diferente cada uno.

—Joder —se quejó Paula—, ni siquiera vamos a ir juntos.

—¿Queréis ayudarme o no? —insistí, mientras me colocaba mi mochila a la espalda—. Porque, si la respuesta es no, dispongo de deportivas con cámara de aire que me ayudarán a recorrer el pueblo de arriba abajo yo solita.

—Sabes que sí, capulla —gruñó Salva mientras se ponía también la mochila y Paula lo imitaba—, así que deja de decir chorradas.

Era algo que ya había hecho otras veces años atrás y no me disgustaba en absoluto. Mi padre, siempre fiel a sus pensamientos de la vieja escuela, mandaba imprimir dípticos publicitarios que yo me encargaba de distribuir por la ciudad para anunciar «Panadería Micaela» y su sabroso pan tradicional, o aprovechábamos para recordar fiestas puntuales, como Reyes, Pascua o San Juan.

Así que, con mi coleta, mi gorra y mis gafas de sol, me dispuse a distribuir propaganda por los buzones, o incluso en mano, cuando pasaba por algún lugar concurrido, como un parque o un colegio.

Seguí caminando hacia el interior del pueblo, por la parte más antigua, donde se erguía el famoso castillo medieval. Todavía no había tenido el

placer de acercarme a la playa, con lo que a mí me ha gustado siempre el olor a sal, el rugir de las olas, sentir la arena fresca en los pies... Pero decidí que tenía una prioridad y opté por terminar mi tarea cuanto antes.

Observé ante mí el majestuoso castillo, una fabulosa edificación del siglo XIV que adquirió el marqués de la región en el siglo XVII y cuyos descendientes lo habían ido conservando hasta la actualidad. Habían tenido el buen gusto de respetar aquel magnífico aspecto de fortaleza con que lo dotaba la pequeña muralla que lo rodeaba, toda cubierta de hiedra y coronada por troneras y garitas.

Me acerqué a la enorme verja de hierro y me asomé entre los barrotes. Admiré el grandioso patio del interior de la propiedad y suspiré. ¿Quién tendría la suerte de vivir allí?

De pronto pensé que, si allí habitaba una familia, ésta también comería pan, ¿no?

Saqué de la mochila uno de los pocos folletos que me quedaban y lo dejé sujeto entre la reja de hierro y el muro de piedra, ya que no había buzón, detalle que no los hacía parecer muy sociables, la verdad.

—No se moleste, no atienden visitas.

Me giré al oír esa frase detrás de mí. Un anciano sentado en un banco tomaba el sol tranquilamente mientras su perro olisqueaba el terreno a unos metros de él. Ni siquiera me había percatado de su presencia.

—¿Por qué no? —pregunté al hombre mientras me acercaba a él.

—Son raros —contestó escuetamente.

—¿Qué ocurre? —le dije con ironía—. ¿Todavía se creen los amos del lugar? ¿Tal vez no han evolucionado aún y conservan la perspectiva del siglo XVII?

—¡Qué va! —negó el anciano con una sonrisa—, no es eso. Son muy modernos todos ellos, con sus cochazos deportivos y sus lujos, pero se dicen cosas... extrañas de la familia Requesens.

—¿Extrañas? ¿Cómo de extrañas? —me interesé, sacando a relucir mi vena más cotilla.

—Cuentan —susurró el viejo, mirando hacia el castillo, como si en medio de aquel silencio alguien pudiera escucharnos— que el actual dueño mató a

su mujer, y que por eso vive enclaustrado aquí, menos cuando sale en busca de compañía femenina.

—Parece que acabe usted de describir al conde Drácula —le dije con ironía, pero con interés—. Ahora sólo falta que añada que sale exclusivamente de noche y que se alimenta de la sangre de sus amantes.

—No, no —el hombre rio—, nada de eso. Tiene una amante fija que algunos ven entrar de vez en cuando y que, hasta la fecha, sigue viva. —Volvió a reír, mostrando su perfecta dentadura postiza.

—¿Y quién más vive aquí? —inquirí.

—Sólo el hijo mayor vive en el castillo, aunque su hermana y su cuñado pasan también algunas temporadas. Me da la sensación de que todos ellos son la viva estampa de aquello que dicen de que el dinero no da la felicidad. Ningún miembro de la familia se deja ver en público. No sé cuál de ellos debe estar más amargado.

—Cómo molaría entrar y ver el castillo por dentro —le comenté al hombre mientras volvía la cabeza hacia la imponente fortaleza.

—Lo veo difícil —replicó divertido—. Hasta el personal de servicio entra y sale sin hablar con nadie.

Me despedí del anciano totalmente abstraída en aquella historia y aquella familia. Me sorprendió caer en la cuenta de que me había pasado como a muchos otros, pues, interesada en los chismes de un castillo o una antigua familia, no me había parado a pensar en la realidad de las personas que allí vivían, que sin duda tendrían sus propias flaquezas a pesar de disfrutar de una vida de riqueza o de la categoría que les otorgaba un apellido y un árbol genealógico.

Después de pasear un rato descalza por la orilla del mar, volví a encontrarme con Salva y Paula en la panadería. Los tres habíamos distribuido la totalidad de la propaganda y ya sólo me quedaba esperar al día siguiente, el día en que, por fin, Panadería Micaela abriría sus puertas al público.

—¿Estás nerviosa? —me preguntó Paula.

No sé cómo lo hacía para contagiarme su paz. Con acercarse, frotarme el brazo y hablarme con su suave timbre de voz, lograba sosegar me y relajarme como no lo hubiese hecho la más potente infusión de valeriana.

—Tranquila, Paula —le contesté con una sonrisa—, te puedes ir a casa. Y a ti, Salva, lo mismo te digo. Ya sabes que te quiero aquí puntual. Las primeras noches las pasaré contigo en el horno, para explicarte el proceso de fermentación y elaboración de la masa, pero espero que poco a poco puedas manejártelas tú solo para que yo pueda dedicarme a atender a la clientela durante el día.

—Claro, no te preocupes —me dijo, al tiempo que me daba un beso en la mejilla. Después, se puso el casco y desapareció con su moto.

—Volveré en unos días —se despidió Paula, con otro beso—. Aunque intentaré acercarme un momento mañana antes de ir al médico para ver cómo te va de bien.

—Gracias, guapa —le dije, viéndola marchar.

Por mucho que lo disimulara, estaba muy inquieta y no era capaz de meterme en casa y dedicarme a no hacer nada o esperar a que llegara el momento de abrir al día siguiente. Por tanto, entré en la panadería y me dediqué a revisar que no faltara detalle, que todo estuviese limpio y pulcro, a ver y a tocar cada objeto y cada rincón, que eran míos.

Estaba recolocando los objetos de la estantería destinada a los zumos y batidos que podrían interesarles a los niños, cuando oí la campanilla de la puerta. Una chica joven con un crío en un carrito accedió a la tienda.

—Todavía está cerrado —la informé—. Mañana será el primer día que abramos al público.

—No vengo a comprar —me dijo la muchacha—. Verás, quería preguntarte si no te interesaría tener algún tipo de ayuda, para atender la tienda, para limpiar o para lo que sea.

Joder, pues sí que había caído yo en buen momento para algunos. No sé qué esperaban que les pudiese solucionar una humilde panadería. Me dio la impresión de que las oportunidades en aquel pueblo eran más bien escasas si un pequeño negocio como el mío empezaba a tomar tintes de ONG.

La verdad era que sí necesitaba esa ayuda, para despachar en la tienda y poder dejar a alguien al cargo cuando tuviera que ausentarme, así como para recoger y limpiar, pero suponía que primero me apañaría yo sola con Salva hasta que encontrara a alguien de confianza.

—Lo siento —le negué a la chica—, pero todavía es pronto para saber si necesitaré a alguien. Además, primero quisiera conocer a algunas candidatas...

—Por favor —me suplicó—; necesito urgentemente un trabajo. Nadie me acepta porque saben que estoy sola con él —explicó, señalando al niño que iba sentado en su sillita—, que no tengo con quién dejarlo. Pero tu panadería me ha parecido ideal, porque podría tenerlo aquí, conmigo, mientras hago lo que me pidas. Ya verás, es muy bueno, ni siquiera notarás que está aquí.

Joder, de nuevo una persona a quien nadie quería me consideraba como su máspreciado milagro.

A punto estuve de decirle que no, que se marchara, que todavía desconocía el volumen de ventas que podría tener y, por tanto, no sabía si necesitaría ayuda. Y lo de tener a su hijo en el establecimiento... uf, no lo veía nada claro.

Pero, de nuevo, me dejé impresionar por una cara dulce y una bonita y sincera sonrisa. ¿Quién coño había sido yo en otra vida? ¿Santa Micaela de Jesús?

—Está bien —acepté, sin poder creerlo yo misma—; ven mañana sobre las nueve de la mañana, que es cuando calculo que empezará a venir más gente. Pero no te prometo nada. Si al final resulta que tengo suficiente con mi ayudante o la cosa no resulta, tendrás que irte.

—Claro que resultará —afirmó muy convencida—. Tienes al barrio revolucionado, esperando a ver cómo se las apaña la chica nueva para hacer funcionar la panadería. Hostia, si tenemos que ir a buscar el pan al quinto coño.

—Ojalá sea como dices —comenté mientras echaba un vistazo fugaz al carrito. El bebé nos miraba completamente concentrado, como si entendiera la conversación. Suspiré. Me estaba metiendo en cada *fregao*...

—Creo que le ha gustado el sitio. —La muchacha rio—. Por cierto, me llamo Claudia.

—Encantada —contesté—. Yo soy Micaela.

—Eso pone en la puerta. —Rio de nuevo.

—Claro. —Reí también.

Si Paula me había ganado con su cabello liso y rubio y su cara de buena, Claudia lo hizo con sus pícaros ojos chispeantes y los rizos de su cabello, que bailoteaban alrededor de sus mejillas como si fuesen de goma.

—Y... ¿dónde está el padre? —le pregunté, mirando al pequeño.

—No hay padre ni pensión —soltó con un suspiro—, por eso me es tan urgente trabajar de lo que sea. Vivo en la casa que era de mis abuelos y pago los gastos limpiando algunas casas donde pueda llevarme a Joel. Y podemos comer gracias a los viajes que me doy para ver a la asistente social, para que me den la leche para el niño y los pañales. Menuda mierda de vida —bufó—. Con veinticuatro años, soy un fracaso. Te lías con un gilipollas que te promete la luna, que luego se olvida de sus promesas, y acabas en un puto agujero como éste en el que se ha convertido mi vida. Qué asco de tíos.

Aquel discurso terminó de convencerme. Otra idiota que había destrozado su vida por un tío.

—No te preocupes, Claudia. Saldrás adelante sin la ayuda del cabrón que te preñó y se largó.

—Gracias, Micaela —me dijo emocionada—. Ya verás, no te arrepentirás. Vas a vender tantas barras de pan que hasta Joel se tendrá que poner a amasar. ¡Va a ser una puta pasada de panadería!

Acababa de conocer al tercer miembro de mi nueva familia.

Capítulo 5

Mi intención de echarme una siesta esa tarde quedó en el olvido. Estaba demasiado nerviosa y excitada como para ponerme a dormir, a pesar de saber que no iba a hacerlo durante toda la noche. Así que preparé todo lo necesario, los utensilios y los ingredientes, encendí el horno a la espera de que llegara Salva y comencé a preparar la masa de hojaldre para los cruasanes y las otras pastas, pues esa masa debe trabajarse fría. Después, me dediqué, igual que hacía cuando estaba en la panadería de mis padres, a preparar un buen recipiente para amasar a mano.

Habría personas a las que les relaje un masaje, ver una película o pasear. A mí, ponerme a amasar me resulta lo más gratificante del mundo. Introducir las manos en la tibia mezcla es como acariciar y ser acariciada.

Salva, como ya había demostrado en cualquier ámbito, aprendió con una facilidad sorprendente a preparar la masa y el manejo del horno o la amasadora. Le hice ataviarse con la misma vestimenta que usaba mi padre y, aun así, seguía estando de lo más atractivo. Bajo las mangas de la camiseta blanca, asomaban los tatuajes que le cubrían los brazos, y, bajo el pañuelo blanco de la cabeza, destacaban sus cejas negras y sus grandes ojos. Era una mezcla de tío bueno y osito de peluche. Lo mismo sentías ganas de echarle un polvo que de darle un achuchón.

A primera hora de la mañana, las cestas de mimbre de las estanterías comenzaron a llenarse de pan tradicional... barras, chapatas, panes redondos y panecillos, blancos e integrales, de Viena y sin sal; además, colmamos bandejas con cruasanes, palmeras y magdalenas. Había sido una noche muy

dura, de curro y de nervios, pero el olor a pan recién hecho nos envolvió, mezclado con la satisfacción de un trabajo bien hecho.

Recuerdo perfectamente quién fue mi primera clienta: Berta, una señora de ochenta y dos años perfectamente peinada y arreglada, que entró apoyada en su bastón. Cuando oí el sonido agudo de la campanilla de la puerta, el estómago me dio un vuelco. Era el momento de la verdad. Mi nueva vida comenzaba en aquel preciso instante.

—Buenos días —saludó la anciana, aunque con un ligero matiz de reproche—. Ya era hora de poder comprar el pan cerca de casa y no tener que congelarlo. Odio el pan descongelado.

—Pues, a partir de ahora —le dije—, tendrá usted su pan recién hecho cada día, señora.

No paró de entrar gente y no tuve tiempo ni de rascarme cuando apareció mi ayudanta. Claudia llevaba a su hijo dormido en el carrito, así que le indiqué que me siguiera hacia la trastienda, a un pequeño cuarto donde Salva guardaba su ropa y sus cosas personales. Dejamos la puerta abierta por si el niño lloraba.

—Ahí tienes una bata blanca —le indiqué—, y ya puedes empezar. Te presentaré primero al encargado del horno.

Cuando accedimos al horno, Salva sacaba con destreza varias barras de pan y las colocaba con una pala de madera sobre una de las cestas. Al vernos, la pala pareció quedarse suspendida a medio camino.

—¿Eres tú, Salva? —preguntó Claudia, igualmente sorprendida.

—¿Qué tal? —fue la escueta respuesta de mi ayudante antes de continuar con su tarea.

—¿Conoces a Salva? —pregunté a la chica cuando nos dispusimos ya detrás del mostrador.

—Sí —contestó con una triste sonrisa—, lo conozco.

Ya no quise seguir indagando. Más que nada porque había un pedazo de cola de clientes que, bolsa en mano, esperaban para comprar el pan en mi establecimiento. Pensé que ya tendríamos otro momento para conversar... momento que no se hizo esperar mucho, pues vi continuamente en la cara de Claudia las ganas que tenía de explicarme aquella historia que pudiese existir

entre ella y el chico guapo tatuado.

Lo que yo digo. Además de la panadería, debería de haber montado la Fundación Micaela para jóvenes desorientados.

Pobrecillos. No tenían ni idea... si hubiesen sospechado lo desorientada que me había encontrado yo en la vida...

—Vamos, cuéntamelo, que lo estás deseando.

Antes del mediodía la afluencia de gente descendió un poco y aprovechamos para tomarnos un descanso. Además, Salva recordó, de repente, que tenía que hacer un recado. ¡Qué casualidad!

—Salva y yo estuvimos saliendo en la época del instituto —confesó Claudia mientras yo le ofrecía a su hijo un bastón de pan para que lo fuera royendo con sus cuatro dientes—, pero lo dejé por otro.

—No lo digas con esa tristeza —observé—. Erais muy jóvenes, no te sientas culpable de nada.

—Pero es que sí lo soy, Micaela. Salva ahora no tiene nada que ver con el chico que era entonces. Vestía con mejor ropa y no llevaba el pelo tan corto, ni siquiera uno solo de esos tatuajes. Era un buen muchacho.

—Yo creo que aún lo es.

—Me refiero a que no se metía en líos. Pero, entonces, yo lo dejé por otro y comenzó su drástico cambio. De la noche a la mañana, abandonó el instituto y empezó a frecuentar unas compañías que no querrías encontrarte por la noche. Se rapó el pelo, se tatuó y, al poco tiempo, oímos que estaba en la cárcel.

—¿Lo dejaste por el padre de Joel? —quise saber.

—Sí, hija, sí —me contestó con los ojos en blanco—. Por un tío más mayor, más maduro, más interesante... y más imbécil y más gilipollas. En el culo tiene ese tío la madurez.

—A veces estamos ciegas —la apoyé, recordando mi propia experiencia con Raúl.

—Exacto. ¡Si es que no entiendo en qué coño estaba pensando! Durante años fui su querida, ¡hostia!, puesto que nunca quiso que nadie nos viera juntos y jamás fuimos una pareja, oficialmente hablando. Y, para colmo, cuando me quedé embarazada, me mandó a la mierda a mí y al niño. Se le

ocurrió decirme que no entraba en sus planes coartar su carrera profesional y que no estaba preparado para tener un hijo. ¡Sólo para hacerlo, no te jode!

—Pues que le den —exclamé—. Todas hemos caído una u otra vez en la trampa de un tío, pero se acabó. ¿Vive en el pueblo?

—Sí —contestó—, pero no me preguntes quién es, por favor. Sólo quiero olvidarlo.

—No te preocupes —la tranquilicé—. Ahora Salva y yo te ayudaremos a cuidar de Joel.

—Uf —suspiró—, bastante mal me porté con Salva como para pretender ser su amiga ahora, y mucho menos pedirle que me eche una mano para cuidar a mi hijo. Si lo hiciera, me daría una patada en el culo, y con toda la razón del mundo.

Aun así, Salva pareció recapacitar y, cuando volvió, mientras se colocaba de nuevo su blanco delantal, miró por primera vez a Claudia a los ojos.

—Me alegro de que estés bien —declaró.

Poco era, pero bueno.

—Gracias, Salva. Te veo bien.

Durante apenas un instante, Salva desvió la mirada hacia el bebé de Claudia. No me cupo ninguna duda del velo de tristeza que invadió sus bonitos ojos verdosos y sentí esa pena como mía. Tenía que ser difícil encontrarte a tu antigua novia después de que te hubiera dejado, y más con un hijo del cabrón por el que te cambió. Y aún debía de ser mucho peor al saber que todo había sido para nada, pues el otro tío había acabado dejándola tirada a ella y al pequeño.

Vaya grupito nos habíamos juntado. Paula parecía ser la que tenía una vida más cómoda y normal, pero, como siempre, tiene que haber algo que te impida ser feliz del todo, y su deseo de convertirse en madre se estaba convirtiendo en obsesión. Siempre pensé que se debía a la cantidad de horas al día que pasaba sola.

En todo caso, el primer día de Panadería Micaela no pudo ir mejor, incluso a la espera de que al día siguiente empezaran las clases en el colegio. Eran las últimas horas de la tarde y yo ya sólo me concentraba en el ordenador, mientras Claudia atendía a los últimos clientes del día y Salva ya

se había ido a dormir. Una de esas clientas hizo que varios ojos se posaran en ella cuando entró en la panadería y dejó tras ella el único sonido de la campanilla, pues los murmullos de la gente cesaron de golpe.

—Es una de las criadas del castillo —me susurró Claudia, aunque creo que todo el mundo se enteró.

—Buenas tardes —saludó la mujer. Tendría unos cuarenta años, aunque su perpetuo ceño fruncido le hacía aparentar unos cuantos más. Vestía de manera informal, pero tapaba parcialmente su ropa con una bata negra con ribetes blancos que debía de ser el uniforme del servicio del castillo—. Necesito hablar con el dueño.

—Yo soy la dueña —la informé, recalcando el género de la palabra.

—Trabajo en la propiedad de la familia Requesens —explicó, levantando la barbilla, como si trabajar allí la exculpara de ser tan borde— y me gustaría saber si existe la posibilidad de que nos envíe usted el pan cada día.

—Pues...

Dudé. El envío a domicilio era algo que me había planteado hacer con el tiempo, pero no desde el primer día. Además, hasta ese momento apenas un par de personas me lo habían sugerido, y en ese caso no resultaría rentable coger la furgoneta para repartir a cuatro gatos. Claro que también podría ser una forma de hacerme publicidad. Invertir en tu propio negocio siempre es bueno...

—Dígame qué necesita y en qué horario —le pedí a la empleada de cara agria. Cogí una pequeña libreta y un bolígrafo y esperé la respuesta.

—A partir de mañana, necesitaríamos que nos dejara este pedido en el castillo lo más temprano posible —anunció, ofreciéndome una nota. Estaba claro que no había esperado un no por respuesta de mi parte.

Agarré el papel y le eché un vistazo. Afortunadamente, no solicitaban cosas muy rebuscadas, sino barras de pan normales o integrales, panecillos, pan redondo cortado a rebanadas...

—Si algún día quieren hacer algún cambio en el pedido —le expliqué, acercándole una tarjeta—, pueden hacerlo por correo electrónico, o incluso por WhatsApp.

—Perfecto —respondió. Se guardó la tarjeta en el bolsillo de la bata y se

marchó, dejando oscilar el tintineo de la campanilla entre las personas que había en el local, todas con la boca abierta. Yo, una de ellas.

—Qué gente más extraña —dijo Berta. Me dio la impresión de que aquella anciana se había tomado mi panadería como el centro social del barrio.

—Ésos son más raros que unas medias verdes —intervino Claudia, quien, rápidamente, colocó los codos sobre el mostrador, en una actitud claramente relajada y cotilla.

—¿Es verdad lo que me han dicho? —les pregunté—. ¿El actual propietario mató a su mujer?

—¡Cómo vuelan las noticias! —soltó otra de las clientas—. Al final conocerán el pueblo por tener el castillo del «marqués asesino».

—Ésas son cosas de las que es mejor no hablar —sentenció un hombre antes de marcharse. Daba a entender que aquello que pudiese haber ocurrido en el castillo era demasiado serio como para utilizarlo de tema de cotilleo.

—Pero es que es verdad —susurró Claudia, mirando a su alrededor, como si estuviéramos allí reunidas para organizar una revolución—. Todos recordamos a la parejita de recién casados. Nunca los vimos muy de cerca, pero sí cuando llegaban en su pedazo de Ferrari rojo y traspasaban la puerta del castillo. Al cabo de unos meses, se dijo que ella había muerto y que él había sido el culpable. Prácticamente no sale de casa, al menos de día, desde que un grupo de personas lo insultó en plena calle y se dedicó a tirarle huevos a su coche.

—¿Y cómo ha hecho para evitar la cárcel? —inquirí yo, intentando que esa pregunta sonara de lo más trivial.

—Pues por la pasta —afirmó Berta—. Los ricos nunca van a la cárcel. «Y algunos pobres, tampoco», pensé.

—He oído que sale por las noches en busca de mujeres —añadí yo, recordando las palabras del anciano que había encontrado el día anterior.

—Sí —susurró de nuevo Claudia. Iba a tener que empezar a llamarla Claudia *la Gaceta*, porque daba la impresión de saberlo todo—, eso dicen, que como ninguna mujer quiere estar con él porque le tienen miedo, ha de ir en pos de desconocidas que ignoren su pasado.

Cuando alguien suelta «eso dicen», ¿a quién se refiere, exactamente?

—Dicen —continuó— que mató a su mujer porque la pobre era muy enfermiza y poca cosa y no soportó las perversiones sexuales de su marido.

—Pues yo he oído —expuso la otra clienta— que la asesinó porque, a pesar del apellido y el prestigio de los Requesens, ella tenía más dinero que él.

—Nada de eso —intervino Berta—. Fue en un arrebato. Ella le exigió que dejara de tener amantes y él la estranguló, porque no es más que un vicioso y un depravado.

—A ver, a ver, señoras —las corté yo, totalmente alucinada—, que parecen ustedes las nuevas guionistas de «Mentes criminales». ¿No creen que suena demasiado novelesco? No sé si ese tío se cargó o no a su esposa, pero esos motivos tan rebuscados... Además, he oído que tiene una amante fija que entra y sale del castillo y continúa vivita y coleando.

—Recuerda lo que se dice —prosiguió Claudia, que parecía estar disfrutando mientras cogía en brazos a su hijo y le daba una galleta—: la realidad supera la ficción.

—Ésa es una chorrada de frase —repliqué poniendo los ojos en blanco—, que sólo se utiliza para dar más bombo a algo que se está explicando. Además, ¿y su hermana y su cuñado? No creo que vengán a gorronear al castillo de su hermano el psicópata, vamos. Me han comentado que tiene una hermana y que ella y su marido vienen muy a menudo.

—Otros que tal bailan —bufó Claudia—. Menuda familia. Jamás se han mezclado con el resto de los habitantes del pueblo, como si estuviésemos apestados. Yo, al menos, no sé ni la cara que tiene ninguno de ellos. Se dedican a aparecer en sus cochazos deportivos y a esperar a que se abra el puto puente levadizo para desaparecer en el interior del dichoso castillo. Por eso —argumentó, dejando de nuevo al pequeño en su sillita—, ellos son los únicos culpables de que creamos todas esas historias. Yo era todavía una cría cuando los de la pandilla nos acercábamos a la muralla para ver qué podíamos pescar, y ya entonces nos inventábamos que dentro de esa fortaleza se hacían ritos de sangre y gilipolleces varias.

—Voy a tener que ir cerrando —anuncié, harta ya del tema, temerosa de

no poder dormir esa noche—, así que, arreando, todo el mundo a su casa, que algunos parece que no la tengan.

Cuando por fin me dejaron sola, subí a casa, me duché y me dejé caer en el sofá mientras accionaba el mando a distancia del televisor, pues, a pesar de no tener ni idea de la programación, su murmullo de fondo me hacía compañía.

Aunque ésta no era mejor que la compañía que me pudiese dar Salva. Unos minutos después, se presentó en mi puerta cambiado y perfumado. Su rostro parecía el de un cachorrito apaleado.

—¿Tú no deberías estar durmiendo? —le pregunté mientras lo dejaba entrar.

—Todavía no he cogido el ritmo —contestó—. Dormir a deshoras es complicado, sobre todo porque últimamente he sido un buen chico y ya me había acostumbrado a llevar una vida diurna y normal.

Me dio la impresión de que, aparte de su insomnio debido al horario, su problema tenía nombre propio y trabajaba en la panadería.

—¿Te ha trastornado volver a ver a Claudia? —le planteé mientras se sentaba a mi lado y abríamos cada uno una lata de cerveza—. Si quieres, podemos hablar.

—Y también, si quieres, te puedo mandar a la mierda —me espetó, dando luego un trago a su lata.

—Joder, Salva, con la de veces que tú y yo ya hemos hablado de folleto, no entiendo que te pongas tan obtuso por hablar de una tía.

—Esto es distinto.

—¿Distinto? —exclamé sorprendida—. Vaya, resulta que mi chico tatuado también tiene corazoncito y se nos enamoró en el instituto.

—Ya está bien, Micaela. En su día me jodió, y mucho.

—Yo diría que aún estás jodido.

—Olvídame.

—Vale, vale, ya no te hablaré más del tema hasta que tú lo saques. Te entiendo.

—No —dijo con semblante taciturno—, tú no entiendes nada.

—¿Porque nunca he estado enamorada, quieres decir? Me puedo hacer

una idea, guapo.

—Ya lo comprenderás cuando alguien que creas que es parte de ti te deje por otra persona. Cuando pienses que has encontrado ese pedazo que te falta a ti mismo, pero te des cuenta de que la otra parte no comparte tus sentimientos. ¡Coño, que me dejó y las pasé canutas!

—Creo que ella está arrepentida...

—Déjame en paz —me cortó. Le dio un largo trago a su cerveza y ya no hablamos más, ni de Claudia, ni de nada.

Joder, claro que yo tenía razón. El tema de Claudia le afectaba demasiado. En adelante sólo me quedaba esperar un nuevo momento en el que pincharlo, a ver si lograba sonsacarle algo más.

Él mismo había admitido que, con mi tozudez, yo era capaz de conseguir casi cualquier cosa...

Capítulo 6

Con Salva a cargo del horno y Claudia atendiendo a los clientes, tenía la total confianza de que todo iría bien mientras yo me dedicaba a hacer unos cuantos repartos a domicilio. Mi pobre furgoneta ya empezaba a sonar a cascajo, pero tendría que aguantar hasta que la cosa se asentara un poco y pudiera comprar una nueva, que lo de la inversión en mi propio negocio ya empezaba a tocarme las narices.

Distribuí el pan, dejándolo en una residencia de ancianos y en varios bares y restaurantes, y dejé para el final a mis amigos los Requesens. Supongo que yo misma retrasé inconscientemente aquella visita, pues las conversaciones y noticias que había oído sobre ellos hasta la fecha no me daban, precisamente, muchas ganas de acercarme a su casa.

Cuando me situé frente a la gran reja de entrada, me dispuse a buscar algún tipo de timbre o videoportero, pero comprendí de pronto que la cámara de seguridad situada en la parte superior ya se ocupaba de transmitir mi imagen al encargado de abrir desde dentro. Esperé a que la reja me diera acceso y me dejara el camino libre para entrar. Utilicé un sendero bordeado de muretes de arbustos que llevaba a la fortaleza y que luego se bifurcaba en dos. Uno de los desvíos llevaba directamente a la fachada principal y el otro continuaba hasta la parte lateral izquierda. Ése fue el que seguí. No me cupo duda de que había acertado cuando vi una indicación que advertía «Entrada de servicio».

Qué organizados.

Antes de desviarme, reduje al mínimo la velocidad y paré un instante a

contemplar tan magnífica visión. Resultaba abrumador pero excitante entrar en un castillo que sobrevivía en la época actual como vivienda de una familia. Entre mis lecturas favoritas siempre han estado presentes los libros de historia o las novelas medievales, y encontrarme en ese lugar me pareció un sueño, como retroceder en el tiempo, aunque fuese por un solo momento. Incluso olvidé todas aquellas extrañas historias que contaba la gente sobre los propietarios actuales. Me pudo más la emoción que el temor y observé entusiasmada las almenas y las robustas pero desgastadas piedras de los muros cubiertos de hiedra. Hasta el jardín parecía ser el mismo de antaño, con árboles centenarios y arbustos perfectamente recortados.

Decidí no permanecer mucho más tiempo chafardeando por allí y estacioné en lo que parecía un aparcamiento para empleados, justo delante de una puerta por donde algunas personas entraban y salían con prisas. Abrí el portón trasero de la furgoneta, saqué la cesta donde había puesto todo el pedido hacía sólo un rato y la cogí entre los brazos, pegada al pecho, pues pesaba bastante. Intenté decirle a alguna de aquellas personas quién era yo o preguntar por dónde debía ir, pero todos parecían ir a la suya y ni siquiera me miraron a la cara. La mayoría de ellos tenían pinta de estar haciendo lo mismo que yo, llevar a domicilio sus productos: la carne, el pescado, la fruta o las verduras.

—¡Quita de en medio, tía! —fue todo lo que oí que me decían mientras intentaba hacerme un hueco por aquella estrecha puerta. Temí por un instante que alguien me empujara y terminara cayendo en medio de un montón de pan, con lo que tendría que volver y no me apetecía en absoluto perder más el tiempo.

Por fin, entré por la puerta, atravesando el grueso muro del castillo, y accedí al interior. Por supuesto, volví a quedarme alucinada mientras miraba a mi alrededor. Seguro que tenía pinta de idiota, embobada allí en medio y con una cesta llena de pan en las manos.

Después de haber oído hablar sobre los lujos y las excentricidades de aquella familia, había imaginado que los dueños habrían acondicionado aquel lugar a ese tipo de gustos, pero nada más lejos de la realidad. Habían respetado la mayor parte de la esencia de aquel castillo, dejando los muros

interiores de piedra, las baldosas rústicas del suelo cubiertas por alfombras, las vigas de madera en los altos techos, escudos heráldicos y bustos familiares sobre pequeñas columnas... Incluso el sistema de iluminación rompía apenas con el encanto del lugar, pues robustas lámparas de hierro en el techo y apliques en la pared que simulaban antorchas era lo que dotaban al espacio de una suave y mortecina luz.

Saliendo de mi ensimismamiento, pensé que más me valía dejar de dar vueltas por allí y encontrar dónde dejar mi pan y, sobre todo, mi albarán, pues no estaba yo como para andar haciendo turismo. Por fin me topé con la cocina —menuda pasada de estancia, donde lo moderno y lo antiguo casaba a la perfección— y solté la puñetera cesta del pan antes de que dejara de sentir mis brazos para siempre por falta de riego sanguíneo. Después, traté de atravesar la marabunta de gente que trajinaba por allí y decidí ir en pos de la mujer agria que el día anterior había realizado el pedido, pero no hubo forma. Lo máximo que conseguí fue encontrar a una chica que llevaba la misma bata negra con ribetes blancos, pero ésta me dijo que ella no se encargaba de eso y que buscara a la señora Julia.

¡Joder, que sólo quería una puta firma!

Empecé a cabrearme y, harta de que me ignorasen, subí un tramo de escaleras que hallé al final de un largo corredor, a ver si daba con la Julia esa de las narices. Pero no sé qué tenía aquel ambiente que pronto se me pasó el mosqueo y me contagié del romanticismo del lugar y de la historia que parecía palpase y olerse. Así que, con el albarán aún en la mano, casi olvidado, continué disfrutando de aquella ruta turística y accedí a la planta superior, a un distribuidor circular con varias sillas, bancos y arcones.

A través de una de las puertas me llegó el resplandor del sol gracias a una hermosa vidriera. Ya entonces aquella luz me hipnotizó o, al menos, me sedujo, y por eso me atreví a entrar allí.

Justo delante de la vidriera había alguien. Una figura masculina permanecía de cara a la ventana, con las manos a la espalda, totalmente estático, como si fuese la estatua de piedra de algún caballero medieval. La luz procedente del exterior recortaba su silueta y me impedía verlo con claridad, pero sí distinguí que era un hombre alto y fuerte, con los hombros

más anchos que había visto nunca. Tenía el pelo bastante largo y vestía ropa oscura.

Me quedé tan pasmada que, intentando no respirar, eché un pie hacia atrás para largarme de allí antes de que aquel tipo me descubriera y me soltara a los perros. Sin embargo, algo lo alertó de mi presencia... Lo noté a la perfección, pues su cuerpo cambió de la relajación a la tensión e inclinó la cabeza levemente, aunque no llegué a distinguir en ningún momento su rostro.

—¿Qué está haciendo aquí? —tronó su voz grave y rasposa.

Me detuve al instante. Mi corazón casi se paró debido a la impresión. Me sentí Bella la primera vez que pisó el castillo de la Bestia.

—¡Esto es propiedad privada! —volvió a vociferar—. ¡Largo!

Yo me había quedado sin palabras, pero el detalle de que todavía no se hubiese dado la vuelta me tocó bastante la moral. No pensé ni por un momento que aquel tío fuese el propietario del que todos hablaban, lo juro. Ni me acordé de que pudiese ser un asesino que hubiera matado a su mujer. Ni siquiera presunto. Simplemente, actué por instinto.

—¡Oiga usted, señor conde o marqués o lo que sea! Siento si he osado poner mis pies en su maravilloso castillo, pero he traído mi mercancía, de la cual vivo, y todavía nadie se ha dignado firmarme la nota de entrega.

—No me parece usted tan tonta como para haber creído que encontraría aquí arriba a quien buscaba. ¡Sólo ha subido a fisgar, como todos!

—Pues no sé cómo ha sido usted capaz de saber si parezco o no tonta, ¡si ni siquiera se ha dado la vuelta para mirarme!

El hombre volvió a tensarse todavía más. Me pareció que dudó por un instante si se giraba o no, pero, al final, resolvió que no lo haría y seguiría dándome la espalda.

¿Por qué? ¿Era más horrible aún que la Bestia o le parecía indigno mirar a una panadera?

—Deje el albarán del pan encima de la mesa —me dijo algo más apaciguado—. Se lo firmaré yo mismo y mañana podrá recogerlo. Pero, ahora, lárguese. Está usted invadiendo mi propiedad.

—Está bien —suspiré, mientras dejaba el papel sobre la única mesa que

vi—. Y perdone. Por muy borde que se haya puesto, tiene usted razón, no tengo excusa. He subido con la única intención de chafardear un poco, pero... entienda que nunca antes había entrado en un castillo y el suyo me parece precioso.

El hombre continuó sin moverse y sin contestar a mi halago, algo que me pareció bastante grosero por su parte, así que me di media vuelta y me dirigí a la salida, aunque, antes de abandonar aquel bonito salón, me detuve un instante cuando recordé algo.

—¿Cómo ha sabido que el albarán que le traía era el del pan? —le pregunté—. Yo no se lo he mencionado en ningún momento.

—Por el olor —contestó después de varios segundos de silencio—. Porque lleva usted impregnado el dulce olor del pan.

Sonreí. No me llegó a decir que perdonase mi intromisión, pero aquella última frase referida a mi olor, con aquel timbre de voz tan ronco y masculino... no sé, me llegó muy adentro y me erizó el vello de la nuca.

Tal vez a aquel hombre le pasaba como a mi padre, que sin necesidad de muchas palabras se comunicaba con la gente. Y tal vez, con aquella frase, me quiso decir que estaba perdonada.

O no.

Capítulo 7

—¡No jodas!

—Mierda, Claudia —susurró—, que está la panadería llena de gente. ¿Te importaría ser un poco más discretita?

—Tía —exclamó en un tono más bajo—, es que me estás contando que conociste al mismísimo marqués de Requesens. ¡Que no lo ha visto nadie del pueblo desde hace un montón de años!

—Hombre, conocerlo, lo que se dice conocerlo... más bien poco, y verlo... pues tampoco. No le llegué a ver la cara, ni él vio la mía.

A primera hora de la mañana del día siguiente ya había repartido a domicilio todos los pedidos con la furgoneta, aunque en esa ocasión no tuve mayor problema al llevar el del castillo. La «simpática» señora Julia, en esa ocasión, me esperaba en la cocina y no tuvo ningún reparo en coger la cesta con el pan y firmarme la nota de entrega. Luego aún desprendió más encanto y simpatía —es ironía— cuando sacó de su bolsillo el albarán del día anterior firmado por el propio marqués.

—¿Se puede saber en qué estaba usted pensando ayer? —me increpó—. Presentarse ante el señor marqués para que le firmase el papel, menuda desfachatez. No he recibido ninguna orden de prescindir de sus servicios — me soltó—, pero le aconsejo que no vuelva usted por la propiedad. Puede enviar a cualquier empleado a partir de ahora, pero procure advertirle de que el acceso que no se limite estrictamente a la zona de servicio está totalmente prohibido.

Dicho esto, se dio media vuelta sin darme tiempo a replicar.

«Que te den, amargada de la vida.»

La verdad, me daba un poco de pena no poder regresar al castillo, pero tampoco pensaba suplicar. Enviaría a Claudia y asunto resuelto.

—Pero, dime, qué te pareció —siguió insistiendo Claudia, sin importarle que tuviésemos una buena cola de clientes—. Dicen que es un tío que está cañón, que las mujeres caen rendidas a sus pies.

Ya habían empezado las clases y Panadería Micaela se ponía a reventar en determinados momentos del día, como poco antes de la hora de entrada al colegio por la mañana o la hora de salida del mismo por la tarde, cuando las madres compraban el pan y aprovechaban para obsequiar a sus hijos con algún bollo dulce para desayunar o merendar.

—¿Ya estamos otra vez con «dicen»? —solté exasperada—. ¿Y quién coño lo dice, si nadie lo ha visto?

—Joder, tranquila —me pidió Claudia—. Te veo un poco irascible, guapa.

—Lo siento —suspiré—. Supongo que la visita al castillo me ha puesto un poco nerviosa. ¡Y todos vosotros tenéis la culpa, por contarme tanta historia barata de suspense!

—¿Te ha dado miedo? —me preguntó con los ojos muy abiertos.

Se notaba que estaba disfrutando con la conversación y me supo mal haberme enfadado. Yo era lo más parecido a una amiga que tendría en mucho tiempo, y lo mismo me había pasado a mí con ella, con Paula y con Salva.

—No es eso —aclaré—, pero espero que tengas carné de conducir, porque a la petarda aquella de la cara agria no le gustó un pelo que osara hablarle a su jefe, así que te ha tocado a ti llevar el pedido mañana.

—¿A mí? —planteó excitada—. ¡Hostia, qué guay!

—Anda —le dije con una sonrisa—, dedícate a despachar, que me voy a ayudar un rato a Salva.

De vez en cuando necesitaba relajarme en el horno con Salva. Ayudarlo a amasar, y cuidar del horno y de las bandejas donde se iban colocando las barras y los bollos recién hechos, hacía que me sosegara de inmediato. Inspiraba el olor y éste me transportaba a mis padres, a mi infancia, a mis despreocupaciones.

—¿Es cierto que ayer conociste al marqués? —inquirió mi amigo mientras sus fuertes brazos seguían cargando sacos de harina y cestas de pan.

—¿Ya te has enterado? —planteé, alzando ambas cejas.

—He oído a Claudia comentarlo contigo —dijo como de pasada.

Para mí que Salva estaba mucho más pendiente de Claudia de lo que nos quería hacer creer.

—Pasé un mal trago —le comenté—. Me pegó un grito, para echarme de allí, que hizo retumbar las paredes del castillo. No me extrañaría nada que ese tío hubiese matado a su mujer. Da un miedo que te cagas.

—¿A Micaela Pérez le da miedo un simple tío? —replicó él con ironía—. ¿Seguro que no fue al revés?

—¡Oye, gilipollas! —solté, haciéndome la agraviada—. ¿Qué insinúas? ¿Que soy más borde aún que él?

—Eres la mejor tía que he conocido en mi vida —me halagó, sin dejar de estar pendiente de las barras de pan—, pero no te sorprendas si a veces te dicen que tienes la lengua un poco larga o que eres un poco impulsiva. No deberías haber fisgado en el castillo y no deberías haberle replicado al marqués ese de los cojones, y lo sabes.

—Ya he recibido mi castigo —le comenté, hundiendo mis hombros—. Su ama de llaves, o lo que coño sea, me ha prohibido volver a pisar el bendito castillo.

—Vaya —respondió Salva con una carcajada—, te has llevado tu merecido, por osada.

«Te vas tú a enterar de mi osadía.»

—¿Ya llevas mejor que Claudia trabaje contigo? —le pregunté con una sonrisa de lo más taimada. Hablarle de su exnovia era la mejor forma de hacerlo callar.

—Eres una bruja vengativa —me espetó con los brazos en jarras.

El calor del horno lo hacía sudar, proporcionando a su piel morena un brillo bronceado. Me recordó a un herrero de la Edad Media trabajando en su fragua, una imagen de lo más sexy.

—Y tú mira que estás bueno —lo piropeé riendo—. Pero te hace falta un poco de sexo, cariño, que te veo un pelín tenso.

—No insistas —me dijo volviendo al trabajo y riendo también—. Por más que te insinúes, no voy a follar contigo.

—Eso ya lo sé —lo chinché mientras me iba de nuevo a la tienda—: tengo claro que te gustan más las chicas con el pelo rizado.

Entre risas, sentí el impacto de un panecillo en el centro de la espalda.

Al día siguiente, Claudia volvió de su reparto a domicilio la mar de contenta. Seguro que tuvo algo que ver con que, por un rato, se sintiera un poco más libre, conduciendo, repartiendo, hablando con la gente, mientras yo me hacía cargo de su hijo. Y debo decir que no lo hice nada mal. Es verdad que Joel era un cielo de niño y, cuando me llamó «tita», me sentí superorgullosa de mí misma.

La otra tía de Joel era Paula. Es cierto que al principio se mostró reticente a tenerlo en brazos, dado el anhelo que sentía ella por ser madre, pero poco a poco se lo fuimos dejando durante pequeños ratos y, como quien no quiere la cosa, le cogió bastante el gusto.

—¿Al final has enviado a Claudia al reparto? —quiso saber Paula mientras se dirigía directamente a coger a Joel. Sentó al pequeño en una esquina del mostrador y comenzó a peinarlo con los dedos—. Humm, qué bien hueles —le dijo, hundiendo la nariz en su pelo.

Había que reconocer que Joel era un bebé precioso de ocho meses, rubio y de grandes ojos color avellana. Sus mofletes sonrosados y su tierna sonrisa desdentada lo hacían totalmente adorable.

—Pues sí —afirmé yo, aprovechando para organizar un poco las cestas y cada tipo de pan—, no he tenido otro remedio. O eso, o mandaba a la mierda al marqués, y no me conviene hacer esto último, que acabo de llegar y la gente parece contenta, conmigo y con mi pan. Por cierto, ¿qué tal van los pinchazos?

—Un coñazo —suspiró Paula—. Tengo que aguantar la dichosa estimulación ovárica, aparte de las visitas, las pruebas y demás, pero haré lo que sea con tal de que la fecundación in vitro resulte todo un éxito.

Poco después, la señora Berta accedía a la tienda y Paula y yo dejamos de hablar sobre ese tema. No quería dar demasiadas explicaciones hasta que se quedase embarazada. No soportaría que la gente la felicitara cuando el

hipotético hijo no era todavía más que una técnica de reproducción asistida. Con gestos de nuestras caras que ni el mejor mimo, nos dijimos en silencio que quedaríamos para charlar a la hora de cerrar.

—Buenos días, niñas —saludó la anciana, con una mano en su bastón y la otra en el mostrador—. Quiero dos barras integrales, pero poco hechas. Las que me llevé ayer estaban muy tostadas y casi me dejó la dentadura clavada en ellas.

—No tiene más que pedírmelo, señora Berta —le dije antes de mostrarle lo que me pedía—. ¿Qué le parecen éstas?

—Humm, no sé —dudó—. ¿No podríamos preguntarle a tu chico, por si tuviera alguna mejor ahí dentro?

—Un momento, iré a ver —acepté, intentando que no se notara que me mordía el labio para no reír.

—Dile al encargado del horno que salga —me pidió la mujer con rapidez—. Llámalo para que las vea, así compara...

Paula y yo no sabíamos dónde meternos para no estallar en carcajadas.

No era la primera vez, ni Berta la primera mujer, que nos *exigía* ver al encargado del horno. Salva levantaba pasiones entre la clientela femenina, y el que hubiese estado en la cárcel no parecía sino sumarle atractivo.

Me daban ganas de preguntarles a todas ellas por qué era la única que se había atrevido a darle trabajo... aunque imaginé que eso de ofrecerle trabajo al expresidiario ya eran palabras mayores. Me sonó a la afirmación aquella de «yo no soy racista», hasta que tu hija te trae al novio negro a casa.

—Salva —lo llamé desde la arcada de la pared que nos separaba del horno—, la señora Berta desea preguntarte algo.

—Pues pregúntale tú si no es demasiado mayorcita para andar de ligoteo, que ya estoy hasta los huevos de ancianas salidas.

—Va, no seas así —le pedí aguantando la risa—, que sólo quiere preguntarte si tienes barras integrales poco hechas.

—Joder —bufó—, ¡que la última vez me pidió ver todos mis tatuajes!

—¿Y se los enseñaste? —pregunté indignada—. ¡Pues a mí no! ¡Ya te vale! Me faltan por ver unos cuantos...

—Vete a la mierda un rato, guapa —me soltó mientras pasaba por mi

lado—. Si lo llego a saber, me largo de este pueblo y me hago actor porno. Seguro que mis compañeras me tratarían con más respeto que todas vosotras.

Después, en un segundo, cambió su cara de indignación por la más risueña del mundo y se puso la mar de simpático con Berta. Si es que el chico era un amor.

Claudia nos habló maravillas de su reparto, aunque no nos dio detalles hasta que no se hizo casi la hora de cerrar, cuando habíamos decidido quedar los cuatro para charlar un rato. Me sentí especialmente bien cuando recordé el día en que tuvimos que cenar la tortilla de Paula tirados en el suelo y con cervezas calientes. En esos momentos, podíamos estar en el sofá, delante de una mesa con la cena y bebidas frías, todo ello con sus platos, vasos y cubiertos en condiciones. Habíamos acostado a Joel en el único dormitorio que había aparte del mío, y nos pasamos la velada entre risas y cerveza.

Estábamos ya comenzando a recoger los restos de la mesa, cuando sentí la vibración de mi móvil. Fruncí el ceño. Nadie fuera de mis amigos tenía ese número, excepto los clientes, y era demasiado tarde para que se tratara de uno de ellos.

Aluciné cuando reconocí la voz al otro lado de la línea. Era la *simpática* ama de llaves del castillo.

—Perdone que la moleste a estas horas —se excusó de forma atropellada—. Sólo quería comentarle que mañana puede usted volver a hacerse cargo de traer el pedido de pan al castillo.

Alucinada es poco para decir cómo me quedé.

—No se preocupe, señora Julia —contesté—. Comprendo que no hice bien y no pasa nada si es mi empleada quien debe encargarse del reparto.

—No me ha entendido —me replicó, tan tensa que se le notaba la rigidez a través de la línea telefónica—, o tal vez yo no me haya explicado bien, pero lo que quiero decirle es que el señor marqués desea que sea usted en persona quien se ocupe de nuevo de traernos el pedido cada día.

—¿Me está usted diciendo que el marqués en persona le ha pedido que vuelva a ser yo quien les lleve el pan?

—Exacto, ahora lo ha entendido perfectamente —me cortó—, así que no me haga volver a repetírselo.

Dicho esto colgó. Con dos ovarios.

—¿Quién era? —inquirió Claudia, que se había quedado parada en medio del salón con varios vasos en la mano, lo mismo que Paula y Salva.

—La señora Julia —aclaré, sin tener muy claro lo que estaba diciendo, pues mi cabeza parecía haberse quedado en blanco—, para decirme que el marqués requiere mi presencia para volver a llevar el pedido diario de pan.

—¡Joder! —exclamó Claudia—. ¿Vas a ir?

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —les dije a todos, que continuaban mirándome como si temieran por mi vida.

—No sé, Micaela —intervino Paula—, pero... con las historias que se cuentan sobre ese tío, el hecho de que haya exigido que vayas no da muy buena espina. Puede que le hayas gustado y quiera que formes parte de su próxima fantasía sexual.

—Tienen razón —secundó Salva—. A la vista está que eres un bocado muy apetecible y lo que se dice del cabrón del marqués no ayuda precisamente a confiar en esta súbita petición.

—Pero ¿vosotros os estáis oyendo? —repliqué cuando comprendí lo que insinuaban—. ¿Qué coño tenéis metido en la cabeza? ¿Que el tío ese va a obligarme a ser su amante? Joder, ¡estáis fatal! Para empezar, ni siquiera me ha visto la cara; para continuar, hace mucho tiempo que decidí que ningún tío regiría mi vida, pues sola estoy mil veces mejor, y, para terminar, creo que soy mayorcita para saber cuidarme.

—Tenemos claro que no te sueles acobardar ante nada —insistió Salva—, pero, si no te apetece ir o te da un poco de reparo, no temas decirlo, no tienes que demostrarnos nada.

—No estáis diciendo más que tonterías —los reñí mientras terminaba de recoger el salón y metía los vasos en el lavavajillas—. Largaos a vuestra casa todos, sobre todo tú, Salva, que te quiero aquí operativo dentro de un rato. Ya te sabes organizar tú solito, así que, como máximo, a las cuatro de la mañana tienes que haber empezado.

—A la orden, mi capitana —soltó el muy capullo haciendo el saludo militar.

Los tres se marcharon entre risas, pero ninguno de ellos pudo disimular

del todo su semblante de preocupación por mí.

Capítulo 8

No estaba para nada nerviosa cuando, a la mañana siguiente, volví con mi vieja furgoneta al castillo. Después de atravesar la imponente reja, bajé el parasol del coche cuando la claridad dorada del amanecer irrumpía ante mis ojos, para volver a deleitarme en aquel lugar, que parecía rebosar historia en cada piedra, en cada arbusto.

Reconozco, a pesar de todo, que estaba un poco inquieta, expectante, sin dejar de preguntarme el motivo que habría tenido aquel hombre para hacer aquella petición a través de su amargada empleada, más si contábamos que el breve encuentro que habíamos mantenido no había tenido nada de agradable. Me había colado en su casa y no tenía excusa, pero él se había comportado como un puto señor feudal, por lo que consideré que estábamos empatados.

Saqué la gran caja del pan del vehículo después de aparcar de nuevo frente a la entrada de servicio, y la llevé a la cocina. En esa ocasión encontré el camino con facilidad, incluso Julia me saludó cuando me vio entrar, si podemos llamar saludo a aquella mueca de su boca con la que levantó el labio superior y mostró parte de sus dientes.

—Buenos días —exclamé jovialmente, para demostrarle que las personas teníamos la capacidad de reír y de estar contentas—. Espero que mi pan esté siendo de su agrado. Eso supongo; si no, ya me habrían expresado sus quejas.

—Su pan nos parece aceptable —contestó con esfuerzo. Creo que la vi apretar los puños y hasta oí el rechinar de sus dientes por lo difícil que le estaba resultando decirme algo agradable.

—Pues me alegro —añadí sonriente. Le ofrecí el albarán y esperé a que

me lo firmara—. Si no le importa...

—Verá, señorita... —expresó antes de carraspear un par de veces. Ya no estaba segura de si su tensión se debía al esfuerzo de un nuevo halago o bien a que pensaba soltarme algo desagradable—, el señor marqués me ha dejado dicho que él volverá a ser quien firme la nota de entrega. Si es tan amable de seguirme...

Tuve que agacharme a recoger el albarán del suelo cuando se me resbaló de entre los dedos.

¿Que la siguiera? ¿Arriba?

—Perdone, señora Julia —le dije correteando detrás de ella, que ya subía la escalera—, pero no acabo de entenderla. Primero me prohíbe acercarme al castillo porque el marqués en persona me ha firmado el albarán, y ahora me dice que ha de ser él quien lo haga. ¿Es eso?

—Sí, supongo que hubo un malentendido entre usted y yo —comentó con la barbilla bien alta, mientras atravesábamos el distribuidor circular que se anteponía al salón donde conocí al marqués.

Supuse que sería tarea imposible esperar a que reconociera que la había cagado conmigo y con su jefe.

—Ya hemos llegado —anunció al llegar al salón—. Que tenga un buen día.

Dicho esto, se marchó, dejándome sola.

Bueno, sola, no... con el famoso marqués de Requesens, que continuaba dándome la espalda, aunque esta vez sentado en una silla, junto a la mesa, pero igualmente mirando por la ventana. Parecía que no se hubiera movido de allí desde el otro día, y que tan sólo se hubiese limitado a sentarse. De igual forma, la luz del sol recortaba la sombra de su silueta, dejándolo en un claroscuro donde apenas podía distinguir el tipo de ropa que llevaba o el color de su cabello.

—Buenos días —saludé—. Me ha comunicado Julia que usted me firmará el albarán.

No sabía ni qué decirle, aunque tuve que morderme la lengua para no preguntarle qué quería de mí y por qué estaba yo allí.

—Claro —dijo. Su voz volvió a sonarme rota, potente, lo que hizo que su

eco retumbara más fácilmente entre aquellos altos techos y las gruesas paredes de piedra—. Déjelo sobre la mesa. Y siento que Julia tomara, sin consultarme, la decisión de que usted no volviera a venir.

—No importa —le dije.

Con lentitud, pero con decisión, me acerqué a la mesa y dejé el papel donde él me acababa de indicar. La primera vez había estado demasiado nerviosa como para haberme fijado en los detalles de aquel salón, como, por ejemplo, en la mesa, redonda, robusta y rodeada de altas sillas claramente de la misma época. O los cuadros, la mayoría de ellos retratos o sombríos paisajes que oscurecían aún más las ya lúgubres paredes.

A continuación, sacó una pluma del bolsillo de su camisa y garabateó su firma, mientras yo miraba embobada el movimiento de su mano. A esa corta distancia, justo encima de su cabeza, pude distinguir el color castaño oscuro de su pelo y el azul marino de su camisa, lo mismo que su olor, tan intenso, tan fuerte, que casi sentí picor en el interior de la nariz.

Aun así, me pareció un aroma tan maravilloso que inspiré hondo, intentando no hacer el más mínimo ruido inmersa en aquel silencio, donde únicamente se había oído el rasgar de la pluma sobre el papel.

—Ya lo tiene —contestó, al tiempo que deslizaba el albarán sobre la mesa y me lo acercaba.

Lo cogí entre mis dedos para intentar descifrar cuál era el nombre que habría escondido entre los trazos angulosos de su rúbrica, pero me fue imposible.

Parecía que ya no tuviese nada más que hacer allí, pero mi forma de ser me impedía irme sin preguntarle por qué me había mandado llamar para firmarme el recibo, cuando por hacer lo mismo por mi cuenta quiso echarme de allí a patadas... o a gritos, que casi tenían el mismo efecto. Siempre me ha gustado buscarle una explicación a todo.

—Señor... —titubeé—, quisiera preguntar... preguntarle... Joder, lo siento —solté aturullada—, ni siquiera sé cómo debo dirigirme a usted. ¿Debo llamarlo Excelencia o algo por el estilo? Perdona, pero no suelo entablar conversaciones muy a menudo con la aristocracia.

—En realidad —contestó—, el tratamiento de Excelencia es para duques

y grandes de España. Para condes, vizcondes, barones o marqueses, como yo, el adecuado sería Ilustrísima o Ilustrísimo Señor.

—¿Ilustrísima? —balbucí alucinada—. ¿En serio?

—Pero no será necesario para usted. Puede preguntarme lo que desee, sin el tratamiento.

—Sí, casi mejor —respiré aliviada—. ¿Podría usted aclararme por qué estoy aquí? Quiero decir, después de que me echara el otro día a grito pelado.

El hombre se mantuvo en silencio, algo que parecía tener costumbre de hacer y me ponía francamente nerviosa. ¿Sería para hacerse el interesante o porque no tenía muy clara la respuesta?

—Porque el otro día usted demostró no tenerme miedo.

Entonces fui yo la del silencio. Y juro que no fue para hacerme la interesante, sino porque dudé entre reír o salir corriendo de allí. Al final, no opté por ninguna de las dos cosas. Durante aquel mutismo, entendí lo que aquellas palabras llevaban implícitas.

—¿Quiere usted decir que todo el mundo lo teme?

—Exacto. ¿No ha oído nada sobre mí?

—Pues...

¿Qué podía contestar a eso? Si decía que sí, dejaba sobreentendido que la gente pensaba que era un asesino. Si decía que no...

—Déjelo —interrumpió mis pensamientos—. Tanta duda es que sí.

—Pues, ¿sabe usted una cosa? —solté de repente, cruzando los brazos—, desde que he subido aquí arriba y he empezado a hablar con usted, en lo único que he pensado no ha sido en lo que usted cree, sino en la falta de respeto tan grande que me parece que estamos hablando mientras me da la espalda. Las personas que hablan se miran a los ojos. Mis padres, ya difuntos, siempre me enseñaron que dar la espalda mientras te hablan es de mala educación.

—Buen consejo —se limitó a decir—. Debían de ser buenos padres.

—Sí, lo eran, pero no se vaya por la tangente. ¿Acaso le parezco indigna como para poder mirarme?

—Creo que ha llegado la hora de que se marche —me indicó el tío, tan fresco—. Imagino que ya sabe usted el camino. Que tenga un buen día.

Me dieron ganas de abalanzarme sobre él y darle una colleja, llamarlo gilipollas y decirle que se metiera su puto castillo en el culo, aunque lo bueno de mi carácter impulsivo era que había una parte racional que solía intervenir y me acababa apaciguando. Trabajaba de cara al público y tenía que saber poner la mejor de las sonrisas por muy estúpido que fuera el cliente.

Como en ese caso, que tuve que morderme la lengua con fuerza para ser capaz de contenerme y repetir en mi cabeza la premisa aquella de «el cliente siempre tiene la razón». Aunque ese cliente en concreto fuera idiota rematado.

—Por supuesto, me voy —anuncié marchándome de aquel poco alumbrado salón—. Que tenga un buen día, su Ilustrísima.

A ninguno de mis amigos les dije nada sobre haber mantenido una conversación con el marqués. Podría excusarme diciendo que no me preguntaron, pero sería eso, una excusa, porque seguro que nadie esperaba que yo hubiese hablado con él, y menos que no dijese una palabra del tema a mis amigos.

¿Que por qué no les comenté nada? La verdad es que no lo sé. Me parecía estar guardando un secreto de otra persona, como si aquel tipo confiara en mí y yo no quisiese traicionarlo. Una chorrada, desde luego, pero era exactamente lo que sentía.

Al día siguiente, la mirada que me dedicó Julia en la cocina no me hizo albergar ninguna duda. Intuí de inmediato que no era necesario que me acompañara esa vez, que podía subir yo solita y que el marqués me volvería a firmar el dichoso albarán.

Y así lo hice. Ascendí por la escalera y volví a atravesar aquel bonito distribuidor. Por primera vez, miré a través de las ventanas que daban al exterior y admiré el paisaje que rodeaba el castillo, compuesto por un extenso bosque y, tras él, la línea azul del mar.

Sin embargo, el salón volvía a estar en penumbra, puesto que las voluminosas cortinas continuaban echadas sobre todas las vidrieras, excepto en una, la que iluminaba la figura estática del marqués, de nuevo de espaldas, esta vez de pie.

—Buenos días —me saludó su voz rasgada—. Hoy ha tardado más en

llegar.

—Empiezo a sentirme acosada —le contesté—. Es usted capaz de detectar mi presencia por mi olor a pan, y, para colmo, cronometra el tiempo que tardo en subir la escalera. ¿Cómo sabe cuándo he llegado?

—La veo desde aquí —aclaró—. La veo llegar en su furgoneta cada mañana.

«A ver si al final van a llevar razón mis amigos y este tío ya me ha fichado y quiere algún rollo raro conmigo...»

Chorradas. Ni el tío más atractivo del mundo podría convencerme de nada. Aún menos uno que ni se había dignado mostrarse.

—Me gustaría poder dirigirme a usted por su nombre —me planteó de repente—, si no le importa.

—Pues mire, sí me importa —respondí cabreada—. Hasta las narices estoy ya de hablarle a una nuca. Así que... o se da usted la vuelta o me largo y no vuelvo más. Y me importará un comino perderlo a usted como cliente.

Después de un minuto, entendí que no lo haría.

—Ha sido un placer —le dije mientras giraba sobre mí misma para marcharme.

—¡Espere! —exclamó levantando la voz. Había inquietud en ella, a pesar de estar gritando—. Acérquese.

Obedecí y me puse justo detrás de él. Su olor volvía a hacer cosquillar mi nariz, tan intenso como picante. Y, entonces, comenzó a darse la vuelta, poco a poco, primero moviendo los pies, después los hombros, la cabeza, hasta acabar completamente de cara frente a mí. En un primer instante no pude ver nada, puesto que los rayos de sol matutinos entraban directos por la ventana y cegaban mis ojos, así que, sin dudarlo, me coloqué de espaldas a la ventana, me puse detrás de él y le pedí que se diera la vuelta.

Inspiré con fuerza nada más observarlo. Primero, me pareció muy joven, de treinta y pocos años. También me pareció enorme, de una gran estatura y con una descomunal distancia entre los hombros, pero lo que de verdad me dejó anonadada fue su rostro, tan masculino, tan maravillosamente perfecto. Sus labios me resultaron suculentos, apetecibles, lo mismo que la piel morena de sus mejillas recién afeitadas, aunque daba la sensación de que al final del

día se cubrirían de una oscura capa de incipiente barba.

Lo más atrayente, sin lugar a dudas, era su mirada. El azul de su ojo era el más potente que yo jamás había contemplado, tan intenso y profundo que temí ahogarme dentro.

Sí, lo he dicho bien. De su ojo, porque sólo tenía uno, el izquierdo. O, al menos, eso es lo que daba a entender llevando el otro tapado por un parche negro como el de un pirata.

¿Y por eso no me había mostrado su cara? ¡Joder, si era el tío más atractivo del planeta, aun si hubiese llevado siete parches puestos!

Durante unos instantes no dijimos nada. Él se limitó a mirarme, clavando su pupila en las mías, mientras yo me deleitaba en mirarlo a él. Mi mente era la única que hablaba en esos momentos, y la muy cabrona se dedicaba a enviar mensajitos para que mi cuerpo tomara conciencia de lo que era tener a un tío bueno tan cerca. Vamos, que hizo que me excitara con imágenes del marqués y yo desnudos, revolcándonos sobre la antigua alfombra del salón.

Tragué saliva. Y creo que llegué a relamerme el labio inferior.

¿Sería verdad aquello que se decía sobre el marqués, que te hipnotizaba para que cayeras rendida a sus pies? Tal vez la trampa estaba en su cautivante mirada, o en su peculiar timbre de voz, o en su perfume, que acabó de envolverme y de hacer que se me nublara la vista...

¡Pues claro que no, qué tontería! En mi caso, el problema era que hacía demasiado tiempo que no tenía sexo. Si echaba la vista atrás, tenía que sumar el tiempo que llevaba organizando la panadería, más el tiempo que tardé en vender las propiedades, más la enfermedad y las muertes de mis padres... Uf, lo mismo hacía un par de años, sin contar con que mis relaciones sexuales se habían limitado a echar un polvo con un desconocido en un bar, porque, desde lo de Raúl, jamás quise volver a tener novio ni nada parecido. Nada de relaciones tóxicas en las que te dejas llevar por un buenorro que acaba desgraciando tu vida. Un aquí te pillo, aquí te mato. Un casquete y adiós.

Una mierda, lo reconozco, porque esas relaciones me dejaban más insatisfecha que al principio, pero me permitía sobrellevar la frustración sexual y no tenía la obligación de aguantar a nadie.

Hasta que tuve delante al marqués y pensé que con él no me conformaría

con algo tan rápido, porque me apeteció pasarle la lengua por todas partes y durante horas.

—Te has quedado callada —dijo, sacándome de mi ensueño sexual.

—No entiendo que no quisiera mostrarse —le dije por fin, después de carraspear para disimular mi lujuria repentina—. ¿Es sólo porque le falta un ojo?

—¿Sólo? —preguntó alzando una ceja.

—Quiero decir que... podría haberse puesto una prótesis, ¿no? Creo que las hay cada vez más perfectas y que casi no se notan.

—He preferido no hacerlo —contestó, desviando su mirada hacia la ventana—. Es una forma de no olvidar.

—¿Puedo preguntarle cómo ocurrió?

—Todavía no me has dicho cómo te llamas. No puedes pretender que yo te cuente mi vida.

Y sonrió. ¡Sonrió! Por favor, debería estar prohibido que ese tío sonriera, porque su sonrisa se clavó en mi estómago con fuerza y casi se me doblan las rodillas.

Bueno, en mi estómago y en algunos lugares más abajo.

—Si ha visto el logo que acompaña los albaranes —le señalé, algo más repuesta de mi súbita lascivia—, habrá visto el nombre de la panadería, que es también mi nombre.

—Micaela —enunció.

Ahí ya acabó de derretirme del todo, al pronunciar mi nombre con aquella voz tan peculiar que parecía cascada, quebrada.

—Pues encantado, Micaela —añadió, tendiéndome la mano—. Mi nombre de pila es Roderic.

—Como el último rey visigodo —le dije al aceptar su mano y sentir el calor que emanaba de su palma—. Encantada, Roderic, marqués de Requesens.

—Exacto —dijo volviendo a torcer su apetecible boca en una sonrisa—. ¿Te gusta la historia?

—A ver si piensa que una panadera tiene que ser tonta —exclamé indignada.

—No me pareces nada tonta, Micaela.

Nuestras manos todavía estaban unidas cuando oímos el repiquetear de unos tacones que se acercaban. Di un paso atrás y lo solté como si quemara, como si estuviésemos haciendo algo malo y pudiesen pillarnos, puesto que, incluso, la distancia entre los dos se había reducido peligrosamente.

Una mujer apareció en el salón y me miró como si yo fuera una vulgar mosca molesta. Ella iba vestida de forma exquisita para ser todavía tan temprano, con un vaporoso vestido a rayas blancas y negras con un ancho cinturón. Su cabello castaño suelto y liso brillaba, y en su rostro destacaban sus labios, maquillados con un perfecto tono rojo mate.

—¿Qué haces hablando con una de las criadas? —inquirió de forma tan despectiva que la odié en cuanto abrió la boca—. ¿Y por qué no lleva uniforme?

—Soy la panadera del pueblo —aclaré alzando la barbilla—, no soy ninguna de sus criadas.

—Es Micaela —intervino Roderic—. Y ella es Leonor, mi hermana.

—Oh, perdona —dijo con un mohín de los labios—, pero es lo que he supuesto al ver que no pareces de aquí. ¿Eres árabe o descendiente de árabes?

Claro, mi aspecto. Siempre me han dicho que soy muy exótica, con la piel morena y el pelo tan negro. En aquel momento, como siempre en mi trabajo, llevaba mi larga cabellera negra con la raya en medio y recogida en un moño bajo. En las orejas solía llevar un par de aros de plata, que aún parecían acentuar más mis rasgos. Pero lo que siempre he reconocido como más llamativo de mi rostro son mis ojos, rasgados, con largas pestañas y de un extraño tono dorado. Mi padre siempre me decía que eran como los ojos de una gata.

—Pues no —contesté yo muy tranquila—, no soy árabe, a no ser que cuente como antecedente el origen andaluz de mis padres o el que sea descendiente de árabes como la mayoría de los españoles.

—Muy interesante tu discurso —replicó la chica con una mueca de hastío—, pero ahora, si nos disculpas... —se dirigió a su hermano—. Rody, cariño, ¿cómo estás?

—Por supuesto —mascullé mientras me retiraba del salón.

—Micaela —me llamó el marqués, lo que hizo que frenara pero sin darme la vuelta—, te espero aquí, como siempre, mañana.

—Claro —respondí.

Salí del salón, pero me mantuve unos instantes apoyada en la pared. Aquella pija con cara de inútil, sin apenas esperar a que me hubiese largado, se puso a hablar de mí, y no de forma amable, precisamente.

—¿Qué hacía esa mujer aquí, Rody? —preguntó—. No es tu estilo liarle con ese tipo de chicas y te da muy mala imagen. Te recuerdo que Elsa está a punto de llegar y podría imaginar lo que yo misma he pensado.

—¿Y qué se supone que ha pasado por esa cabecita tuya?

—Por favor, Rody, no me hagas parecer tonta. Estabais cogidos de la mano. ¡Por no contar que os mirabais como si os fueseis a comer el uno al otro!

—No empieces a sermonearme, Leo —contestó su hermano—. Eres más pequeña que yo y te empeñas en hacerme de madre.

—Pero ¿estás liado con ésa o no?

—Ése es mi problema.

—¿Acaso no entiendes que no la conoces de nada? —exclamó ella, aunque sin la intención de gritar. Seguro que estaban acostumbrados a estar rodeados de criados y, por tanto, disimular formaba parte de sus vidas—. Podría ir con el cuento a la gente del pueblo, o intentar sacarte dinero, o ir diciendo cosas de ti como han hecho otras veces...

—Basta —la cortó él—. Sólo es la panadera, ¿quieres dejarlo ya?

—Yo sólo quiero cuidar de ti —oí decir a la hermana en tono zalamero—. No quiero que te hagan daño, ya has sufrido bastante. No soportaría que volvieses a sufrir por culpa de nadie...

«Sólo es la panadera.»

¿Por qué me jodieron tanto esas palabras?

Me fui del castillo bastante cabreada y, la verdad, ni siquiera tenía claro por qué. Quizá era por la interrupción de la idiota de la hermana y sus despectivas palabras, tal vez porque él dijera de mí que sólo era la panadera o, en último extremo, porque el marqués me hubiese atraído de aquella manera tan intensa. Incluso, obviando la atracción que había sentido hacia él,

había disfrutado con su conversación, con su mera presencia, con el único objetivo de saber algo de él. Había experimentado una enorme curiosidad por saber cómo había perdido el ojo y me había traspasado la incertidumbre que él había sentido al esperar mi reacción después de ver su rostro.

Por todo eso estaba enfadada, conmigo misma, por pensar que había sucumbido a un hombre del que se decían cosas horribles. No es que fuera yo persona de creer en rumores, pero me costaba confiar en los demás, y en Roderic parecía confiar demasiado fácilmente.

Joder, ¿ya pensaba en él como Roderic?

Arranqué mi vieja furgoneta y me dirigí a la salida. Justo antes de atravesar la reja, me crucé con un coche que parecía de juguete, un deportivo descapotable tipo inglés. La conductora era una mujer de unos treinta años bastante llamativa. Llevaba su melena rubia cubierta por un pañuelo y unas enormes gafas de sol, muy al estilo Marilyn. Las dos giramos la cabeza al mismo tiempo para mirarnos, y después seguimos nuestro camino.

Casi estuve segura de que aquélla debía de ser la tal Elsa que había mencionado la hermana. Y un poco más segura todavía de que ella era la mujer a la que todo el mundo se refería como la amante del marqués.

Y no pude evitar odiarla desde aquel instante.

Capítulo 9

—¿Qué te parece, Micaela?, ¿no es genial?

—Perdona, Claudia, ¿qué decías?

—Pues lo que llevamos comentando toda la tarde, que la señora Berta se podría quedar un rato con Joel para que podamos ir esta noche a las fiestas del pueblo.

—Ya lo hemos hablado —observé mientras sacaba de las bandejas algunas barras que empezaban a enfriarse—. No puedo cerrar tan pronto.

—Pero sólo sería una hora antes —insistió la muchacha—. Además, todo el pueblo está en fiestas y la mayoría de los comercios estarán cerrados. Va, venga, *porfa*, Micaela. Tú eres la primera que necesita un descanso y distraerse un poco.

—Claro que sí —intervino Berta—. No me importará cuidar un rato de este bebé tan guapo. Además, tengo a una chica que me echa una mano y me hace la faena de la casa, a la que no le importará ayudarme con Joel. Vamos, Micaela, no te lo pienses. Te aseguro que tienes ya una más que fiel clientela que no te va a dejar en la estacada porque te vayas el viernes por la tarde a la feria.

—Vale, vale, está bien —claudiqué—. Os habéis compinchado para convencerme.

Si hubiese sido sincera, les hubiera dicho a todos que no me gustaban mucho las fiestas, y que los lugares con exceso de gente acababan agobiándome. Pero se los veía tan ilusionados... hasta Salva había dicho que vendría. Cada día parecía más sociable y más abierto, y a mí me hacía feliz

haber contribuido a ello. A veces, las personas sólo necesitan una oportunidad para demostrar que no son como el resto piensa, y Salva se la había merecido con creces. Todavía me pregunto, en ocasiones, qué habría sido de él si no nos hubiésemos encontrado, y me dan escalofríos sólo de imaginarlo.

Decidí dar una vuelta por aquella fiesta y así salir un poco, aunque no me preocupé en arreglarme demasiado, siempre con mis vaqueros y camisetas y el pelo recogido. Y lo mismo hicieron mis amigas, tan sencillas como yo. A Paula no le hacía falta ni arreglarse, puesto que, nadie sabíamos cómo lo hacía, con peinarse su bonita melena rubia tenía suficiente para parecer que acababa de salir de la peluquería.

Y Claudia... bueno, Claudia era caso aparte. Sus rizos flexibles, su voz de Pitufina y su corta estatura la hacían tener la pinta de acabar de salir del instituto. Resultaba muy gracioso observar la expresión de Salva al mirarla, un tío que te recordaba a un ángel del infierno por su aspecto y su indumentaria, pues parecía quedarse embobado ante las gracias y las risitas de Claudia.

Debo reconocer que la feria estaba muy animada. La jornada festiva comenzó con un discurso del alcalde y continuó con pasacalles, exhibiciones de danzas, *castellers* y *correfocs* y, antes de que empezaran los fuegos artificiales, Claudia decidió ir en busca de una mesa en la terraza de algún bar donde tomar un pincho y una cerveza y poder contemplarlos mientras cenábamos.

Paula sólo pasó un rato con nosotros. Estaba con su marido, que no le escatimaba mimos, supusimos que por todo lo que estaban pasando para poder tener un hijo. Los demás pusieron el grito en el cielo cuando comenté que el marido de Paula no me había caído nada bien.

—No seas malpensada —me recriminó Claudia—. El chico no puede estar más pendiente de ella.

—Demasiado —convine—. Un hombre que ya te mimas lo suficiente en casa no necesita demostrar nada en público, y ese tío sólo parecía querer convencernos de algo.

—Joder, menuda paranoia acabas de soltar —replicó Claudia con los ojos

muy abiertos.

—¿Y por qué no ha querido que cenáramos juntos? —insistí—. Creo que tampoco le hemos gustado mucho.

—Será mejor que saque los tiques para la cena —dijo ella poniendo los ojos en blanco—. ¿Cerveza para todos?

—Sí —respondí—. Acompáñala tú, Salva —le pedí con total inocencia—. Ella es demasiado bajita y, con tanta peña, el camarero no la va a ver. Seguro que tú te impones y conseguimos antes la mesa.

—Te quedarás sola —replicó Salva—. Y tardaremos un rato.

—Estoy rodeada de gente —le señalé mientras los empujaba—, así que dejad de preocuparos por mí, pesados.

Raro era el día en que no intentaba dejarlos solos durante algún momento. Sí, Salva estaba dolido, pero estaba claro que no dejaba de mirarla cuando ella no sospechaba que lo hacía. Y Claudia se pasaba el día diciéndome que no tenía derecho a acercarse a él, que no se merecía una segunda oportunidad con él, que se había comportado como una zorra... Gilipolleces. La vida sólo es una y hay que aprovecharla.

Quien aprovechó al verme sola fue el tío que se me acercó. Yo estaba mirando en la dirección del castillo, preguntándome qué haría el marqués mientras todo el pueblo estaba de fiesta. Me lo imaginé solo, mirando por aquella vidriera, escondido por temor a que lo insultaran, a que lo temieran por lo que hizo —presuntamente— o por el aspecto temible que le otorgaba aquel parche en su rostro.

Luego me acordé de que estaría retozando con su amante rubia, y todas mis penas se evaporaron.

—Buenas noches —me saludó el hombre que se me acercó con una bonita sonrisa—. Me han informado de que lleva usted poco tiempo en el pueblo y que es la dueña de una panadería.

—Le han informado bien —contesté.

—Perdona —me dijo, tendiéndome la mano—, me llamo Martín.

Lo reconocí al instante, después de haberlo visto dar su discurso de inicio de las fiestas. Era el alcalde. Relativamente joven, de unos cuarenta años, interesante y bastante guapo, con el pelo claro y una perfecta sonrisa de

dientes blancos, tenía la típica pinta de tío pijo de familia bien, pero me pareció muy simpático.

—Yo soy Micaela —me presenté. Respondí a su saludo tendiéndole también la mano y él me la tomó, pero, al instante, tiró de mí y posó sus labios en mi mejilla.

—Lo que no me habían dicho —me susurró— es lo preciosa que es la nueva panadera.

Me gustó que se acercara tanto, sinceramente, sentir su aliento en mi oído y sus labios revolotear alrededor de mi oreja. No experimenté ni la milésima parte de la excitación que me produjo el marqués con sólo mirarme, pero debía olvidarme de aquel tipo, tan diferente a mí, tan distante, tan lejano en todos los sentidos. Era hora de poner los pies en el suelo. Seguro que coquetear con alguien más normal me sentaría bien y me haría relegar la profundidad de una mirada a la que sólo le bastaba un ojo para absorberte, para encandilarte.

—Podría pasarse por mi panadería —le propuse, alejándome un poco—. Seguramente su presencia me haría publicidad.

—¿Eso es lo único que te importa? —replicó travieso—. ¿Tu negocio?

—Entre otras cosas —contesté.

Hacía demasiado tiempo que no ligaba con nadie y me sentía algo oxidada, pero debe de ser como montar en bicicleta, porque hacerse la interesante siempre funcionaba. Sólo pretendía volver a gustarle a un hombre, volver a ver el deseo en sus ojos, volver a saborear unos besos apasionados... Y ya, si acaso surgía, pues echar un polvo, que había una parte en mi cuerpo que estaba más oxidada todavía.

—¿Qué te parecería tomar algo juntos el domingo por la tarde? —me invitó—. Mañana me requieren en algunos actos deportivos y tengo el día bastante ocupado.

—¿No temes que te vean con la panadera? —le dije.

—Por supuesto que no —contestó con una amplia sonrisa—. ¿Qué habría de malo en que me vieran con la mujer más bonita del pueblo colgada del brazo?

—Ya veremos si me cuelgo de alguna parte —respondí. Tampoco era

plan de demostrarle lo desesperada que estaba.

—El domingo a las siete estoy libre —me informó—, así que a esa hora estaré por aquí —y se marchó en cuanto vio aparecer a mis amigos.

El sábado por la mañana estábamos todos hechos un asco. Nos habíamos acostado tarde y habíamos ingerido demasiada cerveza con el rollo de los pinchos picantes y las patatas bravas. Pero la vida de un panadero es así, duermes cuando otros viven y trabajas cuando los demás duermen.

Aun así, Salva estaba al pie del cañón, incluso Claudia, quien nunca ponía una pega a pesar de tener que levantar al niño, envolverlo en su manta de la cuna y llevarlo al trabajo cuando todavía no había amanecido. El caso es que yo todavía solía ayudar a Salva a preparar la masa madre y a cortar la masa, y también debía repartir a primera hora con la furgoneta, por lo que Claudia se me estaba empezando a hacer imprescindible. Además, su simpatía y desparpajo le iban bien al negocio, para contrarrestar la seriedad que a veces me acompañaba a mí.

Después de traspasar la reja del castillo, antes de desviarme hacia la entrada de servicio, observé que todavía permanecía aparcado en la entrada principal el coche inglés de la rubia con *look* años cincuenta. Apreté el volante con fuerza y pisé el acelerador, provocando una nube de polvo cuando frené ante la entrada lateral.

Sí, lo reconozco, estaba cabreada, y no entendía por qué. El marqués tenía una amante, porque, que viviera casi encerrado, no era motivo para haber hecho voto de castidad. Lo más normal del mundo. Era humano, era un tío... y estaba como un dios.

No paré de autoconvencerme hasta que levanté la vista y divisé la vidriera, tras la que se suponía que él debía de estar mirando, aunque no podía verse nada desde fuera. Empecé a desear que ese día no estuviera ahí, que no tuviera que verlo otra vez. Me estaba trastornando un poco y comenzaba a resultarme absurdo.

A la que sí divisé fue a Julia en la cocina, cuya cara no había forma de

cambiar, estirada y seca como un arenque.

—Aún no le he preguntado si podrá usted hacer igualmente el reparto los días festivos —me planteó, todo lo amable que daba de sí, mientras yo dejaba la pesada cesta del pan sobre la encimera.

—Únicamente cierro los domingos y festivos por la tarde —le expliqué —, así que, si lo requieren, puedo traerles el pedido todos los días del año. Si algún día no pudiera hacerlo personalmente, uno de mis empleados se encargaría de ello.

—Perfecto —me dijo algo más contenta. Después, se dio media vuelta y me ignoró por completo. Era la forma que tenía de decirme que me apañara yo con el marqués y mi albarán.

Estuve a punto de ponerle alguna excusa para no subir, como que tenía mucha prisa o algo así, pero después me lo recliné mentalmente. El marqués no me daba miedo y mis pensamientos lujuriosos sobre él se habían acabado. Incluso pensé que tal vez su noche de sexo depravado con Elsa lo mantendría aún en la cama y así me evitaría tener que verlo.

Subí la ancha escalinata de piedra y fui directamente al salón de la planta superior. Me asomé con cuidado por la puerta y lo primero que vi fue al marqués de pie frente a la vidriera.

¿Es que ese hombre pasaba su vida ahí?

—Buenos días —lo saludé mientras dejaba el papel sobre la mesa—. No esperaba encontrarlo levantado hoy tan temprano.

Pero ¿para qué tuve que decir eso? ¡Joder con mi lengua larga!

—Buenos días —respondió, después de darse la vuelta para que pudiese verlo de frente. Cogió su pluma, se inclinó sobre el escritorio y estampó su firma—. Eso ha sonado a reproche —añadió mientras volvía a guardar su estilográfica.

—¿Reproche? —reliqué demasiado inquieta—. No sé de qué me habla. Yo no soy quién para hacerle ningún reproche. Sólo soy la panadera.

El marqués esbozó una sonrisa cínica y me miró. Supuse que, con esa afirmación, yo solita me había delatado, dando a entender que me gustaba escuchar conversaciones ajenas.

—Y dime —prosiguió—, ¿por qué creías que no estaría levantado hoy?

Pero ¿por qué se acercaba tanto? Caminaba hacia mí mientras hablaba, hasta colocarse tan cerca que pude contemplar perfectamente el tejido negro del parche. Su ojo desprendía calor con sólo mirarme, fuego de color azul. Y su olor volvía a narcotizarme.

—Por tener compañía en su cama —respondí. Total, puestos a tocar las narices, si él insistía en trastornarme, yo le diría lo que me diera la gana.

—¿Y qué te hace pensar que el resto de noches he dormido solo?

—*Touché* —contesté con una mueca—. Yo sólo sé que su amante está en el castillo y que, con ella aquí, no cabe duda de que ha tenido compañía.

—¿Sabes una cosa, Micaela? —me preguntó mientras se dejaba caer en el filo de la mesa y cruzaba los brazos—. Esto —dijo, señalando el parche— no me ha dejado tener una vida normal. Su visión provoca rechazo en la gente, curiosidad. Algunos, incluso, lo consideran justo. Según ellos, después de una vida de privilegios, no me va nada mal tener un defecto, para compensar. Tengo dinero, pero me falta un ojo. Justicia poética.

—No creo que la gente piense eso —objeté—. Al menos, no todos.

—¿Tú no lo pensaste?

—Pues claro que no. No creo en la justicia divina. Hay culpables que nunca recibirán su castigo.

—¿Lo dices por alguien en concreto? —inquirió.

—La verdad, no sé qué hago aquí hablando con usted —manifesté al tiempo que agarraba el albarán y me lo guardaba, doblado, en el bolsillo trasero de mis vaqueros—. Tiene todo un castillo que atender, y yo, una panadería.

—Te cuento esto —continuó, ignorándome descaradamente— porque quiero que sepas que sólo existe una cosa para la que llevar este horrible parche no me ha supuesto ningún problema.

—¿Para cuál?

—Para follar con mujeres.

—Vale —dije dirigiéndome a la puerta—, gracias por la información. Ahora debo irme.

Hacía mucho tiempo que no me ponía tan nerviosa. Sólo oírle decir esa palabra fue suficiente como para que empezara a sudar y a sentir mi corazón

galopar en mi pecho.

—Me gusta follar, Micaela —me susurró, después de dar un par de zancadas y colocarse en la puerta para no permitirme salir.

—Me parece fantástico, a mí también. Ahora, si me disculpa...

—Y a ti —volvió a susurrarme, interceptando todavía la salida—, ¿te molestaría follar con un tío al que le falta un ojo?

—Joder —solté mientras alucinaba por completo—. ¿Qué coño pretende usted? Porque, si su respuesta es que quiere follar conmigo, la mía es: no, gracias. Y si lo que busca es tomarme el pelo, asustarme, reírse de mí o cabrearme, le diré que es lo último que ha conseguido. Y, ahora, déjeme salir de aquí o utilizaré mi rodilla para convencerlo.

—Por supuesto —me dijo, franqueando mi paso.

Sonrió de una forma tan mezquina que me hizo descubrir el porqué de su comportamiento, que no fue otro que probarme, experimentar conmigo, como si yo fuese un juguetito nuevo.

Uf, cómo contuve mis ganas de arrearle un rodillazo en los huevos.

—Espero verte de nuevo por aquí mañana —expresó cuando ya me encontraba en el vestíbulo circular, tan fresco.

Frené en seco. Después me giré, caminé decidida y me situé tan cerca de él que tuve que levantar mucho la cabeza para poder mirarlo. Sí, estaba muy bueno, y follar con él debía de ser lo más alucinante del mundo, pero a mí ningún tío me trataría nunca más como una mierda.

—No pienso volver a poner un pie en tu puto castillo —le espeté, en un tono casi susurrante—. Eres un gilipollas y nada tiene que ver con que te falte un ojo.

—¿Qué está pasando aquí?

Me separé de él con rapidez cuando oí esa voz femenina. Su dueña resultó ser la Marilyn rubia y pija, que, sin gafas y vista de cerca, no me pareció nada del otro mundo. La comisura de su boca aparecía demasiado surcada de arrugas, prueba de lo infeliz que debía de ser... y eso no me extrañó nada, aguantando a semejante energúmeno.

—No se preocupe, yo ya me iba —le dije al pasar por su lado—. Su Ilustrísima es todo para usted.

Capítulo 10

Si había una forma de apaciguar un poco mi mal humor, era charlando un rato con Paula. Llevaba unos días sin aparecer por mi casa ni por la panadería, pues los médicos le habían recomendado reposo para aumentar las posibilidades de éxito de la fecundación in vitro, y el poco rato que la vi en la fiesta apenas pudimos hablar. Cuando entré en su casa, me dio un abrazo y volvió de nuevo a la cama.

—Menuda vida te pegas, todo el día tumbada —bromeé.

—Oh, cállate —me recriminó—. Si no fuera por lo que es, me habría levantado hace días y habría mandado al médico a la mierda. ¡Me muero de aburrimiento! ¡Odio los programas matutinos de la tele!

—Ya verás —la tranquilicé— que, en cuanto te quedes embarazada, se te olvidarán estos ratos. Y más vale que sea pronto —sonreí—, que de vez en cuando te necesitamos en la panadería.

—Qué ganas tengo de irme con vosotros, por favor —suspiró.

—Lo malo es que, al final, parecerá más una guardería que una panadería —dije yo—. Os voy a tener a ti y a Claudia entre pañales y biberones todo el día.

—Es verdad —convino Paula con ojos soñadores—. ¿Cómo van las cosas por allí?

—Bien —contesté—, intentando que Salva y Claudia se queden solos a menudo y puedan hablar.

—Tenemos que hacer algo más drástico —propuso Paula, traviesa—. Tantas horas sola sin hacer nada han conseguido que me vuelva una

maquinadora muy maquiavélica, y creo que tengo alguna idea. Sería tan bonito que volvieran a salir...

—Yo también he maquinado algo —comenté—, así que, cuando quieras, unimos fuerzas, que esos dos merecen estar juntos. El otro día pillé a Salva mirándola tan intensamente que por poco no lo beso yo. No la ha olvidado, pero es un puto cabezota.

—Tiene miedo, Micaela —lo defendió Paula—. Ella lo destrozó una vez y no quiere arriesgarse de nuevo.

—Lo entiendo —suspiré—. Y, para colmo, ella tampoco lo ha olvidado, pero se cree indigna de él. ¡Vaya par! No entienden que el tiempo pasa y luego no vuelve, que los reproches y los arrepentimientos no sirven nada más que para perder el sueño. Hay que actuar, joder. Siempre es temprano para rendirse.

—Vaya discurso acabas de soltar —dijo Paula con los ojos muy abiertos—. Pero estoy de acuerdo contigo. Por cierto —añadió mirándome de forma pícaro—, ¿tú no tienes nada que contarme?

—Pues sí —contesté contenta—. Mañana tengo una cita.

—¿Una cita? —inquirió mi amiga, que empezaba a frotarse las manos de satisfacción—. ¿Con quién?

—Con Martín, el alcalde.

—Oh, sí, es verdad —dijo hundiendo los hombros.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta?

—Es mono —respondió—. Sencillamente, esperaba que tuvieras cosas que contarme sobre otra persona.

—¿Otra persona?

—Sí, sobre el misterioso marqués. No nos has explicado nada sobre su deseo de que seas tú la que siga yendo al castillo.

Nunca en la vida he tenido a alguien de confianza a quien contarle ciertas cosas... una mejor amiga, una hermana o algo parecido. Con Claudia congenié fácilmente y reíamos o hablábamos de tíos, con lo que pasamos a ser buenísimas amigas. Pero Paula era otra cosa. Era como la parte buena y sensata del grupo, a quien acabábamos pidiendo consejo, porque su opinión seguro que era la más acertada.

Así que, por primera vez, le expliqué a una amiga algo que jamás le habría explicado a nadie, porque mis pensamientos siempre habían sido míos y de nadie más. Pero hablar con Paula era como hablar conmigo misma.

—Cada mañana —comencé a referirle— charlo un rato con él.

—¿Has hablado con el famoso marqués? —exclamó con los ojos como platos—. ¿Y de qué?

—De gilipollices —suspiré—. Ya no pienso ir ni un día más. Le pediré a Claudia que se haga cargo otra vez del reparto a domicilio y punto.

—¿Qué ha pasado? —planteó frunciendo el ceño—. ¿Se ha querido proparar contigo o te ha hecho sentir mal?

—Para nada —contesté—, y que ni se le ocurra. Es sólo que es imbécil y no lo aguanto más.

—¿Cómo es? —preguntó interesada.

—Si te digo que muy guapo, es quedarse muy corta. Jamás había visto a nadie como él.

—Pero ¿y su personalidad? ¿Crees que puede ser un asesino?

—No lo sé —respondí con sinceridad—. Desde el principio estuve tentada de preguntarle sobre la muerte de su mujer, y si lo del parche tenía algo que ver con eso, pero me pareció que no era plan. Ni siquiera sé todavía para qué me hace subir al salón de la planta superior, ni por qué encuentra entretenido conversar conmigo si no hablamos de nada realmente.

—¿Parche?

—Le falta un ojo —le aclaré—, y ni ese defecto es capaz de restarle un ápice de atractivo... Lo que no quita que sea un capullo, un gilipollas y un cerdo arrogante y presuntuoso.

—¡Madre mía! —Paula rio—, veo que te ha causado impresión, en todos los sentidos.

—Y también he conocido a su amante.

—¿En serio? ¿Esa que la gente ve entrar y salir del castillo? —preguntó asombrada pero interesada—. Está claro que ella es la prueba fehaciente de que es un hombre bastante normal. ¿Qué aspecto tiene? ¿Es guapa?

—No sé —dije desinteresada—. Me importa un comino esa tía. Con sólo verla ya me ha caído mal.

—Qué instructivo. —Paula rio de nuevo—. El marqués es muy guapo, pero te cae mal; en su amante ni te has fijado, pero te cae peor... ¿No te parece que todo eso sólo demuestra que te gusta?

Joder con Paula y su análisis de conducta. Ya podrían contratarla en la academia de formación del FBI.

Antes de que pudiese contestarle, oímos la llave de la puerta de entrada.

—Es Abel —anunció Paula, procurando disimular su nerviosismo—. Creo que será mejor que te vayas.

—Por supuesto —acepté. Después le di un beso y le hice caso para que no tuviese problemas con el antipático de su marido.

Todos teníamos claro que no le gustábamos mucho al esposo de Paula, un tío que poco tenía en común con su mujer. Todo lo que tenía la chica de buena y comprensiva, lo tenía él de borde y antisocial. Era el único aspecto en el que creíamos que Paula no había sido muy sensata, al casarse con aquel tipo.

—Hola, Abel —lo saludé antes de salir de su casa, a lo que él apenas contestó con un gruñido.

Su vivienda era una casita de planta baja rodeada de un primoroso jardín. Las ventanas daban al mismo y, antes de ponerse a hablar, no tuvieron en cuenta que la del dormitorio permanecía abierta y yo podría escuchar la conversación.

—¿No te ha dicho el médico que debes hacer reposo? —le recriminó su marido.

—No he salido de la cama más que para ir a mear —contestó Paula—, así que deja de ponerte tan nervioso.

—Los que me ponen nervioso son tus amigos —le reprochó—. ¿Qué hacía ésa aquí? ¿No te pasas ya suficiente tiempo en su puta panadería?

—¿Qué problema tienes con Micaela? Es una buena amiga.

—No la conocemos de nada.

—Es que no conocemos a nadie —refunfuñó Paula—. Hace poco tiempo que vivimos aquí, y si a eso le sumamos que la mayoría de la gente te cae mal... sobre todo mis amigos...

—¿A quién te refieres, a tu amiga la panadera rarita, a la tontita que se

dejó hacer un bombo o al delincuente rapado?

—Son buenas personas, eres injusto.

—¡Y una mierda! Más vale que, cuando tengas a nuestro hijo, te relaciones con otra gente.

—Abel, por favor, no puedes estar hablando en serio.

—¿Me ves cara de bromear contigo?

Luego sólo oí el golpe de la puerta al cerrarse y, después, silencio.

—Joder —mascullé cuando ya estuve en la calle—, me cago en el Abel de los cojones y en su puta madre. ¿Qué coño se ha creído este tío? Decirle a su mujer con quién ha de relacionarse...

Con el ceño tan fruncido que arrugaba toda mi frente, entré en la panadería en tromba y me dirigí directamente al horno, donde Salva se encargaba en ese momento de vigilar la amasadora.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó—. Tienes la misma cara que traerías si alguien te hubiese insultado por la calle.

—Pues más o menos es eso —gruñí—. He oído cómo el marido de Paula nos describía a los tres y le decía que no debería estar con nosotros. Pedazo de gilipollas... He estado a punto de entrar y decirle cuatro cosas.

—No te metas, Micaela —me apaciguó Salva—. A mí también me parece un imbécil, pero no podemos entrometernos, por Paula.

—Lo sé —suspiré—. Odio a los tíos que anulan a sus mujeres.

—¿Porque algún tío te lo hizo a ti?

—Sí, Salva. Me dejé deslumbrar por un físico y un carisma que sólo me sirvieron para desgraciarme la vida.

—¿Qué pasó?

—Ya te lo contaré algún día.

—Sí, seguro —dijo Salva con ironía—, cuando vivamos en una residencia de ancianos y estemos en el patio tomando el sol en nuestras sillas de ruedas.

—¿Te pasa algo, Micaela? —inquirió Claudia, que entró en el horno cuando hubo un paréntesis en la afluencia de clientela—. Ni siquiera has saludado.

—Venía indignada por el marido de Paula —contestó Salva.

—Ah, sí —comentó Claudia—. Ya me he dado cuenta de cómo nos mira, sobre todo a mí, que me lanza cada puñal con los ojos... una mezcla entre odio y asco. ¡Qué equivocada estaba, pues al principio me pareció un buen tío!

—Pues la próxima vez que lo tengamos delante y te miré así —saltó Salva—, te juro que le daré tal puñetazo en la boca que va a estar recogiendo dientes una puta semana.

Tanto Claudia como yo nos quedamos con la boca abierta. Nadie esperaba ese arranque protector de Salva con respecto a su antigua novia. Ni siquiera él mismo, puesto que, sin decir una palabra más, se dio media vuelta y continuó pendiente de la amasadora.

El domingo fue un día raro para mí. Claudia se encargó del reparto, tal como le había pedido, pero al parecer al ama de llaves del castillo no le hizo ninguna gracia. Me estuvo llamando durante toda la mañana, pero silencié el móvil y lo aparté de mi vista.

—¡Menuda cara me ha puesto! —nos explicó Claudia—. Me ha preguntado por qué no estabas allí y le he contestado lo que me dijiste, que a partir de ahora debes permanecer en la panadería y no te puedes hacer cargo del reparto. ¡Y se ha puesto pálida! Creo que su jefe le ha exigido que seas tú quien lo haga, Micaela.

—Me importan un comino —solté yo—, ella y su jefe.

Por otro lado, estaba el tema de mi cita. La verdad, no me apetecía en absoluto, pues no estaba de humor para aguantar a ningún tío, ni siquiera ante la expectativa de un posible revolcón. Para colmo, después de comer, se lo comenté a Claudia y a Salva.

—¿Tienes una cita con el gilipollas del alcalde? —inquirió Salva—. ¿No has encontrado nada mejor?

—¿Mejor que el alcalde? —pregunté alzando una ceja.

—Ya me entiendes, tía. Su fama lo precede. Con esa cara que tiene de tipo elegante y culto, resulta que es un putero. Como la mayoría de políticos,

mucho traje y simpatía, mucho dar fiestecitas y sonreír a ancianitas, y luego se gasta tu dinero en coches y putas.

—¡Y a mí qué coño me importa! —exclamé—. ¡Lo único que quiero es echar un polvo!

—Estoy de acuerdo con Salva —intervino Claudia, que hasta entonces había permanecido demasiado callada—. Aléjate de Martín.

—¿Tú también? —contesté airada—. ¿Qué os pasa a vosotros conmigo? Primero, que no me acerque al marqués, que puede violarme. Ahora, que me aleje de Martín, que puede follarme. ¿Qué será lo siguiente? ¿Colocarme un cinturón de castidad?

—Micaela, guapa —dijo Salva—, ya te vale. ¡Si es que te relacionas con la flor y nata masculina del pueblo! Aunque, puestos a elegir, casi prefiero que te enrolles con el alcalde, que al menos no tiene fama de haberse cargado a nadie.

—¡No! —volvió a intervenir Claudia—. Ni se te ocurra, Micaela.

—Pero ¿por qué? —le planteé exasperada—. Hija mía, das miedo. Tanto alertarme sobre ese tío, por favor, que parece que sea por algo personal...

«Oh, oh...»

¡Joder! ¿Cómo no lo imaginé antes?

—Ese tío es... —susurró Salva.

—¡Sí, joder! ¡Es el padre de Joel!

—¿El cabrón que te largó cuando te quedaste embarazada? —grité yo—. ¡La madre que lo parió!

—No, la imbécil siempre fui yo —reconoció Claudia—, por dejarme llevar por su palabrería y por la de mis *amigas* de entonces, que no pararon de decirme que salir con él y dejar a Salva era como subir de categoría. Así se muerdan todas la lengua y se envenenen, malditas víboras.

Salva se había puesto en pie y parecía inquieto, como si estuviese aguantando las ganas que tenía de presentarse en casa del alcalde y partirle los morros.

—Rompimos y volvimos miles de veces —explicó Claudia—, pues siempre me convencía. Más tarde comprendí que cada vez que me dejaba era porque tenía a otra, y cada vez que volvía era porque estaba solo. Además,

según él, no se mostraba en público conmigo porque no beneficiaba su carrera política el hecho de que se supiera que tenía una amante. Luego comprendí que se avergonzaba de mí, que sólo le interesaba follar conmigo, pero nunca me habló de futuro. ¡¿Cómo pude estar tan ciega?!

—Hijo de puta —refunfuñó Salva.

—Lo siento, Salva —se lamentó Claudia—. Siento que tengas que escuchar esto. No imaginas las veces que me arrepentí, las veces que soñé contigo, las veces que estuve tentada de pedirte que volvieras de nuevo conmigo.

—¿Y por qué no lo hiciste, joder? —le gritó él.

—Porque ya no estabas en el pueblo. Porque oímos que te habías metido en follones muy chungos y, después, que estabas en la cárcel.

—Qué paradoja —dijo Salva con una mueca de ironía—: me sentí tan mal cuando me dejaste que me junté con lo peor para poder olvidar, pero fue por ello, precisamente, por lo que luego no estuve cerca de ti para ayudarte.

—Lo siento, Salva —Claudia rompió a llorar—, perdóname, por favor. He sido tan tonta... Seguro que Martín se aprovechó de mi poco carácter, de lo pava que soy.

—Chist, no digas eso, preciosa. En todo caso, estabas sola.

Salva abrió sus musculosos brazos tatuados y la acogió en su pecho, para rodearla después y acariciarle los hermosos rizos de su pelo.

—A ninguno de los dos nos ha tratado bien la vida —continuó diciendo Salva—, pero te prometo que, a partir de ahora, voy a estar a tu lado, siempre. Nunca más volverás a estar sola.

—¿Volveremos a ser amigos? —le preguntó Claudia entre hipidos de llanto.

Como respuesta, Salva le acunó el rostro y la miró durante unos instantes que parecieron eternos. Enjugó sus lágrimas con los pulgares y después bajó su cabeza hasta que sus labios se posaron en los de Claudia.

No fue un beso apasionado, sino dulce, tierno, en el que los labios de ambos permanecieron unidos durante un largo instante.

Y yo allí, mirando como una *voyeur* cualquiera. Estaba tan emocionada que en ningún momento se me ocurrió irme, y creo que ellos también se

habían olvidado de mí. Decidí, de todas formas, ofrecerles el grado de intimidad que merecían, con lo que pillé el bolso y salí de mi local intentando hacer el mínimo ruido.

Una vez en la calle, suspiré por lo que acababa de presenciar. Sí, me las daba de dura, afirmaba que pasaba de los tíos, pero ¿quién puede negarse a tener algo así? A veces, sobre todo cuando no podía dormir, pensaba si algún día podría encontrar a esa persona que te acepta tal y como eres, que no trata de imponer su voluntad, que sólo quiere lo mejor para ti. Aunque lo único que había conseguido al conocer las historias de mis amigas era volverme más escéptica todavía.

Después, sacudí la cabeza y volví a la realidad. Estaba que mordía. Pero no pensaba anular la cita que tenía con Martín, de eso nada. Iba a tener los ovarios de presentarme. Se iba a cagar.

Mientras iba de camino, mi móvil volvió a sonar con insistencia. Lo cogí y vi en la pantalla el número del castillo. No sabía si Julia pretendía camelarme para que volviera o lo que quería era anular el pedido para siempre. Deseosa de despejar esa duda y de que dejara de llamarme de una vez, decidí contestar.

—¿Micaela?

Ésa no era la voz de Julia, sino la del marqués en persona.

—¿Sí, señor marqués?

—Llevo todo el día intentando contactar contigo. ¿Por qué no has venido hoy?

—Porque no he podido, ni podré a partir de ahora. Mi empleada continuará realizando el servicio a domicilio.

—¿Te has enfadado conmigo?

—¿A qué viene esa pregunta? —le dije, más que nada porque me descolocó por completo.

—¿Tan enfadada estás que ya no quieres volver a verme?

—¡No estoy enfadada!

—¿Estás celosa de que tenga una amante?

—Pero ¿qué coño dice? —le grité furiosa. Lo que me faltaba, el tipo aquel tocándome las narices—. Me importa una mierda a quién te folles,

gilipollas.

—No es cierto —replicó—. Tú también la sentiste.

—¿Qué se supone que sentí?

—La atracción. La corriente que nos sacudió a los dos.

—¿Y qué? —contesté exasperada—. Usted está bueno, yo estoy buena. Lo más normal del mundo es que nos sintamos atraídos.

—Lo que hay entre nosotros es de todo menos normal. Pero no creo que sea algo que debamos discutir por teléfono. Quiero que vuelvas, Micaela. Me gusta hablar contigo, me gusta verte, me gusta olerte.

La verdad era que, desde que había llegado a ese pueblo, me estaba pasando cada cosa...

—Mire, Roderic, marqués e Ilustrísima de no sé dónde: ¡váyase usted a freír espárragos!, no sea que mandar a un aristócrata a la mierda sea ilegal.

Dicho esto, colgué.

Martín me estaba esperando apoyado en su fantástico todoterreno. Nos saludamos con dos besos y me monté a su lado en el coche. Mientras condujo, no paró de sonreírme, y yo le devolví las sonrisas, más falsas que Judas. Nadie podría hacerse a la idea de lo que tuve que aguantar para no escupirle en toda la cara. Lo peor fue cuando colocó su mano sobre mi muslo desnudo. Me vi obligada a taparme la boca para disimular las arcadas.

Tomamos una copa en la terraza de un hotel a las afueras, en medio de la nada. Estaba claro que aquello de que no le importaba pasearse con la panadera era una sucia mentira. Tal y como había confesado Claudia, ese tío era un puto vicioso y no pensaba informar de ello a nadie, por lo que se tiraba a las tías que le apetecía, pero de forma discreta. Seguro que un día se casaría con alguna pija de buena familia y se creerían que era un chico ejemplar que no iba dejando hijos no reconocidos por ahí.

Durante la velada no paró de lanzarme miraditas y sonrisitas mientras me contaba sus logros políticos. ¡Dios, qué patético! ¿Y con éste quería yo follar? Y, lo que era peor, ¿ése era el padre de Joel? Joder, pobre niño.

—¿Por qué no dejas de hablar y subimos a una de las habitaciones? —le propuse. Intenté poner la pose más sexy de mi vida, aunque me dio la sensación de que me salió una mueca de lo más extraña, como la de una puta

con asco.

—Eres directa, me gusta —me dijo—, y tan guapa que te miraría todo el tiempo. Mientras di el discurso el viernes, fui capaz de localizarte con facilidad en medio de un montón de gente; destacabas entre docenas de mujeres.

—Gracias. —Yo no dejaba de pensar en mi amiga y en la putada que aquel tío le había hecho.

«Cuándo vas a callarte, por Dios. Tanta palabrería me aburre. No sé qué coño pudo ver Claudia en ti, o qué ven el resto de féminas.»

Subimos por una escalera exterior, para esquivar a cualquier persona que pudiese vernos. Lo dicho, muy discreto, el chico.

Cuando estuvimos ya en el interior de la habitación, se lanzó sobre mí y comenzó a besarme, pasándome su lengua húmeda por todas partes. Menuda mierda. El primer tío al que besaba en años y resultaba ser semejante cerdo.

Comencé a desvestirlo mientras dejaba que me besara y toqueteara, al tiempo que lo iba arrastrando hacia una vidriera que daba a un pequeño jardín. Él llegó a quitarme el vestido y dejarme en ropa interior, pero yo conseguí desnudarle del todo. Acaricié su miembro excitado para no darle opción a pensar, mientras que con la otra mano abría el picaporte de la balconera. Una vez abierta, le di un empujón para obligarlo a salir al exterior, y cerrar, a continuación, desde dentro.

La cara que puso no tenía precio. Me miró como si no comprendiera nada.

—¿Es un juego? —dijo, intentando no gritar—. Porque no me parece nada divertido.

—No, no lo es —contesté yo mientras me ponía el vestido. Recogí después toda su ropa y la hice una bola para llevármela conmigo.

—¡Eh! —gritó, esta vez un poco más fuerte, aunque intentando no llamar la atención de algunas personas que tomaban algo sentadas en la terraza que daba al jardín—. ¡Micaela! ¡Haz el favor de abrir de una puta vez!

—Claudia —le susurré para que leyera mis labios—. Claudia y Joel. —Le lancé un beso y me marché, no sin dejar de oír cómo aporreaba aquella vidriera.

—¡Estás loca! —continuó gritando.

Cogí del bolsillo de sus pantalones las llaves del coche, tiré a un contenedor de basura las de su casa, su ropa y sus zapatos, y me puse a conducir hasta el pueblo. Una vez allí, aparqué en medio de la plaza, lancé las llaves por una rejilla de la alcantarilla y me fui andando a mi casa, silbando.

Qué a gusto me había quedado.

Capítulo 11

No vi la moto de Salva en la puerta de mi casa, con lo que me llevé una decepción. Me había imaginado que me los encontraría dormidos a los tres en el sofá de mi salón, pero los pobres habrían pensado que al día siguiente era lunes y tendrían que madrugar.

Sin encender la luz, me saqué los zapatos, solté el bolso, me quité el vestido y, todavía tarareando una melodía, encendí una pequeña lamparita del salón. En cuanto la suave luz iluminó la estancia, hizo visible la figura que permanecía sentada en un sillón, como si estuviese en su propia casa. Yo pegué un grito y me tapé inmediatamente con el vestido. ¿Quién espera encontrarse a un desconocido sentado tranquilamente en el salón de su casa en plena noche?

Aunque, desconocido, precisamente, no era. Pensé que se me saldría el corazón por la boca cuando reconocí a aquel hombre que me miraba con una sonrisa de regocijo.

—Raúl —musité—. ¿Qué... qué haces aquí? ¿Y cómo me has encontrado después de tanto tiempo?

—¿Así saludas a los viejos amigos? —dijo sin inmutarse—. ¿No te alegras de verme?

—¿A qué has venido? —le pregunté, aparentando algo más de tranquilidad, aunque, en realidad, me flaqueaban las piernas y el corazón me latía violentamente en el pecho.

—A verte —contestó.

No sabría decir por qué, pero Raúl me seguía dando miedo a pesar de los

años transcurridos. El tiempo no parecía haberle tratado demasiado bien y aparentaba más de los treinta años que debía tener. Su belleza aparecía un tanto marchita, algo que reflejaban las arrugas que rodeaban sus ojos y su boca. Su cabello negro, antaño tan bonito, lucía deslustrado, y de sus ojos, que yo recordaba tan vivaces, ahora emanaban cinismo y un punto de maldad.

—Sí, lo sé, me he estropeado bastante. Tú, sin embargo, estás más preciosa que nunca —dijo mirándome con evidente lujuria.

Recordé que me había quitado el vestido y me lo puse de nuevo con rapidez.

—Nunca he encontrado a otra mujer más guapa que tú —continuó—. ¿Recuerdas lo bien que lo pasábamos juntos? Para mí —añadió cuando se levantó del sillón y se dirigió hacia mí— siempre serás especial, Miki, porque yo fui el primero para ti, y eso es algo que no se olvida.

Dios, escuchar mi nombre abreviado de esa burda manera después de tantos años fue como volver atrás en un solo segundo, como revivir aquella fatídica noche que yo llevaba años esforzándome en olvidar.

—Raúl, por favor, no sé a qué viene esto ahora, después de tanto tiempo...

Se acercó a mí y me rozó la piel de la mejilla casi con veneración. Supliqué mentalmente que no hubiese venido con la intención de hacerme daño. Era demasiado fuerte para mí y apenas podría oponer resistencia.

—No me mires con esa cara de pánico —pidió con una repentina mueca mordaz—. No voy a hacerte daño... siempre que tú me ayudes.

Cambió totalmente de registro y su actitud se volvió chulesca cuando empezó a dar vueltas por la casa y a fijarse en los detalles.

—Las cosas te han ido bastante bien.

—Trabajo mucho.

—A los demás la vida no nos ha sonreído tanto como a ti, a pesar de arrastrar el mismo pecado que tú. ¿Sabías que pillaron a Charly?

—No... no tenía ni idea —balbucí.

—Pues sí, lo pillaron, con lo que el Pecas cayó poco después. Todavía les están dando de hostias para averiguar quién fue la mano que disparó el arma. Son valientes y están aguantando, pero sólo es cuestión de tiempo que me

delaten.

No supe qué decir en ese momento. Me senté en el sofá, invadida por un peso enorme que parecía haberse instalado en mi espalda nada más ver a Raúl. Todos aquellos años de olvido, en los que casi había relegado mis pesadillas, en los que había vuelto a levantar la cabeza y redirigir mi vida... ¿para qué?, si lo que había pasado estaba ahí y nadie podía borrarlo. El pasado había vuelto en forma de exnovio, y sólo sentí ganas de llorar y de ovillarme bajo el cálido edredón de mi cama.

—Tranquila —me dijo—, sólo les intereso yo. Ellos no dirán nada de ti. Únicamente saldría tu nombre a relucir si me pillaran, porque te delataría yo mismo.

—¿Qué quieres, Raúl? —le planteé, ya con los nervios destrozados—. ¿Has venido a mi casa para amenazarme? ¿Para decirme que, si te cogen, caeremos los dos? ¡¿Y qué quieres que haga?!

—Calma, tranquila —decía como si no pasara nada, como si no estuviera poniendo en juego todo lo que había logrado en mi vida—, no te inquietes. Sólo es una manera de decirte que a ambos nos conviene que yo salga indemne de todo esto... y por eso vas a ayudarme.

—Pero ¿cómo? No tengo dinero, lo invertí todo en esta casa y el negocio...

—Lo sé, lo sé —continuó diciendo, como un padre que consuela a su hija—, por eso vas a conseguirlo para mí.

—No entiendo...

—Como te comentaba antes —comenzó a explicar, mientras, tranquilamente, cogía una cerveza del frigorífico y se sentaba de nuevo, despatarrado, en el sillón—, a mí no me ha ido tan bien como a ti. Me dedico a hacer trapicheos aquí y allá, trabajillos de poca monta que me dan para vivir y unos pocos vicios. Tengo, entre clientes y proveedores, a gente bastante importante que me debe unos cuantos favores, a los cuales les he pedido pasta para salir del país, pero, muy amablemente, me han enviado al infierno de una patada. Todos, excepto uno.

Haciéndose el interesante, Raúl paró unos instantes su discurso. Se echó un buen trago de cerveza a la boca y dejó la lata sobre la mesa para

acomodarse seguidamente en el sillón.

—Este cliente es un coleccionista de arte, que paga muy bien a quien lo provee de buenas piezas. Me ha conseguido un pasaporte y una nueva identidad para poder viajar a Brasil, y me pagará un montón de pasta a cambio de un objeto que codicia desde hace tiempo.

—Cuando te dé la gana me dices qué pinto yo en todo esto.

—Paciencia, cariño. —De nuevo con parsimonia, sacó un cigarrillo y lo encendió, utilizando luego la lata vacía como cenicero—. Ese objeto es un antiguo collar de esmeraldas de incalculable valor... que tú me ayudarás a conseguir. Se le llama *El collar de la dama*.

Sujetando el pitillo entre los labios, se sacó una fotografía de papel, doblada, del bolsillo del pantalón y me la mostró.

—¿Pretendes que robe una joya? —solté, mirando de reojo la fotografía de un collar de piedras preciosas.

—Exacto.

—Tú estás mal de la cabeza. No soy ninguna ladrona, y menos de joyas valiosas. Esto no es como birlar algo en El Corte Inglés. Me trincarían en cinco minutos.

—El collar no está en ninguna joyería o museo, Miki. Esta preciosidad, antigua y valiosa, es propiedad de la familia Requesens.

Al principio no entendí lo que me decía, pero luego mi raciocinio reaccionó... y me quedé sin habla, sin respiración. ¿Me estaba diciendo lo que yo creía que me estaba diciendo?

—Tú... estás loco.

—Sé que le vendes el pan a esa gente —me aclaró Raúl, esta vez de pie frente a mí—, y que has entrado en el castillo; te he estado vigilando desde hace días. No tienes más que buscar una excusa para hablar con el marqués y descubrir dónde lo esconde, y luego informarme detalladamente de cualquier cosa que me pueda interesar: presencia de alarmas, ubicación de la caja fuerte....

—¿Y cómo coño crees que puedo hacer eso? —exclamé—. ¿De verdad piensas que puedo entrar ahí y pedirle al marqués que me enseñe sus joyas o su caja fuerte y su sistema de seguridad? Lo dicho, te falta un puto tornillo.

—Relájate, Miki, y escucha. No tienes que pedirselo, sólo tienes que averiguarlo.

—¡Pues escúchame tú ahora! —le espeté en un alarde de valentía, aunque sin poder evitar el nerviosismo—. No pienso entrar ahí para robar un puto collar de esmeraldas, ni para darte información sobre cómo encontrarlo. Llevo una vida decente y normal, y no estoy dispuesta a volver a hacer ninguna locura, y menos por ti. ¡Ya no soy una gilipollas fascinada por su novio!

—Así que llevas una vida decente, ¿eh? —replicó con el tono de voz que ya empleara ocho años atrás para intimidarme—. ¿Y a qué estarías dispuesta para conservar ese tipo de vida?

—No lo he pensado —dije, intentando sonar decidida—, pero te aseguro que, a hacer lo que me pides, no.

—¿Y qué pasará cuando me trinquen —comenzó a amenazarme, cada vez más cerca, con voz cada vez más susurrante— y yo te delate? ¿Qué ocurrirá con tu panadería, tu casa, tus muebles o tu maquinaria? ¿Se los quedará un banco o un fondo de inversiones?

—Tal vez, con un buen abogado, no llegaría a entrar en la cárcel —objeté, un poco más insegura.

—Puede ser —contestó con un deje de ironía—, pero tendrías que malvenderlo todo para conseguir pagarlo, por no hablar de que perderías toda tu clientela. ¿Crees que las mamás con sus hijos y las dulces abuelitas continuarían viniendo a comprarte bollos y chocolatinas? ¿Después de enterarse de que te dedicabas a robar coches, asaltar tiendas y a ver cómo mataban a un pobre chino sin hacer nada? —continuó acosándome—. Se enterarán de que sus hijos han estado comprando la merienda en la tienda de una cómplice de homicidio. Seguirán con interés el juicio, la sentencia, la condena... Suponiendo que consiguieras volver, ya no venderías un colín ni a las ratas.

—Raúl, por favor, no me hagas esto...

No tenía escapatoria, y lo sabía. Estaba en juego todo lo que había logrado, con mi esfuerzo y mi dinero, con el esfuerzo y el dinero de mis padres. Llevaba una vida tranquila en un lugar tranquilo y todo el mundo me

saludaba por la calle con una sonrisa en la cara. Eso era lo único que había deseado, y lo había alcanzado. ¿Por qué no podía seguir teniéndolo?

—¿Y qué me dices de tus amigos? —siguió insistiendo—. ¿Te imaginas la cara que pondrían las chicas, o tu amigo el musculitos, cuando les contaras lo que habías hecho, cuando te vieran detenida, cuando te olvidaran...?

—¡Cállate ya! —chillé, sintiendo la humedad de las lágrimas sobre mis mejillas—. ¿Qué coño quieres que haga?

—Sabía que llegaríamos a un acuerdo —soltó con regocijo. Se acercó todavía más a mí y me sujetó la barbilla con una mano mientras me limpiaba las lágrimas con la otra—. Sólo tendrás que hacerte amiga del marqués. Eres tan guapa que seguro que te deseará nada más verte.

A punto estuve de soltar una carcajada por aquella afirmación.

—Conseguiré la ubicación exacta del collar —acepté, resignada—, nada más.

—Está bien, cariño, pero no llores —dijo mientras seguía acariciando mi rostro—. Tus hermosos ojos pierden belleza. Y sigues siendo tan bonita...

Sabía que iba a besarme. Lo vi inclinar la cabeza y cerré los ojos, incapaz de reaccionar o moverme. Sólo depositó un suave beso en mis labios, que todavía estaban cubiertos por las últimas lágrimas. Al terminar, me miró y sonrió; tanto el beso como la sonrisa me parecieron un mal presagio... como el beso de la muerte.

—Tal vez, cuando esto acabe, querrás venirte conmigo —me propuso mientras se dirigía a la puerta—. Tú y yo, juntos, éramos pura dinamita. En ocho años, no he vuelto a echar un polvo como los que echaba contigo. ¿Recuerdas? Llegamos a follar incluso en un coche en marcha mientras yo lo conducía por la autopista.

No le contesté, no tenía fuerzas, pero antes de que se marchara quise despejar una duda que me había corroído desde que lo viera en la penumbra de mi salón.

—Todo esto, no ha sido una simple casualidad, ¿verdad?

—Qué lista has sido siempre. —Sonrió—. No, no lo ha sido. Estás en el lugar en el que yo decidí que estuvieras.

—Explícate...

—Un contacto del pez gordo coleccionista me mostró una fotografía de esta casa y enseguida supe que era ideal: una panadería abandonada por la que nadie se había interesado debido a los rumores de una extraña muerte... por no mencionar el precio, una auténtica ganga.

—Sólo necesitabais tenerme en este pueblo.

—Así te colocábamos cerca del castillo y del collar. No teníamos más que ponerte el cebo para que picaras.

—El tipo de la inmobiliaria...

—Ése ya debe de estar estafando a otra. No es más que un falsificador de documentos y un estafador de poca monta. Su bonita sonrisa, que convence tanto a jovencitas como a ancianitas, lo hace muy valioso.

—Muy bien jugado —le dije—. No tenías más que esperar a que me organizara y aposentara, aguardando con paciencia, como una hiena que acecha los restos de un cadáver.

—Tú lo has dicho —aceptó, abriendo la puerta—. Pero ya la he gastado toda, Miki, ya no me queda más paciencia. Tienes dos semanas para darme la información que te he pedido. Pasaré de vez en cuando por aquí para que me cuentes tus avances. Después de eso, si no lo has conseguido, yo caeré... y tú conmigo. Aunque tal vez no estaría tan mal la cárcel, después de todo, si pudiéramos tener algún vis a vis.

Yo seguí sin moverme, alucinada, como si no fuera conmigo.

—Hasta pronto, Miki,

Despacio, caminé hasta la puerta y cerré por dentro, echando todos los pestillos, aunque dudé de que aquello pudiese detener a Raúl. Después, dejándome caer al suelo, me eché a llorar. Unas lágrimas amargas que me recordaron que, en tan sólo unos minutos, me habían robado la vida y el futuro que con tanto trabajo e ilusión había conseguido.

Capítulo 12

Me encontraba extrañamente tranquila mientras accedía al castillo en mi vieja furgoneta. Era temprano y apenas había amanecido, pero varios vehículos más de reparto ya estaban estacionados en el lugar de siempre. Bajé y agarré la gran cesta donde había introducido el pedido diario del pan que iban a consumir los habitantes de aquel majestuoso castillo.

Julia me miró perpleja. Me indicó dónde podía dejar la cesta y se cruzó de brazos.

—Va usted a volvernos locos a todos —me recriminó—. Tendrá que decidir si va a seguir viniendo usted o enviará de nuevo a su empleada, porque ya no sé qué decirle al señor marqués sobre su inestable servicio.

—Lo siento, señora Julia —me disculpé, consciente de que tenía razón—. No volverá a pasar. Yo misma continuaré entregando el pan cada mañana. ¿Podría hablar con el marqués, por favor?

—No sé si lo encontrará en el lugar habitual. ¿Quiere que la acompañe?

—No, iré sola, pero gracias de todos modos.

Dije esto último muy calmada. Eso sí, fue poner un pie en los escalones de piedra y comenzar a ponerme nerviosa. Después de las barbaridades que le había soltado al marqués, lo más lógico sería que me echara de allí a gritos como la primera vez. ¿Cómo iba a convencerlo de que aceptara de nuevo mis visitas? Preferí no pensar en cómo me las iba a apañar para que me enseñara el collar de la familia. Por muchas vueltas que le hubiese dado durante mi noche de insomnio, lo único que había sacado en claro habían sido unas enormes ojeras y un terrible dolor de cabeza.

Después de atravesar la antesala de la planta de arriba, con cuidado, me asomé a la puerta del salón, pero el marqués no se encontraba allí como las otras veces. Sentí un instante de pánico al considerar que no quisiera recibirme, que no quisiera volver a verme.

—¿Puedo ayudarla?

Oí una voz masculina a mi espalda y me giré deprisa, pues me había sorprendido por lo inesperada. Era un hombre joven, de unos treinta años, vestido de manera informal, pero cuyo atuendo seguro que costaba más que mi armario entero. Llamaba la atención por su cabello rubio y la perilla del mismo tono.

—Vaya, menuda sorpresa —dijo al verme de frente—. Se agradece una cara nueva, y más si es como la tuya.

—Busco a Roderic... al marqués, quiero decir.

—Ya —soltó enarcando ambas cejas. Otro que seguro que pensaba que era una de sus amantes.

—Soy la panadera del pueblo y el marqués cada día me firma el albarán —le aclaré mientras le mostraba la nota de entrega.

—He oído hablar de ti —contestó, frunciendo el ceño—. Pero, dime, ¿has hablado con él? —añadió con tacto.

—Sí, claro.

—Y... ¿le has visto?

—Por supuesto.

—Bien —dijo. A continuación, sonrió y en dos zancadas se acercó a mí para estrecharme la mano—. Encantado, yo soy Marcos, el cuñado de Roderic. El marido de Leonor.

—Igualmente. Yo soy Micaela.

—Es verdad, hueles a pan —continuó sonriendo—. Si te parece, te acompaño hasta la biblioteca. Acabo de dejar allí a mi cuñado.

—Se lo agradecería, gracias.

Lo acompañé a través de varios corredores y estancias, alucinando en colores por aquel paseo a través de la Edad Media, donde no faltaban detalles como armaduras, escudos y lanzas, tapices y alfombras. Todo el conjunto resultaba un poco oscuro, pero tan emocionante que me dio la sensación de

que únicamente me faltaba un vestido largo para sentirme parte de aquel lugar.

Mi acompañante tocó a la doble puerta de la biblioteca y, acto seguido, la abrió para dejarme pasar.

—Rody, una visita pregunta por ti. —Dicho esto, se marchó después de guiñarme un ojo.

Y la mandíbula se me descolgó del todo cuando el cuñado del marqués cerró la puerta tras de mí y observé a mi alrededor; era una enorme y magnífica biblioteca, donde debía de haber cientos de libros, quizá miles. Para mi mayor asombro, aquella estancia era luminosa, con grandes ventanales cuyos cortinajes permanecían todos abiertos, dejando entrar la luz del sol. A través de ellos, disfruté de una impresionante vista de un laberinto de setos, rodeados de fuentes y un pequeño lago.

—Micaela —se asombró Roderic al verme. Se levantó de su sillón y se acercó a mí—. Creí que dejaste claro que no volverías.

—Sí, yo... Quería pedirle disculpas por lo que le dije. A veces no sé sujetar mi lengua y debería hacerlo o me quedaré sin clientes. —Sonreí.

—Acepta tú las mías. No sé en qué estaba pensando. Bueno, sí lo sé, pero no fue nada apropiado. Lo siento. A veces creo que, a base de no hablar con personas, acabaré diciendo demasiadas tonterías.

Ya no recordaba lo rabiosamente atractivo que era. Me quedé de nuevo embobada, observando su perfecto rostro, su cabello castaño, que el sol hacía relucir y descubrir unos dorados mechones que la oscuridad anterior no me había permitido admirar. Lo mismo que su altura, su descomunal anchura de hombros y, sobre todo, aquel azul profundo de su ojo, que me miraba con evidente interés.

—Todos decimos tonterías demasiadas veces —acoté para restarle importancia.

Me quedé sin respiración cuando cogió mi mano y la alzó a la altura de su rostro. Estaba segura de que iba a besármela, como un auténtico señor de la época del castillo, cuando tomó el albarán que llevaba arrugado entre los dedos.

—Quieres que te firme esto, ¿no? Para eso has venido.

—Oh, sí, claro —contesté, volviendo a la realidad. Estampó en él su rúbrica y me lo devolvió.

—¿Algo más? —añadió con el ceño fruncido, pero con una ligera sonrisa.

—Pues...

¿Qué podía decirle? ¿Podría usted mostrarme las joyas de la familia?

—¿Qué te parece —intervino él— si nos concedemos una tregua? No comenzamos muy bien, pero creo que podríamos reparar cualquier malentendido dando un paseo. Dijiste que te gustaba mi castillo, así que he pensado que cada día podría mostrarte una parte.

Dios, no me podía creer tener tan buena suerte.

—¡Genial! —exclamé, demasiado contenta.

¡Claro! Así podría ofrecerle de nuevo un poco de aquella confianza que parecíamos haber mantenido en alguno de nuestros breves encuentros. Como quien no quiere la cosa, una conversación llevaría a la otra...

¡Qué gilipollez! ¿Cómo coño iba una panadera a sacar a colación una valiosa joya de la que sólo unas pocas personas conocían la existencia? Tendría que echar mano de mi imaginación, aunque aquello no se trataba de darle una forma original a un trozo de masa o preparar un llamativo cruasán con chocolate blanco y negro. Era algo más complicado. Y, para colmo, sólo disponía de dos semanas.

—Veo que te ha hecho feliz mi propuesta —dijo sorprendido, pero satisfecho.

—Sí —sonreí—; perdone, pero poder ver un castillo por dentro me resulta algo tan difícil que me parece alucinante.

—Pues, si me acompañas, hoy podría enseñarte el ala este.

—Perfecto —contesté.

Y mi respuesta anterior había sido sincera. Aluciné por completo con aquella visita turística con guía incluido. Me explicó la historia de la primera construcción del castillo, de las posteriores reconstrucciones, de sus antepasados...

—Y, aunque te parezca un poco más aburrido —me dijo al llegar a una sala rectangular preciosa, con una enorme chimenea y una claraboya en el techo—, ya que hablamos de antepasados, me gustaría mostrarte la estancia

de los retratos, para que admires lo feos que eran todos.

—Ya será menos —respondí riendo—. Usted no podría ser descendiente de feos.

Silencio.

Paramos delante de una de las paredes repletas de retratos antiguos y él me miró durante unos segundos como si quisiera decirme algo y no encontrara las palabras adecuadas. Desde la primera vez que me había mirado, percibí aquella especie de ansia en su mirada. Una mujer detecta cuándo un hombre la desea, y yo me sentía deseada por el marqués de Requesens.

Aunque suene a zorra malvada, iba a tener que aprovechar ese deseo para conseguir mis propios fines.

—¿No crees que deberías empezar a tutearme?

—Ya me ha eximido de la obligación de su tratamiento. Llamarlo de tú... no sé, me da un poco de vergüenza.

—Por favor —me susurró.

Cualquiera se negaba a esa petición.

—Está bien, Roderic —susurré.

El ambiente se espesaba y de nuestros ojos saltaban chispas cada vez que nos mirábamos. Sí, tengo que admitirlo, él me deseaba y yo a él. Y no porque quisiese que me revelara la ubicación de sus joyas. Lo deseé desde el primer instante en que lo vi.

—Eso está mejor —contestó feliz. Parecía que le hubiese entregado un bonito regalo.

Roderic me ofreció su brazo, y yo, como una dama de otros tiempos, se lo tomé y comenzamos a caminar mientras admirábamos retratos de hombres y mujeres, desde los más antiguos hasta los más recientes.

—La verdad —reí—, tenías razón. Qué feos eran la mayoría de ellos.

—Te lo dije. Únicamente se libra alguna de mis antepasadas, al menos las de los dos últimos siglos.

—Es cierto —dije al contemplar a una dama con bucles en el pelo y uno de aquellos escotes que subían las tetas hasta la boca—. Ésta, por ejemplo, es bastante guapa...

Me callé al instante. Dios, mis plegarias habían sido escuchadas. No tendría que inventar alguna treta inverosímil para empezar a hablar de joyas, porque, a partir de esa dama del siglo XVIII, todas las mujeres de la familia aparecían en el retrato con el mismo collar, de enormes esmeraldas, en el cuello; éste les caía hasta el escote, donde relucía una de las piedras aún más grande, en forma de rombo.

—Joder —exclamé—. Perdona, pero me ha llamado mucho la atención ese collar que llevan puesto tus antepasadas, desde la rubia de las tetas más gordas hasta la más reciente —comenté al señalar el último retrato.

—La última es mi madre —dijo más serio—. Murió hace tres años.

—Lo siento —balbucí.

Mierda. Empecé a sentirme una auténtica harpía. El pobre hombre mostrando a aquellas personas que ya estaban todas en el otro barrio, y yo pensando en el puto collar.

—No te preocupes. Es normal que te haya llamado la atención. Es la joya más preciada de la familia. Tiene un alto valor, tanto económico como sentimental. Se lo conoce como *El collar de la dama*, porque siempre es heredado por la señora del castillo.

—Al natural debe de ser impresionante —tanteé yo.

—¿Te gustaría verlo?

—Pues... —Nunca en mi vida me había visto tan obligada a disimular. Quise saltar, reír y lanzarme en los brazos de Roderic para darle un besazo en todos los morros. Pero yo, en plan sosegado, me limité a poner cara de «me encantaría, gracias»—. Estaría genial —acepté, al fin.

—Lo dejaremos para mañana —me anunció, ante mi decepción—. Se ha hecho tarde, tengo cosas que hacer y seguro que tú también.

—¡Mierda! —solté al ver la hora en mi teléfono, lo mismo que las veinte llamadas perdidas—. ¡Joder, Claudia y Salva me van a matar! ¡Tengo que irme ahora mismo!

—Tranquila, te acompaño hasta la escalera.

Recorrimos el camino andado, casi corriendo, al menos yo, hasta llegar a la escalera que conducía a la planta baja.

—Ha sido un placer, Micaela —se despidió—. Espero que vuelvas

mañana.

—¡Te lo prometo! —le grité mientras descendía los escalones.

Cuando llegué abajo, me giré un instante y lo vi allí, de pie, en lo alto, como si al llegar a ese lugar existiera una barrera invisible entre él y el mundo que no pudiera atravesar. Sentí una especie de presión en el pecho, como pesar, por él, porque un hombre como él tuviera que estar encerrado entre las paredes de un castillo, por muy antiguo y hermoso que éste fuera.

Hice chirriar los neumáticos de mi furgoneta cuando llegué a la panadería, tal era la velocidad que había llevado atravesando el pueblo.

—¡Joder, Micaela! —chilló Claudia nada más verme—. ¿Dónde coño te habías metido? ¡Salva y yo no damos abasto!

—Lo siento, lo siento, lo siento —me disculpé mientras me colocaba la bata blanca. Me lavé las manos y entré un momento en el horno.

—¡Vaya! ¡Te has dignado aparecer! —me recriminó Salva—. ¿En qué cojones estás pensando? ¡Llevas fuera toda la mañana!

—Perdón, perdón, perdón —me disculpé con él también mientras le echaba un vistazo a los hornos—. Se me ha ido el santo al cielo.

—Vamos, Micaela, soy yo. No tienes que contarme milongas. A ti no se te va nunca el santo al cielo, y mucho menos creo que se te haya pasado la hora por despiste. ¿Qué te ha ocurrido?

—No sabía que tuviera que contártelo todo —reliqué algo incómoda.

—Vamos, tía, hace poco me explicaste que una vez, en el momento álgido del tema, le bajaste los pantalones a un tío y descubriste que la tenía tan pequeña que no pudiste aguantar la risa y el pobre tipo se marchó avergonzado. Si eres capaz de contarme eso, ¿no vas a poder decirme dónde has estado hoy?

—Joder, vale. He estado con el marqués. Me ha estado enseñando el castillo.

—El otro día afirmaste que no volverías a pisar ese lugar, Micaela. ¿Y hoy decides hacer un *tour* turístico por ese edificio con el aristócrata?

—No quiero perderlo como cliente —mentí mientras trataba de ocupar mis manos con la masa, aunque no sabía muy bien qué estaba haciendo—. El pedido que me hacen desde el castillo crece día a día. Incluso me han

confirmado alguno especial para ciertos días del año.

—Dime qué está sucediendo, Micaela, porque eso no me lo trago. ¿Acaso el marqués ese de los huevos te ha obligado a algo?

—¡No! Y, por favor, Salva, no me preguntes más. Hay cosas que es mejor que no sepas.

—Coño, ahora sí que me dejas más tranquilo —refunfuñó.

Afortunadamente, Claudia nos interrumpió y no me vi obligada a seguir engañando a mi amigo. Ella llevaba a Joel en brazos y tenía semblante de preocupación.

—Joder, precisamente hoy, Joel está muy inquieto. No quiere comer y no para de lloriquear.

—¿Has mirado si tiene fiebre? —le pregunté al tiempo que posaba mi mano sobre la frente del pequeño.

—Sólo unas décimas. Voy a tener que llevarlo al pediatra, pero me sabe mal dejarte sola, Micaela.

—Lo primero es lo primero. No te preocupes, Claudia, nos las apañaremos.

Salva y yo siempre fuimos un buen equipo y pudimos sobrellevar aquella tarde, aunque tuvo que ser precisamente aquel día uno de los más ajetreados hasta entonces, con varios pedidos grandes de barras, bollos dulces y panecillos.

—Madre mía, estoy reventada —le dije a Salva, cuando al final de la tarde nos dejamos caer en un sofá que habíamos colocado en la trastienda para que él se echara a dormir algunos ratos.

—Sí, menudo día —respondió Salva. Estaba inquieto y no dejaba de mirar por la puerta o echarle vistazos al móvil.

—Estás preocupado por Claudia y el niño, ¿verdad? —le pregunté. Yo también lo estaba, puesto que llevaba muchas horas fuera y no nos había enviado ni un mísero mensaje—. ¿Por qué no vas al médico, por si los ves allí?

—No creo que sea nada grave —dijo él—. Habría llamado o mandado algún mensaje, digo yo.

—Vamos, Salva, coge la moto y vete. No tardarás nada.

—¿No te importa terminar de recoger tú sola?

—¿Vas a largarte de una vez? —le exigí, agarrándolo de una mano para que se levantara y se fuera.

«Genial», pensé una vez sola. No tenía ningunas ganas de moverme, y mi cansancio físico se sumaba al mental, puesto que mi cabeza no paraba de darle vueltas al asunto del collar. En menudo lío me había metido.

Solté un respingo cuando oí que alguien picaba a la puerta. Con cuidado, temerosa de encontrarme a Raúl de nuevo allí, salí a la tienda y vi a Paula a través de la vidriera. En cuanto abrí, supe que lo de la fecundación in vitro había ido mal.

—Lo siento, cariño —le dije mientras la envolvía entre mis brazos. Ella no dejaba de llorar y le ofrecí un pañuelo a la vez que la guiaba hacia el sofá de la trastienda.

—Lo sabía —insistía en medio del llanto—, sabía que algo fallaría.

—Tranquilízate —le pedí mientras dejaba que se desahogara en mi hombro—. Cuéntame, ¿qué ha pasado?

—Y yo qué sé. Fallo de implantación, o algo así.

—Pero te sacaron varios óvulos que congelaron; podríais intentarlo de nuevo.

—Ahora mismo no tengo ganas de pensar en ello. De momento, prefiero no agobiarme y ya volveré a intentarlo más adelante.

Así, con Paula en mi regazo, nos pillaron Salva y Claudia, que regresaron del médico poco después. Joel estaba bien, pero habían preferido hacerle unas pruebas para descartar cualquier problema y Claudia no se había separado de él, por lo que no pudo utilizar el móvil. Ellos también se sentaron en el sofá junto a nosotras, pues intuyeron qué le pasaba a Paula.

En ese instante, me habría sentido la mujer más feliz del mundo, en mi panadería, a tope de trabajo, con mis amigos, todos junto a mí... si no hubiese sido por el recuerdo de un pasado que había vuelto y que en ese momento formaba parte del presente, para obligarme a no poder dormir por las noches,

como ya hiciera ocho años atrás.

Capítulo 13

De nuevo, el marqués volvía a esperarme en el salón de la planta superior. En esa ocasión, permanecía apoyado en el borde de la mesa, mirando hacia la puerta. Nada más verme, sonrió, con una sonrisa tan preciosa que iluminó la estancia como no podría haberlo hecho ni el sol del mediodía entrando a raudales por las ventanas. En realidad, era la luz del alba la que entraba en esos momentos a través de las vidrieras, puesto que la mayoría de las pesadas cortinas habían sido descorridas.

—Vaya —lo saludé, mirando a mi alrededor, después de dejar el albarán sobre la mesa para que él lo firmara—, ¡qué bonito se ve todo con más luz! ¿Por qué mantenías este salón en penumbra?

—No me gusta mucho la claridad —contestó cuando me ofreció la nota firmada—. Me hace sentir... vulnerable. Sólo en la biblioteca mantengo todas las cortinas abiertas, porque es el lugar donde suelo estar solo.

—¿Temes acaso que la gente te vea? —inquirí acercándome a él—. ¿Y qué te da miedo? ¿Que vean esto? —Despacio, con cuidado, levanté mi mano y la posé sobre su parche.

En un primer instante pareció crisparse, pero luego se relajó, sin dejar de mirarme fijamente con su hermoso ojo azul.

—Tú has hecho que me haya decidido a abrir estas cortinas —me susurró—. Porque en ningún momento he visto rechazo en ti, o, lo que es peor, lástima.

—Pues no —contesté yo con una mueca—. Para nada me importó lo de tu ojo para mandarte a... freír espárragos.

—Te informo de que mandar a la mierda a un marqués no es ilegal. —
Rio.

—Por si acaso. —Reí yo también.

Me encantaban esos momentos de confianza con él, en los que se me olvidaba por completo que pudiera haber diferencias de clase, de dinero o de títulos nobiliarios. En esos instantes, sólo éramos un hombre y una mujer.

¡Qué irónico! Estaba allí porque Raúl me había obligado y, tal vez, si no hubiese sido por aquel chantaje, nunca hubiera decidido volver al castillo y ver al marqués... Sin embargo, una vez allí, sentí que, de no haberlo hecho, me habría perdido poder conocer a alguien al que parecía unirme mucho más de lo que en un principio hubiese imaginado.

Todavía mantenía mis dedos sobre la tela del parche. Era un tejido suave, como raso pero algo más grueso. Hice amago de introducir uno de los dedos bajo la tela y echarle un vistazo a lo que hubiera debajo, pero él, con una velocidad meteórica, atrapó mi muñeca y detuvo el movimiento.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Mientras estés conmigo no te hará falta llevar esto —afirmé con seguridad—. Nada puede haber ahí debajo que haga que me impida mirarte de la misma forma que si lo llevas puesto.

—No sabes lo que hay ahí debajo —replicó, después de haber alejado mi mano del peligro de levantar la tela—. Podría resultar desagradable.

—Ya te he dicho que no me importa, pero respetaré tu opinión.

—Gracias —dijo levantando una ceja—, te lo agradezco encarecidamente.

—¿Cómo sucedió?

Lo pillé totalmente por sorpresa.

—Fue un accidente —susurró.

—¿Tiene algo que ver con la muerte de tu esposa?

—¿No quedamos en que hoy te enseñaría el collar? —me recordó para ignorar totalmente mi comentario. Estaba claro que aquél era un tema que tendría que esperar.

—Sí, claro —acepté, volviéndolo a tomar del brazo.

Visitamos de nuevo la sala de los retratos. Fruncí el ceño, puesto que me

había asegurado que me mostraría el collar original. Mis dudas se disiparon cuando cogió el marco de uno de los retratos y lo separó de la pared, como si de una puerta se tratara. Tras él, una sofisticada caja fuerte permanecía empotrada en la gruesa pared del muro de piedra.

—¿No te importa que esté contigo mientras abres eso? —le pregunté.

—No —sentenció tranquilo—, porque, aparte de la numeración que introduzco, que cada día se cambia, es necesaria mi huella dactilar.

Observé cómo tecleaba varias cifras y después colocaba su dedo pulgar sobre una superficie transparente que leyó su huella y, a continuación, oí el clic de la apertura.

No quise parecer demasiado interesada y sólo miré de reojo hacia la caja, pero vislumbré que era bastante grande y su interior parecía albergar, sobre todo, estuches de terciopelo negro, que supuse contendrían joyas. El marqués sustrajo una de esas cajas y la colocó sobre una mesa ubicada junto a la ventana. Cuando la abrió, no pude evitar el jadeo que escapó de mi boca.

—Vaya —suspiré—, es... una pasada.

—Sí —rio el marqués—, una auténtica pasada.

—¿Puedo tocarlo?

—Por supuesto.

Deslicé mis dedos sobre aquellas relucientes y pulidas piedras verdes y sentí un ramalazo de placer por todo el cuerpo. No supe si sería por el hecho de tocar una joya tan maravillosa, porque estaba más cerca de darle noticias a Raúl o por la convicción de que Roderic había confiado en mí para abrir su caja fuerte y mostrarme algo tan valioso... a mí, a alguien a quien apenas conocía... a la panadera.

—Es precioso, Roderic. Gracias por enseñármelo.

—¿Te gustaría probártelo?

Me quedé con la boca abierta, otra vez. Por un instante, imaginé la absurda imagen de mí misma con el collar saliendo a toda prisa del castillo para largarme con él puesto.

—Yo... no sé qué decir.

—No imagino mejor unión —me susurró— que esta maravillosa joya y tu piel morena. Las esmeraldas relucirán sobre ti.

Sin darme tiempo a replicar, cogió la joya y me llevó hasta un espejo algo picado que había en una vitrina repleta de dagas antiguas. Se puso tras de mí y, con sus cálidos dedos, deslizó los tirantes de mi camiseta por los hombros para bajarlos ligeramente. Ese simple roce me produjo un escalofrío que recorrió toda mi columna y que me hizo temblar de arriba abajo. Después, colocó el collar sobre mi garganta y unió el broche en mi nuca.

El tacto frío de las piedras resultó estremecedor. Levanté una mano y las acaricié.

—Estás mil veces más hermosa que todas esas mujeres de regio abolengo que aparecen en los retratos —susurró. Había situado su boca tan cerca de mi oído que noté su aliento penetrar en él.

—Pero sólo soy la panadera —insistí—. Y no tengo derecho a llevar algo así.

—Eres una mujer hermosa —continuó susurrando—. Yo te lo pondría cada vez que me lo pidieras.

Había puesto sus manos sobre mis hombros y rozaba con sus labios los cabellos que caían sueltos de mi moño sobre mi mejilla.

Verdaderamente, contemplar mi propia imagen me dejó sin aliento. El fulgor verde de las esmeraldas conseguía que mi piel morena y mis ojos dorados brillaran más que nunca. Mi pelo negro resaltaba y me creí, por un segundo, una especie de princesa que hubiese venido de un exótico país.

—Te he imaginado muchas veces con él puesto, sólo con él —continuó susurrando—. Que sólo hubiera sobre tu cuerpo el collar, junto a tu preciosa piel atezada. Tu negro cabello suelto sobre mi almohada y tu cuerpo desnudo sobre mis sábanas...

Tragué saliva y cerré los ojos. Aquella imagen se me hizo tan vívida que sentí la humedad brotar entre mis piernas y mojar mis bragas. Incluso mis pezones se marcaron, duros, bajo la tela de la camiseta.

Yo deseaba al marqués y deseaba aquel collar. Necesitaba sentir su cuerpo sobre el mío y necesitaba seguir con mi vida, alejada de Raúl y su chantaje.

¿Por qué no? ¿Por qué no unir ambos deseos y conseguirlos?

—¿Quieres que sea tu amante? —le pregunté de sopetón. Sólo se me

ocurría una forma de poder continuar adelante con aquella locura: actuar sin pensarlo mucho.

—¿Que si quiero? —gimió, mientras me daba la vuelta para situar su rostro frente al mío—. Daría lo que fuera por hacerte el amor, Micaela —musitó, depositando su frente sobre la mía—. Me gustaste desde el primer momento en que te vi bajar de tu furgoneta cargada de pan. Te deseé en cuanto te sentí tras de mí, sin miedo a las habladurías, sin miedo a mí. Y cuando te vi y me miraste... no podría explicar con palabras lo que sentí. Algo parecido a un rayo de fuego atravesarme de lado a lado.

—¿Con una sola noche tendrías suficiente? —inquirí, expectante al resultado de mi propio juego.

—¿Una sola noche? —contestó confuso—. No, por supuesto que no. No sé si cien noches serían suficientes.

—Antes has dicho que darías lo que fuera por tenerme —le recordé—. ¿Hablabas en serio o sólo son palabras que se dicen?

—Lo he dicho muy en serio —afirmó, acercándose a mí.

Acunó mi rostro entre sus manos y, antes de que se arrepintiera, yo misma me puse de puntillas y me acerqué para unir mi boca a la suya. Enlacé mis manos con su suave cabello y abrí mis labios para introducir mi lengua, buscar la suya y enredarla con suavidad. Él dejó escapar un gemido y bajó sus manos por mi cuello, mis hombros, mis brazos, para después apresar mi culo y estrecharme contra él.

Dios, en mi vida me habían besado así, descargando tal grado de sensualidad, de erotismo, de deseo. Sus manos se clavaron cada vez más fuerte, hasta casi hacerme daño, lo que hizo que yo también gimiera y lo besara con más fuerza.

Su sabor... indescriptible. Las sensaciones... desbordantes.

La cabeza me dio vueltas y tuve que apelar a toda mi cordura para no arrancarme la ropa allí mismo y suplicarle que me follara sobre la mesa, delante de todos aquellos antepasados que parecían mirarnos con reproche.

—Dime qué quieres, Micaela —susurró, mientras sus manos ascendían y se colocaban sobre mis pechos. Pellizcó con fuerza mis pezones endurecidos y provocó que jadeara de auténtico placer—. Dime qué quieres y te lo daré.

—El collar —gemí.

En un principio, él no pareció haberme oído, perdido como estaba en aquella nube de lujuria que nos había consumido a los dos, besando mi oreja, mi garganta, pasando su lengua por mi mandíbula. Pero, como si algo le hubiera pinchado, abrió su ojo de golpe y se separó de mí.

—¿Cómo has dicho?

—Que podría ser tu amante el tiempo que quisieras, y que a mí me gustaría tener este collar. Acabas de decirme que darías lo que fuera. Pues bien, eso es lo que quiero.

Me miró a los ojos durante lo que me parecieron largos minutos. Clavó en mí su pupila azul, como si tratara de averiguar algo dentro de mis ojos dorados, como si quisiese averiguar la verdad a través de ellos. Después, sin decir nada, sin mostrar ningún tipo de sentimiento, ya fuese rabia o decepción, me desabrochó el collar, lo colocó en su estuche y lo guardó de nuevo en la caja fuerte.

Me daba la espalda cuando giró el cuadro para tapar lo que escondía en ese muro de piedra.

¿Nerviosa, yo? No, lo siguiente. Más que nerviosa, temerosa de su reacción. Había jugado mis cartas a todo o nada y me dedicaba a esperar para saber si había ganado o perdido, habiendo apostado mi propio futuro en aquella jugada.

—¿Cuántos años tienes, Micaela? —me planteó cuando volvió a girarse y mirarme de frente.

—Veintiséis.

—Y tienes una panadería de propiedad.

—Pues... sí, ya lo sabes.

—¿Y qué se supone que puede hacer la dueña de una panadería de veintiséis años con semejante joya?

—Pues... me gustan las cosas antiguas. Ya has visto lo que disfruto con mis visitas a tu castillo. Nunca he tenido nada tan bonito.

—Ni yo tampoco —me susurró, acariciando suavemente mi mejilla.

Aquel silencio me estaba matando. Mi corazón latía tan fuerte que sentía los bombeos en la garganta. Estaba claro que no iba a aceptar. Me había

pasado tres pueblos con mi petición y, aunque sintiera ya la amargura de la derrota, había sabido de antemano que era una maniobra muy arriesgada. Aun así, su rostro denotaba algún tipo de lucha interna, como si se esforzara en negarse algo que deseaba con mucha fuerza.

—Te daré el collar —dijo por fin—, pero con una condición.

—Me imagino esa condición —le dije. No supe si reír o llorar ante aquella afirmación.

—No me refiero sólo a que te conviertas en mi amante, sino a que me cuentes la verdad sobre por qué codicias una joya tan preciada para mí.

—Te la he dicho...

—No —me interrumpió—, sabes que me estás mintiendo. La verdad, Micaela. Cuando me la cuentes, lo tendrás.

—Yo...

Me quedé sin saber qué decir.

—Sé que el domingo cierras la panadería al mediodía —me dijo, con la voz dura, sin emoción—. Quiero que vengas inmediatamente después, para que pasemos juntos esa tarde- noche. Hasta entonces, no quiero que vuelvas por aquí.

—Entiendo —susurré.

Me entraron ganas de llorar... por verlo a él así, decepcionado conmigo; por perder la oportunidad de haber estado con él sin condiciones, únicamente por habernos deseado, por habernos entendido, por ignorar las diferencias que nos rodeaban... sin que él creyera que sólo me acostaba con él a cambio de algo.

En aquel momento odié a Raúl, más que en toda mi vida. Odié a sus amigos, los imbéciles que tuvieron que llevarle un arma aquella noche. Me odié a mí misma, por no haberme sabido negar a acompañarlos. Hasta odié a mis padres, por no haberme castigado y no haberme obligado a estudiar cuando vieron cómo estaba desperdiciando mi vida.

—Ya conoces el camino —me indicó el marqués—. Hasta el domingo, Micaela.

Si digo que después de salir de allí y montarme en mi furgoneta me sentí como una basura, sería quedarme muy corta.

—¡Mierda, mierda, mierda! —grité mientras aporreaba el volante—. ¡Puto Raúl de los cojones! ¡Así te despeñes por un barranco y no vuelva a verte, cabrón!

Antes de entrar en la panadería, inspiré fuerte para que no se notaran mis nervios, mi frustración, mi impotencia. Habíamos quedado con Paula que nos echaría una mano ese día, aprovechando que esa misma mañana su marido habría vuelto a salir de viaje.

No obstante, cuando entré, vi de nuevo a Claudia despachando ella sola.

—¿No ha venido Paula? —pregunté mientras me colocaba la bata.

—No —contestó Claudia mientras cobraba el pan a una cliente—, no ha aparecido. La parte buena es que hoy el día ha estado más tranquilo. Incluso le he echado una mano a Salva en el horno. Me ha estado enseñando algunos trucos para hacer una buena masa y cree que se me da bastante bien.

—¿Es por el calor que todavía arrastras del horno o quizá te has ruborizado al hablar de estar cerquita de Salva? —le solté después de ver sus mejillas de un adorable tono rosado.

—De verdad, Micaela —gruñó exasperada—, eres única. ¡No me avergüences, tía! Bastante torpe me siento yo solita como para que vengas tú a recordármelo.

—Anda, boba —le dije con un golpe de mi cadera a la suya—. No sientas vergüenza ni te sientas torpe, ¡qué tontería! Haz el favor de enrollarte ya con Salva, que estáis dejando pasar un tiempo precioso. Con lo bueno que está, por favor. Está para que le chupen cada uno de sus tatuajes. ¡Y tiene unos pocos!

—¡Oh, cállate ya! —exclamó—. ¿Crees que no tengo ganas de eso, precisamente?

—¿Estás sudando, Claudia? —la pinché—. Parece que te veo un poco acalorada. Humm, echar un polvo con él debe de ser tan alucinante... ¿Te imaginas, los dos en el horno, revolcándoos en la harina, desnudos...?

—Te voy a matar —gimió, tapándose el rostro con ambas manos, mientras yo no dejaba de reír—. No me roza nadie desde que me quedé preñada, joder. Y eso ni siquiera cuenta.

—Si te sirve de algo —le dije riendo todavía—, lo mío es más grave aún.

Ningún tío me mete mano desde hace tanto tiempo que creo que tendré que ponerme algún tutorial de YouTube para volver a hacer memoria.

Por supuesto, obvié mencionar el beso con Roderic y el paso de sus manos por mi cuerpo, que me causaron más placer que todos los tíos anteriores juntos.

—¿Qué dices, Micaela? ¿Y cómo es eso? —se extrañó mi amiga—. ¡Eres tan guapa y estás tan buena que me gustas incluso a mí!

—No estoy tan desesperada, gracias.

—Me refiero a que siempre pensé que tendrías tus rolletes por ahí. Joder, y luego me dices que me lance con Salva, cuando tú te pasas la vida aquí encerrada y ni siquiera te molestas en salir con tíos. Incluso llegué a pensar, al principio, que estabas liada con él. Se os veía tan compenetrados...

—Llegué a planteármelo —afirmé para hacerla rabiarse—. Es un milagro que, con lo caliente que voy, no me lo haya tirado todavía.

—No me digas eso... —dijo alucinada—. Sólo sois amigos, ¿no?

—Oh, sí, amigos. Pero escucha una cosa —añadí, señalándola con mi dedo índice—: estoy tan desesperada que... o te lo tiras tú o lo hago yo. Así que espabila, guapa.

Las dos estallamos en carcajadas.

—Cada día me alegro más de haber entrado aquí a pedir trabajo —se sinceró después de darme un abrazo—. Eres auténtica, Micaela, y te quiero un montón.

Y entre achuchones de amigas y risas estábamos cuando se abrió la puerta de la panadería. No se trataba de ninguna clienta, sino de Paula, que parecía que por fin se decidía a venir a echar una mano... aunque Claudia y yo fruncimos el ceño al ver que apenas nos saludaba y se dirigía directamente a ponerse la bata. Entendimos que su ánimo no atravesaba el mejor momento.

—Mira, Paula —le comenté—: si no te apetece venir, no es necesario que lo hagas. Nos vamos apañando.

—Pero quiero hacerlo, Micaela —contestó ella—. En casa me asfixio y, si no hago algo diferente a limpiar y ordenar armarios, acabaré tan histérica que me dará por romper algo.

—Espero que no tengas problemas con tu marido por venir aquí —la

tanteé, extrañada porque apenas me mirara—. Si es por no pagarte, miraré de ofrecerte algo, pero no puedo hacer más contratos...

—No es eso —me cortó mientras se ponía a ordenar barras de pan—. No quiero que me pagues, te lo he dicho muchas veces. No puedo venir siempre, pero estar aquí, con vosotros, es lo único que...

Claudia y yo nos miramos cuando sentimos quebrarse la voz de Paula.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté, acercándome a ella—. ¿Por qué lloras? ¿Y por qué no nos miras?

Me había fijado en que llevaba el pelo suelto, que le caía sobre la cara, cuando ella solía llevarlo siempre recogido en una coleta, sobre todo para trabajar en la panadería, como hacíamos todas, por higiene.

—No me pasa nada, de verdad —insistió, dándose la vuelta.

—Me cago en todo, Paula, a ver si te crees que somos idiotas.

Me lancé sobre ella y le aparté el pelo de la cara. Entonces pudimos observar el porqué de su extraño comportamiento.

—¡Maldito hijo de puta! —le grité al observar los moratones y rasguños en su mandíbula y en su pómulo, que había tratado de disimular sin éxito con maquillaje—. ¡Y como me digas que te has caído por la escalera, yo misma te daré otra puta paliza!

—No... no es lo que pensáis —sollozó—. Él... estaba muy ilusionado con lo del tratamiento, se había hecho a la idea de que quedaría embarazada, se sintió muy frustrado...

—¿Estás tratando de justificarlo? —exclamó Claudia—. Por favor, Paula...

—Claudia —le pedí—: cierra un momento la puerta y pon el cartel de «Volvemos en diez minutos». Vamos un momento a la trastienda. —Cogí a Paula de la mano y nos dirigimos al cuarto que habíamos habilitado para Salva o Joel.

Sin avisar, abrí de golpe la camisa de Paula y la dejé en sujetador.

—¿Qué coño haces, Micaela? —gritó.

—Dios... —murmuré.

—Me cago en su puta madre —dijo Claudia, al ver, como yo, las marcas en el cuerpo de Paula.

—¿Qué ocurre aquí? —intervino Salva al oír el alboroto.

Estuvo a punto de darse media vuelta cuando se topó con nosotras y Paula en sujetador, pero frunció el ceño y se detuvo. Se acercó a ella y rozó con la yema de sus dedos las marcas rojizas y violáceas de su mandíbula, de su cuello, de su escote y sus brazos. Después la miró, con aquellos ojos verdes que podían pasar en un segundo de la más infinita ternura al más puro odio.

—Lo mataré, Paula. Te juro que lo mataré.

—No, por favor —sollozó ella—. Lo último que quiero es meteros en follones. Por favor, Salva —le rogó mientras posaba su mano sobre su áspera mejilla—, no es tan malo como creéis. No había pasado nunca y no volverá a pasar, me lo ha prometido.

—Y tú lo has creído, claro —repliqué, con los brazos en jarras—. Todos los maltratadores prometen que no volverá a ocurrir, Paula, y nunca cumplen sus promesas. Se dedican a pedir perdón y a prometer, y todo es una puta máscara para dar pena.

—Abel no es un maltratador —afirmó con seguridad—. Él me quiere, me quiere mucho.

—¿Y por eso te pega? —exclamó Claudia—. Martín no me quería —explicó, mientras miraba a Salva de reajo—, y lo demostraba tirándose a otras, engañándome, abandonándome a mí y a mi hijo. Por todo ello, sólo merece mi desprecio. Pero, si me hubiese pegado, una sola vez, hubiera ido a la policía, Paula. Con el maltrato no vale otra cosa.

—Tiene razón, Paula —secundé yo—. Tienes que denunciarlo.

—¿Denunciarlo? —farfulló Paula—. ¿A la policía? ¡No! Ya os he dicho que él no es así, que no volverá a pasar. ¡No pienso denunciar a mi marido!

—Entonces prométenos —intervino Salva, con su voz suave y tranquila— que, si vuelve a hacerlo, lo denunciarás.

—No volverá a hacerlo...

—Promételo, Paula. Algunas que no han denunciado ahora están muertas.

—Está bien —aceptó, derramando de nuevo un silencioso torrente de lágrimas—, os lo prometo.

Salva nos miró a Claudia y a mí. Vimos en sus ojos su preocupación por Paula y su odio hacia el tío que la había pegado. Un maldito cobarde, como

tantos otros que, igual que él, descargaban su frustración pegando a su mujer.
¿Por qué no se desahogan dándose cabezazos contra una pared?

Capítulo 14

Hablando de hijos de puta... una mañana de esa semana se presentaron en mi panadería dos tipos que decían venir del ayuntamiento. Según ellos, debía mostrarles toda la documentación relativa a la panadería y a la casa: títulos de propiedad, permisos, demostrar mis pagos a la Seguridad Social, licencias, plan de emergencia...

Se notaba a la legua que aquello era una maniobra de venganza de nuestro querido alcalde, pero no podía arriesgarme a no enseñarles a aquellos funcionarios todo el papeleo que tanto me había costado adquirir en su momento.

—Parece ser, señorita Pérez —se dirigió a mí uno de ellos, al tiempo que repasaba por encima alguno de aquellos documentos—, que hay alguna irregularidad en la documentación. Vamos a tener que cerrarle la panadería hasta que todo se aclare.

—Pero ¿por qué? —exclamé alucinada y muerta de preocupación—. Si no son ustedes más claros con el problema, no podré defenderme. ¿A qué irregularidad se refieren, exactamente?

—Hay más de una —sentenció el hombre, cuyas gafas se sujetaban en la punta de su nariz—. Parecen leves, pero son varias. Por ejemplo, la fecha de la licencia del ayuntamiento es posterior a la apertura de su negocio.

—¡Por Dios! —grité nerviosa—. ¡Sólo hay un día de diferencia! El propio funcionario me dijo que no era necesario esperar, desde la nueva ley del Gobierno de ayuda a los emprendedores.

—Lo sentimos —intervino el tipo, al que cada vez me estaban dando más

ganas de insultar—, pero, hasta que todo el asunto se esclarezca, su negocio ha de cerrar las puertas.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, por la rabia y la impotencia. Salva se dejaba caer en la entrada del horno, con expresión de incredulidad. La señora Berta no paraba de relatar sobre políticos corruptos, lo mismo que el resto de los clientes, que me miraban con cara de pena y se quejaban de que tendrían que volver a comer la mierda de pan del supermercado. Y Claudia... no me fijé hasta ese momento en la expresión demoníaca que cubría la cara de mi amiga.

Sin que nadie lo esperara, colocó los puños en sus caderas y se plantó delante de los funcionarios.

—¡Sois esbirros de Martín! —vociferó, con su voz de pito—. ¡Y vosotros sabéis, igual que todos, que pretende vengarse de Micaela por haberlo dejado desnudo en medio de una terraza llena de gente!

Las señoras que todavía esperaban para comprar el pan se llevaron las manos a la boca para tapar la risa que apenas podían disimular.

—¡Y porque al muy gilipollas —siguió contando Claudia— tuvieron que prestarle ropa en el hotel y llevarlo a su casa! ¡Incluso tuvieron que llamar al cerrajero, porque mi amiga le tiró las llaves del coche y de su casa y no podía entrar!

A la mierda el disimulo. Todo el mundo rompió a reír a carcajadas al oír aquel relato, donde el protagonista era el mismísimo alcalde que solía invitarlos a meriendas de chocolate con melindros como recompensa por escuchar sus aburridos discursos. Incluso los funcionarios que él había enviado hacían esfuerzos titánicos por no soltar risotadas igual que los demás.

—Así que —continuó Claudia—, si no queréis que la gente se siga cachondeando de él más todavía, más vale que le llevéis el recado de que no vais a cerrar ninguna panadería, porque si lo hacéis...

Claudia se dirigió al rincón donde Joel jugaba tranquilamente con varias piezas de colores para formar construcciones, y lo cogió en brazos antes de continuar con su alegato.

—... porque si tiene los huevos de cerrarla, haré lo que tendría que haber

hecho desde el principio: exigirle una puta muestra de ADN. Muestra que, como todos sabéis o intuís, daría positiva en un 99,99 por ciento, y que demostraría que se desentendió de su propio hijo. ¡Voy a sacarle tanto dinero y lo voy a poner tan en evidencia que su mediocre carrera política se irá a la mismísima mierda!

Flipando. Así estábamos todos mientras escuchábamos la mala hostia que se gastaba Claudia, observando bailotear sus rizos alrededor de su rostro cubierto de furia.

—Así que... ¡fuera de aquí ahora mismo, putos lameculos! ¡Y si el capullo de Martín tiene algún problema, que venga él a dar la cara! ¡Lo estaremos esperando!

Los dos hombres se miraron, se encogieron de hombros y se marcharon. Claudia dejó a su hijo de nuevo en su parque y nos miró a todos como si hubiese olvidado que estuviéramos escuchando su diatriba; incluso se ruborizó al percatarse de ello.

—Siento mucho el espectáculo, Micaela —dijo, mirándonos a todos—, pero no podía consentir que ese gilipollas te hiciese daño sólo porque quisiste defenderme.

—No me pidas disculpas —repliqué yo, todavía con la boca abierta—. Has estado alucinante.

—Tiene razón —intervino de pronto Salva. Varios pares de ojos se giraron a la vez para seguir la secuencia completa—. Has estado de película. Te has comportado como una campeona, como la chica más valiente que he conocido nunca. Todos nos sentimos orgullosos de ti... sobre todo yo.

—¿De verdad? —inquirió ella emocionada, con los ojos vidriosos.

Salva no contestó. Dejó la entrada del horno para caminar con pasos largos y rápidos, colocarse frente a Claudia y decirle delante de todo el mundo:

—Eres única y preciosa. Me enamoré de ti en el instituto, y he vuelto a hacerlo cinco años después. Te quiero, Claudia.

—¡Oh, Salva! ¡Yo también te quiero! —gritó ella, echándose en sus brazos. Salva la levantó del suelo, le dio un par de vueltas en el aire y la besó apasionadamente en medio de mi panadería llena de clientela.

¡Qué emocionante!

Todos aplaudimos a rabiar. Paula y yo nos abrazamos llorando y, cuando se separaron, suspiramos al ver el amor que se reflejaba en los ojos de ambos.

Hasta Joel rio al contemplar la risa de su madre.

Pero, antes de que acabara la semana, faltaba la visita del mayor cabrón de todos.

Salía de ducharme, envuelta en una toalla, cuando una fuerza descomunal cayó sobre mí y me estampó contra la pared del pasillo.

—Llevas varios días sin aparecer por el castillo —me susurró Raúl pegado a mí.

No importaba que hubiese bajado la voz. Su comentario llevaba implícita tanta amenaza que no hacía falta ni que gritara.

—¿Significa eso que has decidido no ayudarme?

—Quítame las manos de encima —le exigí, harta de sentir miedo en su presencia—. No me dejas respirar.

Raúl se separó de mí y esperó a que le diera una explicación satisfactoria.

—He visto el collar —le expliqué—, y sé dónde está.

Los ojos de Raúl brillaron de regocijo, y su boca se torció en una especie de sonrisa de orgullo.

—Sabía que lo conseguirías —contestó, pasando una mano sobre mi pelo mojado—. Eres la mejor, cariño. Y, dime, ¿dónde lo tienen guardado? ¿Qué clase de sistema de seguridad lo protege?

—Es casi imposible sacarlo de su caja fuerte —le comenté, mientras caminaba hacia el salón y él me seguía—. Está empotrada en un muro, cambian la combinación cada día y se necesita la huella dactilar del marqués.

—¡Me cago en la puta! —vociferó—. ¡No has conseguido nada!

—Exacto —dije yo. Conocía a Raúl y sabía que era más fácil camelárselo si le soltabas la bomba final cuando menos lo esperaba—. Haría falta un comando muy preparado para entrar ahí, anular la seguridad y llegar a la caja, por no hablar de que habría que obligar al marqués a revelar la combinación y a colocar su dedo.

—Vamos —me susurró, después de volver a acorralarme entre él y la pared del salón—, suéltalo ya. Sabes algo y no me lo estás diciendo.

—He conseguido que me lo regale —le anuncié satisfecha.

Silencio.

—¿A cambio de follártelo? —dijo de forma despectiva—. Joder, no recordaba que fueses tan zorra y tan fría.

—Vete a la puta mierda —le espeté con un empujón—. Eres tú el que me está chantajeando. ¿Cómo se te ocurre cuestionarme?

—No pensaba que fueras a llegar tan lejos. Ese tío es un asesino, Miki.

—Pues haberlo pensado antes de amenazarme.

Furioso, Raúl volvió a apretar mi cuerpo con el suyo. Temí por unos instantes que fuese a arrancarme la toalla y a forzarme, y sentí un asco atroz.

—Deja de mirarme así —me ordenó mordaz—. No soy ningún violador, Miki. Y eso —susurró al tiempo que pasaba su mano por entre mis pechos y mi garganta— que ahora mismo envidio al puto marqués de los cojones, por poder hacer algo que a mí ya no me permites: follarte.

—¡Pues entonces no me obligues a hacerlo! —le supliqué—. Por favor, Raúl... Debe de haber otra forma.

—Tienes sólo una semana más —me recordó, después de separarse de mí y dirigirse a la puerta, ignorando mi petición—. No me falles. Aun así, cuídate de ese tipo. Sé de buena tinta que mató a su mujer.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Si sobrevives, te lo explicaré.

Capítulo 15

El domingo al mediodía, la panadería quedó limpia y recogida en un tiempo inusualmente rápido, ya que mis tres amigos coincidieron juntos para echarme una mano, incluida Paula, con su marido aún de viaje. Todos esperábamos impacientes la vuelta de aquel cabrón para defender a nuestra amiga ante el menor indicio de un nuevo golpe en su cuerpo.

Después, los cuatro subimos a mi casa para comer, como veníamos haciendo cada domingo. Lo malo era que, al acabar, solíamos quedarnos un buen rato tumbados en los sofás, viendo películas y vagueando antes de salir a tomar algo por ahí.

¿Cómo iba a explicarles que yo tenía que largarme?

No podía hacer otra cosa que contarles la verdad, al menos una parte. Para eso se tenían los amigos, ¿no? No era plan de disimular o mentir. Ellos no se lo merecían, después de la confianza que habían depositado en mí, de lo que me habían ayudado...

Por supuesto, el tema de Raúl seguiría siendo algo intocable.

—Podéis quedaros toda la tarde en mi casa si queréis —les comenté—, pero yo voy a salir.

—¿Ahora? —preguntó Claudia—. Hace mogollón de calor a estas horas. ¿A dónde piensas ir, si puede saberse?

—Ha quedado con el marqués —contestó Salva por mí.

—¿Con el marqués? —exclamaron las dos chicas a la vez.

—Gracias, Salva, por ahorrarme la molestia de contestar yo misma —solté con ironía.

—Pensábamos que ese tío era un borde —dijo Paula.

—Pero resulta que también está buenísimo —intervino Claudia—, según me ha contado Micaela. Y si a eso le sumamos el tiempo que lleva sin echar un polvo...

—No sé para qué me preguntáis —dije exasperada—, si ya lo sabéis todo vosotros.

—Cuenta, cuenta —pidió Claudia, interesada—. Suena tan romántico... El marqués y la panadera.

—¿Qué coño dices de romanticismo? —exclamé—. ¡Sólo vamos a follar! Yo estoy a dos velas y parece ser que le gusto a ese tío, así que...

—¿Y no hay nada más? —indagó Salva. El muy capullo parecía que a veces no se enteraba de nada, pero sólo lo parecía—. No sé, me parece todo muy precipitado.

—¡Menuda chorrada! —salté—. Más precipitado es conocer a un tío en un concierto, que te invite a una cerveza y después follártelo en el coche. Eso es lo que hacía antes y nadie me cuestionaba, así que dejad de hacerlo vosotros.

—Vale, vale —aceptó Claudia, con sus ojos castaños muy abiertos—. No nos comas, guapa. Sólo recuerda lo que se dice de ese tío.

—Cualquier cosa que veas extraña —insistió Salva—, nos llamas y en un momento estoy con la moto en la puerta.

—Gracias a todos, pero sé cuidarme solita.

En media hora me había duchado, maquillado y perfumado. Por la costumbre, volví a recogerme mi larga melena en un moño en la nuca y a colocarme mis grandes aros de plata en las orejas. Lo malo fue al abrir el armario, pues toda mi ropa se reducía a vaqueros y camisetas.

—¿Quieres que te preste algo? —preguntó Paula desde la puerta—. No tardo nada en ir a mi casa y volver.

—No, gracias, Paula —le dije—. No tengo que impresionar a nadie. Ese tío me echó los tejos mientras iba con unos tejanos descoloridos, así que paso de vestirme con un traje de noche.

Pero, en un visto y no visto, Paula estaba de vuelta con un bonito vestido, nada ostentoso pero que me sentaba de maravilla. Era blanco, sin mangas,

abotonado de arriba abajo. Sencillo, de mi estilo y resaltaba en mi piel morena.

—Gracias, cariño —le agradecí—, por saber muchas veces lo que pasa por mi mente casi antes que yo misma.

Atravesé la reja de la entrada al castillo unos minutos después. Como de costumbre, giré a la derecha en busca de la entrada de servicio, pero, al llegar, comprobé que estaba cerrada. Un domingo por la tarde no había proveedores que entraran o salieran como el resto de días.

El sonido del WhatsApp de mi móvil llamó mi atención.

Entra por la puerta principal.

Maniobré con mi furgoneta y rectificué el camino para dirigirme a la fachada del castillo. Casi me supo mal dejarla aparcada allí, desentonando entre los macizos de flores y arbustos, donde seguro que solía dejar la familia sus Ferrari o sus descapotables. Luego, cuando salí, cerré la puerta con llave y observé la serigrafía en sus puertas con las palabras «Panadería Micaela-Servicio a domicilio»; se me pasó el malestar. Era mi furgoneta y era mi negocio, y a quien le disgustase, que no mirase y punto.

Me abrió la enorme puerta principal una especie de mayordomo, de esos que ya ni siquiera pensaba que pudieran existir. Muy amablemente, me saludó, como si ya me esperase, y me indicó que el señor me aguardaba en la planta de arriba.

El vestíbulo, como todo lo demás, era impresionante. De forma circular, lo rodeaba toda una colección de armaduras y tapices que colgaban de las paredes de piedra. Al fondo, una doble escalera de mármol que habrían restaurado conducía a la planta superior. Roderic me esperaba en el ala derecha, de nuevo sin bajar hasta abajo, eludiendo aquella barrera que parecía prohibirle mezclarse con el mundo.

No pude evitar que aquella escena me impresionara y me conmoviera, viéndolo esperarme con una mueca arrogante en su bonita boca. Sin dudarlo, subí los escalones con rapidez y me situé frente a él.

—Hola, Micaela, me alegro de que hayas venido.

—Yo también —le contesté. A continuación, me puse de puntillas para darle un breve beso en los labios que pareció confundirlo.

A ver, íbamos a mantener un alto grado de intimidad esa tarde, así que... ¡qué menos que saludarnos de una forma que no fuese tan fría! Él se limitó a sonreír y a extender el brazo para que se lo tomara.

—A veces no sé ni por dónde vas a salir —me dijo, mientras me conducía a través de un largo corredor.

—Deberías probar alguna vez —le recomendé— a hacer las cosas por impulso. No siempre sale bien, pero de vez en cuando te sientes más libre por haber seguido tu corazón.

—Yo también hago cosas por impulso —replicó en un tono claramente sensual—, y pienso demostrártelo ahora mismo.

—Un momento —lo frené en seco, haciéndole parar antes de girar hacia una escalera—. Sé que es una tontería pensar en ningún tipo de preámbulo. He venido a lo que he venido y punto, pero, si no te importa concederme unos minutos, antes me gustaría preguntarte una cosa.

—Tú dirás.

—¿Mataste a tu mujer?

Me miró y escrutó mi rostro durante un buen rato, sin decir nada, únicamente tratando de averiguar si yo mostraba miedo o simple curiosidad.

En realidad, lo único que buscaba era observar su reacción si le planteaba esa pregunta cogiéndolo desprevenido.

—Sí —contestó—, yo maté a Caty, mi esposa.

—No me lo creo —sentenció. Nunca hubiese esperado esa respuesta por su parte y no pude aceptar que la gente llevara razón cuando lo tachaba de asesino.

—Ven conmigo —dijo tirando de mí. Giró en sentido contrario y me llevó a la biblioteca, la estancia donde él pasaba más tiempo y que más parecía apreciar—. Siéntate, por favor.

—Así estoy bien —le dije, apoyada en el filo de la mesa—. Con lo grande que eres, lo único que me falta es sentarme mientras tú te quedas de pie.

—Buena idea —aceptó él imitando mi postura, dejándose caer a mi lado

sobre la mesa—. Me casé con Catalina hace cuatro años; era un matrimonio que habíamos concertado entre su familia y la mía.

—Pero ¿todavía se hace eso? —pregunté alucinada—. Suena más bien a épocas remotas.

—Sí, Micaela, tanto en la nobleza como en la aristocracia actual, e incluso entre la gente adinerada, se siguen acordando matrimonios de conveniencia. Por mucho que veas a príncipes europeos casándose con plebeyas, continúa primando el interés económico por encima del sentimental.

—¿Tú no la querías?

—Le tenía cariño. Era buena chica, culta y de modales refinados. Su padre es un empresario muy influyente y mi apellido conlleva alcurnia. Todos contentos.

—¿Qué pasó? —planteé, esperando que explicara algo más interesante que me ayudara con mis dudas.

—Empezamos a discutir muy a menudo. No nos parecíamos en nada, nuestros intereses eran muy diferentes, cada uno tiraba para un lado. Hablé de divorcio, pero su padre estuvo a punto de castrarme, así que decidimos hacer un viaje para intentar conocernos más a fondo y llevarnos mejor. Elegimos ir a Irlanda.

—Pues menuda mierda —intervine de nuevo—, obligar a algo que no funciona a que funcione.

—Tienes razón, Micaela, pero nos habían educado así y no lo veíamos tan raro.

—¿Y resultó? Me refiero al viaje.

—No, la cosa empeoró. Me enteré de que Caty tenía un amante por una conversación que había mantenido con él por teléfono y que yo escuché. No pude más y se lo reproché.

—Es normal que lo hicieras.

Fue justo en ese momento cuando esperaba que él dijera «discutimos, la agarré del cuello y apreté, apreté...»

—Lo que resultó imperdonable por mi parte fue no haber esperado a estar en el hotel, pues se lo recliné cuando íbamos en el coche. Conducía ella,

por una carretera que no conocía, llena de curvas y rodeada de agrestes precipicios.

Por unos segundos, Roderic pareció evadirse mentalmente y dirigirse a aquel lugar que describía.

—La insulté, le dije de todo, me puse como un energúmeno, gritando. Ella intentó defenderse, me insultó a su vez, me dijo que nuestro matrimonio era una farsa y que prefería follarle a cualquiera antes que a mí.

—Dios, Roderic, lo siento. ¿Qué pasó después?

—Perdió el control del vehículo, nos salimos de la carretera y nos despeñamos por un barranco, dando varias vueltas de campana. El vehículo quedó boca abajo y, aturdido, pude salir por mi ventanilla. Un excursionista que pasaba por allí fue a socorrerme y le dije que mi mujer estaba todavía en el interior del coche.

»—¡Es muy peligroso! —gritó el hombre, al tiempo que me sujetaba—. ¡Mire cómo gotea el combustible! ¡En cualquier momento explotará!

»—¡Es mi mujer! —volví a gritar—. ¡Está dentro! ¡Caty!

»Conseguí zafarme del tipo, pero sólo pude dar un par de pasos antes de que aquello se convirtiera en un infierno. El vehículo se transformó en una enorme bola de fuego, cuya deflagración me tiró hacia atrás y caí de espaldas, no sin antes lanzarme varios trozos de metal, como si fuesen metralla. Uno de ellos, como puedes imaginar, impactó en mi ojo derecho. Sentí perfectamente cómo éste se vaciaba y se desprendía de su cavidad. Otros fragmentos también se clavaron en mi cuerpo.

Mientras yo estaba a punto de llorar y con la boca tapada por la impresión, se abrió la camisa y me mostró varias cicatrices blanquecinas que salpicaban su torso. La que más resaltaba, por su tamaño y el lugar, era la que cruzaba casi de lado a lado su garganta.

—Aquí también se me incrustó un fragmento metálico —explicó, señalando la cicatriz—. Me rozó las cuerdas vocales. Estuve varios meses sin poder hablar. Tuerto y mudo —ironizó con un punto de tristeza.

—Por eso tienes la voz rasgada —susurré.

Aquella voz, cuyo timbre siempre me había parecido tan sexy...

—Yo... —musité—, lo siento, Roderic, lo siento mucho.

Me puse frente a él. Precisamente su garganta quedaba frente a mis ojos. No tuve más que alzar un poco la cabeza para depositar mis labios sobre su cuello y, después, alzarme un poco más para besar también su ojo perdido sobre la tela del parche.

—Dios, Micaela, cariño, no llores.

—Pero ¿qué dices? —exclamé sorprendida—. No estoy llorando.

Pero él llevaba razón. Pasó su dedo pulgar por mis mejillas y me mostró la humedad que había enjugado. Había derramado lágrimas sin darme cuenta.

—No lloro por casi nada... —intenté sonreír—... pero tu historia es muy dura, Roderic. ¿No te jode que la gente piense que la mataste de verdad?, ¿que crean que te deshiciste de ella por dinero o por quedar libre de un matrimonio no deseado?

—¿Para qué? —dijo, mirando hacia la ventana—. Una vez que la gente te ha crucificado, es muy difícil convencerla de que está equivocada. Cuando la sociedad te condena y te margina, poco puedes hacer ya.

Y de eso estaba huyendo yo, precisamente, de que se me condenara. Aunque, en mi caso, no había defensa posible. Seguía siendo culpable y seguiría arrepintiéndome el resto de mi vida. Pero había encontrado un lugar donde me sería más fácil olvidar, donde había comenzado de nuevo, montado mi negocio casi con mis propias manos, encontrado a unos amigos a los que quería y que me querían... y eso era lo que pretendía conservar, por ello lucharía, siempre y cuando el marqués cumpliera su palabra y me regalara el maldito collar.

—Yo nunca he creído esos rumores —afirmé con sinceridad—. He llegado a oír que eres un depravado sexual y cosas por el estilo.

—Si te digo la verdad —soltó de pronto, cambiando su rostro serio por otro lujurioso—, muy tradicional no soy. Tengo ciertas... manías sexuales.

—¿Manías? —titubeé.

—Ven conmigo —me propuso tirando de mí—. Ya hemos perdido mucho tiempo.

Me cogió de la mano y salimos de la biblioteca para ir en busca de la escalera que había pretendido tomar antes de mi pregunta del millón. Un poco nerviosa, mientras me arrastraba por los pasillos en penumbra, mi mente

perversa imaginó que me bajaría a las mazmorras del castillo, frías y oscuras, y me ataría desnuda a unos grilletes oxidados encastrados en la pared. Me figuré a mí misma ahí atada, mientras él sacaba un látigo y me azotaba los pechos y entre las piernas...

«Joder, Micaela, qué coño tienes tú metido en la cabeza. ¿Estás enferma o qué? ¡Se te están mojando las bragas con sólo pensarlo!»

Para empezar, aquella escalera no bajaba, sino que subía por una torre, cuyas paredes de piedra sólo albergaban una tenue bombilla muy de vez en cuando. Empezamos a ascender en círculo, a subir, y a subir... Casi mareada ya, le pregunté a dónde pretendía llevarme para echar un puto polvo.

—¿No sería más fácil llevarme a tu dormitorio y punto? —planteé, algo confusa.

Roderic paró un instante e intentó tranquilizarme de la mejor manera que pudo escoger: besándome.

Yo me dejé hacer, embriagada por volver a sentir su lengua en mi boca, su sabor único explotando en mi paladar, su olor picante envolverme por entero. Me afiancé a su cuello y le devolví el beso, para que notara mi ansia y mi deseo por él.

—Confía en mí, Micaela.

Por fin, llegamos al final. Tantos escalones nos habían llevado a la cima de una torre circular, rodeada de almenas, por entre las que se podía divisar un esplendoroso paisaje a nuestro alrededor. Giré sobre mí misma entusiasmada, observando el resto del castillo, sus bosques y jardines, incluso el lago y el laberinto. Y lo más impresionante estaba más allá: desde allí se podía divisar perfectamente el mar, incluso se percibía el batir de las olas y se apreciaba el olor a sal.

El sol comenzaba a bajar, otorgándole al cielo aquel tono anaranjado que dotaba al paisaje de todo el aspecto de una postal.

—Dios, Roderic, este lugar es maravilloso.

—Lo sé —contestó—. Por eso lo he elegido para follar contigo por primera vez.

Casi me atraganto. ¿Follar en lo alto de una torre?

—Estoy harto de espacios cerrados —me explicó—, por eso, para follar

con mujeres, elijo siempre lugares abiertos, los lugares que más me gustan para hacer lo que más me gusta.

—Pero... no sé, Roderic, todavía es de día...

—Nadie nos verá nunca a esta altura, como no sea algún despistado en parapente.

Tal vez podía resultar extraño, pero sus motivos me sonaron razonables. Y, por supuesto, no me parecía ninguna depravación sexual. Era lo más excitante que me habían propuesto en mi vida.

Lo primero que hizo él fue acercarse y soltarme el pelo. Mientras extendía los mechones por mi espalda, sentí los primeros temblores de la excitación. Después, lentamente, desabrochó los botones de mi vestido y lo dejó caer al suelo para dejarme en ropa interior, la cual había elegido también blanca.

—Nunca, jamás —susurró, al tiempo que deslizaba sus manos sobre el encaje de mi sujetador—, había tenido ante mí semejante visión. Eres preciosa, Micaela, y te deseo tanto que llevo días casi volviéndome loco, en los que ni siquiera he podido verte. He llegado a la conclusión de que necesito verte cada mañana para poder alimentarme de tu imagen y pensar que mi día a día tiene algún sentido.

Enfebrecida por sus palabras, terminé de sacarme el sujetador y las bragas, animándolo a él a desnudarse también. Se desprendió a toda velocidad de la camisa, los pantalones y los calzoncillos y, apenas un segundo después, me había abalanzado sobre él. Me sentí en la gloria rodeada de sus fuertes brazos, de su cuerpo grande desnudo. Nos besamos como si no hubiera un mañana y, antes de que me diera cuenta de lo que estaba haciendo, me había sujetado por la cintura y me había colocado sobre una de las aberturas entre las almenas, que más tarde supe que se llamaban *cañoneras*.

Al principio me asusté. Estaba desnuda y sentada sobre una muralla de piedra, a tanta altura que el viento soplaba con fuerza, haciendo ondear su cabello castaño y mi larga melena morena. Miré hacia atrás y casi me mareé del vértigo.

—No mires hacia abajo —me indicó, cogiendo mis manos. Me colocó cada una de ellas en una almena y se situó frente a mí, agarrando mi cintura

con sus fuertes manos—. Sólo te pido que confíes de nuevo en mí. Nunca dejaré que te caigas.

—Está bien —acepté, mientras trataba de clavar con fuerza mis dedos entre las piedras—. Confío en ti.

Comenzó a besarme otra vez, lamiendo a conciencia mi lengua y mis labios para después bajar por mi garganta, mis hombros y mis pechos. Seguía sujetando mi cintura con fuerza cuando bajó su cabeza para lamer mis pezones, que estaban tan duros como las piedras de aquellas almenas. Cerré los ojos y gemí con fuerza, mientras su lengua y sus dientes exploraban mis pechos. Abrí las piernas en espera de la atención que necesitaba mi sexo, que ya estaba totalmente empapado.

Creo que llegué a suplicarle precisamente eso, porque alzó su ojo azul y me sonrió con picardía antes de arrodillarse ante mí y colocar su boca entre mis piernas. Cuando observé su cabeza allí, casi me corrí de la impresión.

Sí, era una auténtica locura, permanecer en aquel lugar, a pleno día y a aquella altura, sobre todo si pensaba en que nada protegía mi espalda, que sólo las manos de Roderic en mi cintura evitaban que yo cayera al vacío, que estaba a merced de aquel hombre. Pero en aquel momento sólo pensé en el deseo y la lujuria que me embargaban. La lengua de Roderic lamía mi sexo a conciencia, sus labios absorbían mi clítoris, y sólo eché en falta poder enredar mis manos en su pelo, pero éstas continuaban clavadas en las piedras de la muralla. Con todas aquellas sensaciones juntas, contando con el tiempo que hacía que no me tocaba nadie, estallé en un intenso orgasmo, aunque la extraña sensación del lugar apenas me permitió dejar escapar unos cuantos gemidos. Aun así, Roderic supo al instante que había llegado al clímax y continuó bebiendo de mi sexo, lamiendo incluso las gotas que habían humedecido mis muslos.

—Ahora entiendo —le dije, apenas sin aliento— lo que has querido decir con lo de que tú también tienes impulsos.

—Y esto no ha sido nada —gruñó.

Me bajó de la muralla al suelo y, todavía con sus manos en mi cintura, me dio medio giro y colocó mi cuerpo de cintura para arriba en el mismo lugar donde antes me había sentado, dejando expuesto mi culo hacia él. Mis pechos

se clavaban en las piedras, pero aquella incomodidad únicamente me producía placer. Oí el sonido del envoltorio de un preservativo al rasgarse y, a continuación, percibí la punta de su pene tantear la entrada de mi vagina.

—¿Quieres que te folle, Micaela? —gimió con su voz rota. En esa postura tenía ante mí la visión de la línea del horizonte y el círculo del sol sobre la superficie del mar. Nunca antes había vivido nada igual.

—¡Pues claro! —gemí—. ¿Para qué iba yo a estar, sino, en esta puta torre contigo desnuda?

—Dímelo —exigió. Una de sus manos acarició mi espalda y la otra se enredó en mi pelo para tirar con fuerza de mi cabeza—. ¡Dímelo! —volvió a exigirme.

—Fóllame —gemí.

—Mi nombre —gruñó.

—Fóllame, Roderic. ¡De una puta vez, ya!

Abrió mis glúteos y, de una estocada, se introdujo en mi cuerpo.

—¡Joder! —grité. Hacía tanto tiempo, que mi vagina acogió el envite con sorpresa y, de la fuerza de la penetración, mi cuerpo se impulsó hacia delante, haciendo que sintiera la aspereza de la piedra, que laceró mis pechos y mi vientre.

A pesar de todo, un inmenso placer me llenó por dentro. Roderic comenzó a embestirme con fuerza, con rapidez, tirando todavía de mi pelo para acercar mi oído a su boca y poder gritarme palabras eróticas que yo apenas entendía en medio del viento. Cuando aceleró sus acometidas, presentí la llegada de un nuevo clímax, que se presentó con fuerza cuando oí las palabras del marqués.

—¡Grita, Micaela! ¡No hagas como antes! ¡Grita!

Y eso hice, gritar como una posesa cuando el orgasmo me atravesó, al mismo tiempo que él lanzaba también un áspero grito que rasgó el aire. Una locura que me hizo sentir más viva que nunca.

Antes de que las convulsiones de mi cuerpo cesaran, Roderic salió de mi cuerpo y tiró de mí para alejarme de la muralla.

—¿Estás bien? —preguntó. Parecía preocupado, pero a punto estuve de soltarle que mientras me follaba no se había preocupado una mierda.

—Perfectamente —contesté, sin embargo.

Y era la verdad. Me sentí fenomenal.

Con mimo, me colocó sobre los hombros el vestido y él se puso únicamente el pantalón. Me abrazó por la cintura, pegando mi espalda a su pecho, y nos acercamos unos minutos a contemplar la más maravillosa puesta de sol que había presenciado en mi vida.

Después, volvió a darme la vuelta para tenerme frente a él y comenzó a abrocharme los botones del vestido.

—¿Seguro que no te has sentido incómoda?

—Bueno —dije con una mueca—, se me clavaban las piedras en las tetas, pero no me ha molestado mucho.

—Me refiero —dijo con una sonrisa— a si en algún momento te ha parecido... raro.

—Créeme —repliqué con los ojos en blanco—, he topado con tipos bastante más raritos que tú.

No pareció hacerle mucha gracia el comentario, pero terminó de abrochar mi vestido sin decir una palabra más. Yo no dejé de seguir el movimiento de sus dedos sobre la tela y mi piel.

—¿Nos vestimos ya? —pregunté.

—Es la hora de la cena —dijo tranquilo. Se puso la camisa y recogió mi ropa interior, que guardé en los bolsillos del vestido.

—¿No es un poco temprano? —inquirí mientras tiraba de mí y bajábamos aquella angosta escalera de caracol.

—Siempre ceno a la misma hora —me explicó una vez abajo—. Así que, si me otorgas el placer de acompañarme...

Entramos en un salón comedor que no era excesivamente grande, pero con el detalle llamativo de una enorme chimenea de piedra. Eché de menos que no fuese invierno para disfrutar del calor de un gran fuego.

En el centro de la estancia había una mesa rectangular, rodeada de sillas y con varios cubiertos dispuestos para la cena. Nos imaginé por un momento como en las películas, comiendo cada uno en una punta.

—Es broma, ¿no? No pienso comer tan lejos de ti que tenga que gritar para que me oigas.

—No. —Rio—. He dado la orden de que añadieran un cubierto junto al mío.

Él ocupó su lugar en el extremo de la mesa y yo me coloqué a su lado izquierdo.

La comida ya estaba preparada y dispuesta para ser degustada. Daba la impresión de que hubiese brotado sola de los platos, ya que no nos habíamos cruzado con nadie del servicio desde que el mayordomo me abriera la puerta. Supuse que al marqués no debía de gustarle mucho que hubiese gente a su alrededor.

Yo era un poco rarita, pero él me ganaba con creces.

Se trataba de una cena fría, con salmón, quesos, patés, langostinos cocidos y hasta una bandeja con sushi. Sonreí al ver en el centro de los dos cubiertos una cesta con panecillos que Salva o yo misma habríamos amasado y horneado.

—Nunca he probado el sushi —le comenté mientras me echaba un langostino a la boca—. Siempre me ha parecido una pijada.

—Cátalo —me dijo, acercándose el plato—. No me cuadra que una chica como tú no se atreva a probar cosas nuevas. —Dicho esto, me clavó su brillante ojo azul de forma muy intensa.

—Está bien. —Me eché uno de aquellos rollitos a la boca y, sinceramente, me gustó—. Está bueno —le dije.

Llenó un par de copas de vino y comimos durante varios minutos en silencio, aunque tuve que ser yo quien lo rompiera, a pesar de decir una chorrada.

—Me alegra ver que comes mi pan y no me pones los cuernos con otra panadería que os sirva a domicilio.

¡Qué idiota, por favor!, hablar de cuernos en aquel momento. Me revolví incómoda al recordar que él tenía una amante, quizá muchas... y me dije que lo que me había hecho a mí se lo hacía a toda fémina que le gustase, incapaces todas de resistirse al misterioso atractivo del marqués.

Nunca en mi vida había sentido celos, y no me gustó la sensación. No me gustó ni un pelo. Era una especie de malestar físico y mental. Vamos, lo que se dice un dolor de barriga que te pone de muy mala leche.

—No pensaba ponerte los cuernos —soltó él, con una sonrisilla.

—No quería decir eso —lo corté—. Ha sido una gilipollez.

Había pasado el tiempo de la camaradería. Había llegado el momento de la verdad.

—¿Vas a querer que vuelva? —le pregunté.

—¿Quieres tú volver?

—Sí, me gustaría hacerlo —afirmé sin rastro de reparo.

—Pues —dijo él tras dar un sorbo de vino—, si te parece, vuelve la próxima tarde que tengas libre. El domingo que viene.

«¿El domingo que viene?»

Por Dios, era demasiado justo. Las dos semanas de plazo que me había dado Raúl estarían a punto de cumplir. ¿Qué pasaba con el collar? ¿Se había olvidado de ese asunto?

—Es mucho tiempo —repliqué como si no pudiese esperar tanto para volver a follar con él, cosa que, por otro lado, era verdad—. Hoy tendré que recuperar un poco de sueño, pero podría venir mañana mismo por la tarde.

—¿Estás ansiosa por volver a echar un polvo en una torre al aire libre? —me preguntó mordaz.

—Tal vez esté ansiosa porque me prometiste una joya a cambio de ser tu amante.

No era plan de darle más vueltas. Tenía que lanzarme de cabeza si pretendía recordarle al marqués su promesa.

Él dejó radicalmente de comer y su expresión se tornó lúgubre. Me sentí fatal, pero no tenía otra opción.

—Creo que quedamos en eso, Roderic, y ni siquiera me lo has mencionado.

—¿Pretendes que te dé un collar de esmeraldas de tres millones de euros a cambio de un polvo?

Debí de ponerme pálida, porque sentí que todo mi cuerpo se enfriaba.

—Eso me dijiste —solté sin apenas abrir la boca.

—Te dije que a cambio de que me dijeras la verdad, Micaela, y todavía la estoy esperando.

—Tal vez lo tengas reservado para Elsa y yo no doy la talla para poseer

algo tan valioso —exclamé, en una explosión de furia y celos.

Me miró. Me miró de nuevo con ese ojo que quemaba más que si fuesen dos, como ya me parecía habitual en él y que cada vez me crispaba más los nervios. Lo hizo en silencio, como si quisiese escrutar él mismo la verdad de mis pensamientos a través de mis ojos.

—Creo que me voy a ir a la cama —respondió sin más, mientras se palpaba el parche—. El ojo, mejor dicho, el hueco del ojo me molesta al llegar cierta hora.

—Lo siento. ¿Te duele mucho? —me interesé, tonta de mí.

—Sólo necesito quitarme el parche —comentó, poniéndose en pie—. Si me disculpas, me retiro a mi habitación. Espero que decidas volver. Juan te acompañará a la puerta. Buenas noches, Micaela.

De la nada, había brotado un mayordomo, el mismo que me abriera la puerta al llegar y que se había plantado junto a la entrada del comedor como si fuera una estatua de cera.

—Buenas noches, Roderic.

Capítulo 16

No sabía si considerarme amante del marqués; al menos, una de ellas. Sólo tenía claro que, entre mis dudas, mis celos absurdos, el miedo a encontrarme con Raúl en cualquier rincón de mi casa y la decepción que había visto en los ojos de Roderic al mencionarle el collar, lo único que había conseguido había sido desvelarme por completo. Del castillo me dirigí directamente a mi casa a cambiarme de ropa para bajar al horno y preparar masa madre, masa de hojaldre y masa de brioche, que es sencilla de preparar pero a la que le debes añadir buenas dosis de paciencia para que quede rica y esponjosa, dejándola enfriar en la nevera y dorándola antes de hornear.

Cuando llegó Salva, escrutó mi rostro mientras se colocaba su ropa blanca. Algo debió de ver, porque no me preguntó nada. Simplemente, se inclinó y me dio un beso en la frente.

—Me alegra que estés bien —me dijo.

—Al menos, físicamente —respondí, apoyando mi frente en su pecho.

—¿Quieres decir que ese tipo te gusta?

—No lo sé, Salva —suspiré—. Será que tenemos en común mucho más de lo que aparentamos, aunque él sea un aristócrata y yo, una panadera.

—Tú vales mucho, Micaela —afirmó, sujetándome de los hombros—, no lo olvides. Y más vale que ese tipo tampoco lo olvide.

—Tal vez sea yo quien se haya comportado mal, Salva. Él se ha sincerado conmigo y yo no.

—Micaela, la mujer de los mil secretos —bromeó.

Mil no, pero sí guardaba unos cuantos.

Lo primero que tuve que hacer fue el reparto a domicilio. Podía haberme tirado al marqués y pasearme entre joyas y obras de arte muy valiosas, pero, de momento, tenía que seguir trabajando, y daba gracias de disfrutar como lo hacía de la forma en que me ganaba la vida.

Cuando atravesé la puerta de la cocina del castillo con la cesta del pan, dudé acerca de cuál debía ser mi comportamiento esa mañana. Como siempre, Julia me saludó con su mueca de estreñida y me vi, como cada día, con el albarán en la mano.

Miré hacia la escalera. ¿Estaría esperándome como hacía antes o ya no sería lo mismo? Tal vez todavía estuviera durmiendo.

Excusas. No era nada normal en mí acobardarme de esa manera, pero no me apetecía en absoluto lidiar con él esa mañana. Estaba cansada, tenía sueño y destilaba muy mal humor, así que cogí mi nota de entrega, la guardé en la guantera de la furgoneta y me largué de allí.

Gracias a que Paula seguía echando una mano en la panadería, aproveché para dormir a ratos en la cama de Salva, en la trastienda. En una ocasión, tuve que compartirla con Joel, pues echaba sus siestas en aquella misma cama. El crío se acurrucó sobre mí y, cuando quise darme cuenta, estábamos los dos dormidos abrazados. De pequeña había echado de menos tener un hermano para cuidarlo, y me dio la impresión de que a mí los deseos se me concedían siempre con retraso.

Al día siguiente pasé de acobardarme otra vez. Dejé el pan en la cocina del castillo, saludé a Julia con una sonrisa y me dispuse a subir la escalera. El ama de llaves paró mi movimiento durante unos segundos.

—Micaela, el señor marqués me preguntó ayer por usted. Me pareció muy raro que no subiera, puesto que la vi aquí por la mañana, como siempre.

—Tenía prisa —me justifiqué sin mirarla, subiendo ya a la planta superior.

Atravesé el vestíbulo circular y me asomé al salón. La mayoría de las cortinas continuaban abiertas y sentí un ramalazo de orgullo al recordar que yo había influido en Roderic para que tomara la decisión de dejar pasar más luz en varias estancias.

Fruncí el ceño. No había nadie en la estancia y me entristeció no verlo

delante de la vidriera, con sus manos a la espalda, esperando a que subiera para mantener nuestra conversación diaria.

Tal vez se había cansado de mí, o quizá ya no quería verme más, y sentí pánico por un instante... que nunca supe si fue por el miedo a Raúl y a lo que pudiera hacerme, o al hecho en sí de no volver a ver a Roderic.

De pronto, un peso enorme cayó sobre mí, me cogió de la cintura y me sentó sobre la mesa, para luego abrazarme con una fuerza descomunal y besarme, tan desesperadamente que me quedé sin respiración, mientras mi boca volvía a verse colmada por su lengua y su inconfundible sabor.

—Micaela —gimió—, ayer te fuiste. ¿Por qué?

—No sabía si querías verme —gemí también. Sus manos apretaban cada parte de mi cuerpo y su boca besaba cada centímetro de mi rostro. Y yo, sencillamente, me sentí feliz, riendo por su reacción al encontrarme allí.

—¿Por qué dices eso? —preguntó, con las manos sobre mis mejillas—. Siento haberme puesto tan borde, pero es cierto: al llegar la noche debo desprenderme del parche para poder descansar. No quiero tomar más calmantes, ya me drogaron bastante después del accidente.

—No fue culpa tuya —le dije, acariciando su áspera mandíbula—. Fui yo quien...

—Te daré el collar, Micaela —me interrumpió—. Sólo deseo que sigas viniendo.

¿Sería cierto? Volví a sentirme una zorra despiadada.

—Cuando vi que ayer te marchabas, estuve a punto de coger el coche y salir tras de ti.

—¿Puedes conducir? —le pregunté.

—Claro que puedo —contestó algo envarado—, aunque sea un lisiado.

—No he querido decir eso y lo sabes. —Rodeé su cuello con ambos brazos y besé tiernamente la tela del parche.

—Lo sé, perdona —me dijo, relajándose de nuevo—. Eres la persona que con más naturalidad habla del tema. ¿Vendrás esta tarde?

—Depende —contesté yo en broma para distender el ambiente—. ¿Dónde piensas follarme esta vez?

—Sorpresa —contestó antes de volver a besarme.

Puede que me librara la mañana anterior, porque me habían visto cansada y de mal humor, pero de ese día no pasó que, a la hora de comer, mis amigas me acorralaran para preguntarme qué tal me había ido con el marqués. Salva comió más rápido que nunca y bajó corriendo a su cuarto en la trastienda para echarse a dormir la siesta. Estaba claro que no le apetecía oír hablar de mis logros sexuales con el marqués.

—Entonces, ¿vas a repetir? —preguntó Paula.

—Sí, hemos quedado de nuevo hoy. Pero no os preocupéis —añadí—: procuraré tenerlo todo limpio antes de cerrar y mañana estaré en el horno puntual como un clavo.

—No nos preocupamos por eso —replicó Claudia—. No sé, te vemos algo... involucrada con el marqués, y no acabamos de estar tranquilas. No sale de casa, no se relaciona con nadie, no sabemos ni siquiera el aspecto que tiene.

—Sólo es una aventura —les dije mientras me llenaba un vaso de agua—. Nos hemos conocido por casualidad, él me atrae, yo lo atraigo, follaremos unas cuantas veces y después cada uno seguirá con su vida. El típico rollo de toda la vida.

—¿Y cómo es hacerlo con él? —inquirió Claudia, cuando mi respuesta pareció dejarlas un poco más serenas—. Aquello que se cuenta sobre sus perversiones...

—Bueno...

Por inercia, estuve a punto de contarles mi experiencia en lo alto de la torre, cómo me empotró contra la muralla y lo hicimos al aire libre. Luego, recapacité y, no sé por qué, no me atrajo la idea de compartir aquella intimidad. No fue un polvo de mierda como esos que solía echar con cualquiera en un baño o un coche para desahogarme. Me hubiese mentido a mí misma como una bellaca si hubiese incluido mi experiencia con el marqués en la misma categoría que los anteriores.

Maldita sea, pero debería serlo. Aquello no tenía ningún futuro. Odiaba la idea de ser la amante clandestina de un marqués marginado y antisocial. No podía permitirme ser la comidilla de mis clientes, ni que dejaran de venir a mi panadería porque se enteraran que de vez en cuando me trincaba al marqués

que suponían un asesino.

Eso era algo que, por otro lado, me jodía bastante, que la gente lo siguiera juzgando, y me entraban ganas de gritarles a todos que estaban equivocados, que Roderic de Requesens era un tipo que valía la pena conocer. Él no era ningún asesino, únicamente cargaba con una culpa de la que era responsable sólo en parte.

Igual que yo.

Descubrí en ese momento el motivo de que creyera y confiara en él, mis ansias de protegerlo: cargaba con un peso muy parecido al mío.

—Os tendréis que conformar con que os diga que follar con él es una puta pasada.

—Oh, Micaela —refunfuñó Claudia—, pues vaya mierda.

—Calla, Claudia, te hago un favor —solté entre risas—. Como me ponga a describir con pelos y señales mi polvo con el marqués, eres capaz de quedarte pegada en mi sofá.

—¡Qué asco, por favor! —exclamó Paula, tirándome un cojín a la cabeza.

—Eres una guarra, Micaela —la animó Claudia.

Justo antes de ducharme y cambiarme para marcharme de nuevo al castillo, Paula me acorraló en una esquina. Sus dulces ojos claros parecían más traviosos que nunca.

—Siempre nos lo has explicado todo minuciosamente, Micaela. Tu trampa a Martín, el tatuaje que le viste a Salva en el culo, incluso detalles de las pollas de los tíos que te tiraste en el pasado. Si es lo mismo, ¿por qué no nos cuentas nada de tus encuentros con el marqués? Y no me refiero sólo a cómo la tiene de gorda, sino a lo que habláis, qué le pasó en el ojo, cómo murió su mujer... No es lógico que no nos comentas nada de eso.

—La semana que viene, Paula —le pedí, a sabiendas de que llevaba razón—. En cuanto pase algo que me preocupa, os lo contaré todo, te lo juro. Mientras tanto, confiad en mí, por favor.

Esta vez, al ser día laborable, pude entrar por la puerta de servicio, y lo preferí así. No podía arriesgarme de nuevo a que alguien viera mi furgoneta en la entrada principal y sospechara. Ya había decidido que de esa tarde no pasaba que le expusiera las cosas claras a Roderic. Me acostaría con él las

veces que fuera, pero tenía que darme el collar. Y después, cuando todo acabara, cuando dejásemos de ser amantes...

¿Y después?

Buena pregunta. Después, supuse que Claudia volvería a encargarse del reparto a domicilio y yo me haría cargo de la panadería todo el día.

No sé por qué tuvo que dolerme ese pensamiento. Me inundó la tristeza al pensar en no volver a visitar aquel hermoso castillo y, sobre todo, en no volver a hablar con su dueño.

Aparté de momento esas reflexiones de mi mente, mientras accedía por la entrada de siempre. Allí no había mayordomo, ni falta que me hacía. Sólo me crucé con varias chicas del servicio, todas ellas ataviadas con sus batas negras de ribetes blancos, que se organizaban en la cocina y la despensa. La mayoría de ellas ya me conocían de verme entrar por las mañanas, incluso de verme subir la escalera. No sabía qué pensaban de mí, pero me saludaron cortésmente y apenas repararon en mi presencia. Creo que, al igual que Julia, si querían conservar el puesto, la discreción debía ser su lema.

Me pareció extraño que Roderic no estuviera en el salón, así que tomé el único camino que conocía y que me llevó a la biblioteca. Allí, la puerta estaba entreabierta y me llegaron voces conocidas, la de él y la de su hermana.

—Me alegra que te hayas decidido, Rody.

—Gracias, Leo. Creo que ya va siendo hora.

—Claro que sí. Elsa te lo ha pedido muchas veces. Tu decisión me hace feliz.

No me gustó nada esa conversación. ¿A qué se había decidido? ¿A casarse con ella?

«¿Qué más me da a mí eso? Por mí, como si decide, además, tener tres hijos.»

Después de eso, oí el repiqueteo de unos tacones y me aparté ligeramente, como si acabara de llegar. Leonor se sorprendió al descubrirme allí y me miró de arriba abajo.

—¿Qué haces tú aquí? —me dijo de forma despectiva.

—¿Perdón?

—Es igual, tú no tienes la culpa. —Dicho esto, desapareció al fondo del corredor.

Perpleja, entré en la biblioteca. Roderic apoyaba las manos en la mesa, pensativo. Los últimos rayos de sol de la tarde entraban por los altos ventanales e iluminaban su cabello, proporcionando un impresionante brillo a toda su silueta, haciendo que pareciera aún más grande, más impresionante.

Me quedé sin respiración sólo con verlo.

—Micaela... estás aquí.

Y, para rematar, oír su voz, tan diferente, tan suya, tan sexy.

—Si no vengo en buen momento...

En dos zancadas se acercó a mí y me estampó contra la puerta para darme el beso más erótico de toda mi vida. Sin apenas rozarme el cuerpo, sólo uniendo su boca y la mía, su lengua se paseó por mi lengua, por cada hueco de mi boca, por mis labios y mis dientes.

Con un mero beso, ese hombre era capaz de hacer que olvidara cualquier razón por la que yo pudiera estar allí. Me hizo olvidar incluso la desesperanzadora conversación con su hermana.

—¿A dónde me llevas hoy? —le pregunté, cuando, después de cogerme de la mano, tiró de mí hacia un ala diferente del castillo.

—Uf, ni te lo imaginas —contestó divertido.

Y yo, excitada perdida, claro, imaginando el lugar más inverosímil que pudiese tener aquella fortaleza medieval.

—Ya hemos llegado —me anunció tras abrir una gran puerta doble. Al franquearla, comprobé que se trataba de una habitación. Enorme, pero una habitación.

—Es un sitio normal —solté, casi decepcionada—. Es un dormitorio.

—Es mi dormitorio —dijo él, después de cerrar.

Lo dijo de una forma tan íntima y me miró tan expectante a mi reacción que me sentí muy especial. Supuse que aquél era un territorio muy reservado para él.

Se trataba de una estancia enorme, como todas las de aquel castillo. A pesar de la frialdad que pudiesen otorgar las paredes de piedra, los altísimos techos o el ventanal estrecho y alargado, la decoración había hecho posible

una apacible calidez. En las paredes había tapices y cuadros que me parecieron originales y valiosos, como los escudos o las espadas que colgaban cruzadas. Diversas vitrinas ocupaban varios rincones, en cuyo interior encerraban objetos de orfebrería o antiguos códices y libros. Tuve la sensación de estar en un pequeño museo.

Y, por supuesto, lo más llamativo, la gran cama, oscura, robusta, inmensa.

Esa vez no fuimos tan aprisa, no nos lanzamos uno contra el otro ni nos desnudamos a tirones. En esa ocasión, Roderic me desvistió muy despacio, paladeando mi cuerpo únicamente con la vista, rozando con mucha sutileza mi piel con cada prenda que me quitaba. Una vez desnuda, me soltó el pelo y me tumbó encima de su cama. Era tan enorme que temí que el colchón me engullera de un momento a otro.

Justo después, él hizo lo propio, quitarse prenda a prenda, para mi deleite, aunque, cuando quedó completamente desnudo, extendí los brazos esperando que me acompañara en su lecho... pero me llevé un gran chasco.

—Espera, no seas ansiosa.

—Claro, tú te has desvestido solito, mientras que a mí me has puesto a mil, guapo.

Me arrodillé en la cama para seguir sus movimientos. Totalmente desnudo aún impresionaba más. Toda aquella extensión de piel merecía ser besada y mordida a conciencia...

El deseo que sentí nada más verlo por primera vez no hacía sino aumentar, y era algo que me sorprendía y que me obligaba a hacerme demasiadas preguntas que trataba de evitar.

Observé cómo se acercaba a una de las vitrinas, de donde extrajo una caja que abrió y, con mucho cuidado, tomó el objeto que había en su interior.

—Roderic —susurré—, es el collar...

Como el objeto preciado que era, lo cogió entre los dedos con delicadeza mientras se acercaba a mí.

—Apártate el pelo —me pidió. Después, se ubicó a mi espalda y lo posó sobre mi pecho para engarzarlo en mi nuca.

De nuevo, aquella extraña y fascinante sensación que provocaban las frías

piedras en mi pecho...

—Dios, Roderic —le dije, acariciando aquel brillo verde—, ¿has sacado el collar de su caja fuerte para traerlo aquí?

—Como ya te dije, no he dejado de desear verte con él puesto. Únicamente el collar sobre tu cuerpo, como ahora mismo.

—¿Y cómo me sienta? —le pregunté de forma sensual, dejando caer mi espalda sobre los cojines que sembraban el cabecero.

—Jamás había visto nada igual —susurró, comiéndome con su ojo, acariciándome con su mirada—. Eres lo más exótico ypreciado que he tenido en mi vida. Además, hueles a pan y deseo comerte entera.

Se situó a los pies de la cama y comenzó a besar los dedos de mis pies, mis rodillas y mis muslos. Nunca en la vida había adorado nadie mi cuerpo de esa manera, haciéndome descubrir zonas de mi piel que también podían ser besadas. Lamió mis caderas y mi estómago, y, cuando llegó a mis pechos, alternó mis pezones y las esmeraldas con pasadas de su lengua.

Y lo mejor llegó cuando se situó sobre mí. En mis recuerdos no pude encontrar la imagen de verme con un hombre en una cómoda cama, desnudos los dos, con su cuerpo totalmente sobre el mío. No conocía la sensación de tener aquel peso sobre mí, percibir cada centímetro, desde su duro pecho hasta el vello crespo de sus piernas.

Me invadió un instante de puro miedo. Aquello traspasaba el límite del sexo, del mero placer sexual, de un simple revolcón. Fue algo muy intenso, sentirme bajo su peso, sentir sus brazos rodearme con fuerza, que me besara hasta dejarme sin aliento.

Decidí hacer algo antes de que todo aquello me sobrepasara. Empleé toda mi fuerza para girarnos y colocarme encima de él. Me puse a horcajadas y le sonreí de la forma más sensual posible mientras yo misma acariciaba mis pechos y el collar.

—Me gusta sentirlo sobre mí —le dije, pasando mi lengua sobre la última esmeralda—. Me hace sentir poderosa.

—Y a mí me gusta sentirte así.

Sustituyó mis manos por su lengua y la pasó por mis pechos y el collar. Se introdujo en la boca un pezón, después el otro y, finalmente, la esmeralda

que colgaba entre mis pechos. Me resultó tan erótico que mis piernas se abrieron por instinto y comencé a frotar mi sexo sobre su miembro duro, pero, antes de que pudiera correrme así, Roderic atrapó con fuerza mi cintura y me colocó a la altura de su cabeza. Tuve que agarrarme con fuerza al robusto cabecero cuando su boca atrapó mi sexo y lo devoró. Gemí, eché la cabeza hacia atrás y, cuando sentí su lengua en el interior de mi vagina, ondulé mis caderas para buscar el máximo placer. Miré hacia abajo para poder ver su cabeza, su boca entre mis piernas, y ya no pude soportarlo más. Me estremecí y grité, presa del orgasmo, mientras clavaba con fuerza mis manos en las torneadas columnas de la cama.

—Dios —gemí, una vez él me bajó de nuevo hasta sentarme en sus piernas—, serás un marqués, pero en la cama te comportas como un rey.

—¿De verdad? —preguntó sorprendido antes de soltar una ronca carcajada—. Ay, Micaela, da la sensación de que no has disfrutado mucho con los hombres. ¿O será que te vuelvo loca de deseo? —susurró mientras no dejaba de acariciar mis pechos.

—Oye, capullo —le dije tras un manotazo en el hombro—, yo te suelto un halago y tú me respondes en plan machito.

—¿Yo he hecho eso? —preguntó pícaro.

—¡Si te parece! Primero me llamas mal follada y luego me dices que me derrites nada más tocarme.

—¿Y no es cierto? —siguió pinchando.

—Te vas a cagar, marqués de la chulería.

Me sentí tan cabreada como excitada, así que me incliné hacia delante para pasar la lengua por toda la extensión de su tórax, parando para besar la cicatriz de su garganta y las que había junto a sus pezones. Después, bajé, siguiendo con mi lengua el recorrido de su áspero vello, hasta llegar a su imponente miembro erecto. Situada sobre sus piernas, abrí sus muslos y contemplé la totalidad de su sexo, del que lo que más me atrajo fueron las pesadas bolsas que colgaban sobre la cama.

Cogí su grueso pene entre mis manos, pero, sin que él lo esperara, deslicé mi lengua sobre aquellas bolsas y las introduje en mi boca.

—Dios, Micaela... —gruñó. Sentí su cuerpo estremecerse de arriba abajo.

Eso sí que me hacía sentir poderosa.

Seguí lamiendo aquella gruesa piel mientras mis manos se deslizaban sobre la longitud de su miembro, acariciando la suave zona de su glande. Después, recorrí todo el miembro con la lengua y, al llegar a la sedosa corona, me lo introduje por entero en la boca.

Dios, apenas podía metérmela hasta la mitad sin que la punta tocara mi garganta y me obligara a dar una arcada. Estaba claro que todo en él tenía unas proporciones considerables.

—Ya basta —volvió a gruñir. Tiró de mí con fuerza para colocarme de nuevo sobre él y empezó a trajinar con el envoltorio de un preservativo.

—¿Qué ocurre, marqués? —solté traviesa—. Da la sensación de que nunca se la hayan chupado tan bien. ¿O será que te vuelvo loco de deseo?

—Pérfida bruja... —refunfuñó. Me elevó por encima de su cuerpo, colocó la punta de su miembro entre mis piernas tras enfundarse el preservativo y elevó con fuerza sus caderas hasta alojarse por completo en mi interior con un solo movimiento.

—¡Joder! —grité cuando lo sentí tan adentro.

A partir de ahí, me impulsé con mis manos y mis rodillas para cabalgar con furia. Mi vagina quemaba y mis entrañas ardían mientras él seguía embistiendo hacia arriba con energía. Me incliné hacia delante para colocar la esmeralda del vértice del collar en su boca y poder ver cómo la chupaba mientras su miembro golpeaba con furia dentro de mi cuerpo. Mi larga cabellera negra nos cubría a los dos y él enredó su puño en ella para tirar de mí, acercarme y poder besarme. En medio de aquella vorágine, un estremecedor orgasmo nos atrapó a los dos, lo que provocó que emitiéramos fuertes gemidos que se mezclaron con el ruido de los golpes de la cama y el chocar de nuestros cuerpos.

Una vez abrazados los dos, desparramados sobre las sábanas de satén dorado, dejamos que nuestra respiración y nuestro ritmo cardíaco se ralentizaran un poco. Cuando abrí los ojos, comprobé cómo Roderic se había apoyado sobre un codo y no dejaba de observarme.

—Me estás poniendo nerviosa —le dije, sintiendo cómo su ojo azul continuaba acariciándome—. ¿Por qué me miras?

—Porque eres tan preciosa que da gusto mirarte.

Mi corazón, recién calmado, se agitó de nuevo con fuerza. Mejor volver a un tema más práctico.

—Gracias por el detalle del collar —comenté, tanteando el tema para que admitiera que ya era para mí.

—Te queda impresionante. —Sonrió—. ¿A que no has notado ninguna diferencia con el que te probaste el otro día?

—¿Qué... qué quieres decir? —pregunté alarmada—. ¿Es que no es el mismo?

—No, no lo es.

Me miró intensamente, esperando mi reacción.

—¿Pretendes decirme que éste es una copia?

—Yo no he dicho eso. Te he dicho que éste y el de la caja fuerte no son el mismo. Uno es el original y el otro, la copia, pero no cuál es cuál. Tienes que entender que esa información la tenga reservada para mí.

Bajé la vista y observé el collar. Brillaba de forma esplendorosa, pero recordé que el otro también. El tono verde de las esmeraldas se veía limpio y las tallas perfectas, lo mismo que el otro.

Vamos, que no tenía ni puta idea de distinguir una joya auténtica de una falsificación.

—Pensabas darme el falso, ¿verdad? Desde el principio.

—Dijiste que querías simplemente algo bonito, no que necesitaras algo valioso.

—Pero ha de ser el auténtico, Roderic —le dije asustada—, no me vale una copia.

En cuanto un experto en arte tuviera la copia en las manos, lo sabría.

—¿Por qué necesitas el original, Micaela? —preguntó.

Nos habíamos sentado los dos desnudos sobre la cama, con la espalda apoyada en los cojines del cabecero. Roderic escrutaba mi rostro como un científico que observa cada detalle de un experimento.

—No puedo decírtelo —gemí.

—¿Alguien te está chantajeando? Dime la verdad por una vez.

—Yo... joder, no me mires así —le rogué incómoda.

—Trato de atravesar esos iris dorados de tus ojos para ver si tengo suerte y hallo la respuesta —me dijo, mientras pasaba suavemente un dedo por el arco de mis cejas—. ¿Te han dicho alguna vez que tienes los ojos de una gata?

—Sí —sonreí con tristeza—, mi padre.

—Son hermosos, Micaela, pero me parecen insondables y encierran tanto misterio como toda tú. Repito, ¿alguien te está chantajeando?

—Sí —balbucí.

—Eso creí desde el principio. —Sus palabras, duras, contrastaban con la suavidad de su mirada y de sus manos, que no dejaban de pasearse por mi rostro, mi pelo o mis pechos desnudos—. No podías pretender que creyera que, nada más verlo en un cuadro, decidieras que lo querías para ti. Esa joya sólo la conoce mi familia y algún que otro coleccionista que a veces he tenido que sacarme de encima. No sabía que alguno de ellos se hubiese sentido tan rechazado como para intentar la vía del robo. ¿Cómo se han puesto en contacto contigo?

—A través de mi exnovio.

Ya no había forma de escapar del escrutinio del marqués. Me sentí derrotada, pero creí que valía más no seguir mintiéndole... aunque no le contara toda la verdad.

—¿Un exnovio te chantajea? ¿Y qué has hecho tú para que puedan extorsionarte?

—Deja que me reserve eso para mí, Roderic. Mi pasado no es de tu incumbencia.

—No, claro que no.

Furioso, saltó de la cama y se puso los calzoncillos y los pantalones. Después, rodeó la cama para ubicarse a mi espalda, sacarme el collar y volverlo a colocar en su estuche de terciopelo.

—Pues, entonces, lo volveremos a dejar en su sitio —me anunció, mirándome desafiante—. Porque hablar sobre mí y mi pasado sí que te pareció importante, ¿verdad?

—Sólo porque la gente te cree un asesino y yo nunca lo creí.

—A mí no me importa lo que hicieras en el pasado, Micaela, pero me

gustaría que confiaras un poco más en mí. Me pides algo muy valioso y a cambio necesito saber algo más.

—Por favor, Roderic —le supliqué—, no me preguntes nada más.

—Sólo trato de conocerte, Micaela, pero tú cada vez te retraes más, te escondes más. Das a entender que eres una tía genial, simpática y extrovertida, pero te aíslas del mundo todavía más que yo.

—¿Sabes qué? Que sí, que acabar con este tema será lo mejor.

Cabreada, porque las verdades ofenden, yo también salí de la cama de un salto y busqué mi ropa. En pocos segundos me había vestido, calzado y sujetado el pelo en un moño.

—Todo esto no ha sido más que un enorme error, Roderic. Hablaré con mi ex y le diré que no he podido hacerme con el collar. Te recomiendo que refuerces tu seguridad. Raúl es capaz de cualquier cosa.

—¿Raúl es tu exnovio? —me dijo, sujetando mi brazo para que lo mirara de frente.

—Sí.

—¿Y qué vinculación puede tener él con un coleccionista de joyas?

—¡Y yo qué coño sé! —grité furiosa, deshaciéndome de su agarre—. Que haga lo que le dé la gana, que me destroce la vida si quiere. Yo no soy ninguna ladrona.

—¿No tienes cómo defenderte?

—Sí, claro —le dije mordaz—. Puedo cerrar mi casa y mi panadería, coger mi vieja furgoneta y largarme del pueblo... aunque no creo que tardase en encontrarme de nuevo.

—Déjame ayudarte, Micaela...

—¡No! —chillé, cuando las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos y ya caían por mis mejillas—. ¡Tú no tienes por qué hacer nada! ¡No has sido más que un daño colateral! Conocerte, hablar contigo, ser tu amante... Todo ello tenía el único cometido de acercarme a ti y localizar el collar. ¡¿Por qué ibas a querer ayudar a quien te ha mentado?!

Me dieron ganas de abofetearme después de soltar aquello, sobre todo al verlo a él tan tenso, tan dolido, pero ya iba siendo hora de dejarlo al margen. El marqués de Requesens tenía su vida y yo la mía, y no se podían unir dos

vidas tan diferentes.

—No creo que me hayas mentido todo el tiempo —replicó, tan estático que parecía una de sus preciadas armaduras.

—Pues créelo —sentencié, acercándome todo lo posible a él, intentando no desmoronarme y abrazarlo para que dejara de mirarme como si fuese un asqueroso insecto—. Porque ésa es la única verdad que oirás salir de mi boca. No me interesa para nada un tipo tuerto que vive recluido en un puto castillo, marginado del mundo y acusado de asesinar a su mujer. Perjudicaría más mi negocio que la gente me supiera tu amante que todo lo malo que pueda hacerme mi novio.

Suprimí el «ex» a conciencia. Una vez puesta a ser una zorra hija de puta, lo haría bien.

—Adiós —le dije pillando mi bolso—, su Ilustrísima.

Me fui de allí con el mentón alzado, intentando dar un paso detrás de otro sin marcharme corriendo. No me permití ponerme a llorar hasta salir con mi furgoneta del recinto del castillo. Paré unos instantes junto a la playa y me desahogué hasta que ya no me quedaron más lágrimas.

Capítulo 17

Por mucho que mi vida, esa que me parecía perfecta hacía tan sólo unos días, se estuviese desmoronando, tenía que seguir adelante. Tras llorar un rato y secarme la cara, llegó la hora de regresar a casa.

Fruncí el ceño cuando vi la moto de Salva en la puerta. Debería estar en el piso que se había alquilado hacía poco, durmiendo para poder estar al ciento por ciento cuando fuera la hora de entrar a trabajar en el horno.

Con cuidado, abrí la puerta de la panadería y entré sin hacer ruido. Mi corazón comenzó a latir con fuerza, imaginando que Salva hubiese coincidido con Raúl y hubiese pasado algo que no quería ni pensar. Sin embargo, los ruidos que salían del cuarto de la trastienda no me parecieron de sufrimiento, precisamente.

Sonreí. Debieron de pensar que tardaría más en volver y se quedaron en el lugar donde los encontró la pasión, sin poder esperar a llegar a su casa.

Tendría que haberme ido, lo sé, pero no pude reprimir mi vena *voyeur*. Muy despacio, me acerqué hasta la puerta y asomé sólo un poco la cabeza.

Dios, contemplé una imagen tan erótica y bonita... En aquella pequeña cama, Claudia yacía desnuda de espaldas sobre las sábanas, debajo de Salva, igualmente desnudo. Ella rodeaba la cintura del chico con sus piernas y él... uf, qué calor me entró al contemplar el culo prieto de Salva embistiendo en el cuerpo de Claudia, de forma rápida pero profunda. Observé su cuerpo desnudo, brillante por el sudor y cubierto de tatuajes, una delicia para la vista. Y para el oído, que menudos gemidos soltaban los dos. Con razón no me habían oído entrar.

Me hubiera quedado allí mirando más tiempo si no hubiese observado la cara de Claudia, demudada por el placer. Mirar un culo era una cosa, pero ver sus caras ya me pareció invadir demasiado su intimidad.

Feliz, deshice mis pasos con cuidado y subí a mi casa para desnudarme y darme una ducha antes de acostarme.

Pero ninguna de las tres cosas pude hacer. Raúl me esperaba tan campante, con una lata de cerveza y una bolsa de patatas fritas, apoyado en la encimera de mi cocina.

—¿Qué coño haces aquí? —le espeté mientras abría mi nevera y cogía otra cerveza.

—El tiempo se acaba, Micaela, y no veo que hayas traído el collar.

—No es tan fácil como pensaba —le dije, tratando de aparentar tranquilidad mientras daba un trago a mi cerveza.

Fue el único trago que di. Cuando Raúl se echó sobre mí, la lata cayó al suelo provocando un fuerte estrépito y roció el suelo y los armarios con el espumoso líquido.

—No me jodas, Miki —soltó más furioso que nunca—. Dijiste que el marqués te lo regalaría.

—¡Bueno, pues todavía no me lo ha dado!

—¿Cuántos polvos necesita ese tío para convencerse?

—¿Has contemplado la idea de que no me lo dé? —solté, para tantear su reacción a esa posibilidad.

—Confío plenamente en esa cabecita tuya —replicó con una sonrisa cruel—, y en esto —dijo apretando mis pechos hasta hacerme daño.

Justo en ese momento, llamaron a la puerta.

¡Mierda, seguro que sería alguno de mis amigos!

—Raúl, por favor, márchate. Sin duda es alguna de las chicas...

—Abre la puerta, esto va a ser divertido.

—¿Qué estás diciendo? Raúl, tienes que largarte...

—¡He dicho que abras la puta puerta!

Cuando vi el cuchillo que brillaba bajo la manga de su chaqueta, no me quedó más remedio que obedecer. Nerviosa y muerta de miedo por mis amigos, abrí la puerta y aparecieron Salva y Claudia, que intentaron disimular

su aspecto algo desaliñado.

—Nos ha parecido oír que ya habías llegado —dijeron incómodos.

Su sorpresa fue total cuando vieron a Raúl tranquilamente sentado en el sofá con una cerveza en la mano.

—Hola —los saludó—. ¿No nos presentas, Miki? —añadió al percibir mi silencio.

—Yo... éstos son Claudia y Salva. Él es Raúl.

—Somos viejos amigos —dijo, todo simpatía.

Qué ganas me entraron de agarrarlo por los huevos y tirarlo por el balcón.

—Pues... nada, que nos vamos —se despidió Claudia, sin dejar de mirarme a mí y a mi inesperado visitante.

Salva frunció el ceño todo el tiempo. Notó perfectamente mi incomodidad.

—¡No, hombre, no! —exclamó teatralmente Raúl—. Nada de marcharos. Miki me ha contado que soléis cenar aquí todos juntitos. No os cortéis por mí. ¿Verdad, Miki, cariño? —dijo clavando en mí la mirada más cruel posible.

Para colmo, la siguiente en llegar fue Paula, que traía a Joel, ya que se lo había llevado esa tarde a casa para que Claudia y Salva pudiesen estar solos.

«Mierda, no, por favor...»

—¡Qué bien! ¡Si está todo el grupo al completo!

Casi me desmayo cuando salí de la cocina con una pizza y me encontré a Joel en brazos de Raúl. Sabía lo que me quería decir con todo ello, con sus falsas sonrisas, con sus miradas despiadadas, con su farsa de tío simpático y enrollado que no se creyó nadie: quería demostrarme que mis amigos podían correr peligro, que sus vidas estaban en mis manos.

Cuando se marchó, mi salón parecía una misa; todo era silencio. Aunque no salió de mi casa sin antes lanzarme una última amenaza.

—A Charly le están haciendo la vida imposible en el trullo. El otro día le dieron tal paliza que le rompieron varias costillas y un brazo. La próxima vez que le interroguen, no aguantará, Miki, se desmoronará y cantará. Si no le doy a ese tipo el collar, iré a la cárcel y tú irás a la cárcel. Y te juro, cariño, que, ya que me encerrarán por un homicidio, me soplaré la polla que lo hagan

por unos cuantos más.

Dicho esto, desapareció escaleras abajo.

—¿Quién coño es ese tío, Micaela? —preguntó Salva.

—Un amigo —contesté.

—¿Amigo? —exclamó con ironía—. Vamos, por favor, si parecía que fueras a romperte en cualquier momento.

—¡Vale! —dije, sin saber cómo salir del lío—. Es un antiguo novio.

—¿Novio? —intervino Claudia—. A ver, está bueno, pero da un poco de miedo, ¿no?

—No todos los tíos son como Salva —respondí.

—No —contestó ella—, como Salva hay pocos.

Y se miraron de una forma tan íntima y especial, que Paula y yo casi suspiramos al ver tanto amor en el aire. Supongo que eran momentos para que, tanto ella como yo, aunque por motivos diferentes, envidiáramos a nuestros amigos. Las vidas de Salva y Claudia no habían sido fáciles. Tenían unos pasados bastante duros y se merecían esa oportunidad. Pero ¿acaso Paula y yo no cargábamos también con nuestro propio peso? ¿No nos merecíamos también ser felices?

Tal vez yo no... desde que ocho años atrás participara en un robo con homicidio. Mi castigo sería no poder librarme de aquello.

Muy pocas horas después, ya estaba en marcha, aunque mi cabeza parecía que iba a estallar de un momento a otro. Por mucho que me relajara haciendo masa o despachando a simpáticas ancianitas, la realidad estaba ahí, y no me dejaba en paz.

Decidí hacer también ese día el reparto a domicilio. En el castillo, Julia me indicó dónde debía dejar el pan, como siempre, pero con la diferencia de que fue ella la que cogió el albarán y lo firmó. Cuando me lo devolvió, me lanzó una fugaz mirada que no supe interpretar si era de pena o de reproche.

¿Sería de pena por su jefe y de reproche hacia mí?

Seguramente.

¿Qué le diría el marqués? «¿Que la zorra de la panadera no vuelva a poner un pie en mi casa?»

Miré hacia la escalera que llevaba a la primera planta. Creí verlo allí,

esperándome, con su sonrisa arrogante y su parche. Pero no había nadie, porque seguro que me odiaba.

Mierda. Debería haber aceptado su ayuda. Cualquiera se acercaba a él ahora. Fui una auténtica gilipollas, soltándole todas aquellas lindezas, sin recordar la calaña de la que estaba hecho Raúl. Una cosa era temer por mi propio futuro, y otra bastante peor era temer por el de mis amigos.

¿Qué podía hacer? Mi lema era no rendirme jamás, pero había llegado un punto en el que quedaba muy poco para una completa capitulación.

Para colmo, al salir con mi furgoneta a través del camino de la entrada, volví a cruzarme con un descapotable inglés conducido por la chica rubia de las grandes gafas.

Elsa, la amante de Roderic. ¡Qué pronto la había llamado de nuevo! Tal vez se nos había estado follando a ambas al mismo tiempo.

«Pero, a ver, ¿a ti qué te importa más en estos momentos, cómo solucionar un pedazo de problema o con quién puede acostarse Roderic...?»

Ya estaba desvariando.

Y lo que faltó para rematar la jugada fue ver a Paula en la panadería enseñándonos a todos la bonita pulsera de oro que le había regalado el cabrón de su esposo, con *charms* en forma de corazoncito y todo.

—¿Y ésa es la forma que tiene tu marido de tapar lo que te hizo? —le solté sin miramientos.

—Está muy arrepentido, Micaela. Me ha pedido perdón cincuenta mil veces.

—Sí, claro, pobrecito. Me da una pena que te cagas.

Lo reconozco, volvía a estar de mal humor, y la gente a mi alrededor parecía hacer un esfuerzo por acrecentarlo. Paula, a quien me daban ganas de darle una hostia para ver si espabilaba; Salva y Claudia, quienes no paraban de darse besitos a cada momento, y, para más inri, la señora Berta, que se dedicó a chismorrear toda la tarde sentada en mi establecimiento.

Días atrás me había visto obligada a poner una pequeña mesa y un par de sillas para las señoras mayores que necesitaran estar sentadas mientras esperaban en la cola a ser atendidas. Muchas de mis clientas no dejaban de machacarme para que dispusiera también de una cafetera y les sirviese un

café mientras charlaban, pero me negué. Mi negocio era una panadería tradicional, no de esas en las que colocan cuatro mesas con sillas muy monas y luego te venden pan congelado.

Aquella tarde coincidieron en sentarse Berta y José, el anciano que conocí cuando lo vi sentado frente al castillo y me habló de sus habitantes.

—¿Qué le parece, Berta? —murmuró el hombre, aunque todo el mundo se enteraba de la conversación—. Ya he visto de nuevo el descapotable de la amante del marqués. No hay semana que no la vea aparecer al menos un par de veces.

—Es que es un hombre insaciable con las mujeres.

—También le he visto salir alguna vez por la noche —continuó diciendo él.

—No tiene bastante con una —intervino Berta, entusiasmada con la conversación—. Necesita a varias diferentes, por eso quitó de en medio a su esposa, cuando ella le exigió que dejara esa vida de sinvergüenza y putero.

—Sí —insistió el anciano—, yo los vi alguna vez discutir dentro del coche. Y ella parecía tan frágil, la pobre...

—Pues ésta parece que va aguantando —dijo ella—. Debe de ser que también le va el rollo este del que tanto se habla ahora, que les gusta que las aten y las peguen.

Hasta el moño me tenían ya los dos viejecitos.

—Vamos a ver, señor José: da la sensación de que se pasa usted el día vigilando el castillo.

—Voy muy a menudo al parque que hay justo enfrente para pasear a *Lester*, mi perro —replicó, como si eso pudiese justificar la película que se habían montado sobre el marqués.

—Es verdad —lo apoyó Berta—. Aunque lo que ocurre dentro de ese castillo sigue siendo todo un misterio.

El resto de clientela escuchaba absorta e interesada a aquella pareja, aprendices de pacotilla de Agatha Christie y su Hércules Poirot.

Airada, ese día decidí continuar con mi trabajo en el interior del local, en el horno. Sería incapaz de soportar más conversaciones de marqueses y sus amantes.

Capítulo 18

Castillo de la familia Requesens

No dejo de estar inquieto. Si ya suelo dormir poco, llevo varias noches que ni siquiera logro conciliar el sueño. Si antes apenas tenía ganas de nada, ahora me ha entrado una desidia que me impide hasta realizar la tarea más básica.

Lo único bueno es que conozco perfectamente el origen de mi desasosiego. Es morena, de ojos misteriosos y hace poco que entró en mi vida para hacérmela un poco más llevadera.

Pero no, no es sólo ella, lo que me invade al recordarla o la furia que experimento cuando recuerdo sus últimas palabras. Se trata de la preocupación que siento por culpa de este embrollo del collar. Una horrible idea se ha cruzado por mi mente durante mi última noche de insomnio y ya no puedo sacármela de la cabeza.

No suelo compartir mis pensamientos, pero hay una persona que me conoce lo suficiente a mí y a mi pasado como para escucharme sin juzgar.

—Marcos, tengo que hablar contigo.

—Claro, Rody, pasa. Como si estuvieses en tu casa.

—Estoy en mi casa. Eres tú el que se pasa la vida aquí últimamente, teniendo como tienes tu propia mansión, mucho más moderna y actual que este castillo.

—Ya sabes que si estoy aquí dándote la paliza es por culpa de Leo. No pasan ni tres días seguidos en los que no piense en su querido hermanito, en si estará solo, si estará deprimido... O me vengo aquí para poder verla, o me

quedo en casa esperando a que ella te visite cuando le apetezca, y eso, cuñado, sería ponerle las cosas demasiado fáciles.

—Tienes que hablar con Leonor, convéncela de que tenéis que estar más tiempo en casa, solos, y no aquí, con ella todo el día preocupándose por mí.

—Habla tú con ella. Te hace mucho más caso a ti. Valora mucho más la opinión de su hermano que la de su marido.

—Vamos, Marcos, no digas eso. Ella te quiere.

—Empiezo a dudar.

—La convenceré de que ya no necesito tenerla todo el tiempo conmigo. Ya desperdió el suficiente después del accidente.

—Estuvo contigo día y noche, Rody, durante semanas. Después me costó lo increíble sacarla de aquí para volver a casa, pero si no pasa a verte a menudo no se queda tranquila y, la verdad, perdona que te lo diga, no es nada personal, pero estoy empezando a hartarme.

—Demasiado has aguantado, cuñado.

—Sí, Rody. El día del accidente tú perdiste a tu mujer y yo perdí a la mía.

—Lo siento, Marcos, de verdad. Hablaré con ella, te lo prometo.

—Gracias, pero mejor cambiemos de tema. ¿De qué querías hablar?

—De Micaela.

—¿La panadera? Ya imagino que te la estás tirando. Tienes buen gusto.

—No es por eso. Creo que está en peligro.

—¿En peligro? No entiendo.

—Nos conocimos por casualidad, pero al poco tiempo nos sentimos atraídos, eso ya lo sabes. No estoy seguro de si ya llevaba la intención de seducirme. Quiero creer que no. El caso es que, nada más tener claro que acabaríamos en la cama, ella me pidió un regalo.

—Como hacen muchas amantes, eso ya lo sabes por experiencia, Rody.

—Me pidió *El collar de la dama*.

—¡Joder! ¿Tan buena se creía?

—Nunca me tragué que me lo pidiera así por las buenas, porque se encaprichara de él. Al final, le sonsaqué que la estaban chantajeando.

—¿Ella llegó a pensar que se lo darías?

—Su deseo de tenerlo hizo que lo creyera. Por supuesto, nunca pretendí

darle el original.

—De todos modos, Rody, ¿por qué te preocupas por esto? Sácala de tu vida y que se largue con viento fresco de aquí. Te ha utilizado para conseguir una joya que es de tu familia para dársela a un tipo que la chantajea. ¡Que se apañen ellos!

—Me dijo que un exnovio se había presentado de repente de parte de un coleccionista de arte. En un principio sospeché que podría ser cualquiera de los que ya me habían tanteado para que se lo vendiera, pero luego consideré que ninguno de ellos se molestaría en averiguar el pasado de una simple panadera y utilizar a un exnovio para chantajearla y llegar hasta mí. Esto no parece obra de un coleccionista, sino de alguien mucho más interesado en ese collar. Alguien que lleva años odiándome y que se sentiría muy satisfecho al joderme, sobre todo quitándome algo tan valioso para la familia.

—¡Dios, Rody! ¿No pensarás que detrás de todo esto está un tipo influyente e importante, y el mayor hijo de puta del mundo?

—Exacto, Marcos, has acertado: pongo la mano en el fuego sin temor a quemarme a que detrás de todo esto está mi querido suegro.

Capítulo 19

Fantástico. La primera noche que logré pillar el sueño tras muchas sin hacerlo, me sonó el móvil. Quise tener a mano a quienquiera de mis tres amigos que me estuviera llamando y ponerlo a parir.

¿Un número desconocido?

—A la mierda —dije después de colgar para darme la vuelta y seguir durmiendo.

Pero el puto zumbido seguía y seguía incordiando.

—¡Oye, quien coño seas, vete a despertar a tu puta madre!

—¡Micaela! ¡No cuelgues!

—¿Roderic?

Dios, qué gusto daba volver a oír su voz, aunque fuese por teléfono.

—Siento haberte despertado, pero necesito hacerte una pregunta... siempre y cuando aceptes que necesitas mi ayuda.

Claro que necesitaba su ayuda. Muchísimo. Ya no sólo estaba en juego mi futuro, sino el de mis amigos. Estaba deseando pedirle perdón por haberme comportado como una puta harpía.

—Por favor, Roderic, antes de nada, quería disculparme por haberte dicho todas aquellas cosas horribles...

—Olvida eso ahora, Micaela. Responde a mi pregunta primero. ¿Quieres que te ayude?

Inspiré aire con fuerza.

—Sí, Roderic, necesito tu ayuda, por favor.

Durante un instante no oí nada.

—Eso me temía.

—¿Vas a ayudarme?

—Con todas mis fuerzas, Micaela.

Cerré los ojos por la impresión de haberlo oído hablar con aquella pasión. Me sentí afortunada de haberlo conocido.

—Bien —dijo después con contundencia—. Ahora, escúchame. Busca los documentos de propiedad de la panadería y avísame cuándo los tengas a mano.

Aunque extrañada, le obedecí y fui en pos de lo que me pidió sin soltar el móvil.

—Ya lo tengo.

—Dime quién consta como dueño anterior de la propiedad.

—El tipo de la inmobiliaria siempre me mencionó que el propietario era un hombre mayor, que antes de irse del pueblo lo dejó todo en manos de un banco. Claro que —dije mordaz— dicho tipo no resultó ser más que un farsante.

—Todo calculado desde el principio —soltó Roderic—. Demasiadas molestias. ¿Qué pone en la escritura? ¿Refleja como dueño, tal vez, al Banco BCCA?

—Sí. ¿Cómo lo has adivinado?

—Lo sabía, un fondo de inversiones. Sé quién es el tipo que utiliza a tu novio para chantajearte, Micaela. Lo conozco lo suficiente como para saber hasta dónde es capaz de llegar por joderme.

—¿A ti? ¿Y qué tienes tú que ver en todo esto? No entiendo nada.

—Será mejor que lo hablemos en persona. Ven a primera hora de la mañana a repartir el pan como siempre y te lo explicaré.

—Ahí estaré.

Ante la imposibilidad de volver a dormir, bajé al horno y comencé a adelantar faena antes de que viniera Salva, que se extrañó al encontrarme allí tan temprano, pero que, como siempre, se cambió de ropa y empezó con la tarea sin preguntar, esperando a que yo me decidiera en algún momento a decirle algo.

—Raúl —comencé a decir—, mi ex, ha vuelto a mi vida ocho años

después para chantajearme. Me pide un collar de esmeraldas que pertenece a la familia Requesens. Pero, por favor, Salva —le pedí—, no se lo digas todavía a las chicas, te lo ruego. El marqués va a ayudarme y, en cuanto salga del lío, os lo contaré todo, te lo prometo.

Al menos, de momento, me quedaba mucho más tranquila si le contaba una parte a Salva. No quería preocuparlos, pero qué cierto es aquello que se dice que, si compartes el peso de tus problemas, éstos acaban pesando bastante menos.

—¿Chantaje? —inquirió, desconcertado—. Pero ¿en qué coño andas metida, Micaela?

—No eres el único que hizo cosas ilegales en el pasado, Salva.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Robarle un collar al marqués?

—No, va a darme uno falso. Se lo he contado todo.

—Joder —alucinó—. ¿Puedo hacer algo? Tengo amigos que podrían protegerte...

—No, gracias, Salva. Cuanta menos gente esté metida en esto, mejor.

Apenas pude refrenar durante esas horas mi ansia por volver al castillo, por volver a ver a Roderic y hablar con él. Iba a ayudarme y se me henchía el pecho sólo de pensarlo.

Casi como una adolescente entusiasmada, aparqué mi furgoneta en la entrada de servicio y dejé el pan en el lugar de siempre para subir los escalones de dos en dos. Corrí hacia el salón y me llevé el chasco de mi vida. Ya desde el vestíbulo había oído unas cargantes risitas femeninas mezcladas con la voz rota e inconfundible de Roderic. Me asomé, y ahí estaban, él y Elsa, su amante... abrazados.

Había entrado en el castillo tan eufórica que no me había fijado en ningún momento si en la entrada principal seguía aparcado el Aston Martin que ya le viera conducir el primer día.

Claro, él me había dicho que iba a ayudarme con lo del collar, no que fuera a retomar aquello que habíamos tenido y que tampoco tenía yo muy claro cómo podía denominarse.

¿Rollo? ¿Aventura? ¿Revolcón? ¿Folleteo puro y duro?

En otra situación diferente me habría largado de allí pitando, pero tenía

una prioridad más importante que la de lamentarme por unos extraños celos.

—Perdón —interrumpí—. Habíamos quedado para hablar de... cierto asunto importante, señor marqués.

—Hola, Micaela —me saludó con una sonrisilla que me puso de muy mala hostia—. Sí, ahora hablamos. Creo que no os he presentado nunca, ¿no? Micaela, ella es Elsa.

«Y a mí qué coño me importa, imbécil.»

—Hola, Elsa —saludé, sin embargo, disimulando totalmente las ganas de mandarlos a los dos a la mierda. Nunca me había reído de una forma tan falsa.

Para colmo, Roderic parecía pasárselo en grande. Gilipollas...

—Qué tal, Micaela —me saludó la rubia pija—. Es un placer.

¡Joder, y me dio la mano!

Por supuesto, ni me moví. Ya sé, me estaba comportando como una novia celosa y estúpida, pero no me daba la gana de hacerme amiga de la amante del hombre que me gustaba.

Sí, me gustaba, lo admito. Y mucho.

Ella bajó su mano y no pareció molestarse mucho por mi negativa a estrechársela.

—Nos vemos más tarde, Elsa —se despidió Roderic de ella con un beso en la mejilla.

Éste seguía riendo cuando entramos en la biblioteca.

—¿Y bien? —pregunté—. ¿Cómo puedes ayudarme?

Él me miró, se apoyó en el filo de la mesa y cruzó los brazos sobre el pecho. Continuaba sonriendo.

—¿No vas a preguntarme si me acuesto con Elsa?

—Si es tu amante, es obvio que te acuestas con ella. Para eso se tienen las amantes. Además, ¿y a mí qué carajo me cuentas? ¡Me importa muy poco!

—¿Estás segura? Yo diría que, desde que has entrado y nos has visto, estás de un humor de perros.

—Al grano, Roderic. ¿Quién está detrás del chantaje?

—¿De verdad no te importa que me folle a otra?

—¡Joder, tío! ¡Que no!

—¿Es porque soy un tipo tuerto y marginado al que es mejor mantener escondido, no sea que la gente hable y perjudique tus ventas? ¿Por eso te da igual compartirme con otra?

—Basta —lo corté—. Ayer no me dejaste pedirte perdón. Lo siento, Roderic. Sólo quise mantenerte al margen.

—Me pareciste muy convincente.

—Pues debo de ser buena actriz, porque nada de lo que te dije era cierto.

—¿No lo dijiste en serio? —me susurró, después de acercarse a mí, tanto que mi corazón empezó a latir más aprisa.

Volví a notar aquella sensación extraña en mi estómago, como una opresión, como cada vez que estaba tan cerca de mí. Su olor me nublaba la razón y la mirada profunda de su ojo me atravesaba como una de aquellas dagas que adornaban la biblioteca.

—No, Roderic. —Apoyé la frente en su pecho—. No lo dije en serio. Me gusta estar contigo. Y me gustas tú.

Pasó las manos por mi pelo y me lo acarició con ternura. Después, posó sus dedos bajo mi barbilla y levantó mi rostro hacia él.

—Qué ganas tenía de verte de nuevo, Micaela.

Apresó mi boca con la suya y me besó como sólo él sabía, a conciencia, repasando con su lengua cada parte y cada hueco. Yo, aturdida, rodeé su cuello con mis brazos para devolverle el beso y sentir su boca y su cuerpo más intensamente.

Un momento... todavía estaba la otra cuestión...

Me aparté de él empujándolo con fuerza.

—Mira, Roderic, sé que tú y yo sólo follamos y que cada uno puede hacer lo que le dé la gana, pero no me apetece comerme los restos de saliva de otra.

—¿Restos de saliva? —dijo aguantando una carcajada.

—¡Joder, seguro que vienes de tirarte a Elsa y ya me estás besando! Eres un cerdo. Te odio. No me gustas nada. Ni me gustan tus besos...

—Elsa no es mi amante —me interrumpió, de nuevo con aquella sonrisa tan insoportable.

—¿Cómo dices?

—Tuvimos algo en el pasado, pero...

—Que fue tu amante, puedes decirlo.

—Sí, Micaela —aceptó como si yo fuese una niña pequeña—, fue mi amante, pero hace años de eso. Ahora sólo es una amiga. Viene de visita para ver a mi hermana porque son buenas amigas. Por si te interesa, está casada y tiene un hijo pequeño.

—Eso a veces no es problema para un tío. A muchos no les importa tener amantes que estén casadas.

—A mí sí me importa —susurró—. Una cosa es echar un polvo y otra tener una amante. No me gusta compartir lo que es mío.

Sonó un poco posesivo, pero no pude evitar sentir que me derretía enterita al pensar que me considerara algo suyo.

—Pero... el otro día... oí cómo tu hermana y tú hablabais sobre ella, que te había pedido algo y tú habías aceptado.

—¿Creías que iba a casarme con Elsa? —soltó en medio de una risotada—. No, mi querida Micaela. Hablábamos de otra cosa que ya te explicaré en otra ocasión. ¿Qué te parece si ahora hablamos de lo que nos interesa?

—Sí, será lo mejor —dije haciéndome la indignada. En realidad, estaba feliz. Podría parecer una tontería, pero saber que únicamente se acostaba conmigo me otorgaba una especie de satisfacción que hacía que me sintiera contenta.

—Creo haber descubierto quién se encuentra detrás de todo este lío —comenzó a explicar—. Estoy casi seguro de que se trata de mi queridísimo suegro.

—¿El padre de tu mujer? ¿De Caty?

—El mismo. Me odia por ser el causante de la muerte de su hija, y no se lo reprocho. Yo, en su lugar, también odiaría al tipo que provocó su muerte.

—Deja de castigarte, Roderic.

—Sí —suspiró—. Ya lo hacen otros. En este caso, mi suegro pretende arrebatarme la joya que, generación tras generación, ha ido perteneciendo a la señora del castillo. O sea, a su hija.

—Pero su hija está muerta.

—Exacto. Queda claro y estipulado en el acuerdo matrimonial que el collar, aunque se considera para uso y disfrute de la señora, en caso de

muerte o divorcio, pasa de nuevo a la familia Requesens. Después de la muerte de Caty, se empeñó en decirme que yo se lo había regalado a su hija y que debía pasar a pertenecer a su familia.

—¿Y todo este embrollo para llevarse un collar? No lo entiendo, Roderic.

—Es algo simbólico, Micaela. Es como un triunfo para él, saber que ha podido conmigo. El rencor es muy grande.

—¿Y qué vas a hacer?

—Ganar tiempo, Micaela. Le daremos el falso. Él no es un entendido en piezas de joyería. Tendrá que esperar el dictamen de un experto.

—¿Y qué pasa con Raúl?

—Yo mismo le pagaré a tu exnovio la cantidad que mi suegro le haya prometido más un extra. Le exigiré que se largue y no vuelva a molestarte.

—¿No será peligroso para ti? —pregunté preocupada.

—No te preocupes, yo también tengo ayuda. En mi equipo de seguridad tengo a expolicías y exsoldados que velan por mí y mi familia.

No cesaba de acariciarme mientras me hablaba, mi mejilla, mi pelo, mi hombro. Mejor que no supiera lo que aquello hacía conmigo.

—Tendrás que contactar con tu ex, decirle que has conseguido el collar y quedar con él para la entrega dentro de dos días, a las diez de la noche. Te aconsejo que sea en un lugar público.

—De acuerdo —acepté, satisfecha—. Hoy mismo le enviaré un mensaje y le diré el día, la hora y el lugar que acordemos. Elegiré el bar del antiguo casino, pues ya me conocen allí. Le entregaré el collar y supongo que será cuando alguien lo intercepte para ofrecerle tu acuerdo.

—Exacto. Sólo espero que tengas mucho cuidado, Micaela. Habrá personas vigilándote fuera del local, pero, aun así, cuídate de ese tipo.

—Tranquilo, Raúl es un hijo de puta desalmado, pero lo conozco y puedo anticiparme a él.

—No quiero que te pase nada —susurró—. Todo este lío se ha montado para joderme a mí, y no soportaría que fuese a ti a la que hiciesen daño por mi culpa.

Nos quedamos unos segundos como suspendidos, mirándonos. Aquella revelación parecía sincera, pero consiguió que ambos nos sintiéramos algo

incómodos, como si ninguno quisiera revelar más de lo necesario. Vivíamos una aventura sexual y los sentimientos no habían formado parte de ella.

Como si quisiéramos reparar aquel desliz, los dos cambiamos de tercio al mismo tiempo.

—Hasta que llegue ese día —me dijo, volviendo a la sensualidad anterior—, ¿querrás pasar de nuevo una tarde conmigo?

Y yo, con una pose totalmente de *femme fatale*, me acerqué a él, lo abracé por la cintura y acerqué mi boca a su oído.

—Me muero porque vuelvas a follarme, Roderic —murmuré—. Que vuelvas a ofrecerme un lugar diferente para follar, como en lo alto de la torre.

Me puse tan cachonda con mi propia petición que bajé mi mano derecha y la deslicé bajo su pantalón para frotar su erección por encima de la ropa interior. Ante el gemido desgarrado que soltó, opté por apartar la tela y tomar el miembro con mi mano.

Dios, estaba tan caliente y tan suave, tan hinchado, que mi mano apenas podía abarcarlo. Bajé hasta topar con sus hinchadas bolsas y empecé a acariciarlas antes de subir por el grueso tronco y palpar su glande suave y húmedo.

—Joder, Micaela —gimió, dejando caer su frente sobre la mía—. Eres maravillosa. Aunque te recuerdo que la puerta está abierta y podría entrar alguien en cualquier momento.

—Me importa un pimiento —le dije, sonriente y excitada como estaba—. ¿Sabes qué es lo que más me apetece ahora mismo? Agacharme y meterme tu polla en la boca. Sólo de pensar que alguien pueda pillarnos mientras te la chupo, me pone cachonda perdida.

—¡Joder! —gruñó.

Me cogió con cuidado de que no tuviera que apartar mi mano de su miembro y me sentó sobre su mesa. A continuación, bajó con decisión mi camiseta y mi sujetador, hasta dejar mis pechos al aire. En un segundo, sus dedos habían apresado mis pezones y los acariciaban y pellizcaban con fuerza.

—Oh, Roderic —gemí ante aquella excitante caricia.

—¿Te gusta, Micaela? —me preguntó, sin dejar de mirarme a los ojos, lo

que me excitaba más todavía.

—Me matas de gusto —volví a gemir.

Mis pezones ardían, casi dolían por la estimulante fricción de las yemas de sus dedos, con lo que mis piernas se abrieron buscando cualquier contacto que pudiese calmar aquella ansia que me provocaban sus caricias. El placer entraba por mis pechos y se repartía por todo mi cuerpo, hasta hacer que mi sexo palpitará de deseo.

Cuanto más placer sentía yo, más fuerte y más aprisa se movía mi mano sobre su miembro grueso y caliente.

—Estás a punto de correrte, Micaela —gimió Roderic—, y sólo te estoy acariciando los pezones. ¿Será porque tienes mi polla en tu mano?

—Sí, es por eso —respondí. Al mismo tiempo, acerqué mi rostro al suyo y saqué la lengua para lamer sus labios—. Pero necesito que me toques.

—¿Dónde, Micaela? —Una de sus manos abandonó mi pecho y bajó hasta encontrar el botón de mis vaqueros, para desabrocharlos y poder introducirse bajo la tela—. ¿Aquí es donde quieres que te toque?

—Sí —gemí. Sus dedos encontraron mi clítoris hinchado y lo acariciaron con pericia, provocando que tuviera que morderme la lengua para no gritar por el inmenso placer que sentí.

Pronto, nuestras bocas se buscaron, para liberar nuestra ansia a base de besos. Tenía una de sus manos en mis pechos, la otra entre mis piernas y mi mano continuaba deslizándose con fuerza sobre su grueso miembro.

Si alguien hubiese entrado en aquel momento en la biblioteca... Pues no me hubiera importado una mierda, la verdad, básicamente porque no me hubiese ni enterado.

Yo fui la primera en alcanzar el orgasmo. Mis caderas se movieron sobre la mesa y me deshice de gusto en su mano, mientras él comenzó a embestir y, del mismo modo, emitió un gemido ronco mientras se corría y se vertía en mi palma.

Cuando recuperamos la cordura, cada uno apoyó la frente en el hueco del hombro del otro. Después, levantamos la cabeza y nos miramos. Creo que los dos pensamos lo mismo, que habíamos vivido un momento de deliciosa intimidad, muy diferente a cualquier otro arranque de pasión que hubiésemos

experimentado en nuestra vida. Yo, al menos, no había vivido nada igual. Un momento de puro sexo, sí, pero que pareció satisfacernos más allá de nuestro deseo físico.

—Ha sido alucinante, ¿no te parece? —le dije, para intentar aligerar lo que habíamos sentido.

—¿Alucinante? —preguntó él con seriedad—. Micaela, jamás en mi vida llegué a imaginar que se podría vivir algo como esto. Sin necesidad de desnudarnos, he disfrutado del placer más satisfactorio y del momento más íntimo de mi vida. ¿Qué estás haciendo conmigo?

—Creo que necesito algo para limpiarme la mano —le dije, evitando de esa forma tener que decirle que yo había sentido lo mismo.

«¿Y qué estás haciendo tú conmigo, Roderic?»

Un marqués, por el amor de Dios, encerrado en su castillo, al que le faltaba un ojo y que tenía que salir a la calle por la noche para que no le tirasen huevos a su coche...

Qué cachondo es a veces el destino.

—Sí, perdona. —Extrajo un pañuelo del bolsillo de su camisa y me lo ofreció para que me limpiase la mano de los restos de su semen.

—Bueno —dije decidida, saltando de la mesa—, debo irme. Tengo una panadería que atender.

—¿Cuándo volverás? —me preguntó él, sujetando mi brazo. Su voz desprendía anhelo y casi me derretí al percibirlo.

—Hoy seguramente se presentará Raúl en mi casa, así que, mañana, si te parece, podemos pasar la tarde juntos.

—Aquí estaré, Micaela. —Antes de dejarme ir, me besó, pero no de la forma intensa a la que me tenía acostumbrada. Fue un beso suave y tierno, lento. Perfecto.

No recuerdo haberlo mirado después. Sí recuerdo haberme ido corriendo.

Capítulo 20

Ya en el interior de mi furgoneta, de camino a la panadería, tuve que parar ante la insistencia del sonido de mi móvil. Tener un manos libres en mi vieja furgoneta era una de mis asignaturas pendientes.

Me extrañé al ver el número de Paula. Se suponía que ese día no podría aparecer por mi casa, porque su marido había vuelto de su último viaje. ¿Para qué insistía tanto en llamarme?

Respondí, pero no oí nada; insistí, y sólo volví a percibir extraños sonidos de fondo que me pusieron el alma en vilo. Un pésimo presentimiento me invadió de pronto y me llenó de terror. Algo le ocurría a mi amiga.

Aceleré a fondo y conduje deprisa hasta frenar de golpe frente a la casa de Paula. Bajé de un salto y me lancé a la puerta, pero, por mucho que golpeé y la llamé, nadie me abrió.

Rodeé el jardín en busca de la ventana del dormitorio que daba al exterior, y la encontré abierta, aunque la persiana estaba bajada, dejando sólo un palmo de espacio hasta el marco. Con fuerza, la levanté con las manos mientras introducía mi cuerpo por aquella abertura. Es sorprendente cómo eres capaz de extraer una dosis extra de fuerza cuando la necesitas realmente.

Una vez dentro de la casa, llamé a gritos a Paula y, cuando la encontré, tuve que sacar fuerzas de flaqueza para no derrumbarme a su lado.

Mi amiga estaba tirada en medio del suelo de la cocina. Su móvil aún permanecía en su mano, dando muestras de haber hecho un gran esfuerzo para cogerlo y poder llamarme. Estaba consciente, pero ya no pude parar mis lágrimas al ver su rostro desfigurado por los golpes, la sangre que le bajaba

de la nariz y los labios. Qué tristeza e impotencia al ver aquella cara, tan bonita, tan dulce, maltratada de aquella forma tan aberrante.

—Dios mío, Paula, cariño —sollocé, con miedo a tocarla—. ¿Qué te ha hecho, por Dios? ¿Qué te ha hecho? ¿Por qué a ti —continué llorando—, la persona que menos se merece esto...?

—Micaela —susurró—. Lo siento.

—Deja de pedir disculpas por todo —dije, cabreada por la impotencia.

Llamé con rapidez a emergencias y, poco después, Paula ya era conducida en una camilla, con diligencia, a través de Urgencias del hospital.

—¡Doctor! —grité al médico que dirigía a los celadores y enfermeras—. ¡Ha sido el hijo de puta de su marido! ¡Él le ha hecho eso!

—No se preocupe —me calmó—. Tenemos un protocolo para estos casos. En cuanto exploremos a la paciente y podamos hablar con ella, pondremos la pertinente denuncia. La policía estará pronto aquí y podrá decirles todo lo que sepa.

Después de llamar a Salva, tomarme una docena de cafés y morirme de asco en una incómoda silla, pude, por fin, hablar con la policía. Les conté que ya la había golpeado en otra ocasión, por lo menos una que nosotros supiéramos, pero que en ésta parecía haberse ensañado.

—Tranquila, haremos lo posible por pillar a ese cabrón.

—Eso espero —les dije—, porque ya se ha quitado de en medio.

—Lo que demuestra —me comentó el agente— que es un cobarde en todos los sentidos.

Horas más tarde me dejaron hablar con ella. En cuanto entré en la habitación, giró la cara hacia el otro lado, avergonzada porque la viera así.

—Tú no eres la que debe avergonzarse —le dije, mientras me sentaba en una silla junto a su cama y asía su mano—. Recuerda que tú no eres culpable de nada, absolutamente de nada. Él es el que te maltrata y te pega. Abel es el culpable.

—Me engaña con otra, Micaela —comenzó a relatarme entre lágrimas—. Vi la foto de una mujer y algunos mensajes en su móvil.

—¿Te maltrata y encima te engaña? Joder, Paula, el cabrón es completo.

—Le hablé de mis sospechas, le dije lo que había averiguado y se volvió

como loco. Me dijo que no pensaba abandonarme, que me quería, pero le dejé claro que nunca aceptaría una situación así.

—Ah, claro —ironicé—, que pensaba tenerte en reserva.

—Me echó la culpa, por ser incapaz de concebir un hijo. Le dije que, si tan importante era para él, que lo tuviera con su amante. Fue cuando me tiró al suelo y comenzó con las patadas...

Paula se derrumbó y se echó a llorar.

—Pero ¿tú crees que ese tipo merece que derrames una sola lágrima más por él? —me indigné—. ¡Reacciona, Paula, por el amor de Dios! ¡Que le jodan!

—Fue mi único novio, Micaela, lo quería. Y él me quería a mí. Si hubiera podido tener niños, tal vez esto no habría pasado.

—Quítate esa idea de la cabeza —le recriminé furiosa—. Dale gracias a haber visto pronto cómo es en realidad. Le hubiera brotado su vena maltratadora en cualquier momento y por cualquier otro motivo.

—Ya me había pegado otras veces —confesó—, aunque no tan fuerte y sin dejar marca alguna. Le molestaba que estuviera con vosotros, ni siquiera podía mencionaros. Creo que lo único que quería era tenerme en casita fregando.

—Pues a ver si acaba fregando él su celda en la puta cárcel.

—Cómo te envidio, Micaela. Se te ve tan fuerte y tan segura... Menos mal que caí en este pueblo y os conocí a los tres.

—Y por eso mismo no estarás sola —la reconforté, cogiendo sus manos—. La casa en la que vives, ¿está pagada?

—Sí, nos ayudaron nuestros padres.

—Perfecto. Pues haremos lo siguiente: mientras encuentras otro curro, me ayudarás en la panadería. Se me acumula la faena, y el reparto ya se come mucho tiempo. Entre los tres te ayudaremos a encontrar otro trabajo mejor, pero, si no lo consigues, te haré un contrato. Y, si no te apetece estar sola por las noches, puedes quedarte a dormir en mi casa.

—Gracias, Micaela —dijo, derramando un torrente de lágrimas por sus mejillas—. Y pensar que a Abel no le caías nada bien... Dice que eres extraña, que no eres trigo limpio, que se nota que escondes algo, que eres

mala persona. ¡Qué poco te conoce!

Puto Abel de los cojones...

—Tú, ahora, tranquilita —le pedí—. Te han puesto custodia policial por si el cerdo de tu marido aparece por aquí, pero, aun así, Salva y Claudia se turnarán para poder venir a verte. Yo tengo que irme. —Le di un beso en la frente con sumo cuidado y me dirigí a la salida.

Ese día acabé agotada física y mentalmente, sobre todo porque estaba a la espera de la visita de Raúl. Cuando apareció por la noche en mi casa, yo acababa de terminar mi trabajo en la panadería y sólo hacía un minuto que me había sentado.

Como en cada visita, Raúl fue a la cocina, cogió una cerveza y se sentó en mi sofá con los pies apoyados sobre la mesa. Me sacó de quicio ver sus apestosas botas sobre mi reluciente mesa blanca.

—Así que nuestro amigo el marqués ha accedido, por fin, a darte el collar. ¿Qué pasa, se ha enamorado de ti?

—No digas chorradas —le dije—. Sólo follamos. Él tiene más joyas y mejores que ésa y no le importa cedérmelo a cambio de que se la chupe. Punto.

—No me parece una idea tan descabellada, Miki. Yo te quise mucho y tardé demasiado tiempo en olvidarme de ti. Ni siquiera tú eres consciente de lo que embrujas a un hombre. Al final —rio—, voy a sentir lástima y todo por el puto marquesito. Ya me han contado la vida ermitaña que lleva. Cuando descubra que lo has utilizado, acabarás de hundirlo del todo.

—Al grano, Raúl. Tendré el collar pasado mañana. Te lo entregaré en un lugar público. Si no le ves inconveniente, en el bar del casino. ¿Te parece bien a las diez de la noche?

—Veo que lo tienes todo muy bien pensado —replicó suspicaz—. Pero sí, me parece un buen plan. A las diez te estaré esperando en una de las mesas del fondo, donde están los billares. Tú aparecerás, te sentarás junto a mí y sacarás el estuche de tu bolso. Cuando yo compruebe que el collar está ahí,

me iré y desapareceré de tu vida.

—Espero que sea verdad —acoté.

—Un trato es un trato.

Parecía todo muy fácil. Demasiado. Crucé los dedos para que el desasosiego que me invadía no fuese más que el miedo natural, y las ganas que tenía de que todo volviera a ser como siempre había imaginado que sería. Sólo quería que me devolvieran mi vida, nada más.

Al día siguiente, entre Salva, Claudia y yo decidimos hacer de tripas corazón y atender al público como cada día, con una sonrisa y buen ánimo. Aun así, estuve a punto de cancelar mi cita con Roderic. Me sentía fatal por lo de Paula y me parecía que yo iba a pasármelo bien mientras ella estaba en el hospital. Pero, primero ella y después Salva, me convencieron de lo contrario.

—Si se te ocurre anular una cita con tu marqués pirata por mi culpa —me riñó Paula durante la visita que le hice por la mañana—, soy capaz de coger el teléfono y llamar al castillo para que venga a buscarte.

—No vendría —afirmé con una mueca—, porque no sale ni a la puerta de la calle.

—En serio, Micaela. Disfruta, por favor. Ya sea una aventura pasajera o el principio de un romance, te mereces ser feliz. Yo me pondré bien. Sólo tengo unas cuantas fracturas aquí y allá —comentó haciendo un gesto de dolor al reír.

—Sólo tenemos un rollo sexual, pero gracias igualmente, Paula.

Más tarde, en el interior del horno, Salva me animó también a ir, pero por motivos diferentes. Él sabía lo del collar —al menos, hasta lo que le había contado— y, lo mismo que yo, quería que acabase con ese asunto de una vez.

—¿Seguro que el marqués te ayudará?

—Sí, Salva. Me ofrecerá una copia del collar y yo se la entregaré a mi ex. Confío en que los tipos que me ha mencionado de su equipo de seguridad sean capaces de sacármelo de encima.

—¿Y crees que con esto se acabará todo?

—Eso espero —suspiré—. Según me ha dicho Roderic, hablará con el causante de todo esto y tratará de llegar a un acuerdo.

—Ten mucho cuidado, Micaela.

—Ya van dos tíos buenos que me dicen lo mismo —le dije con una sonrisa.

Pero el caso era que yo no me sentía muy tranquila, y no sólo por mí, sino por todos. El tema de Paula me tenía crispada, porque habían pillado ya a Abel y todavía lo tenían detenido, pero cualquier día volvería a estar en la calle de nuevo y no sabíamos cómo podría reaccionar. Además, me seguía preocupando la reacción de Raúl cuando comprobara que yo no había estado sola en todo ese embrollo, por lo que me sentía inquieta por mis amigos, y por Roderic.

Todo eso junto me tenía en un estado de tensión que debía brotar por alguna parte, y una buena sesión de sexo con Roderic me parecía el plan más perfecto.

Intenté negarme a mí misma todo el tiempo que aquello no fuese más que una excusa para verlo.

Accedí al castillo de nuevo por la puerta lateral. En ese momento, otra furgoneta —más grande y moderna que la mía— permanecía aparcada junto a la entrada. Su puerta trasera estaba abierta y pude comprobar que un par de empleados sacaban del interior del vehículo varios centros florales. Flipé del todo cuando, nada más atravesar la puerta, observé cómo Julia les daba instrucciones para colocarlos sobre algunos muebles o en ciertos lugares estratégicos. Aquellos ramos otorgaban al espacio un nuevo aire, con pinceladas de color y de aroma. La habitual oscuridad del castillo se mantenía, pero parecía flotar una nueva alegría en el ambiente.

—No pensé que te gustasen tanto las flores —le comenté a Roderic nada más localizarlo en la planta superior.

—Pues ya somos dos. Muchas cosas están cambiando por aquí últimamente.

Lo encontré de nuevo en la biblioteca, que, al parecer, hacía las veces de su despacho. Nunca lo había visto tan ensimismado en papeles y en su

ordenador o enganchado al teléfono. Deduje que, aunque delegaba la mayor parte de trabajo en asesores y administradores, había heredado un gran patrimonio que debía dirigir. Iba a resultar que un aristócrata podrido de pasta también tenía algo que hacer.

—Ni tampoco pensé que te relacionaras con algún tipo de humano fuera de este castillo —le dije en broma.

—No me relaciono en persona, pero sí por teléfono.

—Deberías salir de aquí, Roderic, relacionarte con gente.

—La gente ya me ha demostrado que no le interesa mi presencia.

—Pues tápales la boca —le recomendé al tiempo que me sentaba en el filo de su mesa—. Que te vean, que comprueben que no debes ni temes nada. Al principio habrá cuchicheos, como es normal, pero, cuando se acostumbren a tu presencia y tengan claro la clase de persona que eres, se olvidarán del tema.

—¿Tanto te importa lo que piensen los demás?

—Una mierda pinchada en un palo me importa a mí la gente, Roderic, pero se trata de tener una vida, de poder hacer lo que quieras sin el temor a salir o entrar de tu propia casa porque cuchicheen o te señalen con el dedo. Dar una vuelta si te apetece, ir a la playa, tomarte una cerveza en un bar... No sé, Roderic, me duele que te pases la vida aquí dentro. Desde luego tu casa es un castillo chulísimo, pero todo cansa, joder.

Me pareció ver que lo meditaba, mientras no dejaba de observarme pero sin verme realmente, como si mirara a través de mí.

—Es como el tema del parche —continué—. Lo llevas puesto únicamente para aislarte más todavía del mundo, porque sabes que de esa forma la gente se alejará de ti, que ese trozo de tela les recordará continuamente lo que pasó. Dijiste que lo llevabas para no olvidar... pues bien, creo que ya va siendo hora de que pases página. ¿No te parece?

Sin responderme, se levantó de su silla y me tomó de la mano con una triste sonrisa.

—Ahora mismo sólo puedo pensar en lo mucho que deseo hacerte el amor, Micaela.

—Yo también —suspiré—. Llevo todo el día dándole vueltas para saber

qué lugar elegirás esta vez.

—La verdad es que ya tenía decidido uno —me dijo, después de cogermelo de la mano para salir de la biblioteca—, pero acabo de cambiar de opinión.

Lo seguí a través de un largo pasillo alfombrado y acabamos frente a una puerta metálica que daba a un enorme garaje lleno de coches de todas las clases y épocas. Accedimos y Roderic eligió un Mercedes todoterreno.

—¡Joder! —exclamé—. Yo por ahí traqueteando con mi furgoneta carraca, y tú tienes aquí un montón de coches. ¡Qué asco de ricos!

—¿Quieres uno? —me preguntó, aunque no supe si lo decía en serio o no—. Coge el que quieras.

—Que te den, capullo. No quiero que me regales nada.

—Sólo un collar de esmeraldas, claro —replicó divertido—. Ya podrías haberme pedido un coche, que me resulta más barato.

—Y tú podrías irte un poquito a la mierda, guapo.

—Anda, sube —me pidió entre risas, después de accionar el mando de apertura del vehículo.

—¿Es éste el sitio que has escogido para follar hoy? ¿Un coche? Qué originalidad —gruñí.

—¿Follar en un coche te parece poco original? ¿Tantas veces lo has hecho?

Me pareció detectar un leve matiz de cabreo en su rasposa voz. ¿Estaría celoso?

Pues mira, él me había puesto ya celosa unas cuantas veces, así que me apeteció darle de la misma medicina.

—Demasiadas —contesté.

—Ya me imagino —soltó algo apagado—. No hay más que echarte un vistazo para saber qué piensa un tío al verte.

—¿Y tú? —inquirí juguetona, apoyando mi barbilla sobre la puerta abierta del vehículo—. ¿Qué pensaste al verme la primera vez que nos encontramos cara a cara?

—En arrancarte la ropa y embestirte sobre la mesa.

—Pues no me dijiste ni pío. —Reí—. Te limitaste a mirarme.

—Me dejaste sin palabras. Nunca había visto a una mujer tan hermosa

como tú, tan preciosa, tan única.

Muchas veces me habían dicho esas palabras, muchas veces habían alabado mi exótica belleza, muchos tipos me habían piropeado... pero nunca, jamás, me habían parecido sinceros, hasta aquel momento.

—Si te sirve de algo —sonreí—, yo pensé lo mismo. Nos imaginé desnudos rodando por la alfombra de tu salón.

—Sube ahora mismo al Mercedes —gruñó—, o te follaré aquí mismo, sobre el capó.

Obedecí mientras no dejaba de reír. Una vez dentro, observé cómo lo ponía en marcha y cómo una puerta automática se abría para dejarnos vía libre y poder salir del garaje.

—Pensaba que lo haríamos aquí mismo —le dije—. ¿A dónde vamos? ¿Al bosque de tu propiedad? ¿Al laberinto? ¿Al lago?

Aluciné cuando vi que tomábamos el camino principal y nos dirigíamos a la entrada de la propiedad, cuya reja se alzó ante nosotros. Salíamos a la calle.

—¡Roderic! ¿Vamos fuera? ¿Y qué pasa si alguien nos ve? Lo mismo se asustan y salen corriendo, o vuelven a tirarle huevos a tu precioso coche —bromeé.

—Llevo cristales tintados —rezongó—. Y deja de reírte de mí. Tenía pensado hacerlo en el bosquecillo de pinos de mi propiedad, pero me has dado tanto la vara que voy a llevarte fuera del castillo, para que no creas que tengo algún tipo de problema mental.

—Yo nunca he creído eso.

—Ya, claro. Será mejor que te pongas el cinturón.

—¿Tan lejos vamos?

—No, está cerca, pero es un camino bastante impracticable.

Tenía razón. A pesar de la categoría del coche, dimos unos cuantos botes mientras Roderic maniobraba con pericia sobre aquellos baches. Poco después, paró el motor al llegar a una zona entre rocas escarpadas.

—¡Roderic! —exclamé—. ¡Qué sitio tan bonito!

Salí del Mercedes y aluciné por completo. Aquel lugar era una cala, muy pequeña y escondida, a la que habíamos accedido por el único acceso por

tierra. Las olas rompían con suavidad contra las rocas y el cielo empezaba a volverse gris y a llenarlo todo de sombras.

—¿Te gusta? —me preguntó sonriente.

—¡Me encanta! —grité.

Comencé a corretear por la arena mientras me sacaba una a una todas las prendas de ropa. Estaba completamente desnuda cuando me puse a saltar sobre las espumosas olas que se deslizaban sobre la arena.

—¡Nunca he hecho esto! —chillé—. ¡Y estaba deseando hacerlo!

—¿Te refieres a bañarte desnuda —Roderic rio mientras se deshacía de los zapatos— o a follar en una playa?

—¡A las dos cosas!

Observé satisfecha cómo Roderic se quitaba también toda la ropa. Si vestido daba ganas de comérselo, desnudo era todo un espectáculo: la anchura de su espalda, su cabello rozando sus hombros, el parche... Cómo me gustaba mirarlo. Un dolorcillo agudo y persistente se me instalaba en el estómago sólo con verlo, con escucharlo, con pensar en él.

—¡Vamos! —le propuse—. ¡Acércate! ¿No piensas meterte en el agua?

La cala era poco profunda, pero yo ya me había introducido en el agua hasta la cintura. Me solté el pelo y me sumergí completamente unos segundos, para salir después con mi larga cabellera empapada.

—No —me dijo él—, yo no entro. Báñate tú un rato si quieres y disfruta. Te espero aquí. —Y se quedó mirándome mientras las olas lamían sus pies.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo no vas a bañarte? ¡El agua está perfecta!

Me agaché con disimulo, cogí agua en mis manos y se la lancé para salpicarle el pecho y la cara. Ante su mueca de asombro, lo repetí una y otra vez, a toda velocidad, dejándolo totalmente empapado. Esperaba que él me respondiera igual, pero el muy malvado me cogió en brazos, ignorando mis gritos, y me lanzó de nuevo al agua.

—Va, métete —le pedí después de emerger—. ¡Si, total, ya estás chorreando!

No hubo manera. Roderic me observaba desde la orilla con una expresión entre triste y meditabunda. Me acerqué y me puse frente a él.

—Dime la verdad, Roderic. ¿Por qué no quieres bañarte y nadar un poco?

Él me miró, me sonrió y deslizó su mano sobre el manto mojado de mi pelo.

—Qué preciosa estás. Te brilla el pelo, la piel y los ojos. Eres como una Afrodita morena, surgiendo de la espuma del mar.

Joder, un poco más y lloro. Que yo podía ser muy guapa y saber que los tíos me miraban con lujuria, pero que te digan algo así... emociona a cualquiera.

—Roderic, no cambies de tema, que se te ve el plumero.

—Una vez me bañé en la playa —me explicó— y una ola se llevó el parche.

—Acabáramos —solté con los brazos en jarras—. ¿Y por eso no te bañas conmigo?

Me pegué más a su cuerpo y acaricié con ternura su rostro.

—Pues quítatelo ahora —le propuse—. No me va a importar en absoluto lo que haya ahí debajo. No me voy a asquear o a escandalizar. Me gustas todo tú, enterito.

—No insistas, Micaela. No me sentiría cómodo, lo siento.

Me chafé un poco, la verdad. Yo le daba a entender que, fuera lo que fuese lo que hubiese tras el parche, lo iba a seguir queriendo igual, mientras que yo para él seguía siendo un polvo pasajero al que no debía dar demasiadas explicaciones.

Por poco no me caigo de rodillas sobre la arena en ese momento. Mi mente acababa de admitir que lo quería.

¿Era cierto? ¿Me había enamorado de aquel marqués marginado?

Sentí un poco de pena de mí misma. La primera vez que sentía algo por un tío —al menos en la edad adulta, porque lo de Raúl fue una gilipollez—, y resultaba que era un aristócrata que vivía en una fortaleza medieval, con el que hice el trato de acostarme con él a cambio de un collar de tres millones de euros. Para reírse si me hubiese hecho una pizca de gracia.

—Está bien —acepté—, no pasa nada.

Me abracé a su cuerpo mojado y busqué su boca, deseosa ya de besarlo. Él me encerró entre sus brazos con más fuerza que nunca, y atrapó mi boca hambriento, casi desesperado. Saboreé la sal de su lengua y sus labios, como

si nos hubiéramos fundido con el mar. Aflojamos los dos las piernas para dejarnos caer sobre la superficie, justo donde rompían las olas, y allí continuamos besándonos, revolcándonos, hasta que una capa de arena nos cubrió todo el cuerpo y el pelo. Pero en aquel momento no nos dimos ni cuenta, sólo buscábamos el máximo contacto entre nuestras pieles desnudas. Nos tocamos con ansia y nos besamos como si pretendiéramos devorarnos. Roderic abandonó mi boca para besar y lamer mis pechos, mi vientre y entre mis piernas, mientras yo clavaba mis dedos en la arena mojada y me arqueaba en busca de una mayor penetración de su lengua en mi sexo.

Justo cuando el clímax comenzaba a sobrevenirme, Roderic levantó la cabeza y me miró con una mueca de disculpa.

—¿Qué haces? ¿Por qué paras ahora? —le grité.

—Espera un momento, me he dejado los preservativos en el pantalón.

Se levantó de un salto y fue en busca de su ropa, que yacía un poco más arriba en la cala.

—¡Yo te mato! —exclamé al tiempo que cogía un puñado de arena y se lo lanzaba. Todo el pegote fue a dar en su maravilloso culo.

—Ya voy, ansiosa —contestó divertido mientras regresaba.

Con cuidado de no incomodarlo, tiré de él hasta que el agua le llegó a la cintura. Me agarré a sus hombros y, de un salto, me encaramé sobre él, enlazando mis piernas en sus caderas.

—No te enfades —susurró—. Prometo que voy a resarcirte.

Buscó con su miembro la entrada a mi vagina y yo misma fui bajando hasta sentir que lo tenía alojado completamente dentro de mí. Con un par de movimientos ya había alcanzado el orgasmo y gemí de placer con mi boca pegada a su cuello.

—No hemos terminado —susurró, mientras continuaba subiéndome y bajándome sobre él—. Antes te he dejado a medias y no voy a parar hasta que te corras otra vez.

Por supuesto, le tomé la palabra. Seguí impulsándome sobre sus hombros y él me ayudó sujetando mis glúteos. Mis pezones se frotaban contra el vello de su pecho y él no dejaba de murmurarme palabras eróticas al oído. El sonido de nuestros jadeos se mezclaba con el rumor de las olas y su imagen

era cada vez más una sombra, después de que el sol desapareciera detrás de las rocas.

No me costó casi nada volver a sentir la llegada del clímax. En cuanto él notó mis primeros espasmos, también se dejó ir y alcanzamos el orgasmo los dos a la vez.

—Córrete otra vez, Micaela —gimió—. Córrete conmigo.

Al mismo tiempo que los temblores de nuestro cuerpo se iban disipando, Roderic agarró mi rostro y hundió su lengua en mi boca, provocando de esa forma que los últimos resquicios de placer todavía se alargaran un poco más.

Eso sí, al acabar, caí rendida sobre su pecho, mientras que él seguía aguantando mi peso en vilo.

Decir que aquel encuentro sexual con Roderic fue el mejor de mi vida sería quedarse corta. Fue mucho más que sexo o placer. Fue conectar con otra persona como nunca hubiese imaginado poder hacer.

—¿Has traído alguna toalla? —le pregunté para salir de aquel ensueño—. Me sabría mal joder los asientos de piel de un Mercedes.

—Creo que sí —contestó mientras me sacaba en brazos del agua. Extrajo un par de toallas del maletero y me cedió una para poder secarme.

Me vestí antes que él y le observé hacerlo sentada en el capó de su coche. Cuando terminó, se sentó a mi lado durante unos instantes.

—Tendríamos que irnos —le dije—. Es tarde y mañana tenemos cosas que hacer.

Una forma muy sutil de recordar lo que nos esperaba al día siguiente.

—Mañana por la mañana te daré el collar —comentó—. Guárdalo bien hasta que tengas que entregárselo al chantajista de tu novio.

—Exnovio —corregí.

—Lo que sea.

—No te preocupes, tengo dónde guardarlo. ¿Nos vamos ya?

—¿Qué pasará después? —soltó de sopetón—. Después de que todo esto haya pasado.

—¿Te refieres a después de entregarle el collar a Raúl, que tus hombres le hagan entrar en razón y que tu suegro descubra que las esmeraldas son falsas?

De esa manera yo misma dejaba de presionarme con la misma pregunta.

¿Y después?

Todavía tenía que funcionar aquel plan que habíamos acordado.

—Todo saldrá bien, Micaela. Me refiero a qué pasará entre tú y yo. ¿Podré volver a verte?

A esa pregunta se podía contestar con el corazón o con la cabeza. Para el primero, la respuesta hubiese sido: «Sí, quiero volver a verte porque ya no concibo mis días sin ti», pero yo siempre he sido bastante racional con respecto a los tíos, y mi respuesta nada tuvo que ver con mi parte más emocional.

—Mejor que no, Roderic. Me gustas y follar contigo es genial, pero no puedo ni quiero convertirme en tu amante por más tiempo. Tú tienes tu castillo, tus tierras y tu vida, aunque sea un poco aburrida. —Reí—. Y yo tengo mi horno, mi pan y un negocio que atender, porque es lo que me da de comer y paga mis facturas.

Ni sé cómo pude soltar aquello por la boca, con lo que me costó pronunciar aquellas desalentadoras palabras. Sin embargo, era lo mejor. Roderic se había encaprichado de mí, yo le gustaba y lo excitaba, pero no era más que la panadera. Un juguete nuevo para pasar el rato.

Y, ¿para qué voy a mentir?, también prefería ser yo la que pusiera punto y final a aquella relación, antes que esperar a que él me dijera: «Oye, mira, que me aburres. Deja el pan en la cocina y lárgate».

Pensar en ese posible momento era como recibir una patada en el centro del pecho.

Lo mío con los tíos no tenía nombre.

—Supongo que tienes razón —contestó—. Vayámonos antes de que oscurezca más. Los tuertos no debemos conducir de noche.

Aquello sonó a reproche y a cabreo, pero pasé de pedirle explicaciones. Ninguno de los dos estábamos para que nos tocaran mucho las narices.

Me dejó junto a mi furgoneta, dentro ya de su propiedad y, antes de bajarme, me inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Gracias por todo, Roderic.

Ni me contestó ni me miró. Se fue a toda velocidad hacia el garaje.

Lo mismo esperaba que me echara en sus brazos y le jodió mi frialdad,

pero era lo que había. No me daba la gana sufrir de nuevo por un tío.
Yo también arranqué mi furgoneta y me fui de allí pitando.

Capítulo 21

Me hizo mucha ilusión encontrar a mis tres amigos en mi casa al llegar aquella noche. Me entraron ganas de llorar al pensar que siempre los tendría a ellos, que eran lo mejor que me había pasado en mucho tiempo.

—¡Paula! —grité al verla sentada en mi sofá—. ¡Ya estás aquí!

—¡Sí! —respondió entusiasmada mientras me echaba sobre ella con cuidado y la abrazaba.

Su cara todavía presentaba un aspecto bastante deplorable, aunque la hinchazón había remitido mucho. Mirarla me ponía como una moto, pues recordaba al instante al cerdo de su marido y lo imaginaba dándole golpes y patadas mientras ella se ovillaba en el suelo de la cocina. Y volvía a cabrearme.

—¿Dónde está el hijo puta de Abel? —le pregunté antes que nada.

—Sigue detenido, pero sus padres pagarán la fianza. Habrá que esperar al juicio, pero, de momento, no puede acercarse a mí.

—Que lo intente —intervino Salva—, que lo estaremos esperando.

—Gracias, guapo. —Paula sonrió—. Espero no meteros en ningún lío. ¿Te importa, Micaela, si me quedo a dormir aquí unas cuantas noches?

—Por supuesto que no —afirmé—. Te quedarás aquí y te cuidaremos entre todos hasta que te recuperes. Eso sí, no bajes todavía a la panadería o se enterará de todo hasta el cura del pueblo.

—Gracias, cariño —respondió risueña. Daba la impresión de ser, a pesar de toda la crueldad de lo vivido, un poco más libre, un poco más feliz—. Como comprenderás, eras la opción más viable, porque estos dos acaban de

anunciarme que se van a vivir juntos y cualquiera se va de aguantavelas.

—¿Os vais a vivir juntos? —exclamé sorprendida—. ¡No me habíais dicho ni pío!

—Lo hemos decidido hoy —contestó Claudia—. He llevado cuatro cosas imprescindibles al piso de Salva hasta que haga la mudanza completa, aunque creo que Joel acarrea más trastos que yo.

En esos momentos, Joel gateaba por el suelo de mi salón, yendo de acá para allá mientras exploraba, pero quiso incorporarse y se ayudó trepando por las piernas de Salva. Éste lo miró algo reticente, pero, con calma, cogió al niño en brazos y lo sentó sobre sus rodillas. Después le dio las llaves de su moto para que jugara y continuó bebiendo tranquilamente su cerveza.

Claudia, igual que nosotras, se mantuvo unos minutos inquieta, esperando la reacción de su novio con el niño... pero muy pronto respiró tranquila. Salva era un pedazo de pan y, tanto Paula como yo, envidiamos por un momento a nuestra amiga.

—Si es que últimamente hablamos poco —se me quejó Claudia—. Entre el trabajo, el niño y tus visitas a tu marqués, apenas comentamos nada.

—¿Cómo va el... asunto? —preguntó Salva con disimulo.

—Mañana acabará, espero. Y, después, os lo contaré todo.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Claudia.

—Mañana, cariño —le dijo su novio con un beso. Salva sabía que la mejor manera de hacer que Claudia guardase un secreto era no contarle nada.

Dormí sólo un par de horas aquella noche. Paula todavía dormía en la cama auxiliar que habíamos instalado junto a la mía. Los calmantes estaban haciendo su trabajo.

Fabriqué masa madre y preparé toda la que pude hasta que llegó Salva. Trabajamos durante unas horas más y, en cuanto calculé que ya podría entrar en el castillo, cogí todo el pedido de pan recién hecho y lo cargué en mi furgoneta.

Apenas había amanecido cuando subí la escalera que llevaba al salón de las hermosas vidrieras. El corazón me dio un vuelco cuando descubrí allí a Roderic, mirando por la ventana, como el primer día. Sobre la mesa, la caja del collar de esmeraldas me esperaba.

—Buenos días —saludé—. Veo que ya lo tienes preparado.

—Buenos días, Micaela —contestó serio—. Sí, llévatelo y ten mucho cuidado.

—Tranquilo, lo esconderé bien hasta que llegue Raúl.

—No me refería al collar, y lo sabes —replicó.

—Gracias por preocuparte por mí —le dije sin saber muy bien qué más añadir—. Esperemos que todo salga como hemos planeado. —Dicho esto, hice amago de marcharme.

—Espera un momento, Micaela. Me gustaría, antes de que te fueras, enseñarte una parte del castillo que nunca te he mostrado.

—No sé si es buena idea... —dudé algo confundida.

—Tranquila, sólo quiero enseñarte un lugar que sé que te gustará. —Me ofreció su brazo.

Me agarré a él y caminamos tranquilamente por el interior del castillo. Parecíamos una pareja de otra época, de aquellas que paseaban con carabina mientras trataban de escabullirse para pasar un momento a solas.

Por fin, a través de unas galerías con arcadas, llegamos al lugar que quería enseñarme. Bajo aquellos arcos, recorrimos un pasillo hasta que nos situamos frente a una escalinata que daba acceso a una planta inferior. Cuando iniciamos el descenso, mi boca se abrió tanto que temí quedarme así para toda la vida.

Ante nosotros empezó a aparecer una enorme estancia de forma rectangular, rodeada de multitud de vidrieras con espesos cortinajes. El suelo estaba formado por grandes y pulidas baldosas dispuestas como un tablero de ajedrez, y de los altísimos techos colgaban pesadas lámparas de araña que, aun apagadas, daban la sensación de emitir destellos de luz a través de sus numerosos cristales. La única pena era verla tan vacía, sin muebles, sin personas, sin música.

—Dios, Roderic, ¿qué es esto?

—Es el salón de baile. En un principio, durante la etapa medieval del castillo, este espacio se utilizaba como comedor de celebraciones. Imagínate un montón de mesas rodeadas de comensales, con criados yendo y viniendo con bandejas de comida y el ambiente cargado de humo y risas y la música de

los trovadores.

—Parece que lo esté viendo —comenté, cerrando los ojos.

—Pero, tras la remodelación del siglo XVIII, este lugar se convirtió en el salón de baile y fiestas.

Todavía con mi brazo enlazado con el suyo, bajamos aquella bonita escalinata, sintiéndome una princesa de cuento, y nos quedamos en medio de la pista. Aquel lugar era muy diferente al resto del castillo, en el que habían querido conservar su aire medieval. Sin embargo, Roderic me explicó que uno de sus antepasados del siglo XVIII decidió que, al menos una pequeña parte de la fortaleza, tuviera un aire más palaciego y actual.

—Roderic —le dije de pronto—, ¿por qué no haces como algunos aristócratas con sus palacios o castillos? Algunos de ellos abren su casa al público algunas veces.

—Micaela, no empieces...

—Sólo una vez al año, por ejemplo, y sólo, claro está, la parte que tú decidas. La gente alucinaría al ver este lugar tan precioso, Roderic. Es una lástima que no lo pueda disfrutar nadie.

—Sigues con esa manía de que me relacione con los demás.

—Sólo te digo que tu vida podría cambiar un poco si te decidieras a dejarte ver. Y si, además, anunciaras que una parte del castillo se va a hacer visitable, seguro que sería todo un éxito. Con el dinero de las entradas podrías financiar alguna fundación o hacer alguna donación, y reservar una parte para la conservación...

—Basta, Micaela. Te empeñas en convertirme en una persona que no soy. No me gusta salir, no me gusta la gente, y no quiero que nadie entre en mi casa.

—Yo... sólo quiero que seas más feliz.

—Nunca se es feliz del todo.

—Supongo que no —acepté.

Me quedé ahí plantada, sin saber muy bien qué decir o qué hacer.

—¿Para qué me has traído aquí?

—Hace mucho tiempo que no tiene lugar ningún baile en este salón. Había pensado en bailar contigo. Tómalo como una despedida.

Como una despedida...

—¿Bailar? —pregunté descolocada—. ¿Y la música?

—Orquesta no hay —soltó divertido—, pero todo está pensado.

Buscó en su móvil y, a los pocos segundos, sonaban los primeros acordes del *Danubio azul*.

—¿Me concedes este baile?

—Siento desilusionarte, pero no tengo ni la más mínima idea de bailar un vals.

—Los pasos básicos son muy fáciles. Coloca los pies juntos de puntillas —me explicó, mientras yo hacía lo que me decía—. Ahora desplaza el izquierdo hacia la izquierda, y después juntas el derecho, y luego lo mismo hacia la derecha.

—No parece muy difícil —dije sin dejar de mirar nuestros pies.

Siguiendo el compás de la música y dejándome llevar por sus brazos, me pareció que casi había aprendido a bailar un vals, pero, cuando fue a hacerme girar, me hice un lío con los pies y casi nos hago caer a los dos.

—¡Espera que coja el ritmo! —le pedí sin parar de reír.

Después de reproducir la música en el móvil unas cuantas veces, fui capaz de bailar ese vals de forma casi decente. Me liaba en los giros, pero Roderic me levantaba del suelo y me hacía creer que casi volaba.

«Un, dos, tres; un, dos, tres...»

Supe que guardaría aquel momento para siempre en mi memoria. Más que nunca, me sentí parte de aquel lugar y de una época pasada. Y, mientras él me miraba y me guiaba entre sus brazos, sentí una magia difícil de explicar. Nunca había bailado así con nadie.

La primera vez que vi al marqués y me echó a gritos, me sentí Bella en el castillo de la Bestia. Parece ser que se iba a cumplir esa primera escena del cuento y también la del baile. Pero no sería posible vivir ninguna más. En los cuentos no hay joyas falsas, chantajes o exnovios cabrones.

—Me ha encantado bailar un vals contigo, Roderic. Si un día ofreces un baile aquí, me gustaría volver a hacerlo. Me miraré primero unos cuantos vídeos en YouTube. —Reí.

—Dudo mucho que vaya a ofrecer un baile.

—Quién sabe —le dije—. Quizá si te casas de nuevo...

—Debes marcharte ya —me interrumpió—. Estaremos en contacto.

—Claro.

Cogí el estuche del falso collar y me marché del castillo mientras me despedía mentalmente de aquel sitio y de su dueño.

Le indiqué a Salva que aquella tarde buscara una excusa para que las chicas y el niño estuvieran con él en su casa. Yo, después de cerrar la panadería y subir a mi casa, me dediqué a mirar el reloj una y otra vez. Apenas eran las ocho y media y quedaba tiempo hasta que se hiciese la hora de coger el collar y salir, pero no podía evitar sentirme muy nerviosa. Imagino que fueron esos nervios los que me hicieron sentir tanto miedo cuando descubrí a Raúl en mi cocina. Había sacado dos copas de un armario y descorchaba en ese momento una botella de cava.

—¡Raúl! ¿Qué haces aquí? ¡No era así como habíamos quedado! ¡Se suponía que nos veríamos en el bar a las diez!

—Chist, calma, Miki. Únicamente quería celebrar que al final todo va a salir bien. Yo no iré a la cárcel, no me chivaré y tú tampoco irás al trullo, ¿no es cierto?

—Supongo que no —dije inquieta—, pero no has seguido nuestro plan y eso me desconcierta, Raúl.

—Tú ahora bebe tranquila, que estamos de celebración. Al fin y al cabo, no vamos a volver a vernos más.

Acepté la copa que me ofreció y me bebí de un trago todo su contenido. Estaba tan alterada que sólo algo de alcohol podría sosegarme un poco.

—Es lo mejor, Raúl, no vernos más. Y, ahora, deberías marcharte. No vayas a creer que voy a darte el collar aquí. Lo haremos como te indiqué, en un lugar público.

Qué mareo me estaba entrando...

—No hace falta que me des el collar —replicó. Proyectaba una mirada tan cruel que, si no hubiese sido por la placidez que me había ocasionado la

bebida, me habría cagado de miedo—, porque ya lo tengo.

Y me mostró la caja negra que yo había escondido entre la harina del horno.

—¿Qué coño...?

No tenía muy claro qué me estaba diciendo. Mi visión se tornaba cada vez más borrosa y mis piernas parecían haber desaparecido, como si flotara. Me sentía bien, en la gloria, y pronto sólo tuve ganas de reír.

—Ahora, cariño —me dijo Raúl mientras colocaba mi brazo en su cintura—, vamos a salir de casa y me vas a acompañar al coche que nos está esperando.

—Sí, yo te acompaño donde tú quieras.

Sólo recuerdo que tenía muchas ganas de reír.

Apenas me tenía en pie, por lo que Raúl me ayudó a bajar la escalera a trompicones mientras yo me apoyaba en él, abrazada a sus hombros.

—Tranquila, preciosa, no vayas a caer. Muy bien, así, ya estamos en la calle. Ahora, entra en el coche.

Justo al abrir la puerta del vehículo, antes de introducirnos en él, Raúl me enmarcó la cara y me besó en la boca. Sin tener idea de lo que estaba pasando, me dejé hacer y, cuando se separó de mí, estallé en una estridente carcajada.

Después, caí literalmente sobre los asientos traseros de un coche, recosté la cabeza y ya no recuerdo nada más.

Capítulo 22

Castillo de la familia Requesens

—¿Roderic? ¿Qué haces a las tantas de la noche con una botella de vino? ¡Está casi vacía!

—Para tu información, ya es la segunda —contesto mientras sirvo una nueva copa—. Toma, bebe, cuñado.

—Joder, estás ebrio, Rody. ¿Qué coño te pasa? ¿No se supone que hoy la panadera entregaba la copia del collar a su exnovio?

—Exacto —respondo. O eso creo. Siento la lengua espesa y mis sentidos embotados.

Marcos tiene razón, estoy borracho como una puta cuba. ¿Y a quién cojones le importa?

—Pero, Rody, ¿qué ha pasado? ¿Ha ido bien? ¿Cuándo sabrás algo de tu suegro?

—Oh, ha ido genial, Marcos, sobre todo para nuestra querida panadera. La zorra de la panadera. La puta de la panadera.

—Explícate, pero deja de beber un momento o acabarás tirado en el suelo.

—Esta mañana le di la copia del collar. —Creo que más o menos debo estar hablando claro, porque el calzonazos de Marcos me mira interesado—. Quedamos en que se lo entregaría a ese tipo en un bar a las diez de la noche, donde un par de agentes de mi seguridad estarían apostados, de incógnito, para poder vigilarlos. Pero resulta...

Me pongo en pie antes de continuar, pero me mareo, por lo que Marcos me sujeta y vuelve a sentarme. Joder, no pensaba que un poco de vino me hiciera coger este pedo.

—Pero resulta que estaba preocupado por ella y no podía estar aquí tan tranquilo, esperando, mientras podía pasarle algo a la chica de la que me he enamorado. ¿Entiendes lo que te digo, Marcos? Enamorado, como un quinceañero. ¡Qué gilipollas que llego a ser!

—Sí, gilipollas del todo, pero continúa o nos darán aquí las uvas.

—Preocupado por ella. ¡Ja! Qué gracia. Cogí del garaje el coche más normalito, el más discreto para no llamar la atención, y aparqué frente a la casa de Micaela cuando aún faltaba una hora para la cita. Serían las nueve, supongo, cuando la vi salir de su casa con su supuesto exnovio chantajista, abrazaditos los dos, partiéndose el culo. El tipo llevaba en sus manos la caja con el collar.

—¿Estás seguro de que iban abrazados?

—¡Si hasta se besaron, joder! Lo vi perfectamente, y no estaba borracho como ahora.

—A ver, Rody, ¿me quieres decir que, en realidad, todo ha sido un engaño para birlarte el collar?

—¡Pues claro! ¿No lo ves? La panadera me engañó contándome esa mierda de historia para que yo le diera el collar, haciéndose la extorsionada, para luego largarse con él y su novio y pegarse la vida padre.

—Pero... les has dado el collar falso, ¿no?

—He estado a punto, Marcos. Me ha faltado esto —hago el gesto con dos dedos— de entregarle el collar auténtico, por si mi suegro estaba detrás de todo este asunto y se le ocurría hacerle daño cuando comprobara que era sólo una copia.

—Bueno —dice mi cuñado tras un suspiro—, puedes quedarte tranquilo, Rody, porque al final les has dado el falso. Les ha salido el tiro por la culata.

—¿Y crees que ahora lo que me importa es el puto collar?

Vuelvo a ponerme en pie. La biblioteca gira a mi alrededor y siento que el estómago se me revuelve hasta provocarme una arcada, pero trato de recomponerme, inspiro con fuerza y consigo estabilizar un poco mi precario

equilibrio.

—Todo ha sido un embuste, Marcos, y la odio por ello, pero más me odio a mí mismo por haberme comportado como un gilipollas. ¿Cómo he podido caer ante una cara bonita?

«Y un cuerpo perfecto, una piel aceitunada y unos ojos que te embrujan hasta hacerte creer que no existe otra mujer en el mundo más que ella...»

—Y porque estaba buena y follaba bien, supongo —replica mi cuñado, que parece divertirse a mi costa.

—Pues sí, follaba de coña. —Creo que, mientras hablo, escupo, y veo a Marcos limpiarse la cara. Que se joda—. Pero si sólo hubiera sido por eso, resultaría todo mucho más fácil. Pero no, ella era mucho más que un polvo... Ha sido como volver a vivir, hostia. Después de tanto tiempo de soledad y de autocompasión, ella me había devuelto la ilusión, las ganas de vivir y de reír. He hecho cosas por ella que no pensaba hacer por nadie. ¡Y resulta ser una zorra manipuladora!

No puedo soportarlo más. De un manotazo, tiro al suelo las copas y las botellas de vino, algunas de ellas llenas todavía. Ahora mismo me importa una puta mierda la alfombra antigua que acabo de manchar o los quinientos euros que cuesta cada una de las botellas.

—¡Rody! Tranquilízate. Entiendo que estés dolido porque una mujer te haya engañado, pero al final no se han salido con la suya y no te han quitado nada.

—No lo entiendes, Marcos. Me lo ha quitado todo. Todo...

Qué patético acabo de quedar. Ya no me dan ganas de vomitar por la borrachera, sino por el asco que me doy a mí mismo.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Qué es este escándalo?

Las que faltaban. Elsa y mi hermana.

—¡Rody! —grita Leonor mientras se lanza sobre mí—. ¿Qué te ocurre? Estás muy pálido. ¿Quieres que llame al médico?

—¿Al médico? —exclamo con una carcajada—. ¡Estoy borracho, Leo, no enfermo! ¡Y deja de preocuparte por mí y hazlo un poco por tu marido! Si yo fuera Marcos, ya te habría mandado a la porra.

—¡Rody! —grita incrédula. Qué bueno es a veces estar mamado. Sueltas

las verdades y la gente no parece tenértelo en cuenta.

—Sabes que tengo razón, hermanita —insisto—. Tú y Elsa os pegasteis a mi cama en mi convalecencia y no me dejasteis ni un minuto durante meses. Al menos tu amiga entendió que debía hacer su vida y se casó, mientras que tú te olvidaste de que tenías un esposo.

Marcos la mira, pero no dice ni pío.

—¡Yo no me olvidé de ti, Marcos! —solloza mi hermana—. Pero primero recibí una llamada y me dijeron que mi hermano y su mujer habían muerto en un accidente. Después resultó que estaba vivo, pero postrado en una cama con los ojos vendados y sin poder hablar. ¡Tenía que comunicarme con él tocándole las manos!

—Pero eso ya pasó, Leo —contesta su marido—. Sin embargo, han transcurrido los años y sigues pendiente de Rody.

—Tienen razón —interviene Elsa—. Yo me sentí culpable durante mucho tiempo, pero de nada vale lamentarse. Roderic y yo decidimos que ya no podíamos castigarnos más. Cada uno ha hecho su vida. Si él ha escogido la que tiene, respétalo.

—Lo siento, Marcos —se disculpa Leo—. Yo... te quiero mucho, de verdad.

—Lo sé, Leo, yo también te quiero... pero a veces es necesario demostrarlo un poco.

—Haz tu vida —le digo a mi hermana. Creo que ya voy hablando un poco más claro—, y deja que yo siga con la mía. Vete a casa con tu marido y ven aquí de visita de vez en cuando, en mi cumpleaños o por Navidad.

—Entonces, ¿por qué estás borracho? ¿Es por culpa de la panadera? Te dije que liarte con ese tipo de mujeres sólo te iba a traer problemas.

—¿Volvemos a lo mismo, Leo?

—Está bien —suspira—. Vámonos, Elsa. Dejemos que hablen de los ligues de mi hermano.

Marcos y yo volvemos a estar a solas. Los efluvios del alcohol comienzan a evaporarse, pero la furia que bulle dentro de mí es cada vez más fuerte. Por todo ello, me irrita sobremanera oír el zumbido de mi móvil sobre la mesa.

Miro la pantalla, «Micaela», y vuelvo a soltar el teléfono sobre la mesa.

—Vete a la mierda, zorra.

El móvil vuelve a sonar. Una vez más; otra. Y siempre es ella.

—Quítalo de mi vista, Marcos, joder. Me cabrea hasta leer su puto nombre en la pantalla.

—Es extraño —comenta mi cuñado, pensativo—. Si ya ha tenido que largarse porque no ha conseguido lo que buscaba, ¿para qué te llama?

—Ellos no saben que los he visto. Lo mismo busca acercarse a mí de nuevo para ver si se le ocurre cómo obtener el auténtico. Como tenga la desfachatez de volver a mirarme como si de verdad se preocupara por mí, la cogeré y la encerraré en una maldita mazmorra.

—Sigo sin entenderlo —continúa machacando Marcos—. ¿Y su panadería? ¿Y su casa? ¿Seguirá vendiendo pan tranquilamente?

—¿Y a quién le importa?! Y si así fuera, tendré los cojones de presentarme un día en su bucólico establecimiento y decir delante de todo el mundo que la hermosa panadera del pueblo se follaba al marqués tuerto y asesino.

Joder, vuelvo a desvariar. Me siento de nuevo en el sillón y deseo que Marcos se largue ya, porque creo que voy a abrirme otra botella de vino y a beber para no seguir diciendo gilipolleces.

Pero, antes, alguien golpea en la puerta y pide permiso para entrar.

—¡Coño, que no son horas!

—Señor —veo aparecer el rostro compungido de Julia—, perdone que lo moleste a estas horas, pero en la puerta exterior de la muralla hay una pareja que exige hablar con usted.

—Parece mentira, Julia, que me plantees eso a estas alturas. Mándalos a la mierda y en paz.

—Eso han hecho los de seguridad —carraspea y se frota las manos—, pero a mí me ha llamado la atención algo de lo que han dicho, señor marqués.

—Pues suéltalo y lárgate.

—Afirman que son amigos de Micaela, señor, y que ella está en peligro.

—Joder —suelto una carcajada—. Si tiene más cómplices y todo.

—La chica no deja de llorar, señor, y el chico dice que sabe lo del collar y que les preocupa muchísimo no saber nada de ella.

Una ligerísima alarma parece encenderse dentro de mí. Es muy poca cosa, pero suficiente como para cuestionarme algunas cosas. Me sirvo una nueva copa de vino, ante la mirada de reproche de Marcos, que me paso por el forro, y le indico a Julia que haga pasar a la extraña pareja.

—Pero que los acompañe Juan, y que no los pierda de vista.

—Por supuesto, señor marqués.

—¿Vas a escucharlos? —se sorprende mi cuñado.

—Voy a ver hasta dónde es capaz de llegar esta gentuza.

Cuando acceden a la biblioteca, me sorprende, primero, su aspecto: el chico tiene pinta de motero macarra y ella es bajita y tetuda. Y, segundo, la cara de preocupación que traen los dos. Qué buenos actores han sido todos, empezando por la panadera. Puta...

No parece impresionarles el parche. Doy por supuesto que ella se lo ha contado.

—Señor —dice la joven—, siento irrumpir de esta forma en su casa, pero llevamos toda la noche sin saber nada de Micaela. Yo pensaba que estaría con usted, pero, aquí mi novio —le da un codazo y lo mira con reproche— me lo ha contado todo. Algo ha pasado, no puede ser que no nos haya llamado ni se haya preocupado por la panadería.

—Tal vez no le haya dado la gana de llamar a nadie... porque parece ser que se ha largado con su novio.

—Eso no puede ser —interviene el tipo rapado y tatuado—. Ese tío no es nada de ella; es más, temía sus visitas, y Micaela le tiene miedo a pocas cosas.

«Eso es cierto...»

—Usted no la conoce tan bien como nosotros —interviene de nuevo la chica bajita—. O sea, quiero decir..., bueno, ya me entiende. Le juro que ella no nos habría abandonado, ni a su negocio o su casa, que tanto trabajo le ha costado levantar. Nuestra amiga Paula estaba convaleciente todavía y dormía en su piso. ¿Cómo iba a largarse sin más, sin preocuparse por ella, si fue Micaela quien la llevó al hospital y denunció a su marido?

—Nos dijo que usted iba a ayudarla —prosigue el chico—. ¿Y qué ha hecho, mientras ella puede estar secuestrada o muerta? ¿Emborracharse? Ya

le dije que no se fiara de un tipo como usted.

—¿Qué quieres decir? —Me pongo en pie para intimidar un poco más.

—A mí no me da usted miedo —suelta el motero—. Micaela nos explicó que usted no había matado a nadie y, desde luego, ella no se liaría con un asesino. Se sentía feliz cada vez que debía venir a este puto castillo.

Todos nos giramos de golpe hacia el zumbido que proviene de mi teléfono. De nuevo, ella.

Y en este mismo instante es cuando creo que la he cagado. Un mal presentimiento me recorre la columna de arriba abajo y me hace temblar las piernas.

—¿Es que no lo va a coger? —grita la chica.

Despacio, intentando dominar el temblor de mi mano, cojo el móvil y descuelgo la llamada.

—Vaya, pensé que no ibas a contestar nunca —oigo al otro lado—. ¿O pensabas que ibas a poder engañarme, querido yerno?

Capítulo 23

Parpadeé antes de abrir los ojos. Mi cabeza iba a estallar de un momento a otro y mis párpados parecían pesar un kilo cada uno. Por fin, fui capaz de abrirlos, pero mi cuerpo no parecía responder a mi cerebro, pues se mantenía inmóvil, rígido, sin poder moverse.

Claro, estaba atada a una silla.

Giré la cabeza e intenté averiguar dónde me encontraba. Era un pequeño salón de una casa, normal y corriente, con su sofá, su mesa y su televisor. A través de unas cortinas blancas entraba la luz del sol, supuse que de la mañana, aunque no tenía muy claro la hora o el día que podía ser. Intenté recordar mis últimos pasos antes de quedarme dormida, pero no había forma de despejar el vapor espeso de mi mente...

No, no me había quedado dormida, me habían drogado. Raúl puso algo en el cava, pues eso sí lo recordaba, haber bebido cava fresco. Pero después de eso, nada. Era como toparme con un muro de hormigón.

Hablando del rey de Roma... la puerta de aquel hogareño salón se abrió y apareció mi ex con una bandeja, que colocó a mi lado en una mesita. Estaba muy risueño e iba mejor vestido y peinado que en las ocasiones en que lo había visto en mi casa. Muy diferente. Parecía otra persona, alguien a quien las cosas no parecían irle tan mal como decía.

Hasta se puso a silbar. ¡A silbar! Cómo lo odié en ese instante.

—Buenos días, Miki —me saludó tan campante—. Te traigo el desayuno. Seguro que llevas horas sin comer nada.

—Pues no, no he comido nada. Creo que lo último que ingerí fue cava y

algún tipo de droga, de esas que utilizáis los tíos para llevarnos a la cama.

—Lo siento —dijo con una mueca—. Era necesario. Si no, no te habrías venido conmigo. ¿Por qué no comes un poco?

—Porque tengo las manos atadas, gilipollas.

—Yo te ayudo. —Cogió una copa de zumo de naranja y me la acercó a la boca—. Vamos, bebe un poco.

Tomé un trago del zumo, lo retuve y, a continuación, lo expulsé de mi boca con fuerza para escupírselo en la cara.

—Lo tenía previsto —dijo al tiempo que cogía una servilleta y se la pasaba por el rostro.

—En ningún momento tenías pensado seguir mi plan, ¿no es cierto? —le recriminé.

—Pues no.

—Ofréceme al menos un poco de verdad, Raúl. No sé qué está pasando aquí, pero empiezo a creer que todo esto no tiene nada que ver con lo que me contaste.

—Estamos esperando a una persona —me aclaró—. Pronto lo sabrás todo.

Unos minutos más tarde, en los que tuve que aguantar ver cómo Raúl se comía aquel apetecible desayuno mientras yo salivaba y me moría de hambre, apareció un hombre. Debía de tener unos sesenta años e iba bien vestido, trajeado, con aire de tener mucha pasta.

—¿Ya se ha despertado nuestra bella durmiente?

—Parece ser que sí —contestó Raúl—. Y no deja de pedir explicaciones.

—Todo a su debido tiempo, señorita Pérez. —Tranquilamente, se sirvió un vaso de agua de una jarra de cristal y le dio un par de sorbos.

—¿Quién es usted? —pregunté, todo lo digna que me pude permitir estando atada a una silla delante de los tipos que eran los responsables.

—Me llamo Antonio de Senillosa. No sé si habrá oído hablar de mí.

—Ni puta idea —le espeté. Luego me dirigí a mi ex—. Raúl, dime la verdad. ¿Por qué todo ese asunto del collar? ¿Por qué engañarme desde el principio para llevarme a vivir cerca del castillo?

—Te lo dije, todo planeado. En realidad —miró al que supuse que era su

jefe y éste le dio permiso para seguir hablando—, todo ha sido cosa de don Antonio. Él quería el collar de su hija.

—Es usted el suegro de Roderic...

—Vaya, veo que mi querido yerno te ha contado sus sospechas. Eres tan buena como decía Raúl. Me dijo que eras tan guapa que el marqués sería pan comido para ti. Estaba convencido de que, después de estar acostumbrado a acostarse con fulanas, y del tiempo que llevaba ya sin una querida, necesitaba la alegría de una mujer hermosa, el calor de una amante.

—Usted sabía que les entregaría el collar falso, ¿verdad?

—Por supuesto —intervino Raúl—. Estábamos seguros, por eso no llegamos a vernos en el bar.

—Entonces, si lo sabías, si te daba igual, si trabajas para este hombre...

«Oh, Dios...»

—Es porque no temías ir a la cárcel. No han pillado ni a Charly ni al Pecas...

—Premio para la dama

—Todo mentira... —susurré.

—No pudieron pillarnos nunca, Miki. ¿No estás contenta por ello? Al fin y al cabo, el riesgo siempre ha estado ahí. Tu perfecta vida de panadera decente podría haberse ido a la mierda.

—Eres el mayor hijo de puta del universo —le dije—. Cacho cabrón retorcido, ¿no podías dejarme tranquila?

—Raúl es mi hombre de confianza —volvió a hablar el ricachón—, y se limitó a ayudarme cuando le conté la historia del collar, y del matrimonio de mi hija con el marqués.

—Así que las cosas no te habían ido tan mal —solté con desprecio.

—¿Has visto? —me dijo satisfecho—. No hay nada como una camiseta vieja, unos vaqueros demasiado anchos y descuidar el pelo o el afeitado para que te crean un desgraciado. Lo mismo que un buen traje, como llevo ahora, unos zapatos brillantes y un poco de gomina te hacen parecer más respetable. Sólo tuve que ponerme esa ropa vieja y dejar de ducharme y afeitarme para que te creyeras mi desgarradora historia sobre mi próximo encarcelamiento.

—Qué asco me das.

—Yo también te quiero, Miki.

—¿Y qué coño queréis ya de mí?! —exclamé.

—Sigo queriendo el collar auténtico —afirmó el hombre.

—¿Para qué? —pregunté—. ¿Por qué? ¿Es de la familia Requesens!

—¡No! —gritó—. ¡Era de mi hija!

—¡Su hija está muerta!

—¡Por culpa del malnacido de su marido!

—Oh, por favor —insistí—. Ya sé, Roderic me lo contó, pero, aunque se siente culpable, no es así. Al fin y al cabo, su hija le engañaba con otro, es normal que se sintiera dolido y le pidiera explicaciones.

—¿Eso te ha contado mi yerno? ¿Que mi hija le ponía los cuernos?

Eché la cabeza hacia atrás al compás de una estridente carcajada.

—No, bonita, no. La cosa fue al revés. Roderic era un putero de mucho cuidado, yo mismo se lo advertí a mi hija... pero me dijo que ella le haría olvidarse de las otras mujeres. Pobre ilusa.

—Miente —repliqué cabreada. No podía ser, no quería creerlo.

—Intenté convencer a Caty de que aquello era lo normal entre los matrimonios de la aristocracia, pero se empeñó en tener una relación diferente y fue ella la que organizó el viaje a Irlanda... para arreglar su matrimonio, para recuperar a su marido. No hubo manera de convencerla de que nunca lo había tenido.

El hombre se acercó a la ventana. Su expresión se entristeció.

—Allí, mi pobre Catalina descubrió a su esposo en una obscena conversación telefónica con su amante, y cometió el error de recriminárselo cuando Roderic conducía por aquella carretera de curvas y barrancos.

—No es cierto —susurré—. Conducía ella.

—No, señorita, él fue quien dio el volantazo que los llevó al fondo del precipicio. Él la engañaba. Él provocó la frustración de mi hija, hasta llevarla a recriminárselo en el coche con gritos y lágrimas. Él la llevó a la muerte.

Quise llorar en aquel momento. Si las lágrimas no acabaron de surgir del todo fue por la rabia de haber sido tan estúpida. De nuevo, un tío me había engañado y habría pensado que era una imbécil rematada.

«¿Por qué, Roderic? ¿Por qué me has mentado?»

—¿Y cómo pretende recuperar el collar? —planteé, recobrando la compostura y la dignidad.

Se lo pregunté con voz átona y monocorde. Ya todo me importaba una mierda. Utilizada por un tipo que no conocía de nada, engañada por Raúl — otra vez— y burlada y humillada por Roderic.

—Pues mire, señorita Pérez, pensaba que iba a resultarme más fácil. Mi idea era cambiarla a usted por el collar, pero he llamado varias veces a mi yerno con su móvil y no se ha dignado ni a cogerlo. Pensé que estaría preocupado por usted y esto me ha descolocado un poco.

—Sólo soy la panadera que se folla. No piense ni por un instante que valgo para él tres millones de euros.

—Tengo mis dudas —replicó pensativo—. Volveremos a intentarlo.

Cogió mi móvil y pulsó la última llamada. Ante su asombro y el nuestro, alguien descolgó al otro lado.

—Vaya —dijo el hombre—, pensé que no ibas a contestar nunca. ¿O pensabas que ibas a poder engañarme, querido yerno?

Por la cara de satisfacción del tal Antonio, supe que Roderic estaba al otro lado de la línea. No podía oírlo, pero por las palabras de su suegro pude ir deduciendo sus respuestas.

—Sí, la señorita Micaela se encuentra bien. Está aquí mismo, delante de mí. ¿Quieres una prueba de ello? Claro, ahora mismo te la paso.

Colocó el teléfono delante de mi boca y esperó a que yo dijese algo, pero no me dio la gana.

—Vamos, Miki, saluda a tu marqués —lo intentó Raúl.

—¿Micaela? —se oía la voz de Roderic a través del altavoz—. ¿Estás bien?

Ante mi negativa a contestar, Antonio de Senillosa, sin que yo pudiese siquiera imaginarlo, me propinó una bofetada que no vi venir. Noté de pronto arder mi mejilla y al mismo tiempo mi cabeza girar de golpe hacia atrás. Hasta creí percibir el crujido en mi cuello. Por un momento, todo fue oscuridad y un zumbido atravesó mis oídos. Algo caliente me bajaba de la nariz y el labio.

—¡Joder, don Antonio! —se quejó Raúl—. Yo puedo convencerla, no es

necesario que la pegue. —Cogió una servilleta del desayuno y me limpió la sangre que manaba de mi rostro—. Vamos, Micaela, haz lo que te dice. Esto no es un juego.

—¡Micaela! ¿Qué te ha hecho ese desgraciado? —bramó la voz de Roderic desde el teléfono.

—Estoy bien —contesté—. No ha sido nada, Roderic. Todo está bien.

—Eso está mejor —asintió Raúl, satisfecho.

—Ya lo has visto, yerno, la señorita está bien. Ahora, vamos a por lo que nos interesa. Trae el collar auténtico a mi retiro en la sierra, y tú y ella podréis marcharos. Si no haces lo que te pido, lamentablemente, tendrás que buscarte a otra querida, porque a ésta no la volverás a ver. La señorita Micaela pasará a aumentar la triste lista de desaparecidos.

Dicho esto, colgó.

Qué ancianito tan adorable.

—No te preocupes, mi yerno se siente tan culpable por lo de Caty que renunciará a su joya familiar a cambio de que a ti no te pase nada.

—Que le jodan. A usted y a él. A todos.

—No me extraña que Roderic se haya encaprichado de ti. Debe dar gusto poder domar ese carácter y esa lengua.

Tomó un nuevo sorbo de agua y se marchó.

—Cállate un poquito, Micaela —gruñó Raúl—. Es un tipo legal, pero no te puedes ni imaginar lo que es capaz de llegar a hacer cuando se le tocan los huevos.

—Cállate tú, cabrón de mierda. ¿Qué te hice yo para que volvieras del pasado a joderme la vida? ¿No tuviste bastante con jodérmela hace ocho años?

—No creo que te la jodiera tanto, Miki. Las cosas no te han ido mal. Nadie habló y todos pudimos seguir nuestro camino, deja de quejarte.

—¡Exacto! Todos seguimos nuestros caminos, diferentes y bien alejados. ¿Para qué volver a cruzar el tuyo y el mío?

—Negocios, Miki.

—Que te den. Procura no volver a cruzarte en mi vida, Raúl. No has sido más que un puto cáncer para mí desde que apareciste. Lo peor de lo peor, un

jodido lastre, un...

—¡Cállate! ¿Piensas que soy de lo peor que te ha pasado? ¿Y qué me dices de tu marqués? ¡Un cabrón embustero que te miente con una triste historia para poder follarte!

—Otro que tal. Que lo jodan también.

—Ni siquiera tu amigo el rapado se libra, cariño. —La expresión de Raúl volvía a ser cruel y despiadada—. ¿Te crees que yo soy de lo peor? Pues echa la vista atrás y piensa en la casualidad de la aparición de tu querido colega.

—No sé de qué me estás hablando. —De pronto, sentí un frío gélido invadir todas mis venas.

—De Salva, Miki, de tu amigo Salva. Él también está pringado. El jefe pagó su fianza para que saliera de la cárcel a cambio de ir a tu casa y ofrecerse a ayudarte. No podíamos correr el riesgo de que decidieras marcharte. Alguien tenía que ofrecerte ayuda y hacerse tu amigo, hacer que confiaras en él. La suerte acabó de acompañarnos cuando su novia del instituto apareció por allí.

—Maldita sea, no puedes estar hablando en serio...

—Las bromas se han acabado, Miki.

—Pero Salva... no puede ser.

Entonces sí que brotaron mis lágrimas. No lo hicieron con un bofetón, por los engaños de Raúl o la putada de Roderic... pero sí al saber que lo que yo creía más bueno y auténtico de la nueva etapa de mi vida tampoco había sido verdad. Si mis amigos, que eran mi familia y mi pilar de sujeción, también me habían fallado y mentido, ¿qué me quedaba ya?

Lloré, como hacía tiempo que no lloraba. Mis hombros se agitaron y todo mi cuerpo tembló mientras un desgarrador llanto se apoderaba de mí. Si hubiese sido otra persona, me hubiese preguntado por qué a mí, pero, en mi caso, esa pregunta sobraba. Tenía una respuesta clara: «Es tu castigo, te lo mereces».

No sé cuánto tiempo pasaría antes de que Roderic llegara. Llevaba el estuche con el collar en la mano y estaba serio, muy serio. Raúl tendió la mano, satisfecho, para cogerlo, pero Roderic la hizo a un lado.

—Antes quiero hablar con Micaela.

Se acercó y se agachó delante de mí. Yo todavía permanecía atada en la silla, mirando hacia la ventana. Me sentía francamente bien, porque no sentía nada, ni dolor por la postura, ni tristeza, ni odio. Nada. Era como si cada parte de mi cuerpo se hubiese transformado en corcho, sobre todo mi cerebro.

—Desátala ahora mismo —le ordenó a Raúl. Éste le hizo caso y cortó las cuerdas que me sujetaban a la silla.

—Toda tuya.

—Qué tal estás, cariño —le oí preguntarme. Creo que también le oí maldecir cuando pasó sus dedos sobre los restos de sangre seca de mi nariz y mi boca.

Levanté la vista y contemplé muy cerca su ojo azulísimo y su parche, su rostro perfecto, su boca maravillosa y su cabello reluciente. Su mandíbula aparecía cubierta de una oscura capa de barba que aún le hacía más atractivo.

Le hubiese escupido en la cara si hubiese tenido saliva y fuerzas. Me limité a mirarlo con indiferencia.

—No te preocupes, entregaré el collar auténtico y podrás venirte conmigo. —Me dio un beso en la mejilla y se puso en pie al ver aparecer a su suegro.

—¡Queridísimo yerno! —exclamó teatralmente el hombre—. Veo que por fin has decidido entrar en razón.

—Sucio hijo de puta... ¡Le has pegado! ¿Cómo te atreves?

Sin que nadie lo esperara de un hombre de su edad, don Antonio concentró todas sus fuerzas en su puño y golpeó con saña a Roderic en el centro del estómago. El marqués se dobló en el acto y comenzó a toser.

—Cómo te atreves tú, miserable. Cómo te atreves a estar vivo mientras mi hija yace enterrada en una fría tumba.

—Toma —dijo Roderic al entregarle el collar—. Creo que esto es lo único que te interesa.

—Lo que me interesa ahora mismo es perderte de vista. No soporto tu presencia.

Al hombre lo invadió una especie de furia que pareció otorgarle una fuerza descomunal que utilizó para seguir pegando a su yerno. Le propinó varios puñetazos en el vientre y en los costados mientras Roderic no hacía

nada por defenderse. Únicamente gemía y apretaba los dientes para soportar el dolor y tragarse las ganas de responderle.

—¡Basta! —grité yo—. Deje de pegarle de una puta vez.

Me dolió verlo así, acorralado, rendido, esperando su castigo, y sentí el dolor que él debió de sentir. Me daba rabia sentirme así, pero mi traidor corazón era el que mandaba. Creo que fue una especie de empatía hacia él, porque yo también me creía merecedora de cualquier castigo.

—Tiene razón —dijo don Antonio. Raúl se apresuró a colocarle una bolsa de hielo en los nudillos—. Ya no vale la pena.

Abrió el estuche con el collar y sonrió con satisfacción.

—Perfecto. Veo que has decidido no correr más riesgos.

—¿Cómo puedes estar seguro de que éste es el original? —preguntó Roderic al tiempo que intentaba tragarse sus muecas de dolor.

—Me quedaré los dos, por si acaso. Y no creo que me hayas colocado dos copias. A pesar de ser un malnacido, no eres imbécil.

—A ver si ahora te crees recompensado y me dejas en paz.

—Nadie podrá compensarme nunca la falta de mi hija —exclamó al tiempo que contemplaba el estuche y su brillante contenido—, pero sí dormiré mejor al saber que te he jodido, al menos un poco. Es lo mínimo que puedo hacer en su memoria.

—¡Te pedí perdón cientos de veces! ¡Quedé lisiado! ¿Qué más quieres?

—De momento, nada más. Con saberte destruido me es más que suficiente.

—No me has destruido del todo. A pesar de tu sucia treta, pusiste en mi camino algo mucho más valioso.

Y me miró a mí. ¡A mí!

Pedazo de cabrón...

Su suegro debió de pensar lo mismo, porque en ese mismo instante lanzó otra sonora carcajada, la misma que me escupió a mí tan sólo unas horas antes.

—¿Te refieres a ella? —soltó con su macabra risa—. Pues, mi querido Roderic, lo llevas claro. Acabo de contarle la verdad sobre el accidente. Mira si te sientes miserable que eres capaz de entregar este collar a cambio de ella,

pero no te atreves a confesar la verdad de lo que pasó.

Y lanzó una nueva carcajada.

Roderic se puso pálido. Con eso me lo dijo todo. Fue la prueba final.

—Un gusto estar aquí, conversando con vosotros, pero tengo cosas que hacer. Raúl —le indicó a su hombre de confianza—, prepara el coche. Nos vamos.

Antes de marcharse, Raúl se inclinó ante mí y me dio un beso en la frente.

—No me odies tanto, Miki. Sabía que nadie te haría daño. Y no volveré a molestarte más, nunca más.

Una vez a solas con Roderic, mi cerebro pareció reaccionar y me puse en pie antes de que me tocara.

—Deja que te explique, Micaela...

—¿Te importaría acercarme a mi casa? Llevo demasiado tiempo alejada de mi negocio y dependo de él para vivir.

Me monté en su coche, el todoterreno de las lunas tintadas. Claro, no fuera a ser que lo viera alguien y le hiciera sentir aún peor, o le lanzara huevos sobre su impecable carrocería. A los pocos minutos de trayecto, empezó con su cantinela.

—Cariño, lamento muchísimo que te hayas visto envuelta en esta especie de guerra familiar.

—Raúl también estaba metido en el ajo —respondí mirando por la ventanilla—, así que también me he ganado parte de culpa.

—Cariño, déjame explicarte...

—Si vuelves a llamarme *cariño*, abro la puerta y me tiro a la calzada.

—Está bien —suspiró—. Pensaba contarte la verdad, te lo prometo.

—Deja de prometer nada. Lo único que hiciste fue mentirme.

—¿Y tú no, Micaela? Me mentiste desde el principio.

—Me vi obligada a hacerlo, y no fue al explicarte la historia de mi vida. Sólo fue al darte los motivos por los que quería el collar. Y, por cierto, acabé contándotelo todo. Te hablé de Raúl y del chantaje.

—Claro, no pudiste mentirme al contarme la historia de tu vida porque no me has contado absolutamente nada de ti.

—Por lo menos no traté de darte pena confesándote un drama, hipócrita

de mierda.

—Nunca quise darte pena.

—Entonces ¿para qué soltarme ese rollazo del supuesto amante de tu mujer?

—Me avergonzaba admitir ante ti la verdad. No quise que te alejaras de mí.

—Oh, ¡qué bonito! Falta la música de violines. Fuiste un puto cobarde, entonces. Ya que te ponías a explicar tu vida, haber tenido la valentía de explicar la verdad.

—Fuiste tú la que me preguntaste si había matado a mi mujer, o cómo me había pasado lo del ojo. Estabas tan interesada en mí como el resto de la gente. Al menos yo te demostré que no me importaba lo que hubieses hecho. Si tu novio te hacía chantaje era porque algo había en tu pasado que te avergonzaba. ¿Qué te pasó, Micaela? ¿Qué hiciste tan grave?

—¡Y a ti qué coño te importa!

—¿Lo ves? Tú también has mentido a mucha gente.

—Déjalo, Roderic —dije cansada de todo—. Al fin y al cabo me importa una mierda que engañaras a tu mujer, que tuvieras docenas de amantes o que te follaras a una tía diferente cada día.

—Solía tener sólo una amante cada vez —insistió en explicarme—. Podía escoger la que quisiera, que ellas siempre accedían. Cuando me encaprichaba de otra, me deshacía de la anterior y asunto resuelto.

—Ya, y quisiste seguir con el mismo sistema después de casado.

—Sí, así es. Cuando me casé llevaba meses liado con Elsa. Nos llevábamos bien porque, además de amantes, éramos amigos. Caty me exigió que la dejara, pero no quise hacerlo. Por eso programó el viaje. Supongo que el resto te lo ha contado el bueno de mi suegro.

—Tu suegro me ha hecho saber muchas cosas.

—Durante mi convalecencia en el hospital, ni mi hermana ni Elsa se apartaron de mi lado. Tanto Elsa como yo nos sentíamos tan mal que la visión que pudiéramos tener de la vida nos cambió de golpe y a la fuerza. Caty estaba muerta por nuestra culpa. Pero le pedí a Elsa que rehiciera su vida, recordándole que el principal culpable era yo. Empecé a pagarlo

perdiendo un ojo y casi la voz.

—¿Has acabado ya? No tienes que seguir dándome explicaciones.

Me dolía todo lo que me estaba contando, y no me apetecía seguir escuchando nada más.

—Ahora entiendo que me siento mucho mejor si te lo cuento todo, que me gusta ser sincero contigo. Por si te interesa saberlo, no he vuelto a tener amantes ni ese tipo de vida vacía.

—Pues no, no me interesa un carajo. Pero, ya que te pones, ¿qué me dices de las saliditas nocturnas que te pegas en busca de mujeres? No me vayas ahora de santo, por favor.

—Es normal montar cierto tipo de fiestas privadas entre la alta sociedad —se empecinó en seguir contando—. La primera vez que sentí el deseo físico por una mujer después del accidente, decidí presentarme en una de ellas, cagado de miedo por lo que pudieran pensar al verme con el parche. Pero las mujeres no parecían tener problema en acostarse conmigo, así que decidí que ése sería mi método: una fiesta, un par de polvos y para casa.

—La verdad —dije incómoda y rabiosa—, no entiendo que sigas explicándome tu vida sexual.

—Porque quiero decirte que, hasta que llegaste tú, ni me había planteado volver a pensar en una sola mujer, mucho menos en conversar con ella, pasear o mostrarle mi casa. Tú has sido la única mujer de mi nueva vida, Micaela.

—Claro, supongo que, después de meses sin echar un polvo en condiciones, te vine de coña. No te preocupes, a mí me pasó lo mismo. Llevaba tanto tiempo sin follar que también me viniste al pelo.

—Creo que entre nosotros no ha habido sólo sexo, y lo sabes. Tú también lo has sentido así.

—Pues déjame que te diga que estás muy equivocado. Desde lo de Raúl, no he salido en serio con ningún tío, porque no me ha dado la gana, precisamente evitando toda esta mierda: que si me engañas, que si te engaño, que si me interesa tu vida o me importa un pimiento. Ya me habéis utilizado todos bastante. Hasta el moño estoy ya de tíos.

—Deja que te conozca, Micaela. Tú prácticamente ya conoces todo mi

pasado, bueno o malo. Confía en mí.

—La palabra *confianza* te viene muy grande, marqués de pacotilla. No voy a contarte nada, no seguiré repartiendo pan a domicilio, no quiero volver a verte. Además, tú eres un marqués y yo sólo soy la panadera.

Cuando, por fin, estuvimos parados frente a mi casa, abrí con celeridad la manija de la puerta para salir de allí, pero Roderic paró mi movimiento unos segundos.

—Me echas en cara algo que tú misma has hecho: esconder el pasado. No somos tan diferentes, Micaela.

Me deshice de su mano y le di un portazo al Mercedes, que luego desapareció calle abajo a toda velocidad.

Capítulo 24

Agradecí que a esas horas no hubiese clientes en la panadería. Claudia colocaba y limpiaba y Paula ayudaba a Salva en el horno. Decidida, cerré la puerta por dentro y me dirigí directamente bajo la arcada del fondo, en busca del horno y de Salva.

—¡Micaela! —exclamó Claudia—. ¡Qué bueno que estés aquí! ¿Estás bien? ¿A dónde vas tan aprisa?

Ni la miré, como tampoco miré a Paula, aunque la pobre también pegó un grito de alegría al verme. Todos estaban preocupados por mí.

Yo, en aquel momento, sólo podía pensar en mi objetivo. Me planté delante de Salva y le arree tal puñetazo que sentí crujir todos mis nudillos.

—¡Por Dios! —chillaron las chicas—. ¿Qué haces?

—¡Eres un maldito hijo de puta! —vociferé entre lágrimas—. ¡Tú también, Salva! ¡Tú también!

Salva aterrizó sobre uno de los expositores de pan, donde las barras esperaban a enfriarse. Todas ellas cayeron, provocando un fuerte estrépito y cubriendo y rodeando a mi traidor amigo, tirado en el suelo.

—Lo siento, Micaela —dijo con tranquilidad—. No sabía si todo este asunto del collar y tu exnovio podía tener relación con mi liberación.

—¡No me dijiste nada!

Con todas mis fuerzas, le di una patada. No sé ni dónde acertó mi pie, pero recibí su mueca de dolor con satisfacción.

—¡Tenía miedo! —respondió con un gemido—. Mi vida en la cárcel era un infierno, y, de repente, se presenta un tío y me dice que ha pagado la

fianza y que ya no hay cargos contra mí.

—¿A cambio de qué, cabrón?

Otra patada. Otro gemido.

—Sólo tenía que aparecer en la antigua panadería y ayudar a la nueva propietaria. No me pareció tan extraño.

—¿Con quién hablaste?

—¡No lo sé! Era un tipo educado y bien vestido, con sonrisa de anuncio. El supuesto agente inmobiliario estafador...

—¿Y lo de hacerte mi amigo?

—Es cierto, me dijeron que debías confiar en mí.

—¡Puto miserable y rastrero!

Otra patada más. Y otra, y otra, y otra...

—¡Joder, Micaela, basta! ¡No hice nada! ¡Me limité a ser yo y tú pareciste confiar en mí sin ningún esfuerzo! Todo lo que te conté sobre mí es verdad y nos entendimos enseguida...

—Te creí lo mejor de mi vida en mucho tiempo —sollocé mientras me dejaba caer de rodillas a su lado. Después, continué dándole puñetazos, pero ya sin fuerzas, sin ganas, sin dejar de llorar—. Maldito cerdo, te quise poco después de conocerte.

—Yo también —susurró mientras acariciaba mi pelo—. Mi hermosa Micaela, mi amiga. Me llamaste «ángel salvador» cuando fui yo el que debería haberte llamado así. Tú también eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Y seguirás en mi vida, porque, aunque ahora me odies, no pienso permitir que me alejes de ti. Haré lo que sea para que vuelvas a confiar en mí.

Sentí el calor de sus brazos rodear mi cuerpo, y yo, totalmente agotada, me dejé caer en su pecho y me abracé con fuerza a su cuello. Lloré durante un buen rato, lo mismo que él y que mis amigas, que, todavía aturdidas y sin dar crédito, lloraron en silencio después de dejarnos solos, tirados en el suelo rodeados de barras de pan.

Después de una semana en la que no hice otra cosa que trabajar y dormir, ya me encontraba bastante mejor. Todo parecía haber vuelto a la normalidad, excepto la relación de Claudia y Salva, rota por considerar ella que él nos había mentado a todas. Claudia interrumpió la mudanza que estaba llevando a cabo para irse a vivir con Salva, y, como ya no le hacía ninguna gracia volver a su antigua vivienda, carente de demasiadas cosas, decidió venirse a vivir conmigo y con Paula. Lo pasábamos genial, pero yo no era persona de compartir demasiado mi intimidad y deseaba que, cuanto antes, encontraran otra solución y volvieran a dejarme sola.

La primera buena noticia la obtuvimos el día que Paula llegó feliz y exultante a la panadería, mientras yo hablaba con Berta.

—Buenos días, señora Berta, ¿qué tal vamos? —la saludé mientras le acercaba una silla. La pobre mujer notaba cada vez más el peso de la edad. Es lo que tiene llegar a los ochenta y dos años.

—Un asco, hija. Ser viejo es lo peor.

—No diga eso, está usted genial. —Cogí su bolsa e introduje las barras que solía pedirme—. ¿Qué sabe usted del señor José? ¿Sigue entretenido en sus paseos frente al castillo?

Claudia me miró de reojo con interés.

«Qué gilipollas que soy. Y qué excusa tan deprimente para averiguar algo de la familia Requesens.»

Claudia había pasado a ser la encargada del reparto a domicilio de nuevo. Sin preguntarle, me dijo que Julia seguía igual de estirada que siempre y que no había vuelto a ver al marqués.

—Pues sí, guapa, y cada vez más. Parece ser que últimamente hay más movimiento que nunca. No paran de salir y entrar coches que a José no le suenan de nada, porque ya tiene controlados los del cuñado, la hermana y la amante. Veremos a ver qué pasa. Lo mismo acaban saliendo en las noticias por algún crimen más.

Joder, qué manía. En cuanto no controlamos la vida de alguien, hala, nos inventamos una historia escabrosa.

—¡Eh, chicas! —nos interrumpió Paula con sus gritos de júbilo—. ¡Lo he conseguido! ¡Van a hacerme una entrevista de trabajo!

Claudia y yo saltamos de alegría y nos abrazamos a ella para achucharla entre las dos.

—A ver, que todavía no es nada seguro, pero me motiva mucho pensar que me hayan seleccionado después de llevar años apartada del mundo laboral.

—Verás cómo te cogen —la animó Claudia—. La pena es que te vamos a echar de menos por aquí, y cada día hay más faena.

—Sí —dije yo con los brazos en jarras—, sobre todo desde que no te da la gana pisar el horno para no encontrarte con Salva. Por favor, Claudia, si yo ya lo he perdonado, ¿cuándo piensas hacerlo tú?

—No sé —respondió ella muy chula—. Ya veremos.

—Chicas —propuse de pronto—, ¿qué os parece si hoy salimos y lo celebramos? Podríamos ir a bailar y beber sin parar y sin tener que aguantar tíos. Es la mejor oportunidad que tendremos antes de que Claudia se reconcilie con Salva.

—¿Y quién ha dicho que vaya a hacerlo? —replicó la aludida.

—Oh, por favor, cállate —soltó Paula con los ojos en blanco—. Es cuestión de horas que caigas rendida ante esa mirada de osito de peluche que mendiga tu perdón.

—Vale, pero esta noche aprovechemos, chicas. Señora Berta —le dijo a la anciana, que todavía permanecía sentada atenta a cada una de nuestras palabras—, ¿podrían quedarse usted y su cuidadora esta noche con Joel? Le prometo que será la última vez.

—Pues claro, tonta —contestó la mujer—. Deseando estoy de ver la cara que pone nuestro hornero favorito cuando se entere de que te vas de fiesta. Y a Paula ya le va haciendo falta salir un poquito.

Al final, Paula decidió contar a los clientes de más confianza y vecinos lo que le había pasado con su marido. Ya no sentía vergüenza ni complejo de culpa. De esa forma, su autoestima volvía a subir poco a poco y, con el tiempo, podría ayudar a mujeres que hubiesen pasado por lo mismo dando charlas junto a la asistente social.

—Por no hablar de nuestra Micaela —continuó Berta—. Con lo guapa que eres, niña, nadie entiende que no tengas novio todavía. Con el poco

tiempo que llevas en el pueblo, ya has dejado una estela de corazones rotos, hija mía. Y eso que el cabroncete del alcalde no cuenta.

Paula y Claudia me miraron al mismo tiempo. Se cruzaron de brazos y me lanzaron una mirada de reproche del tipo «hablas mucho de perdonar y tú no perdonas una mierda, guapa».

Como si el único corazón roto fuera el de él. Como si nadie hubiese roto el mío.

—Pues decidido —salté yo antes de compadecerme más—. Esta noche ¡nos vamos de juerga!

La verdad, una noche de chicas sienta de coña. Aunque me sentí un poco invadida, con mis dos amigas en bragas en mi habitación probándose ropa y maquillaje, estaba feliz. Casi feliz.

Al final, las tres nos vestimos con vaqueros y *tops*, porque únicamente pensábamos pasar la velada en un bar que nos habían recomendado por su buena música y buena cerveza.

Por cierto, vaya trío multicolor, las había para todos los gustos: Claudia, con sus rizos y su risa floja; Paula, tan rubia y discreta; y yo, tan morena y misteriosa.

Nos apalancamos en una barra y empezamos bebiendo grandes jarras de cerveza, pero, saciada nuestra sed, comenzamos a pedir chupitos. El camarero servía tres a la vez y nosotras nos los bebíamos de un trago al mismo tiempo.

—¡Vamos, chicas! A la una, a las dos y a las... ¡tres!

Así una y otra vez, alternando beber con bailar en una pequeña pista. Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien.

Supongo que el que nunca hubiera tenido amigas tenía mucho que ver.

Los únicos momentos incómodos fueron cada vez que un tío se nos acercaba. Se ponían muy pesados y no teníamos más remedio que mandarlos a la mierda claramente.

—¡Tíos! —grité chupito en mano—. ¡Quién los necesita!

Una borrachera viene genial para disipar las penas. Lo peor es cuando el alcohol supera esa fina barrera entre la alegría y la pena. Si llegas justo a ese punto, de fábula; si no... la has cagado.

Tras horas de risas, bailes y entusiasmo, nos vino el bajón. Apenas

quedaba nadie en el bar, tan sólo un camarero que estaba terminando de limpiar y recoger. Y allí estábamos nosotras, tiradas en un reservado del rincón, hablando como si tuviéramos la lengua de gelatina. No sé ni cómo coño éramos capaces de entendernos.

—Echo de menos a Salva —gimió Claudia.

Ya estaba tardando.

—Lo quiero mucho, chicas, creo que siempre lo he querido y nunca, jamás, lo he olvidado. Todo por hacerle caso a las zorras de mis amigas, a las que Salva les parecía tan poco interesante. Ojalá se encuentre cada una un Martín en su vida.

Todavía conservábamos una botella de tequila y no dejábamos de rellenar los vasos de chupitos. Ya no recuerdo si caía más bebida fuera que dentro.

—¿Quieres decir con eso —pregunté— que pensabas en Salva mientras follabas con Martín?

Suficiente para reír hasta atragantarnos y casi ahogarnos.

—¡Pues claro que no! ¡Digo, sí! ¡Y yo qué sé! ¡Ya ni me acuerdo de follar con Martín!

La pobre no sabía ni lo que decía. Era la que más ebria estaba. ¿O era yo...?

Tampoco me acuerdo.

—Dejad de preguntarme a mí —gimió Claudia—. Odio hablar de mí. Micaela tiene cosas mucho más interesantes que contar. Seguro que también echas de menos a tu marqués pirata.

—Pues sí, chicas. Lo extraño mucho. Sobre todo su enorme y gran polla.

Carcajadas de nuevo.

—En serio —proseguí todo lo seria que me permitió la cogorza—, sí que lo echo de menos. Lo quiero. Lo quiero a pesar de todo. ¡Te quiero, Roderic! —grité.

Lo que hace el puto alcohol, joder.

—Pues vuelve con él, tía —me alentó Paula. No parecía tan bebida como nosotras... o tal vez hasta para eso era discreta—. Tú misma animas a Claudia a perdonar a Salva, pero no predicas con el ejemplo. Al fin y al cabo, ninguno de los dos fue sincero. No tenéis nada que echaros en cara.

—Él es un puto mentiroso y lo odio —gruñí.

—Vamos, Micaela —prosiguió Paula—, no olvides lo que hizo por ti. No le importó desprenderse de una valiosa joya para poder salvarte. ¿Acaso crees que alguien que pasa de ti hace algo tan altruista?

Fruncí el ceño. Si hubiese estado sobria, me habría dado cuenta de que Paula hablaba demasiado bien. Pero, con la borrachera, sólo me pareció estar manteniendo una conversación inútil.

—Es verdad —dije con sonrisa de boba—, ahora resulta que valgo tres millones de euros, chicas.

—¿Por qué no hablas con él? —insistió la pesada de mi amiga.

—No quiero. Paso de tíos. A la mierda los tíos. Sólo quiero volver a follar con él. ¿Sabéis que me subió a una torre y lo hicimos a plena luz del día?

—¡No jodas!

—Desde allí se veía el mar, muy cerquita. Y vimos cómo anocheecía.

—Qué romántico —suspiró Paula.

—¡Y una mierda! Sólo queríamos follar. Punto. También lo hicimos en la playa.

—Y seguro que eso tampoco te parece romántico.

—Pues claro que no. Sólo era echar un polvo.

—Y dale... Que sí, que sí, hija. Lo que tú digas.

—Ahora sólo tengo ganas de llorar —saltó de pronto Claudia. Se derrumbó sobre la mesa y comenzó a gemir entre llantos e hipidos.

Según me dijo después Paula, yo estuve a punto de hacer lo mismo, pero no lloré. No sé si me mintió porque sabía que me moriría de la vergüenza o era la verdad, pero el resultado fue igualmente patético. Tuvimos que llamar a un taxi porque no podíamos ni dar un paso. Y menos mal que no vomitamos hasta bajarnos del coche, porque dejamos la acera hecha unos zorros.

Afortunadamente, al día siguiente abríamos más tarde por ser festivo. Aun así, quisimos morirnos cuando sentimos correr las cortinas y los rayos de sol matutinos se clavaron en nuestra cabeza como cristales afilados atravesando la masa encefálica.

Por supuesto, Salva.

No entiendo que todo el mundo tuviera llave de mi casa. Iba a tener que

sacar ese tema muy pronto.

—¡Salva! —gritó Claudia—. ¡Estás aquí!

—¡Cállate! —gritamos Paula y yo. El simple zumbido de una mosca nos ponía de mala hostia.

—Sí —contestó Salva—, estoy aquí. Y tu hijo también está aquí. La señora Berta me lo trajo esta mañana temprano. Como su madre decidió anoche ahogar sus penas en tequila, yo mismo me he encargado de darle el desayuno.

—¿De verdad te has hecho cargo de Joel?

—Pues claro, Claudia. ¿Qué te crees? Te lo he dicho mil veces, te quiero, a ti y a tu hijo, y quiero que os vengáis a vivir conmigo los dos. Te pido perdón por enésima vez...

Claudia no lo dejó terminar. Se lanzó en sus brazos y lo besó apasionadamente, subida encima de él y sin dejar de tocarle el pelo, que ya le había crecido lo suficiente como para introducir sus dedos en él.

—Yo también te quiero, Salva. Y quiero irme a vivir contigo.

—Genial, cariño. Pero antes —le dijo con una mueca—, dúchate y lávate los dientes, anda.

Capítulo 25

Elegí ese día como pude haber elegido cualquier otro. Supongo que me animó bastante el que esa vez no nos hubiéramos encontrado en mi casa, como siempre hacíamos, y sabía que tendría la oportunidad de irme de allí si veía algún resquicio de desprecio en la cara de mis amigos.

Aquella noche nos reunimos en la nueva casa de Salva y Claudia, un piso pequeño pero que mi amigo había arreglado para hacer que pareciera el más acogedor del mundo.

El tío seguía siendo un manitas. Yo fui la primera en descubrirlo.

Joel ya estaba durmiendo y los cuatro habíamos ingerido suficiente cerveza como para estar algo entonados. No recuerdo ni de lo que estábamos hablando, porque yo sólo pensaba en cómo enfocar el tema. Al final, mi poco tacto volvió a ganar la partida cuando solté a bocajarro lo que tanto tiempo llevaba queriendo contar.

—Accedí a las peticiones de Raúl porque me chantajeaba con mi pasado... porque hace años matamos a una persona.

Conseguí la total atención de mis amigos. Los tres esperaron, expectantes, sin decir ni una palabra.

—Yo era una chica tan rara y marginada que el hecho de que un tío como él se fijase en mí me hizo la persona más feliz del mundo... pero empecé a faltar a clase y a mentir a mis padres para poder hacer cosas que yo consideraba flipantes. Robábamos coches, aunque luego los devolvíamos, nos colábamos en propiedades de ricos para bañarnos en sus piscinas, mangábamos ropa o utilizábamos tarjetas de crédito duplicadas.

Levanté la vista un instante para mirarlos a la cara. De momento, sus rostros eran inexpresivos. Si acaso, reflejaban pena.

—Un día, Raúl y sus amigos decidieron robar en una tienda a punta de pistola, y yo, para no ser la pringadilla de turno, fui con ellos. Sobra decir que el cabrón de mi novio disparó y mató al vendedor. Todos salimos corriendo de allí y decidimos separarnos. En vista de que no me detenían, seguí con mi vida, trabajando en la panadería de mis padres, hasta que ellos murieron. Lo vendí todo y me planté en este pueblo. Fin de la historia de mi vida.

Silencio.

—¿No vais a decirme nada?

—¿Crees que yo soy el más indicado para decirte algo? —intervino Salva.

—Al menos tú no vas por el mundo escondiendo tu pasado.

—Pero si hubiera podido hacerlo —confesó—, créeme, Micaela, lo hubiese hecho. No trato de justificarte, pero no pienses que el resto de la gente hubiese reaccionado de otra forma diferente. La mayoría de las personas tenemos pecados inconfesables y a ninguna de ellas le gusta ir contándolos por ahí.

—¿Qué pensabas, Micaela? —preguntó Paula—. ¿Que de repente íbamos a echarte de nuestras vidas? Sigues siendo tú, nuestra Micaela, la mejor persona que nos hemos topado en mucho tiempo. Al final has demostrado una gran valentía al contarlo.

—Y una gran confianza —intervino Claudia—. Porque confías en nosotros, en que sabremos guardar tu secreto como tú has guardado siempre los nuestros. Nadie lo sabe, sólo nosotros, y eso, únicamente, demuestra que somos amigos, amigos de verdad.

—¡Basta! —grité. Me puse en pie de un salto para disimular las lágrimas que inundaban mis ojos—. ¿Ni siquiera vais a recriminarme nada?

—Bastante has tenido tú —habló Paula—, como para que ahora nosotros vayamos a juzgarte. Seguro que llevas años de pesadillas. Para nosotros ya estás perdonada. Ahora sólo falta que te perdones tú, Micaela.

Se acabó. Ya no pude soportarlo más.

Me fui corriendo de la vivienda y me lancé a la calle en busca de mi

furgoneta. Arranqué y salí disparada, en un principio sin tener un destino concreto. Pero luego reaccioné y seguí el instinto que me proporcionaron mis recuerdos, cuando por las noches salía en pos de un tío que pudiese hacerme olvidar.

Conduje hasta la ciudad más cercana. Había mirado en Internet, en el móvil, la zona que pudiese estar más acorde con lo que yo necesitaba. Tras un par de vueltas a la misma manzana, la encontré, una zona de bares y garitos donde podría hallar lo que andaba buscando. Antes de salir del coche, me desabroché el sujetador y me lo saqué por el escote de mi camiseta de tirantes. Siempre resultaba más cómodo.

Entré en un bar bastante cutre, donde casi te quedabas pegada en el suelo, por no hablar de la barra. Allí le pedí al camarero una cerveza y comencé a bebérmela mientras sentía varios pares de ojos clavarse en mí. Sonreí. Nunca me había costado mucho trabajo que los tíos se fijaran en mi físico tan llamativo.

—¿Puedo acompañarte, preciosa?

Lo que yo decía.

—Claro —respondí.

Lo primero que hizo fue fijarse en el relieve de mis pezones erectos y, seguidamente, en mi boca. Ya me valía para lo que yo lo quería. No era un tío para nada atractivo, con la boca demasiado pequeña y los dientes amontonados, por no mencionar sus ojos demasiado juntos. Pero ¿cuándo me había importado eso a mí? No todos los tíos tenían preciosos ojos azules, labios perfectos y un cuerpo impresionante.

El tipo comenzó a hablarme de no sé qué gilipollez sobre su moto, que estaba en el taller de un colega y que no tenía transporte para esa noche.

—Me importa una mierda tu vida —lo corté—. Sólo quiero echar un polvo, a poder ser aquí y ahora.

—Joder, preciosa —se asombró—. Ojalá todas las tías me dijeran lo mismo. Sobre todo las impresionantes como tú.

Me agarró de la mano y me llevó a un cuartucho junto a los lavabos. Estaba lleno de cajas de bebidas y paquetes con rollos de papel higiénico. Me estampó en la pared y comenzó a lamer mi rostro de arriba abajo, dejando un

reguero de saliva con sabor y olor a cerveza rancia. Yo misma busqué su boca e introduje mi lengua hasta el fondo para ponerlo cachondo, aunque ya demostró estarlo bastante cuando bajó mi camiseta y dejó mis pechos al aire. Los juntó con sus manos y comenzó a chupar mis pezones, aunque, en vez de lamerlos con la lengua, se dedicaba a succionarlos como si sus labios fuesen ventosas.

Joder, qué poco entienden los tíos de chupar bien unas tetas.

Busqué su bragueta para bajar la cremallera de los pantalones e introducir mi mano. Su polla estaba dura y caliente, y me pareció que ya me había dejado sobar lo suficiente. Desabroché mis vaqueros, me los bajé justo por debajo del culo y me di la vuelta para no verle la cara.

—Vamos —le dije—, saca un condón y fóllame.

—No tengo —respondió mientras seguía besando mi cuello—. Ni en sueños esperaba encontrarme con una proposición así.

—Joder —mascullé—. Mierda. Pues entonces, olvídalo. —E hice el amago de subirme la ropa. Sexo con desconocidos, sí. A pelo, no.

—¿Piensas largarte y dejarme con el calentón? —gruñó el tipo—. De eso nada, monada. Yo te follo aunque sea por el culo.

—Quítame las manos de encima, cabrón.

Debería haberme buscado uno más raquítrico por si me encontraba en esa situación. Éste era un tipo fuerte, que me acorraló con su peso contra la pared y con una mano abrió mis glúteos mientras con la otra guiaba su miembro hacia la entrada.

—Vamos, preciosa, ábrete para mí. Si ya casi entra.

—¡Hijo de puta! ¡Déjame...!

Tapó mis gritos con una de sus manos y empecé a notar que me faltaba el aire. Presionaba mi nariz y mi boca y pensé que moriría asfixiada en un puto cuartucho, mientras notaba ya la presión de su polla en el interior de mi cuerpo.

Sólo un instante más tarde, mis pulmones se llenaban de aire de golpe. Respiré a bocanadas al tiempo que dejaba de notar la presión del tipo en mi espalda.

—¿Qué estás haciendo, cabrón? ¡Déjala en paz!

Una mole de tío se echó sobre aquel cerdo y le asestó un puñetazo en la mandíbula que lo dejó sin sentido en el suelo. Y yo, ya sólo pude llorar y echarme en sus brazos.

—Qué bien te bauticé como mi ángel salvador —sollocé contra el pecho de mi amigo.

—¡Joder, Micaela! ¿Estás loca o qué? ¿Cómo se te ocurre presentarte sola en este lugar?

—¿Cómo me has encontrado? —le pregunté mientras salíamos a la calle.

—Me he preocupado y te he seguido con la moto, pero no sabía en cuál de todos estos bares podías estar, por eso he tardado un poco.

—Gracias, Salva. Otra vez.

—¿Gracias? ¿Y te quedas tan pancha? ¿Te imaginas qué hubiese pasado si llego a tardar unos minutos más? ¡Te mataría ahora mismo, joder!

—Oye, que sí, que ha sido una estupidez, vale ya.

—Móntate ahora mismo en tu furgoneta y tira para casa. Yo te sigo y no paro hasta que estés en la puerta.

—A la orden.

Ya sé, me hice bastante la chula cuando estaba como un flan, con los nervios a flor de piel y unas ganas de llorar que no había manera de transformar en llanto, por lo que una honda presión se instaló en mi estómago y me causó hasta dolor.

Cuando llegué a la puerta de mi casa, Salva se quedó más tranquilo y desvió su moto hacia la dirección de su piso, así que aproveché para arrancar de nuevo y dirigirme a un lugar al que deseaba entrar. Lo necesitaba.

Paré ante la reja del castillo y anhelé que, al reconocirme, los de seguridad la abrieran y me dejaran pasar. Pero no. Por mucho que esperé, la reja no se movió.

Desesperada, bajé del vehículo y me acerqué a la cámara, por si no me habían visto bien, pero tampoco hubo suerte. Nadie me abrió. Nadie salió.

Exhausta, entré en la furgoneta, me dejé caer en el asiento y ya no pude evitar ponerme a llorar.

Sólo unos minutos más tarde, oí el sonido de un motor deportivo. Miré a través del parabrisas y vi acercarse un pedazo de Ferrari de color rojo hacia la

entrada. La reja sí que se elevó en ese momento, dejando salir a ese coche que, justo al pasar por mi lado, ralentizó su velocidad. No podía ver quién podía ser su conductor debido a las lunas oscuras, pero estuve segura de que era Roderic quien lo conducía, como estuve casi segura de que me estuvo mirando. Después, dio un par de acelerones y salió de allí como si hubiese oído el disparo de salida de un *rally*, dejando tras de sí, únicamente, una estela de polvo y gravilla.

Capítulo 26

Castillo de la familia Requesens

—Señor, parece la panadera, aunque es demasiado temprano para traer el pan. ¿Quiere que le abramos la puerta?

—No —le contesto a mi jefe de seguridad—. Ahora mismo tengo pensado salir y no puedo perder el tiempo.

—Parecía que estuviese... llorando, señor.

—Ya se cansará, joder. Ahora voy a coger el Ferrari, pero no quiero que levantéis la reja hasta que esté a punto de salir. ¿De acuerdo?

Casi desbarato mis planes al verla a ella, pero no voy a hacerlo. Justo esta noche necesito saber algo, cerciorarme de algunas cosas de las que deseo estar seguro.

Saco el Ferrari del garaje y me dirijo a la salida. Y ahí está, al otro lado de la reja. La furgoneta de Micaela.

Tal y como ha dicho mi jefe de seguridad, yo también la he visto, y parecía desesperada por entrar, aunque no estoy convencido del todo.

¿Para qué habrá venido a estas horas?

Acelero para salir de mi propiedad y que la reja pueda volver a ser bajada, pero freno un poco al llegar a la altura de la vieja furgoneta. A través del cristal tintado de mi ventanilla puedo observarla bien. Está apoyada en el asiento y sus preciosos ojos dorados aparecen húmedos y tristes. Hasta creo vislumbrar el reguero que han dejado sus lágrimas a través de sus mejillas.

A punto estoy de sucumbir... de bajarme del coche, meterme en el suyo y

abrazarla, envolverla con mi cuerpo y cubrirla de besos para acabar haciéndole el amor ahí mismo. Pero me repongo a tiempo. Esta noche no. Todavía no.

Acelero de nuevo y salgo del pueblo para dirigirme a toda velocidad a las afueras de la capital, a tan sólo tres salidas de autopista. Cuando entro en la urbanización, encuentro la casa con facilidad. La recuerdo perfectamente.

Entro y pronto me topo con la anfitriona, que me saluda como si hubiese aparecido en su casa el mismísimo rey.

—¡Su Ilustrísima! —me saluda pomposamente—. Mi querido marqués, cuánto tiempo.

—Hola, condesa —la saludo con un beso en la mejilla. Su piel es suave y tersa, aunque se sabe que le falta poco para los cincuenta.

Lo que también se conoce es su obsesión por el bótox.

La discreción sigue siendo su lema y deja que me dé una vuelta por los salones y jardines. Cojo una copa de cava de un barman que hay apostado al fondo y continúo con mi recorrido.

A simple vista, esto es una fiesta bastante normal. Alcohol, cocaína, apuestas... Pero a mí no se me escapa la variedad de parejas que, tras sólo algún saludo cordial, desaparecen escaleras arriba. Algunos de los que vienen son matrimonios que, cansados de la rutina y de un compromiso forzado, se presentan juntos en espera de encontrar cada uno un rato del sexo que ya no existe en sus vidas.

—Dios, Rody, eres tú —oigo a una mujer rubia que se acerca a mí y me da dos besos. No recuerdo si me la he follado alguna vez, pero ella sí recuerda mi nombre, aunque eso es fácil hacerlo. Nadie más aparece por aquí con un parche.

—Señora de Vilaplana, qué placer —le digo al besar su mano.

—Eso es lo que espero —me dice guiñándome un ojo—. Pensé que mi noche sería de lo más aburrida hasta que te he visto aparecer. Mi amiga Mar me lo estaba comentando. ¿No es cierto, cariño?

—Ciertísimo —afirma ésta, que me acaba de desnudar con la mirada—. Pero acabo de constatar que es nuestra noche de suerte.

Las dos tiran de mí hacia la planta superior, entre cuchicheos y risitas

femeninas, y me llevan hasta una de las habitaciones. No encendemos la luz, únicamente la claridad de la luna y las farolas del jardín son suficiente como para alumbrarnos a través del ventanal.

Las dos amigas comienzan pronto a desnudarse entre ellas, entre besos y caricias. Cuando están completamente desnudas, se centran en mí y, mientras una me desviste, la otra me besa, de una forma erótica y exquisita.

Sólo un instante después, cambian las tornas. La primera comienza a besarme mientras su amiga se agacha ante mí y se mete mi polla en la boca. Sus labios y su lengua son perfectos y me chupan de una forma experta, que hacen que me excite y a su vez se excite su compañera, que me besa con frenesí.

Claro está, no soy de piedra. Sé que si me concentro acabaré corriéndome, pero no es eso lo que quiero. Sólo pretendía averiguar algo y lo he conseguido.

Con cuidado, aparto a las dos mujeres de mí y las coloco sobre la cama. Creo que ni siquiera se han dado cuenta de mi ausencia, pues continúan dándose placer la una a la otra. La rubia se abre de piernas y su amiga comienza a lamer su sexo, mientras las dos gimen y se retuercen sobre las sábanas...

Joder, una cosa es tener muy claro lo que he venido a buscar, y otra es soportar una escena así. Será mejor que me largue antes de que tenga que cogerme la polla y hacerme un nudo.

Ya en mi casa, me espera el médico. La cosa parece ir bien, pero todavía es pronto para saberlo. Mientras el hombre repasa toda una serie de cuidados y consejos, yo ya sólo puedo pensar en que, muy pronto, llevaré a cabo mi plan.

Capítulo 27

Un mes más tarde

Nunca había visto tanta gente en mi panadería como aquel día. Siempre ambicioné hacer algo más que pan, pero primero quise que la gente me conociera y supiera de primera mano la calidad de lo que le ofrecía. Hecho esto, me decidí a arriesgar más y comencé a explotar mis conocimientos en repostería para hacer rosquillas, buñuelos, bizcochos y pasteles.

Y tengo que decir que resultó todo un éxito.

Eso sí, tuve que contratar a una persona más. Paula ya no podía venir ni a ratos, puesto que ya había encontrado un puesto como administrativa en una gestoría. No la llamaron del primer sitio donde le hicieron la entrevista, ni tampoco del segundo, pero sí del tercero.

Ya se lo había dicho yo: «¿Rendirte? ¡Jamás!».

Así que se me hacía imprescindible algo más de ayuda, al menos en días puntuales como aquél, en los que los clientes hacían cola para conseguir su mona de Pascua, sin contar el tiempo que llevábamos vendiendo buñuelos de cuaresma.

De pronto, un extraño silencio pareció cubrir a la concurrencia. En mitad del calor de la mañana, únicamente susurros y un revoloteo al final de la cola fue lo que quedó del barullo. Algo pasaba en la calle, pero desde mi ubicación tras el mostrador me era imposible ver nada.

—¿Qué ocurre ahí fuera?

—¡Un Ferrari acaba de aparcar en la puerta! —gritó alguien.

—¡Un tipo sale de él! —chilló otro.

—¿Quién es?

Creo que me olvidé de respirar. La gente pareció abrirse como las aguas del mar Rojo para dejar pasar a un hombre del que, a pesar de no conocerlo, la mayoría de los presentes sospechaba su identidad.

—Buenos días —saludó al llegar a la altura del mostrador, frente a mí—. Antes de nada, me gustaría presentarme. Me llamo Roderic, y soy el marqués de Requesens. Supongo que deben saber que vivo en el castillo del pueblo, a las afueras.

Todo el mundo asintió con la cabeza, alucinando.

—¿Qué tal, Micaela? —me saludó—. ¿Cómo está?

—Bien, gracias —contesté totalmente embobada.

—¿Se conocen? —preguntó la señora Berta. Tenía los ojos tan abiertos que temí que fuera a darle un soponcio.

—No, señora —se adelantó él a contestar—. Únicamente la conozco de llevarme el pan a mi casa.

Supe qué quería decir con eso. Sólo quería disimular que hubiese habido algo entre nosotros.

—Sí que lo conozco —añadí con tranquilidad—. He hablado muchas veces con el marqués y debo decir que me cae muy bien.

Él se limitó a sonreír y a mirarme con su precioso ojo azul, más brillante que nunca.

—Mami, mami —oímos la voz de una niña—, ¿qué le ha pasado a ese señor en el ojo?

Todo el mundo pareció contener la respiración. A nadie le había pasado desapercibido el parche sobre el rostro del marqués.

—Niña, por Dios —murmuró la madre de forma recriminatoria—. Cállate.

—No importa —intervino Roderic. Se acercó a la cría y comenzó a hablar, aunque a todos les quedó patente su intención de dar su explicación al público en general—. Tuve un accidente. Iba con mi mujer en el coche y nos caímos por un barranco. Yo pude salir, pero ella no. El coche explotó y mi mujer murió. Debido al impacto de la explosión, perdí el ojo.

—Entonces —murmuró una chica, no recuerdo quién—, fue un accidente.

—Por supuesto que fue un accidente —me adelanté a contestar—. Y un accidente lo puede tener cualquiera.

Volvió a acercarse al mostrador sin dejar de fijar su ojo en mí. Sonreía, parecía feliz, pero al mismo tiempo se lo veía incómodo, turbado entre toda aquella gente.

Todavía continuó un poco más aquel silencio, en el que yo ni tan sólo fui consciente de las miradas interesadas de los clientes. Únicamente me sentí acariciada por Roderic con sólo mirarme. Era él, estaba allí, en mi panadería. Mi corazón golpeaba fuerte contra mi tórax y provocaba que me flaquearan las piernas.

Pero también me sentí feliz.

—¡Que se hace tarde! —gritó alguien al final de la cola, devolviéndonos a todos a la realidad.

—Eh... sí, claro —reaccioné aturdida—. Señor marqués, si desea comprar algo, tendrá que aguardar su turno.

—No importa —dijo con rapidez la mujer a la que le tocaba—. Que pida el señor marqués, que pida.

Seguro que babeaba como toda fémina que lo estuviera mirando en aquel momento.

—Creo que el señor marqués no va a comprar nada, ¿verdad? —le pregunté.

—Pues sí —respondió él sin dejar de mirarme—. Quería... esas barras de pan de ahí.

Por supuesto, no tenía ni idea de lo que estaba pidiendo.

—Muy bien. ¿Cuántas le pongo?

—No sé. Todas.

—Señor —le dije divertida; yo tampoco desviaba la vista de su ardiente mirada—, ahí hay veinte barras.

—Perfecto —contestó.

—Es pan sin sal —le aclaré, mordiéndome ya el labio para no reír.

—Está bien.

Ante la atenta mirada de la clientela —y, sobre todo, la de Roderic—, coloqué las barras en el interior de una caja y se la puse delante.

—Aquí tiene, señor.

—Oh, sí, claro —dijo, cogiendo la caja.

—Son veinte euros.

Ahí fue cuando casi estallo en carcajadas, cuando reaccionó y vi la cara que ponía ante mi petición del dinero. Y el colmo fue verlo trastear en los bolsillos de su chaqueta para acabar diciendo que no llevaba cartera ni dinero encima.

—¿Podría apuntarlo en mi cuenta? —pidió avergonzado.

—Por supuesto, señor —acepté.

—Y, si no le importa, ¿podría alguien acercármelo a mi casa? He de realizar hoy algunos recados y en el interior del coche el pan acabaría como si lo hubiesen vuelto a hornear.

—Por supuesto —repetí—. Claudia se encargará de llevárselo a su domicilio, como viene haciendo cada día.

No estoy segura de si lo que vi en sus ojos fue decepción.

—Gracias, Micaela. Por cierto —volvió a dirigirse a la concurrencia—, quería comentarles en primicia una noticia a todos ustedes. Todavía no está cerrado el acuerdo, pero ya estoy en tratos con el ayuntamiento y el gobierno autonómico para que el castillo pueda abrirse al público y ser visitado una vez al año.

Uf, ¡cómo me costó no llorar en aquel instante!

—Aún no se ha hablado nada de fechas, pero calculo que todavía puede tardar un tiempo en llevarse a cabo este proyecto. Necesito hacer algunas adaptaciones y cambios, pero prometo que haré lo que esté en mi mano para que, lo más pronto posible, algunas estancias de mi propiedad puedan ser visitadas.

—¡Eso es fantástico! —exclamó Claudia—. Lo poco que he visto en mis repartos me ha parecido una maravilla. Los animo a todos a ir, les va a encantar.

—Gracias por su promoción —añadió Roderic, obligándola a ponerse roja como un tomate—. Les esperaré a todos allí. Buenas tardes.

De nuevo, las aguas del mar Rojo volvieron a abrirse para dejar paso al marqués de Requesens.

—Hasta pronto —lo despidieron varias mujeres que no habían dejado de mirarlo—, su Excelencia.

—Es su Ilustrísima —las corregí yo.

Capítulo 28

Levanté la vista cuando yo misma me di cuenta de lo que estaba haciendo. Estaba limpiando y fregando mientras tarareaba una alegre melodía, hecho que no les pasó desapercibido a mis amigos, que me miraban los tres de una forma que me hizo sentir demasiado expuesta.

—¿Qué os pasa a vosotros? Parecéis el Tribunal de la Santa Inquisición, joder.

—Nada de eso —contestó Paula la primera—. Sencillamente, te vemos feliz desde que el marqués ha estado en tu panadería.

—¿No crees —continuó Salva— que deberías dejar ya de hacer felices a los demás y dedicarte a construir tu propia felicidad?

—¿Qué tonterías dices? —pregunté, disimulando mi incomodidad—. A ver si me vais a hacer creer que soy una santa. Yo no he hecho nada.

—¿Te parece poco? —Le tocaba el turno a Claudia—. Todo lo que hiciste por Salva cuando te pidió trabajo, o por mí y mi hijo cuando vine aquí mendigando un empleo. Todo lo que maquinaste para que Salva y yo acabásemos juntos, o lo que hiciste para apoyar a Paula.

—El favor fue mutuo —les recordé—. Yo necesitaba personas que trabajaran en mi panadería, y no os regalo el sueldo, os lo ganáis con vuestro trabajo. Y no tuve que hacer nada para que os liarais —contesté—: hubierais acabado juntos de todas formas. En cuanto a lo de Paula... cualquiera la hubiese apoyado en su situación.

—No, cualquiera no, pero tú sí. Lo malo es que te resulta más fácil ayudar que recibir ayuda. Deja de creer que no la mereces.

—A ver, chicos —les dije, cada vez con menos argumentos—. ¿Y qué queréis que os diga? ¿Me vais a hacer un monumento o algo así?

—No —razonó Paula—, únicamente creemos que ha llegado tu turno. A ninguno nos ha pasado por alto la forma en que tú y el marqués os habéis mirado. Estáis enamorados, Micaela, y el amor es algo tan difícil de encontrar que, si lo encuentras y pasas de largo, lo más seguro es que te arrepientas algún día.

—Joder —suspiré, mientras soltaba el mocho y me dejaba caer en una silla—. Cuando lo he visto en mi panadería se me ha salido el corazón del pecho. Lo echo tanto de menos que me parece que sólo esté viviendo a medias.

—¿Entonces?

—Le dije cosas muy duras —suspiré.

—Seguro que nada tan malo que él no pueda perdonar —replicó Paula—. Empieza por perdonarte a ti misma, Micaela.

Hacía mucho tiempo que no me esmeraba tanto en mi aspecto para salir, ni me cagaba en todo por no tener más que cuatro trapos en el armario. Para más inri, Paula estaba trabajando y Claudia tenía una talla muy diferente a la mía. Creo que vacié por completo todo el armario encima de mi cama y lancé la mitad de las prendas al suelo antes de encontrar algo que me pareciese presentable. No era más que una falda vaquera y una blusa de color cereza, pero volvía a realzar mi tono de piel y me sentí muy guapa.

El tema del pelo me mantuvo otro buen rato frente al espejo. ¿Recogido como siempre? ¿Suelto?

Dos grandes aros volvían a colgar de mis orejas, y decidí que esta vez me lo dejaría suelto, aunque casi me llegaba ya a la cintura.

Preparada y nerviosa, me senté frente al volante de mi furgoneta, le di a la llave y... ¡mierda! Algún día tenía que pasar: no arrancó.

—¡Joder, joder! —grité aporreando el volante—. ¡No me hagas esto hoy, precisamente!

No me quedaba otra solución que llamar a Salva.

—¿Estás segura de que sabes conducirla? —inquirió cuando apareció con su moto.

—Que sí, que sí. Las robé muchas veces con el cabrón de Raúl. —En ese instante, ya me estaba colocando el casco y subiendo a la moto de mi amigo. Se me remangó la falda y casi se me sube a la cintura, pero no estaba la cosa para andar con remilgos.

—Ten cuidado, Micaela, me costó una pasta...

Ya no oí nada más, porque salí de allí pitando.

Al llegar frente a la reja del castillo, tuve que sacarme el casco para que me reconocieran. Y esta vez sí que me abrieron.

Aparqué junto a la entrada de servicio, como siempre había hecho en mis repartos. ¡Cómo echaba de menos aparecer por allí cada mañana con mi pan recién hecho, saludar a los demás repartidores y ver la cara de mojama de Julia! Y, sobre todo, echaba muchísimo de menos a Roderic.

Precisamente, fue el ama de llaves quien me abrió la puerta.

—Un placer verla de nuevo por aquí —me saludó.

Y yo me quedé a cuadros al verla tan amable. Aproveché para darle el casco y entonces fue ella la que me miró con cara de no entender nada.

Subí la escalera con precaución, despacio. No sabía qué podía encontrarme, ni tan sólo estaba segura de lo que hacía allí o de lo que pudiera hablar con Roderic. Atravesé igualmente despacio el vestíbulo y me asomé a la puerta del salón. Me dio un vuelco el corazón al ver allí al marqués, mirando a través de la vidriera, con las manos a la espalda. Las cortinas permanecían abiertas, y el color miel de los cristales de las ventanas dotaba a la estancia de un ambiente cálido y mágico.

—¿Ahora vas de motera? —preguntó, aún sin girarse.

—Se me ha estropeado la furgoneta —contesté—. Lamento decirte que no he podido traer tu pedido de pan sin sal.

—No importa. —Rio, al tiempo que se daba la vuelta.

Nos miramos durante unos segundos. Resultaba abrumador sentir aquella atracción tan fuerte, como una fuerza que te atrapa y no puedes hacer nada por evitarla, sólo seguirla y dejar que te arrastre. Lo que sentí desde la

primera vez que lo vi.

—Hola, Micaela. Estás muy guapa.

—Gracias. Sólo es ropa barata —dije, admirando mi indumentaria.

—Tú estás guapa con cualquier cosa. No necesitas vestidos ni joyas caras. No supe qué decir a ese comentario.

—Antes de nada, Roderic, quería decirte que me alegro de tu propuesta de abrir el castillo.

—Fue idea tuya.

—También me alegro de que hayas aparecido por mi panadería.

—La tienes muy bonita. Y ya veo que es todo un éxito. Está claro que, cuando te empeñas en algo, lo consigues.

—Gracias otra vez. —Carraspeé—. Verás, Roderic...

¿Cuánto hacía que no estaba tan nerviosa? Quizá era porque hacía mucho tiempo que no me jugaba tanto: mi propia felicidad.

—Yo... quería pedirte disculpas por las cosas que te dije la última vez que nos vimos. Me habías rescatado de un par de locos, diste una preciada joya de tus antepasados a cambio de que me soltaran y yo únicamente me dediqué a recriminarte cosas que no tenía derecho a censurar. Aún más si contamos con que yo he hecho lo mismo, esconder mi pasado, taparlo, como si fuese tan fácil como echarle un poco de tierra por encima. Lo siento.

—Disculpas aceptadas.

Él no parecía demasiado expresivo, ni para lo bueno ni para lo malo. Se limitó a quedarse quieto delante de la ventana, con las manos en los bolsillos del pantalón. No llegué a saber si parecía enfadado o, simplemente, expectante a lo que pudiera decirle.

—Además, me resulta bastante hipócrita por mi parte juzgarte a sabiendas de que mi pasado encierra unos actos bastante peores que los tuyos. El motivo por el cual Raúl me chantajeaba es que nosotros...

En un segundo, recortó la distancia que lo separaba de mí y colocó dos de sus dedos sobre mi boca.

—Chist, no es preciso que lo digas ahora. Nunca te he exigido que me lo contases, porque es algo que debes decidir hacer en el momento apropiado. Lo dirás cuando lo creas oportuno. Además, ¿sabes una cosa? Me importa un

comino lo que hicieras, absolutamente nada. Te conocí un día que te colaste en este mismo salón y me sentí atraído por ti. Lo que hicieras antes de eso... es irrelevante.

Se me hizo muy difícil aguantar las lágrimas después de escuchar aquello.
—Te he echado de menos, Roderic.

Imposible aguantar por más tiempo. Me pasaba la vida aconsejando a los demás que aprovecharan la vida, que sólo es una y ésta pasa, y luego yo me dedicaba a ir en contra de mis propios deseos y sentimientos. «¡A la mierda! ¿Él es un marqués y yo una panadera? Sí, ¿y qué? Dudo de que a estas alturas del siglo XXI nadie vaya a escandalizarse porque salgamos juntos o sepan que me acuesto con él.»

Me dolió un poco que él no me contestara que también me había extrañado, pero no por ello iba a callarlo. Estaba tan cerca que su olor volvía a envolverme en una nube de vapor sensual, y su ojo azul parecía quemarme.

—Echo de menos verte, hablar contigo, reír contigo o discutir contigo. Echo de menos tus besos, tus caricias, que me hagas el amor en lo alto de una torre.

Nada, no me decía ni media.

—Vine a este lugar huyendo de otro que sólo me traía malos recuerdos — continué hablando mientras él simplemente me miraba—. Aquí encontré mi casa y el modo de ganarme la vida, con algo que es mío y de lo que me siento muy orgullosa. También encontré amigos, los mejores del mundo, a los que quiero con todo mi corazón. Y con todo ello era feliz, mucho.

Cogí aire antes de continuar.

—Disponía de todos los ingredientes necesarios para serlo, no pedía nada más, pero no fue hasta que te conocí cuando me di cuenta de que faltaba algo en mi vida... como si hubiese estado haciendo hasta entonces buñuelos con todos los ingredientes indispensables pero me hubiera olvidado del toque del anís, o de la canela, o de la ralladura de un limón. Porque tú, Roderic, eras el ingrediente que me faltaba.

Después de soltar todo aquello que tenía acumulado, me quedé tan tensa que, sólo con que alguien me hubiese tocado, me habría derrumbado hasta desmoronarme sobre el suelo como un montón de arena. Agradecí que

Roderic se limitara a sonreírme y a ofrecerme su brazo.

—¿Quieres que demos un paseo?

—Me encantaría.

Me sorprendí cuando nos dirigimos al vestíbulo y salimos fuera por la puerta de entrada. En silencio, seguí sus pasos y pronto nos encontramos atravesando el precioso jardín que rodeaba el castillo, hasta llegar junto al laberinto y el lago. A pesar de que gruesos nubarrones negros tapaban el cielo, la temperatura era perfecta para quedarse a admirar aquel bonito lugar. Roderic y yo seguimos caminando, bordeando el lago rodeado de bancos de piedra y arbustos redondeados.

—Vives en un lugar precioso —le dije tras un buen rato de paseo.

—Sí, lo es.

—Y ahora, en primavera, todavía más.

—Yo también te he echado de menos, Micaela —soltó de pronto. Mis dedos se clavaron en su antebrazo ante la emoción que me produjo escuchar eso—. Cada minuto de cada día que llevo sin ti, he añorado tu mera presencia.

—Pensé que no ibas a decírmelo nunca. —Sonreí.

Paramos en medio de un espacio entre árboles. El cielo cada vez estaba más oscuro y avisaba de sus intenciones lanzando rayos y truenos que todavía se oían lejanos.

—Me gustaría seguir viéndote, Roderic. Me muero por estar contigo, por compartir estos momentos. Te quiero.

—No va a poder ser, Micaela. Ya no deseo que sigas siendo mi amante.

Después de desnudar mi corazón de aquella manera, oír aquello fue como recibir un cubo de agua helada sobre la cabeza; como una patada en el centro de mi estómago.

—¿Es... porque ya tienes a otra?

Dios, qué duro fue esperar una respuesta.

—No, no tengo amantes, ni queridas, ya pasó el tiempo de eso. Tampoco me apetece seguir acudiendo a fiestas o a lugares donde encontrar un desahogo físico con sexo fácil. Y, créeme, lo he comprobado.

—¿Entonces? —pregunté confundida.

—Te amo, Micaela, y ya no deseo que seas mi amante sólo a ciertas horas de ciertos días. Quiero que seas mi mujer.

Intenté hablar, pero creo que balbucí únicamente algún sonido incoherente hasta que logré decir algo.

—¿Tu mujer? ¡Por Dios, Roderic, tú eres un marqués y yo la panadera!

—¿Y crees que me importa eso? ¿O te importa lo que pueda pensar la gente?

—¡Claro que no! Pero...

—Hablas de tu vida, Micaela, como si comenzara cuando llegaste aquí. Pues bien, la mía acabó con el accidente y desde entonces me he limitado a respirar para vivir. Hasta que te conocí y volví a encontrarme con ganas de levantarme cada mañana, de esperar el momento de verte aparecer con tu furgoneta, de poder hablar contigo después, aunque fuera para discutir. Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo y no voy a conformarme con que vengas de visita para follar en una torre o bailar solos en un salón de baile que no se usa desde hace siglos.

—Yo siento lo mismo, Roderic, pero, no sé, no esperaba esto. Pensé que tu mundo y el mío se encontraban demasiado lejos.

—¿Lejos? Tú misma has podido comprobar la similitud de nuestras vidas, ambas con pasados que pretendemos olvidar. Yo no me atreví a confesar ese pasado, lo mismo que tú, de nuevo los dos por miedo, por cobardía o, seguramente, porque no queríamos perdernos el uno al otro. Me parezco más a ti que a cualquier mujer que pueda tener un título nobiliario o una familia de impecable linaje. —Calló un instante y luego sonrió—. Por no mencionar lo preciosa que eres. Eres guapa y eres auténtica, Micaela. Eres perfecta para mí. Y me gusta que seas panadera. Me encanta tu olor a pan.

—Por Dios —murmuré—, no sigas o lloraré.

—¿Y tú dices que soy el ingrediente que te faltaba? —me preguntó, ignorando mi súplica—. A la receta de mi vida no le faltaba un toque de anís o canela, le faltaba la harina, los huevos, la levadura, el azúcar, la leche... todo. Y tú, mi vida, eres todo eso junto. Todos los ingredientes que me faltaban.

—Yo sólo sé que ahora mismo me muero por besarte —le dije. Ya no

pude parar el llanto, las lágrimas de felicidad que se derramaban por mis mejillas.

—Pues bésame, Micaela.

Me lancé a sus brazos y a su boca, para abrir sus labios y buscar su lengua. Creo que nuestros dientes llegaron a impactar por la fuerza del deseo que nos embargaba. Lamimos, chupamos y mordimos nuestros labios y nuestras lenguas, ávidos por saborearnos, por fundirnos en uno.

Justo en ese instante, un fuerte trueno retumbó en el cielo y, a continuación, gruesas gotas de lluvia comenzaron a caer sobre nosotros.

—Vaya —exclamó Roderic por encima del sonido de la lluvia y los truenos—, me parece que mi intención de hacerte otra vez el amor en lo alto de la torre va a tener que postergarse.

—No me importa el lugar —contesté yo, parpadeando para evitar que el agua me entrase en los ojos—. Sólo quiero estar contigo.

La lluvia arreció y Roderic me tomó de la mano para salir corriendo de allí e ir en busca del resguardo del castillo. Una vez dentro, continuamos corriendo a través de escaleras y pasillos hasta llegar al dormitorio del marqués.

—Dios, estamos empapados —dije sin parar de reír.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó él. Su mirada no podía esconder la excitación.

—Nos estábamos besando —susurré.

Volvimos a unir nuestras bocas, pero esta vez nuestras manos iban a la misma velocidad que nuestras lenguas, ávidas por despojar al otro de la ropa mojada. Mientras yo intentaba arrancar los botones de su camisa, él consiguió sacarme la blusa y bajó su cabeza para besar mis pechos a través del encaje de mi sujetador.

Su boca y sus dedos mágicos me llenaban de placer, por lo que yo, desesperada por tocarlo a él, fui capaz de desnudarlo del todo antes de que él lo hiciera conmigo, tal y como estaba de ocupado apartando la tela del sujetador para encontrar mis ansiosos pezones.

No tengo muy claro si el deseo acumulado es capaz de provocar cierto grado de locura, pero yo me volví loca de deseo cuando lo tuve desnudo para

mí. Besé y mordí su boca, su cuello y su tórax. Lamí la mata de vello de su pecho y fui bajando hasta dejarme caer de rodillas. Me abracé a sus piernas para morder sus caderas y besar su culo prieto mientras mis manos se clavaban en sus muslos.

Intenté coger aire antes de hundir mi rostro entre sus piernas, para inspirar su olor íntimo, para sentir su áspero vello en mi cara. Únicamente me dejó unos segundos lamer sus hinchados testículos y meterme en la boca su grueso miembro antes de que me levantara por los brazos y continuara besándome. Me arrastró hacia la ventana, frente a la cual, el grueso muro del castillo formaba un alféizar que estaba cubierto de diversos cojines de varios tonos tierra. Allí me depositó Roderic, me sentó y, a continuación, abrió la ventana. El aire y las gotas de lluvia cayeron sobre mi rostro y mis pechos desnudos.

—Dejemos entrar la tormenta —me propuso—. Ya que no puedo follarte fuera, nos acercaremos lo máximo posible.

Me importaba un pimiento si me poseía fuera o dentro. Yo sólo estaba deseando sentir ya el placer que exclusivamente él era capaz de proporcionarme.

Desabrochó mi falda y me la bajó junto con mis bragas para tenerme por fin desnuda. Se arrodilló frente a mí y colocó mis piernas sobre sus hombros antes de inclinarse y devorar mi sexo con su boca.

¡Joder! Tuve que agarrarme a los cojines con fuerza cuando sentí su lengua penetrar mi vagina mientras espoleaba mi clítoris con sus dedos. Una ráfaga de viento trajo consigo una oleada de lluvia que me empapó por entero, pero yo sólo era consciente del placer ardiente que quemaba todo mi cuerpo y que toda esa agua fría no era capaz de apagar. Entre gritos y convulsiones, mi cuerpo alcanzó dos orgasmos como dos soles, ardientes, brillantes y llenos de luz. Pero con eso no tenía ni para empezar.

—Dios, Roderic —gemí mientras lo veía trajinar con el preservativo—, necesito tenerte encima, que me chafes con tu peso.

—Pensaba darte la vuelta para follarte desde atrás —jadeó cuando abrió aún más mis piernas y se colocó sobre mí—, pero quiero verte mientras te corres, y que tú me mires a mí.

El impacto de su penetración levantó mi espalda del mullido alféizar. Y,

como él reclamara, no dejamos de mirarnos mientras duró cada investida, cada inyección de placer. Sentir su cuerpo fuerte y duro sobre el mío, su peso y su fuerza, era lo mejor del mundo. No había otro lugar en la tierra donde quisiese haber estado en ese momento: bajo su cuerpo.

Los dos juntos gritamos bajo las gotas de lluvia cuando el placer glorioso del orgasmo estremeció nuestros cuerpos, y, todavía sin dejar de notar las últimas convulsiones del placer, Roderic me cogió en brazos y caímos juntos sobre su cama.

—Estaba deseando tenerte de nuevo aquí —me dijo. Secó con la sábana mi rostro y mis pechos y me tapó después con la colcha.

—Sí, claro, pero a la hora de follar sigues eligiendo lugares raros e incómodos.

—¿Has estado incómoda?

—Para nada —le dije de forma sensual—. Precisamente, aún no he tenido bastante. Han sido demasiados días sin ti después de tenerme acostumbrada al placer que me das.

Comencé a deslizar mi lengua por su pecho y la cicatriz de su garganta, pero él me apartó y me obligó a mirarlo.

—Todavía no me has respondido, Micaela.

—¿A qué? —bromeé.

—No seas malvada. A vivir conmigo, a compartir mi casa, mi vida y mis rarezas contigo. A que te conviertas en mi marquesa.

—¡Joder, marquesa! —solté alucinada. Me dejé caer sobre la almohada y admiré la enorme lámpara de hierro del techo—. No sé, Roderic, no me gustaría vivir de ti después de lo que me ha costado tener mi propio negocio.

—No lo dejes. Sigue supervisando el horno, continúa tratando con la gente, elabora tus dulces cuando te apetezca. No voy a ser un impedimento para que continúes haciendo lo que te gusta. Únicamente te pediré que contrates más personal para que podamos hacer cosas juntos. Hace siglos que no viajo, enclaustrado como he estado entre estas paredes. ¿Te gustaría acompañarme a visitar París, Londres o Nueva York?

—Nunca he estado en ninguno de esos lugares —suspiré—. ¿Y qué crees que dirá tu hermana?

—Mi hermana se casó con su entrenador de tenis. No creo que ponga objeción alguna. A ver si te crees que estamos en la época de mis feos antepasados.

—¿Marcos no era...?

—No, Micaela, no era rico ni noble.

—Entonces, tu matrimonio concertado con Caty...

—Mi hermana se enamoró de Marcos, pero yo nunca me había enamorado de nadie. Simplemente, me daba igual con quién casarme. Era el heredero del título y la fortuna y debía sacrificarme por ello, pero no me importaba.

—Supongo que ya no me queda excusa —dije con una mueca divertida.

—Pues no. Incluso voy a terminar de convencerte. Voy a mostrarte algo a cambio de que aceptes.

—No será otra joya...

—No —emitió una carcajada—, nada de joyas. Además, ahora podrás lucirlas cuando quieras.

—No, gracias —gruñí—, déjate de joyas. Pero ¿qué es eso que me quieres mostrar?

—Quisiera pedirte que me quitaras el parche.

Era lo último que hubiese esperado oír. Mi corazón latió con fuerza por el nerviosismo que me invadió. No por mí, sino por él. Encontrara lo que encontrase, nada iba a cambiar.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Está bien.

Comencé buscando la cinta negra que disimulaba oculta bajo su pelo. La afiancé con los dedos y fui tirando de ella hasta que la saqué del todo. Ya sólo quedaba desprender el parche del rostro de Roderic.

—Si te incomoda, me lo dices —comentó, atrapando mi muñeca para parar le movimiento.

—Jamás me incomodará ver una parte de ti.

Por fin, con el corazón a mil, separé del todo aquel pedazo de raso negro que ya formaba parte del rostro de Roderic, y que yo seguiría amando

siempre, ya fuese con parche o sin él.

Inspiré con fuerza cuando lo miré. Como la primera vez que se dio la vuelta y lo contemplé de cerca, volví a quedarme sin respiración, admirando el rostro más hermoso que había contemplado en mi vida. Levanté mi mano para acariciar el párpado que tapaba aquel segundo ojo que nunca había visto. No era exactamente igual al otro, o tal vez era por las veces que lo había visto tan de cerca y lo conocía a la perfección. Pero el profundo azul estaba bastante conseguido.

—¿Es una...?

—Sí, es una prótesis ocular.

—Pero, entonces, el parche...

—Poco después de recuperarme del accidente, el especialista me recomendó colocarme un implante orbitario, para que el hueco no empequeñeciera y evitar una asimetría en mi rostro. Tras conocerte, decidí que era hora de dejar de esconderme tras el parche, aunque —sonrió— me parece que aquella decisión encerraba el deseo de gustarte. Me he estado tratando de nuevo para colocarme este implante, que han fabricado especialmente para mí. Les costó dar con el color adecuado.

—No me extraña —susurré, todavía subyugada ante la visión de Roderic sin el parche—. Tu color original es muy especial. ¿Cómo te sientes?

—Creo que me voy adaptando.

—Entonces, ¿hace tiempo que lo sabías? No me dijiste nada. Y te has presentado delante de la gente con el parche puesto.

—Quería comprobar cuál era su reacción, qué habría sucedido si me hubiesen visto así desde el principio.

—No te preocupes —solté con un suspiro—. Las has puesto a todas igualmente cachondas.

—¡Qué exagerada eres! —replicó tras una carcajada—. En cuanto a ti, preferí no decirte nada, por si luego el implante no podía realizarse con éxito y te llevabas una decepción.

—Me he enamorado de ti con un solo ojo —refunfuñé—. No iba a decepcionarme para nada.

—Este tema es sobre lo que me escuchaste hablar con mi hermana.

Compartí con ella mi decisión y se puso contenta. Elsa me lo había pedido muchas veces, pero nunca accedí.

—Ah, claro, Elsa —dije poniendo los ojos en blanco.

—No estés celosa de ella. —Rio—. Nunca sentí nada por ella. Nunca he sentido nada por ninguna mujer.

—Me importa un pimiento —solté en plan gruñón—. No me gusta y punto.

—Ven aquí —me pidió, colocándose sobre él—. ¿Cómo ves hacer el amor con un hombre al que ya no le falta nada?

—Pues, no sé —contesté mientras pasaba mis manos por su velludo tórax y sus prietos pezones—. Todavía veo raro ver dos ojos azules en tu cara, pero creo que sería buena idea ir practicando, por si acaso.

—Tienes razón, futura marquesa de Requesens.

¡Joder! A punto estuve de levantarme y largarme con la bromita. Pero no, no me fui, ya me había ido demasiadas veces. Nos quedamos haciendo el amor en su cama, durante toda la noche, escuchando el sonido de la lluvia que continuaba entrando por la ventana abierta.

Epílogo

Dos años después

—Y ésa ha sido, contada así, a grandes rasgos, mi vida desde que me fui de aquí. Entended que, una vez que me vi sola, sin vosotros, ya nada me retenía en este lugar.

He regresado, aunque sólo sea por unas horas, a mi ciudad de origen. Lo primero que he hecho ha sido visitar las tumbas de mis padres. Me he sentado sobre la gravilla del suelo y les he contado mis pecados, mis tropiezos, mis logros y mis proyectos.

Es cierto que debería venir más a menudo, pero siempre he preferido recordar a las personas que se han ido mirando fotografías o conservando objetos que me las evoquen. Visitar un frío cementerio sólo me provoca ganas de llorar. Aun así, lo he hecho, alentada por Roderic, que se ha ofrecido a acompañarme para no estar aquí sola.

Coloco un par de ramos de rosas amarillas —las favoritas de mi madre—, y me cojo del brazo de mi marido hasta salir del camposanto y subir en el vehículo. Una vez en él, emito un suspiro y procuro sonreírle. A veces, sigo empeñada en disimular mis sentimientos, aunque sé que ya me conoce tanto que no puedo aparentar delante de él.

A continuación, dirige su coche a mi antiguo barrio. Aparca junto a la acera y salgo, para quedarme parada a observar lo que me rodea. Esta vez sí parece haber cambiado algo. Algunos edificios han sido restaurados y otros son tan nuevos que no los he visto nunca. Hay nuevos parques y jardines,

rotondas llenas de flores, y han convertido algunas calles en peatonales, que tanto parecen estar ahora de moda, donde los bares colocan sus mesas, sillas y parasoles para montar sus terrazas.

Si años atrás no me sentía parte de este lugar, ahora ya es el colmo. El antiguo edificio donde vivía con mis padres también ha sido restaurado, por lo que ni siquiera me parece ya que transcurriera aquí la mayor parte de mi vida.

Vuelvo a entrar en el coche junto a Roderic, que pasa frente al local donde tenían mis padres su panadería, y que ahora es un supermercado de esos que permanecen abiertos veinticuatro horas.

—Vámonos de aquí, Roderic.

—Siguiendo parada —me dice mientras estamos detenidos en un semáforo—, ¿el lugar que hemos convenido?

—Sí —contesto.

Nos dirigimos ahora a otro barrio de la ciudad. Allí bajamos los dos del vehículo para entrar en un comercio regentado por una familia china. No compramos nada, sólo miramos y nos fijamos en la pareja que atiende a la clientela. Deben de ser de nuestra edad, aproximadamente, aunque un par de niños pequeños ya corretea a su alrededor.

Hace ya unos meses que se lo conté todo a Roderic. No quería casarme con él sin haberle explicado antes lo que llevaba tantos años carcomiéndome. Nunca había pensado en la posibilidad de resarcirme de alguna forma, de poder hacer algo por esa chica a la que una panda de desgraciados dejó un día sin padre.

Con sus contactos, Roderic había localizado a la hija de aquel hombre que murió de una forma tan absurda, y pudo hacer que le llegara una buena cantidad de dinero de la que ella no sabría nunca su procedencia. Un dinero que, por supuesto, no permití que fuera de Roderic, sino mío, de lo que yo había podido ir ahorrando de mis ganancias y mi trabajo.

No es gran cosa, ni he pretendido limpiar con dinero mi conciencia, pero me ha parecido una manera de hacer algo por estas personas... que al menos lo empleen en sus hijos o en tener una vida más cómoda.

—¿Estás bien? —me pregunta Roderic, de nuevo en el coche.

—No, no lo estoy.

—Ya no puedes hacer nada más, cariño.

—Lo sé —le respondo tras darle un beso en la mano con la que acaricia mi cara—. Ahora, me gustaría que ya nos fuéramos a casa.

Durante el trayecto apenas decimos nada. Mi mayor consuelo parece llegarme cuando Roderic me deja en la panadería que ahora regentan Claudia y Salva. Después de que yo decidiera abrir una nueva Panadería Micaela, mis amigos me propusieron quedarse ellos con la primera, incluso con la casa, para poder vivir cerca del trabajo. Acaban de casarse y se ganan bien la vida. Joel está guapísimo, pronto empezará el colegio, y Salva es un estupendo padre. Me siento muy feliz por ellos.

—¡Hola! —me saluda Claudia—. ¡Salva, ha llegado la marquesa!

—Vete un poquito a la mierda, guapa.

—¿No se supone —interviene Salva— que una aristócrata debe hablar finamente?

—Y a ti que te den *por* culito, guapo.

Reímos un rato mientras no puedo evitar echar un vistazo a las bandejas de los bollos dulces y contemplo el pan cociéndose en el horno. Se supone que es la nueva panadería que he abierto la que regento y superviso mientras varios empleados trabajan en ella, pero es aquí, en la primera, donde me sigo encontrando como en casa. Mis amigos ya ven normal que me ponga una bata blanca y me dedique a preparar masa o a despachar a nuestros clientes de siempre. Es, precisamente, la señora Berta la que entra en este momento a comprar el pan.

—Siéntese, por favor —le propongo, acercándole, como siempre, una silla. Sigue apoyándose en el bastón y continúa quejándose de su salud, pero yo la veo igual que el primer día que la vi entrar y se convirtió en mi primera cliente—. ¿Cómo nos encontramos hoy, señora Berta?

—Ay, hija, que ya son muchos años. Hacerse viejo es un asco.

Lo que yo digo. Como siempre.

—¿Y qué tal le va al señor José? —le pregunto—. Ya no lo veo tanto con su perro por la zona del castillo.

—No, ahora sale menos, pues está tan cascado como yo de las caderas.

Además, ya no necesitamos su parte de entradas y salidas de la familia Requesens. Ahora tenemos las noticias de primera mano, de boca de la propia marquesa.

Me mira con sus ojillos brillantes de regocijo. La noticia de que era la prometida del marqués fue un bombazo en el pueblo, y la posterior boda un verdadero acontecimiento social. Aquel día, después de la ceremonia en la capilla del castillo, las puertas se abrieron y todo el que quiso pudo entrar a la posterior fiesta, que tuvo lugar en los jardines exteriores. Desde entonces, el misterio que parecía envolver al marqués de Requesens quedó en el olvido, pero, de todos modos, a muchos les encanta que les cuente retazos de la historia de la familia, les hable de personajes ilustres que he conocido o alguna anécdota que pueda tener lugar en el castillo.

—¿Qué tienes que contarme sobre aquella duquesa que le echó los tejos a tu marido? —inquire la anciana—. Es que es un hombre tan guapo...

—Bueno —contesto divertida—, la cosa quedó en empate cuando un embajador me los echó a mí y me propuso irme con él a un exótico país. Me dijo que me parecía mucho a las nativas de allí.

—Qué emocionante —suelta soñadora.

Si antes mi panadería era una especie de centro social de vecinos, ahora atrae a muchos más clientes, incluso de pueblos vecinos, que vienen a ver en persona a la panadera que se convirtió en marquesa y que ahora vive en un fabuloso castillo.

Paula también ha venido a comprar y a charlar un rato. Está feliz en su trabajo en la gestoría e incluso está saliendo con un compañero. Ya tuvo que pasar el mal trago del juicio de su marido, donde lo condenaron a tres años de cárcel. Ya sólo espera que aquella pesadilla acabe en el olvido, y sabe que nosotros estaremos aquí siempre, para ayudarla y defenderla de energúmenos como él.

—Hola, marquesa —me saluda.

—Joder, Paula, ¿tú también?

—Es broma, tonta. Bueno, es verdad que te casaste con un marqués, pero para nosotros sigue siendo Micaela a secas.

—Más os vale —replico—. Espero que podamos seguir quedando a

tomar algo o cenar pizza y cerveza.

—Pero en mi casa —interviene Claudia—, que la última vez estuvimos en tu casa-castillo y me pone nerviosa verme rodeada de sirvientes. ¡Si hasta tenéis mayordomo!

—Juan es un cielo —reí—, pero no os preocupéis, la próxima vez toca en tu casa.

—¿Vendrá esta vez tu marido?

—Ya sabéis que le encanta estar con vosotros —respondo—, pero deja que de vez en cuando me libre de él y tenga mis noches de amigos. No se lo digáis, pero a veces me apetece volver un poco a lo que era mi vida antes de ser la señora de un castillo.

Pongo los ojos en blanco y reímos un rato más, pero miro la hora y compruebo que se me ha hecho tarde. Le prometí a Roderic que iría a cenar con él, y la mera expectativa de una noche romántica ya me tiene en vilo, curiosa por el lugar que pueda elegir después...

Salva me acerca en su moto al castillo y, conforme se alza la reja, mi buen humor se esfuma y mi ánimo se vuelve muy negro. Un Aston Martin descapotable se cruza con nosotros y su conductora me saluda con la mano. Todavía suele llevar su pelo rubio sujeto con un pañuelo y unas enormes gafas de sol muy estilo retro.

—Adiós, petarda —farfullo entre dientes.

—Tranquila, Micaela —intenta suavizarme Salva. Me conoce y sabe que acabo de ponerme de muy mala leche—. Ya sabes que sólo son amigos.

—Hasta el higo estoy ya de las visitas de esa «amiga» de mi marido.

Lo siento mucho, sé que los celos son una gilipollez, pero ¿a qué mujer le gusta compartir mesa con la antigua amante de su esposo?

A mí, no. Y es lo que hay.

Me bajo de la moto, me despido de Salva y accedo a la propiedad, donde ahora es mucho más normal que antes encontrarse movimiento de jardineros o empleados. Me quedo quieta un instante cuando veo a mi marido conversar con alguno de ellos, comentando sobre un plano los próximos cambios que se han de realizar para seguir abriendo una parte del castillo al público. Roderic decidió que lo abriría en cada aniversario de nuestra boda y en mi

cumpleaños, como regalo a mi tozudez.

Me acerco a él y le doy un beso, por lo que los empleados que hablaban con él se van retirando.

—Hola, cariño —lo saludo, apretando los dientes y los puños—. ¿Has estado muy entretenido esta mañana?

—¿Detecto un leve matiz de cabreo?

—¡No! ¿Por qué lo dices? —replico mostrando toda mi dentadura, en una sonrisa tan falsa que me duele hasta la mandíbula.

—Supongo que te has cruzado con Elsa.

—No me gustan sus visitas.

—Sólo somos amigos, sobre todo es amiga de mi hermana.

—¡Pues que se vaya a visitar a tu hermana, joder!

—Micaela...

—Si lo que quieres es que acepte vuestra amistad, vale, la acepto. ¡Pero no me da la puta gana de aguantar las visitas de la examante de mi marido en mi casa! ¡Punto!

—Ha venido a despedirse de mí —me explica con una sonrisilla—. Por motivos laborales de su marido, van a irse a vivir a Londres. Los dos hemos convenido que es lo mejor, ahora que estoy casado con una mujer muy celosa. —La última frase la dice para hacerme rabiar.

—Serás capullo —le espeto enojada—. No soy celosa. Sólo lo soy con ella. Además, lo sabías y has esperado que te monte el número de celos para reforzar tu ego masculino.

—Me gusta hacerte rabiar. ¿Volvemos a empezar desde que entraste y me saludaste?

—Sí, será lo mejor. —No me apetece enfadarme más con él. Además, que esa petarda se haya largado me ha devuelto el buen humor.

Decido hacer como si acabara de llegar.

—Hola, cariño, ¿qué tal llevas el día?

—Ahora que tú estás aquí, todo está perfecto —me susurra mientras roza mi cuello con sus labios.

—No empieces, Roderic —ya ha conseguido que se me cierren los ojos y suspire por un simple roce de su boca—, que estamos en medio del jardín.

—¿Y desde cuándo ha sido eso un impedimento para nosotros?

—Al menos —le digo entre risas—, espera a que no haya nadie.

—Yo creo que no es necesario esperar.

—¿A qué te refieres? —respondo excitada.

—Te apuesto lo que quieras a que podemos hacer el amor ahora mismo, en medio del jardín, y nadie se dará cuenta.

—¿En serio? —planteo más cachonda todavía—. Acepto la apuesta.

Sonríe y me coge de la mano para llevarme a algún lugar a toda prisa.

—A ver, Roderic —le comento por el camino—, ya lo hemos hecho en todas y cada una de las estancias del castillo, desde la biblioteca o el salón de baile hasta cada una de las torres o balcones. Y aquí fuera ya sólo queda...

—El laberinto —responde mientras entramos en aquel mágico lugar.

—¡Joder, es verdad! —exclamo entusiasmada—. ¡Es aquí donde venían a follar tus nobles antepasados!

—Exacto, y nosotros no vamos a ser menos.

En el interior del laberinto nos vamos encontrando varios bancos de piedra y farolas, donde ya me imagino a las parejas de aquella época, con sus pelucas de tirabuzones y sus caras empolvadas, echando un polvo clandestino.

—Aquí mismo —propone escogiendo uno de esos bancos.

—Espero que luego te acuerdes de salir.

—La diferencia con mis antepasados —me aclara mientras se sienta y me coloca sobre él a horcajadas— es que nosotros llevamos un teléfono en el bolsillo por si tenemos que llamar para que nos rescaten.

—Joder, Roderic, pues vaya consuelo.

Durante un instante vuelvo a contemplar su rostro. Ya estoy acostumbrada a mirar esos ojos azules que no acaban de ser del todo iguales, pero creo que esa pequeña imperfección consigue que todavía resulte más atractivo. Al menos, para mí.

—¿Qué sucede? —me pregunta.

—Nada. Me gusta mirarte.

Acalla mis palabras con su boca, besándome de una manera sensual y erótica, poniéndome ya a cien, como sólo consiguen los besos de Roderic.

Alzo mi falda y aparto mis bragas mientras él se abre el pantalón y extrae su grueso miembro erecto. Me levanto sin esperar a que se ponga preservativo, me coloco sobre el húmedo glande y, con un solo movimiento, entra en mi cuerpo, haciendo que me sienta totalmente llena de él. Los dos emitimos un sonoro suspiro antes de que empiece a moverme, arriba y abajo. Roderic levanta mi camiseta, aparta las copas de mi sujetador y chupa mis tensos pezones, que reciben con placer las caricias de su lengua y sus dientes.

Es algo rápido y elemental, y a veces me da un poco de rabia que nos corramos tan rápido, pero nos hace disfrutar igualmente. Sólo unos instantes después, ambos alcanzamos un intenso orgasmo y dejamos que los retazos de placer se vayan difuminando mientras nos besamos profundamente.

Todavía nos estamos besando cuando el móvil de Roderic comienza a sonar y a vibrar en su pantalón.

—Maldita sea —me quejo—, un poco más y nos cortan el rollo.

—Es Julia, qué extraño —dice con el ceño fruncido mientras descuelga—. Está bien, Julia, voy para allá.

—¿Qué sucede?

—Nos traen un paquete, pero el mensajero tiene órdenes de entregarlo únicamente a los marqueses en persona y en mano.

Después de un par de equivocaciones, conseguimos salir del laberinto y nos encontramos con el transportista, que nos entrega el paquete. No nos exige firmar ni nada parecido, sólo se cerciora de que lo cojamos nosotros en persona.

Expectantes, entramos en el castillo y subimos hasta el dormitorio. Allí, Roderic toma una de sus dagas antiguas y corta la cuerda y el embalaje antes de abrir la caja. De su interior, extrae un estuche de terciopelo negro y es cuando alucinamos por completo.

—Ábrelo, Roderic.

Lo hace. Tengo que sentarme en el filo de la cama cuando contemplo aquella esplendorosa joya. El antiguo y famoso *collar de la dama*.

—Dios, Roderic. ¿Es el auténtico?

—Sí, Micaela, lo es.

—Pero ¿qué significa esto? ¿Por qué te lo devuelve tu suegro?

—Espera, creo que al fondo de la caja hay algo.

De entre la protección que rodea el estuche, Roderic saca un sobre. En su interior hay una nota.

Devuelvo esta magnífica joya a la marquesa de Requesens, porque ya hay una nueva señora del castillo.

Fdo.: Antonio de Senillosa

—Pero... pero —balbuceo sin dar crédito—, sigo sin comprender por qué te lo ha devuelto. ¿Ha debido de arrepentirse de lo que te hizo?

—No, Micaela, no lo entiendes. Mi suegro no me ha devuelto el collar. Te lo da a ti, a la nueva señora del castillo. Ya no es mío ni de mi familia. Ahora es de tu propiedad, Micaela.

Todavía sigo hipnotizada ante el reflejo de aquel brillo verde. No acabo de entender nada, pero, cuando miro a Roderic y veo que tuerce la boca y empieza a reír, ya no puedo hacer otra cosa que echarme a reír también. Me dejo caer sobre la enorme cama y tengo que sujetarme la barriga para apaciguar las carcajadas.

—¡El collar es mío! —digo entre risas.

—¡Sí, tuyo! —exclama Roderic también entre risas.

—¡Después de la que el capullo de tu suegro tuvo que montar para que se lo dieses! —Sigo riendo—. ¡Después de la que tuve que montar yo para que me lo regalaras!

—Y resulta —dice él entre carcajadas— que lo único que tenías que hacer... ¡era casarte conmigo!

Se deja caer a mi lado en la cama, con el collar todavía entre sus dedos, y los dos continuamos riendo y riendo sin parar.

Agradecimientos

Me considero una persona muy afortunada, por tener la familia que tengo, que siempre está a mi lado, que me alienta, me anima y me conforta. Mis padres, mis hermanos, mis hijos, mi compañero... Una unión que constituye una fuerza que a veces creo invencible. Gracias a todos. Aunque no suela expresarlo mucho, os quiero.

Gracias a mi amiga Coral, que, aun en la distancia, continúa siendo un pilar importantísimo para mí. Eres un ejemplo de fortaleza y un ejemplo a seguir. No te vayas nunca de mi lado.

Gracias a mi amiga Montse, que, a pesar de los pesares, no pierde la sonrisa, ni el ánimo, contagiándome de su optimismo; recordándome que, si quieres, puedes.

Gracias a todos los lectores, los que llevan conmigo estos tres años y medio que hace que empecé esta andadura, y los que poco a poco me van conociendo, a través de mis novelas o en las redes. Gracias por dibujarme tan a menudo una sonrisa de emoción.

Gracias a mi editora, Esther, que sigue haciendo posible este bonito sueño.

Biografía



Vivo en Lliçà d'Amunt, un pueblo cercano a Barcelona, junto a mi marido, mis dos hijos adolescentes y dos gatos.

Después de años alejada de los estudios, porque nunca es tarde, obtuve hace poco el título de Educadora Infantil, algo vocacional que llevaba demasiado tiempo deseando hacer, aunque ejercer en estos tiempos haya resultado demasiado complicado.

Y como yo parezco hacerlo todo un poco tarde, hace sólo algo más de un

año decidí autopublicar mi primera novela, a la que ya han seguido algunas más. De esta experiencia maravillosa sólo puedo tener palabras de agradecimiento para mi familia, la auténtica sufridora de mis horas frente al ordenador, y para tantas y tantas personas que me han apoyado, animado y felicitado, tanto cercanas como en la distancia. Y sobre todo para esos lectores que disfrutan con mis historias, sin los que toda esta locura, a estas alturas de mi vida, no hubiese podido ser una realidad.

Eres el ingrediente que me faltaba

Lina Galán

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Lina Galán, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17756-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre S. L.
www.eltalldellibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

